

Catherine
ANDERSON

*Amor
comanche*

Lectulandia

Dividida entre el mundo de los hombres blancos y el mundo comanche de sus padres, Índigo Lobo ha crecido separada de las gentes del pueblo de Tierra de Lobos, Oregón. Nadie comprende su espíritu esquivo... hasta que Jake Rand llega a la ciudad para trabajar como capataz en el rancho de su familia.

Pero los verdaderos motivos de Jake son tan secretos como su auténtica identidad y tan personales como la creciente atracción que siente por Índigo.

Lectulandia

Catherine Anderson

Amor comanche

Comanche - 3

ePub r1.1

Titivillus 28.05.15

Título original: *Indigo Blue*
Catherine Anderson, 1992
Traducción: Diana Delgado

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mi marido, Sid, que llegó a mí desde donde sale el sol y caminará conmigo hasta donde se pone, luz que guía mi camino, fuerza que me sostiene y, siempre, el impulso que necesito

Cuando no sea más que un susurro en el viento, presta atención, porque puede que tenga algo que decirte: *Nei-na-su-tama-habi*

Queridos lectores:

Como os comenté al inicio de *Luna comanche* y de *Corazón comanche*, estoy muy contenta de que la editorial New American Library/Signet haya vuelto a publicar la serie Comanche, y desde luego no puedo por menos que agradeceréselo. Muchos de vosotros habéis estado esperando un largo tiempo para poder comprar estos libros, y me entristece mucho pensar que hayáis tenido que pagar precios desproporcionados por adquirir ejemplares de segunda mano. Ahora, gracias a mis editores, toda la serie Comanche puede adquirirse a precios razonables, y mis lectores pueden disfrutar de una edición nueva y con una portada más moderna.

En *Amor comanche*, tercera en la serie tras *Luna comanche* y *Corazón comanche*, volvemos a saber de Índigo Lobo, la hija de Cazador y Loretta, los protagonistas de *Luna comanche*. Conocimos a Índigo en *Corazón comanche*, cuando era aún una adolescente cándida y espontánea, convencida de que los demás la juzgarían por lo que era y no por el color de su piel. Ahora, Índigo ha crecido, es más sabia y también más desconfiada. Es consciente de que su sangre india la hace diferente y de que, en muchos casos, la convierte en víctima del racismo. Atrapada entre el mundo de los blancos y el de los indios, se abre paso por una delgada línea, más apegada a las costumbres del pueblo de su padre y al contacto con la naturaleza, pero sin poder dejar a un lado las imposiciones de la sociedad blanca en la que vive. En definitiva, Índigo es una extraña mezcla de inocencia y rebeldía, de fortaleza y vulnerabilidad, una joven encantadora que viste a la manera india y que conoce muy bien la injusticia a la que puede ser sometida por su linaje.

Cuando Jake Rand llega a Tierra de Lobos con la falsa pretensión de ocuparse de la mina de Cazador, se siente instintivamente atraído por Índigo, pero también desconcertado por su forma de ser. Nunca hubiese pensado que se vería obligado a pedir la mano de Índigo para librarla de una mala reputación. Pero esto es precisamente lo que ocurre, y Jake termina, sin saber muy bien cómo, casado con esta hermosa joven de quien pronto se enamorará, pero a quien, muy a su pesar, nunca llegará a entender.

Os invito a seguir leyendo y a dar un paso más en la historia de Índigo. Espero que disfrutéis de la lectura de esta extraordinaria historia de amor tanto como yo disfruté escribiéndola.

Con cariño,
CATHERINE ANDERSON

Prólogo

Oregón, 1866

*E*l agua de lluvia mojaba el rostro de Jacob Rand y se mezclaba con las lágrimas que caían por sus mejillas, formando un remanso húmedo y salado en la hendidura de su labio superior. Un mechón de pelo negro se arremolinaba ante sus ojos. Su visión era tan borrosa que ya no divisaba la tumba de su madre. Algo que tampoco le preocupaba en exceso. El aguacero había allanado en poco tiempo la tierra recién removida. Si no fuese por la piedra que había utilizado para marcar el sitio, el lugar del enterramiento no se distinguiría del resto del terreno. Deseó que su padre hubiese dedicado un poco de tiempo a tallar una cruz, pero como siempre, tenía otras cosas que hacer. Su padre le había ayudado a cavar, se había asegurado de que su madre recibía sepultura como era debido y le había dedicado alguna oración. En cuanto a la cruz, era un trabajo que tendría que esperar, al menos hasta que se hiciese de noche. Eran tiempos difíciles y su padre tenía la responsabilidad de alimentarlos.

Jacob cerró el puño y se restregó un ojo, determinado a no llorar delante de sus hermanas. Ahora que su madre no estaba, le correspondía a él, como hermano mayor, cuidar de las chicas. Había prometido que lo haría, y sabía que su madre confiaba en él.

Bajó los ojos hacia su hermana Sarah, de tres años, que lloriqueaba de pie junto a él. Deseó poder cambiarse por su hermano pequeño, Jeremy, y bajar a trabajar al arroyo. ¿Por qué tenía que ser él el que terminase con aquello y dijese las últimas palabras? Él no era un buen orador. Había rezado un padrenuestro. O al menos una parte de él. No sabía nada más, salvo las palabras para bendecir la mesa, algo que sin duda no era apropiado. Sabía que lo conveniente en ese momento hubiese sido decir algo bonito sobre su madre, pero no se le ocurría nada. Si al menos Jeremy estuviese allí: su facilidad de palabra hubiese sido muy útil esta vez.

Sarah sollozó de nuevo. Quería que se callase. Pero no parecía que tuviera intención de hacerlo. Parecía un grifo. Los mocos le caían de la nariz y le llegaban hasta el labio superior. Él no tenía pañuelo, así que le limpió rápidamente la cara con la manga. Sarah dio un resoplido, y después sollozó, lo que hizo que expulsara una nueva vela de mocos. Él volvió a limpiárselos.

¡Pobre Sarah! Tenía los botines negros cubiertos de barro rojizo. Su desgastada camisa, arreglo de una vieja de Jacob, le caía como una segunda piel mojada sobre los huesos. Bajo la falda, sus pequeñas rodillas enrojecían de frío. No podía parar de tragar saliva y tiritar, con la cara convulsionada.

Jacob la atrajo hacia sí. Su madre solía decir que un abrazo valía más que cien palabras. Oía a orín, y supuso que su hermana debía de haberse hecho pipí la noche

anterior. Se sintió culpable. Había prometido cuidar de ella y, sin embargo, estaba hecha un desastre: mojada, helada y oliendo a meado. Hasta ahora lo estaba haciendo de maravilla. Ella apretó su cara contra él. Sabía que estaba limpiándose los mocos. Su madre siempre la reñía por eso, pero él no tenía fuerzas para hacerlo.

Las lágrimas le quemaban las pestañas. Emitió un suspiro entrecortado. Pensó en la discusión que había tenido el día anterior con Mary Beth, justo antes de que su madre empezase a sentirse mal. Después recordó con pesadumbre haber jugado con Jeremy en el cerro, dejando sus obligaciones para más tarde. Su madre ya no estaba, y no podía hacer nada para traerla de vuelta. Absolutamente nada. Ni siquiera podía decirle lo mucho que lo sentía.

Tenía tanta hambre que le dolía el estómago y las piernas le flaqueaban. Se sintió culpable por sentir hambre, pero no había probado bocado desde el día anterior a mediodía y cavar era un trabajo extenuante.

Casi tan extenuante como trabajar en la mina de oro...

—Está todo lleno de barro. —Sarah bajó los ojos hacia la tumba y después levantó la mirada hacia él, implorándole con sus grandes ojos castaños que volviera a dejar su mundo como estaba. Unos mechones de su negro cabello caían mojados por sus mejillas—. ¿Por qué hemos tenido que ponerla en el barro?

Jacob no sabía la respuesta. Si Dios existía, estaba sin duda muy lejos de allí. En algún lugar de California, seguramente, donde el sol nunca dejaba de brillar. Si Jacob fuese Dios, se iría a vivir a California.

Desde el otro lado de la tumba, Mary Beth, de ocho años, dijo:

—Mamá ya no está aquí, cariño. Se ha ido al cielo a vivir con los ángeles.

Jacob miró a Mary Beth, y deseó que siguiese hablando. Que hablase de arpas y vestidos vaporosos y calles pavimentadas con oro. Si Sarah seguía imaginando a su madre con la cara llena de barro, tendría pesadillas durante todo un año. Como siempre, Mary Beth hizo lo contrario a lo que Jacob deseaba. Hizo una mueca de desagrado, y se quedó callada. Sin perder la esperanza, Jacob dirigió la mirada a su hermana de seis años, Rebecca, pero también ella se quedó callada, con la mirada fija, el rostro blanco y la negra cabellera chorreando.

Tendría que ser él quien hablase. Dio una palmadita a Sarah en el hombro.

—El cielo es un buen sitio. Está lleno de caballos blancos, y los ángeles llevan los vestidos más bonitos que jamás pudiérais imaginar.

—¿Qué tipo de vestidos?

Jacob dudó. Había pasado toda su vida en pueblos mineros, pero una vez, hacía mucho tiempo, había ido a buscar a su padre a una cantina.

—Creo que son rojos con encajes negros.

Mary Beth, cuya cara estaba cubierta de barro, se tragó un rugido y se hinchó como un sapo que acabara de ver a una mosca.

—¡De eso nada! Los ángeles van de blanco, Jacob Nathaniel. No te atrevas a mentir de esa manera.

—¿Qué importa eso, Mary Beth?

—Importa, claro que importa. El rojo es el color de Satán, y solo las malas mujeres lo llevan.

—Blanco, entonces. Y deja de revolotear tan cerca de la tumba de nuestra madre. Vas a terminar por caminar sobre ella.

Sarah, ajena completamente a sus peleas, seguía pensando en el cielo.

—¿Por qué no nos ha llevado con ella? —preguntó con voz temblorosa—. ¡Se ha llevado al bebé! ¿Es que ya no nos quiere? Quiero un vestido rojo con *oncajes* negros.

—Encajes —corrigió Jacob—. Algún día, cuando sea rico, te compraré uno, cielo. Un vestido de ángel, del color que tú quieras.

A Jacob se le hizo un nudo en la garganta. Las gotas de lluvia le caían por la cara como si fueran alfileres. ¿Ángeles? Lo único que podía ver era barro y más barro. Y cuando cerraba los ojos, lo único que veía era la sangre de su madre.

—¡Un día, cuando seas rico! —se mofó Mary Beth—. Empiezas a parecerte a papá. Nunca seremos ricos con lo que hacemos, Jacob, y tú lo sabes.

—Entonces haremos algo diferente. Date prisa, Mary Beth. No quiero que Sarah empiece otra vez a llorar.

—Es mejor eso que hacerle promesas que no podrás cumplir. Ni siquiera tiene un abrigo.

—Le compraré un abrigo, y vestidos también. Ya lo verás. Os compraré vestidos a todas.

Los ojos de Mary Beth se llenaron otra vez de lágrimas. Lo miró fijamente un momento y después bajó los ojos.

—Aunque lo consigues, papá te quitaría el dinero y lo gastaría en material para la mina. Lo único que le importa es el oro. Le dio igual que mamá se hiciera daño e hiciera daño al niño por trabajar tanto. Y nosotros también le traemos sin cuidado. Sarah nunca tendrá un abrigo, ni vestidos tampoco. Lo único que le dará será una pala con su nombre. Lo mismo hará conmigo y con Rebecca.

Jacob había pensado esto mismo varias veces, pero oírlo decir en voz alta le asustó, sobre todo ahora, después de haber prometido a su madre que cuidaría de sus hermanas. No era lo suficientemente grande como para hacer la parte del trabajo de su madre, pero cuando le llegase el turno a Mary Beth sí lo sería. Ella iba a ser una criatura frágil, igual que su madre. El trabajo en la mina acabaría con ella.

Jacob volvió a mirar la tumba y recordó la mirada de desesperación y súplica de su madre la noche antes de su muerte. Con sus últimas fuerzas, le había cogido de la mano y le había susurrado: «Cuida de ellas por mí, Jacob. Prométeme que lo harás. No dejes que tu padre...». Su voz se desvaneció, y sus hermosos ojos se cerraron antes de pronunciar su deseo. Jacob había cogido con fuerza sus manos, incapaz de hablar, con los sollozos comprimiéndole la garganta.

«Cuidaré de ellas, madre. Se lo prometo. No dejaré que les ocurra nada malo,

madre. Se lo juro. Todo irá bien. Ya lo verá. Todo va a salir bien.»

Incluso en el momento de pronunciar estas palabras, supo que eran mentira. Su madre estaba muerta. Su padre los había matado a ella y a su hijo por ir en busca de un sueño estúpido. Nada volvería nunca a ser como antes.

Capítulo 1

Portland, 1885

Aún no era noche cerrada, pero las lámparas de gas estaban encendidas para mitigar la oscuridad de este otro día lluvioso de febrero. Las lámparas y dos cómodos sillones eran los únicos lujos que Jake se permitía en esa habitación. Esto y algún que otro brandy. Por lo demás, mantenía la habitación en una austera simplicidad que se reflejaba en las paredes de madera de pino, el funcional escritorio hecho a mano y las baldas rústicas de la librería.

Él mismo había elegido la decoración, si podía llamarse así, a fin de encontrar un equilibrio en su vida y mantener un espacio en el que refugiarse de la opulencia que reinaba en el resto de la casa. La repisa de la chimenea había sido fabricada con un nudo de madera de arrayán que había encontrado al sur de Oregón hacía años. Sobre ella, había un cuadro del nevado monte Shasta, rodeado de una amplia colección de escenas de la naturaleza que ocupaban todo el espacio de la pared disponible. De ellos, su favorito era una de un riachuelo cristalino que corría por un bosque de álamos.

Su novia, Emily, se quejaba de ese lugar, e insistía en que debía redecorarlo. Pero hasta el momento, Jake había ido posponiéndolo. No podía explicar muy bien por qué, pero necesitaba esa habitación, necesitaba cada centímetro de ese feo y mal combinado espacio. En ningún otro sitio se sentía más en paz.

Jake solía mantener cerrada la puerta de su despacho cuando estaba trabajando, y su familia respetaba sus deseos de soledad, pero ese día había resultado ser una excepción. Poco antes, dos de sus hermanas habían irrumpido en la sala con sus hijos para desearle buen viaje: partía a otro de sus viajes de negocio. Ahora, Mary Beth pedía también entrar.

Tenía mucho trabajo pendiente antes de irse al sur de Oregón. Jake se aflojó el pañuelo, tiró de la cintura de su chaqueta de seda dorada, se echó hacia atrás en la silla y entrelazó los dedos de las manos a la altura de la barbilla mientras miraba a la mayor de sus hermanas. Mary Beth venía de la compra y aún llevaba un vestido de paseo, de lana ligera, de color vino. Parecía una princesa, sentada de esa forma majestuosa en la silla. Una princesa desdichada. Aunque ambos tenían el pelo color ébano y los ojos marrón oscuro de su madre y, según algunos, compartían la misma insufrible testarudez, Jake nunca había llegado a comprender del todo a Mary Beth. Sus cambios de humor eran tan difíciles de predecir como los cambios de tiempo en Oregón.

Después de que Joseph Rand encontrase su primera veta de oro, sus circunstancias habían cambiado sustancialmente para mejor, y Jake había consagrado

su vida desde entonces a que las cosas siguieran así. Ella tenía todo lo que podía desear. Pero ¿era feliz? Diablos, no. Con veintisiete años, tendría que haber aceptado ya a alguno de sus múltiples pretendientes y haberse casado para poder tener hijos antes de que fuese demasiado tarde. Sin embargo, tenía la cabeza llena de pájaros y quería estudiar.

—Mary Beth, en diez minutos me dispongo a dar a Jeremy algunas instrucciones para que se ocupe de todo mientras estoy fuera. Aún no he empezado a hacer el equipaje. Te aseguro que no tengo tiempo para esto ahora.

—Tiempo es precisamente lo único que tengo yo —contestó ella con dulzura.

—Creo que ya hemos discutido esto y llegamos a una conclusión satisfactoria el año pasado.

Ella se puso a jugar con los botones de su capa de seda:

—Llegamos a una conclusión satisfactoria para ti, no para mí.

Por su mente pasó la imagen de la cara demacrada de su madre.

—Ya sabes lo que pienso acerca de que las mujeres trabajen.

—Dedicarse a la abogacía no es un trabajo. Es una profesión. Una vocación.

Él cogió su pluma y colocó los papeles en los que había estado trabajando.

—No dejaré que mi hermana soporte la carga de un hombre. Yo te doy todo lo que necesitas. No hay nada que puedas desear y que no tengas.

Mary Beth dio un puñetazo en la mesa con tanta fuerza que la pluma hizo un garabato. Jake examinó el daño, y después levantó una ceja hacia ella. Estaba acostumbrado a hacer retroceder a hombres con esa mirada. Pero Mary Beth apenas se inmutó. Mary Beth, su pesadilla, la única persona capaz de acosarlo hasta hacerle perder la paciencia. Y sin embargo, era también su hermana favorita.

—¡No te pongas a trabajar como si no estuviera aquí! —gritó ella—. Esto vamos a solucionarlo aquí y ahora.

Jake dejó la pluma y se acomodó en la silla. Tenía curiosidad por saber cuál sería la estrategia que su hermana utilizaría esta vez. En su última discusión, había roto todos los objetos de cristal del antiguo salón. La vez anterior a esa, se había quedado en la cama tres días, negándose a comer. Desde luego, en ese tiempo, él siempre había sabido que su criada, Charity, le daba comida a escondidas. Mary Beth siempre se las ingeniaba.

—Yo no soy el dueño de tu vida. Puedes hacer lo que te plazca.

—Menos trabajar.

—Sí, excepto eso. —Notó que le subía de tono el color de las mejillas, una señal inequívoca de que estaba lista para saltar—. Eres una mujer encantadora. ¿Es que ni uno solo de tus pretendientes de Portland ha conseguido captar tu atención? Me trae sin cuidado si es barrendero.

—Porque tú irás y me lo comprarás, ¿verdad? Como has hecho con todo lo demás. Por una vez, me gustaría conseguir algo por mí misma. —Juntó las manos en su regazo—. Además, si el matrimonio te parece una bendición, ¿por qué no te has

casado todavía con Emily? Tienes treinta años. Ahora que ha salido del luto, nada te impide casarte con ella. Lleváis comprometidos más de un año.

—No metas mi relación con Emily en esto. —Jake suspiró y se frotó la nuca. Emily. Como la decoración de su despacho, era otro asunto que prefería posponer en su vida. Por razones que escapaban a su comprensión, no podía encontrar el entusiasmo necesario para fijar la boda. Mirando la montaña de papeles que tenía en el escritorio, dijo:

—Tengo muchas preocupaciones. Tú, sin embargo, tienes demasiado tiempo para maquinarse fantasías.

Ella se levantó de la silla como un rayo.

—¿Fantasías? Maldita sea, Jake. Algunas veces estoy tan cerca de odiarte que me asusto.

Él le dedicó una mirada llena de consideración e hizo un gesto hacia los libros que tenía alineados en la pared.

—¿Te has planteado alguna vez ser escritora? ¿Poeta, tal vez? ¿Por qué no asistes a clases de pintura o de dibujo? El trabajo que hace Emily es maravilloso. No quiero ponerte límites, Mary Beth; solo quiero protegerte. ¿Por qué no puedes entenderlo?

—Yo no soy como Emily. Ella es tan complaciente que me produce arcadas. Yo no soy así. Si estudio derecho, puedo contribuir a hacer un mundo mejor, Jake. Estoy segura de ello. Pero tienes que darme una oportunidad.

—Cariño, tú ya has hecho algo por el mundo. Piensa en todas las personas de esta familia que te quieren, que te necesitan.

—No es suficiente. —Levantó las manos, exasperada.

Jake sintió el inicio de una jaqueca entre sus cejas. Se frotó la frente, distraído.

—Hemos hablado de ello cientos de veces.

—Y tú sabes lo que me conviene. Me sé la respuesta de memoria. —Su boca se torció en una sonrisa amarga—. Y después volverás a tu trabajo, olvidándote de que existo —dijo agitando la mano en el aire—. ¿Y por qué no ibas a hacerlo? Tienes la vida que quieres.

¿Era así? Ante sí, podía ver el papeleo que le aguardaba. Al día siguiente tenía que ir a un pueblo minero a negociar una nueva adquisición para su padre. Cuando volviese, su escritorio tendría una pila de papeles más alta que cuando se marchó. ¿Para qué? ¿Para tener más riqueza? ¿Para hacer a Mary Beth más feliz? La riqueza era una amante hostil y era evidente que con su hermana estaba fracasando estrepitosamente.

—Mary Beth, ¿qué es exactamente lo que quieres? ¿Ser abogada? Porque lo dudo. Lo detestarías después de seis meses.

Ella dio un paso hacia él. Con voz temblorosa, le dijo:

—¿Por qué? ¿Quién eres tú para decidirlo? ¡Lo que detesto es que me hagas sufrir porque has decidido expiar tus pecados!

Esta era una treta nueva. Jake entornó los ojos.

—¿Expiar mis pecados? ¿Qué demonios quieres decir?

—¡Exactamente lo que he dicho! El que me tengas encerrada en este panteón, protegiéndome de lo que crees que es la dura realidad, no hará que mamá vuelva. Y nunca borrará el mal que nuestro padre le hizo. Ni el hecho de que tú estuvieras allí viendo cómo pasaba.

Eso le dolió. Jake se levantó lentamente de la silla.

—Mira, jovencita. Eres una desagradecida y una malcriada. ¿Cómo te atreves a hablar de lo que le pasó a nuestra madre? —Puso los puños sobre el escritorio—. ¿Quieres saber por qué no me he casado con Emily todavía? Piénsalo. ¿Cuándo he tenido yo tiempo para una esposa y una familia? Si no hubiese sido por mí, tu estómago vacío te hubiese tenido deambulando por esas cantinas de los mineros. Habrías tenido que bailar para conseguir comida, y posiblemente algo más. ¿Es este mi pecado? ¿Tener dos trabajos para llevar comida a tu plato?

—La amenaza del hambre terminó hace ya tanto tiempo que ninguno de nosotros puede recordar lo que es. —Tenía los ojos llenos de lágrimas—. Ya no soy una niña. ¿Por qué sigues llamándome «jovencita»? ¿Cuándo fue la última vez que de verdad me miraste?

—No seas ridícula. Te estoy mirando ahora.

—¿De verdad? Te has convertido en un ciego para todo lo que no sean tus propias obsesiones. En cuanto a los sacrificios, ah, sí, claro que los has hecho. Tantos que me dan ganas de llorar, sobre todo por tu sentido de la ética. ¿Sabes qué es lo que más me parte el corazón? Que le has despreciado toda tu vida, y ahora te has vuelto como él.

Jake sabía que estaba hablando de su padre. Que le comparara con él era como una bofetada en la cara.

—Creo que será mejor que pospongamos esta conversación hasta que los dos estemos más calmados.

—¿Cuándo? Te vas por la mañana a visitar otro de esos agujeros mineros. Solo Dios sabe por qué Ore-Cal Enterprises necesita hacerse con todo aquello que se pone a su alcance.

—Es parte del negocio, Mary Beth, adquirir minas.

—Querrás decir robarlas.

La acusación casi le hizo perder el equilibrio.

—¿Robarlas? ¡No he robado nada en toda mi vida!

—¿Ah, no? Si quieres hacerte el ingenuo, por mí de acuerdo, pero, por favor, no destroces más nuestra relación mintiéndome al respecto.

Dicho esto, se dirigió a la puerta.

—¿Adónde crees que vas? No puedes lanzar una acusación así y después salir corriendo.

Ella se detuvo con la mano en el pomo de la puerta.

—Quizá baje al muelle y —le miró por encima del hombro— baile para ganarme el pan. La prostitución es una actividad femenina, ¿no?

Hasta ese momento, Jake no imaginó que Mary Beth supiese cuáles eran las sórdidas actividades que tenían lugar en el muelle.

—Estoy segura de que no podrás discutírmelo. Esto es para lo que las mujeres estamos hechas. ¿Me equivoco? Mujeres, a quienes los hombres protegen o utilizan, dependiendo de su naturaleza. Tú, Jake, eres de los protectores. Y yo soy tu víctima. Si al menos te casases con la pobre Emily, entonces tal vez te dedicaría a hacer miserable su vida en vez de la mía.

Con esto, salió y cerró la puerta de un portazo, con tanta fuerza que las paredes temblaron. Jake se quedó allí de pie, paralizado, como si no le respondiera el cuerpo. ¿Su víctima?

Se hundió en la silla. El dolor de cabeza se hizo más intenso. Con un manotazo furioso, apartó los papeles de la mesa. Cayeron al suelo lentamente. Observó cómo aterrizaban, y supo que en un minuto estaría recogéndolos. Clavando un codo en la mesa, se sujetó la cabeza con la mano.

No había pasado ni un minuto cuando oyó que la puerta se abría de nuevo. Era su hermano Jeremy. Asomó la cabeza por la rendija de la puerta. Su cabello oscuro brillaba por las gotas de lluvia y sus ojos castaños mostraban jovialidad.

—¿Qué demonios le pasa a Mary Beth?

—Nada comparado con lo que puede pasarle. Si dice algo más, juro que la estrangulo.

Jeremy soltó una carcajada. Con la gabardina gris colgada de un brazo, entró en el despacho y cerró la puerta tras de sí. Con él entró también el olor a lluvia, aire fresco y lavanda. Sin preguntar, Jake supo que su guapo hermano debía de haber comido con una de sus muchas amantes. A juzgar por el fuerte olor a perfume que desprendía, quizás hubiese habido algo más que comida.

La gente decía que Jake y Jeremy se parecían bastante. Los dos eran extraordinariamente altos, corpulentos y de caderas estrechas. Su cabello era de color negro ébano y su piel, ya de por sí oscura, tendía a estar siempre bronceada por la común afición a estar al aire libre. Sin embargo, Jake no veía ese parecido; a lo sumo, ciertas similitudes. Una mirada de Jeremy era suficiente para hacer que todas las mujeres cayeran rendidas a sus pies.

—Dios santo, Jeremy, hueles a puta francesa.

Su hermano se tiró del cuello de la camisa y se irguió, transpirando masculinidad.

—Athena se ha excedido un poco con el perfume. Pero es que esta Athena es una mujer de excesos, ¡que Dios bendiga su generosidad!

Jake trató de recordar a una mujer que se llamase así entre sus conocidos.

—¿La hija del lechero? ¿La que parece...?

—¿A quién le importa su cara? La muchacha es maravillosa de barbilla para abajo. Y no me sermonees. Ya tengo edad para saber con quién debo andar y con quién no.

Jake lo daba por perdido.

—Tus aventuras amorosas son el menor de mis problemas ahora mismo.

Para disipar la confusión de la mirada de su hermano, Jake relató rápidamente la discusión que acababa de tener con su hermana.

Jeremy sonrió abiertamente, dejando ver la blancura luminosa de sus dientes.

Tirándose de una de las perneras del pantalón, apoyó la cadera en el borde del escritorio de Jake.

—Al menos ha superado la etapa del bisturí, y por esta vez no ha habido sangre.

Jake se hundió en el cojín de fina piel de su silla y echó la cabeza hacia atrás. Con los ojos cerrados, preguntó:

—¿Estoy equivocado, Jer? ¿Mi forma de pensar es tan injusta como ella dice?

Jeremy tardó un momento en responder.

—No creo que sea una cuestión de justicia, o de si está bien o mal. Hay veces en las que, sin embargo, creo que es posible amar tanto a una persona que cometamos el error de intentar mantenerla entre algodones.

Hubo un pesado silencio entre los dos. Jake recordó las palabras de Mary Beth y se sumió en la incertidumbre. Claro que se había sentido culpable de la muerte de su madre. Incluso ahora, recordaba cómo la había desoído y había pospuesto la orden de ir por agua al arroyo para jugar con Jeremy. Su madre había tenido que traer el agua ella misma. Aunque habían pasado ya diecinueve años y podía ver lo que pasó con ojos de adulto, es decir, entendiendo que cualquier otro niño de once años, cansado de trabajar, hubiese hecho lo mismo, Jake no podía perdonárselo del todo. Le daba miedo pensar que había pasado todos estos años tratando de expiar los pecados de su padre. Era incluso más aterrador pensar que había obligado a Mary Beth a hacer penitencia con él.

—Dime... —dijo con voz quebrada—. ¿Qué harías tú con Mary Beth si estuvieras en mi lugar?

Jeremy suspiró.

—No lo sé. El problema es que puedo entenderos a los dos. Para Mary Beth, su vida es inútil. Pero también entiendo cómo te sientes tú. No puedo culparte por querer mantenerla en casa para tenerla bajo control.

Bajo control. ¿Era así como todo el mundo lo veía?

—Sabes bien cómo sería si dejase que fuese a la universidad. Ella no es consciente de la oposición con que se encontraría en su empeño de ser abogada.

Jeremy cogió la pepita de oro que Jake tenía en el escritorio y que utilizaba como pisapapeles.

—Mary Beth se aburre, Jake, pero eso no la matará. Lo superará, como ha superado otras cosas antes. ¿Por qué estás tan enfadado? Siempre te has reído de sus ocurrencias.

—Porque quiero hacer lo correcto con ella. —Jake se sentó más recto, tratando sin resultado de poner palabras a lo que sentía por Mary Beth—. ¿Por qué tengo que ser yo el que decida?

Jeremy se rio y levantó las manos.

—¡Ah, no, ni se te ocurra! ¡A mí no me metas en esto!

—Me trata como si fuera su carcelero.

—No me metas en vuestras peleas, Jake. Vaya con quien vaya, tengo las de perder. Tú eres el mayor, y es tu responsabilidad.

—Quizás esté cansado de esa responsabilidad. —Jake se levantó de la silla ayudándose de las manos y dio unos pasos. Mientras se pasaba la mano por el pelo, se detuvo ante la ventana para mirar a la calle. En ese momento, vio pasar un carruaje. Sus ruedas salpicaban barro a los lados—. Al menos tú puedes razonar con ella. Porque yo no puedo. Cuando empieza a salirse por la tangente, me pongo furioso con tanta rapidez que lo único que hago es gritar. Se atreve a acusarme de estar llevando a cabo negocios sucios. ¿Puedes creértelo?

Jeremy no respondió. Sorprendido, Jake lo miró por encima del hombro. Su hermano tenía la cabeza baja y estudiaba la pepita de oro. Jake se volvió y esperó. Jeremy permaneció en silencio.

—Y bien, ¿no vas a reírte? —preguntó Jake—. No he hecho nada deshonesto en mi vida.

Jake caminó lentamente hacia el escritorio.

—¿Jeremy...?

Estirando el cuerpo, Jeremy puso la pepita en su sitio. Sus anchos hombros permanecían rígidos bajo la seda gris de su chaqueta. La tela de las mangas de la camisa blanca se tensaba al contacto con los músculos de la parte superior de los brazos.

—Ahora no es el momento, Jake.

—Ahora es el momento perfecto. ¿De qué va todo esto?

—Maldita sea Mary Beth y su boca. —Jeremy se tocó la nariz y cerró los ojos—. Me estás poniendo en un compromiso.

—Esto no me gusta. Nunca ha habido secretos en esta familia.

—Tal vez no entre nosotros —dijo Jeremy con voz débil.

—¿Y qué demonios significa eso?

—Que padre no es tan cándido contigo como lo es conmigo.

—¿Qué quieres decir?

Jeremy apretó los labios.

—Quiero decir que he oído ciertas cosas a escondidas; he visto cosas, que me hacen... —se limpió la boca con la manga—. Tengo razones para pensar que, de alguna manera, nuestro padre provoca que estas operaciones de compra tengan lugar.

Jake lo miró fijamente.

—¿Eres consciente de lo que estás diciendo?

—Sí. —Los hombros de Jeremy se relajaron—. Piensa, por ejemplo, en ese lugar al que vas mañana, Tierra de Lobos. Hace unos dos meses, cuando me acercaba al despacho de nuestro padre, oí una conversación entre él y Hank Sample. Hablaban de

Tierra de Lobos. Recuerdo el nombre porque es un tanto inusual. Padre dijo: «Encárgate de ello, Hank». Ahora, tú vas para allá a hacer una oferta de compra al propietario.

Jake agitó la mano con incredulidad.

—¿Y qué? Es una oferta justa. Y estoy seguro de que se alegrará mucho de recibirla. El propietario sufrió un accidente y no puede trabajar. No podrá durante meses. Nuestra entrada en mayo le salvará de la ruina.

—¿Cómo se hizo daño Cazador Lobo?

—¿Sabes el nombre de ese hombre?

—He estado haciendo averiguaciones, sí. ¿Qué le pasó?

Jake sintió un escalofrío en la espalda.

—Supongo que en un derrumbe.

Jeremy asintió.

—Uno de varios. Todos pequeños. Pequeños accidentes, costosos, pero asumibles. En este último mes se han producido bastantes accidentes en esa mina.

Jake cerró los puños.

—Esa es una vil acusación, y lo sabes. Cazador Lobo estuvo a punto de morir. Nuestro padre puede ser avaricioso, y Dios sabe que yo sería la última persona en defenderle. Pero no es un asesino.

La expresión de Jeremy no se suavizó.

—Ese es el riesgo que existe con los accidentes amañados. Antes o después, alguien termina estando en el lugar y el momento equivocados.

Jake vio en la mirada de su hermano que creía de verdad lo que estaba diciendo. Se dejó caer sobre la mesa.

—Revisa los registros —le retó Jeremy—. Nunca antes ha habido heridos, pero prácticamente todas las adquisiciones de padre han ido precedidas de una racha de mala suerte para el negocio que quería comprar. Estoy seguro de que en todos los casos esa mala suerte terminó milagrosamente en el momento en el que Ore-Cal obtuvo la propiedad.

Por un momento, Jake volvió atrás en el tiempo y se vio de pie junto a la tumba de su madre. La voz de Mary Beth resonó en su mente: «Lo único que le importa a papá es el oro».

—No es posible que esté tan ciego.

—Tal vez yo veo lo que tú no ves porque padre no es tan cuidadoso conmigo. Le he visto ordenar su escritorio antes de que entres en su despacho, escondiendo papeles, cubriéndolos con otras cartas. —Jeremy alzó las manos—. Solo piénsalo, Jake. ¿Por qué padre siempre sabe muy oportunamente cuándo un negocio tiene problemas? No son solo las minas, ¿sabes? Hace tres meses se trataba de un hotel. En todos los casos, llegó con una oferta bajo el brazo justo en el momento adecuado. ¿Crees que la gente que está al borde de la bancarrota anda poniendo anuncios en los periódicos?

Jake miró al techo. Había algo de verdad en lo que decía Jeremy. Su padre parecía tener una especie de diabólico sentido del tiempo, siempre entraba en escena en el momento adecuado. Y Jake conocía a Jeremy lo suficiente para saber que no diría algo así si no tuviera una sospecha razonable. Por Dios bendito. Era como si el despacho hubiese empequeñecido de repente.

—Lo revisaré —dijo.

—¿Y qué vas a hacer? —la voz de su hermano se quebró—. Lo siento, Jake. No era mi intención decírtelo de esta manera. Quería tener más pruebas. Pero si estoy en lo cierto, ¿qué vamos a hacer? Tendremos que reparar el daño producido y mantenerlo en silencio. El escándalo sería la ruina para nosotros. Tendrías que olvidarte de tu compromiso con Emily.

En ese momento, lo que menos le preocupaba a Jake era su compromiso. Cuando era niño, había chocado de frente contra un árbol y se había sentido como ahora: mareado, desorientado, incapaz de recordar qué era lo que había estado pensando hacía solo un instante. Casi incapaz de sentir los pies, rodeó la mesa y se dejó caer en la silla.

—Jake, ¿estás bien?

¿Estaba bien? Jake reprimió una carcajada. Su hermana acababa de ponerle ante un espejo y ahora su hermano le decía que había estado dirigiendo un negocio de adquisiciones ilegales. Diablos, no; no estaba bien. Pensó en todas las veces que había dado el golpe de gracia a hombres de negocios, comprando su medio de vida a un precio justo, creyendo que les estaba haciendo un favor porque los salvaba de una ruina inevitable.

«Le has despreciado toda tu vida, y ahora te has vuelto como él.» Todo en su interior se rebelaba ante este pensamiento. Amaba a su padre de una forma desapegada, porque nunca le había gustado su forma de ser. Y ahí estaba el problema. Era feliz cuando no tenía que verle. Hasta entonces, Jake estaba contento de haber podido vivir en casas separadas y de gestionar sus empresas sin tener que pensar en lo que su padre hacía después con el negocio, sus adquisiciones y sus inversiones.

—Debería haber pasado más tiempo en la oficina —susurró con voz ronca.

—Qué típico. Cúlpatelo a ti mismo. El bueno de Jake siempre responsabilizándose de todo. Cuidar de varias minas ya es de por sí un trabajo de titanes. Pero él te ha hecho gestor de casi cuarenta, además de las otras empresas no mineras. Cuando no estás preocupado por las condiciones de seguridad en el trabajo, te ocupas de la contabilidad. ¿Te ha pedido alguna vez que contrates a alguien para que se ocupe de parte del trabajo? ¿Me ha pedido a mí que lo haga? Diablos, no. Y ahora sabemos por qué. Quería mantenerte tan ocupado que no tuvieses tiempo de pensar en nada más.

A Jake se le secó la boca. Trató de tragar saliva pero no pudo.

—Podemos buscar excusas todo el día, pero el fondo de la cuestión es que yo tenía que haber sabido lo que estaba pasando.

—¿Qué vas a hacer?

—Iré a Tierra de Lobos, como estaba previsto, y echaré un vistazo.

Jake sabía que se estaba repitiendo, y que esto no era una solución. Pero más allá de esto, no sabía qué otra cosa hacer. ¿Cómo se hacía para reconstruir vidas destrozadas?

Capítulo 2

Tierra de Lobos, 1885

Un relámpago iluminó el cielo. A continuación, rugió un trueno. Índigo Lobo se sentó en un claro de hierba y se abrazó las rodillas. Con un suspiro reparador, echó la cabeza hacia atrás para atrapar las gotas de lluvia con la lengua. El agua le caía por el ala del sombrero de piel y le llegaba hasta el cuello. Tembló y estiró la espalda. En algún lugar del cielo, en lo alto de la colina, zigzagueó otro relámpago. Un árbol, partido en dos por el impacto, crujió y cayó al suelo. Allí donde estaba, percibió el temblor y distinguió el olor a pino quemado.

Su mascota, *Lobo*, gimió y le dio un empujoncito con el cuerpo. Zarandeada por el viento, le puso una mano en el cuello y cerró los ojos para absorber la carga eléctrica que transportaba el aire. En ese momento, no se sintió tan indefensa ante las fuerzas que amenazaban con dar un vuelco a todo lo que conocía.

Había tenido uno de los días más largos de su vida. Cada minuto pasado en la mina le había parecido una eternidad, pues solo podía pensar en su casa y en lo que habría estado sucediendo allí. Cuando por fin podía volver al pueblo, prefería estar sentada aquí y posponer el momento.

Deseó que la tormenta pudiese durar siempre. Sin embargo, en unos minutos, los truenos empezaron a oírse más distantes y la lluvia comenzó a amainar. Abrió los ojos: las nubes más negras se alejaban por el sur. Un débil rayo de sol atravesó la penumbra con indecisión. Su padre hubiese dicho que esa luz era una promesa de los dioses de que todo saldría bien. Índigo no tenía tanta fe. Nada mejoraría si ella no hacía nada para solucionarlo. Solo tenía que encontrar la forma.

Suspiró y se puso en pie, observando con tristeza el conjunto de casas que se agrupaba a sus pies. Su hogar. Un concepto que tendría significados diferentes para cada persona. Para ella, el hogar era Tierra de Lobos. En los últimos años se habían construido algunas casas nuevas, pero por lo demás el poblado seguía siendo el mismo. La espaciosa casa que su padre había construido al llegar a Oregón veinte años atrás se conservaba bien, con sus paredes de troncos secos y su techo de maderas grises y doradas. Desde donde estaba, podía ver el gallinero de su madre y el jardín de la parte trasera de la casa. Más allá, entre los árboles, se alzaba el tipi de su padre, un cono de piel envejecida de color miel, con los mástiles entrecruzados entre los majestuosos pinos. Junto a la pila de leña podía verse el tocón marcado con incisiones que ella y su hermano Chase habían utilizado para practicar con el cuchillo y el hacha.

Índigo no podía imaginarse viviendo en otro lugar. Sin embargo, justo en este momento, su padre podría estar firmando los papeles que cambiarían el curso de su

vida para siempre. Si no lo había hecho ya. Ore-Cal Enterprises. Había oído este nombre por primera vez hacía solo un mes y ya lo odiaba.

Unas débiles columnas de humo gris se alzaban al cielo desde las chimeneas del pueblo. El viento las doblaba luego en dirección al sur. Hacia allí dirigió la vista, asustada al pensar en la idea de que un mundo completamente diferente existía más allá de las distantes cumbres nevadas. De este lado, solo unos pocos estúpidos la juzgaban por el color de su piel. En la mina, nadie la trataba de manera diferente por ser una mujer. Si su padre seguía adelante con el plan de vender la mina, la vida que había conocido hasta ahora podría desaparecer para siempre. En sus diecinueve años, nunca se había aventurado más allá de Jacksonville, que estaba a unos quince kilómetros de distancia.

No tenían por qué vender la mina, pero hasta el momento no había conseguido convencer a sus padres de lo contrario. Ella podía conseguir que las cosas volvieran a funcionar y ponerse al frente hasta que su padre se recuperase. Sabía que podía hacerlo. Si había un grupo de gente obtusa tratando de hacerles cerrar el negocio, allá ellos. Ella les pararía los pies como cualquier hombre. Solo necesitaba que sus padres confiaran en ella.

Frustrada, acarició el pelaje mojado de *Lobo*. Él se apretó contra ella. El animal le llegaba casi hasta las caderas, lo que le recordaba, muy a su pesar, que había heredado la frágil complexión de su madre. Odiaba ser pequeña, especialmente ahora que estaba en juego su capacidad para hacerse cargo de la mina. Todas las tardes, desde que su padre tuvo el accidente, había llegado exhausta a casa, pero ni una sola vez se había quejado por ello. Aun así, ¿su padre seguía queriendo vender? No era justo. No quería irse de allí.

Lobo la miró con sus grandes ojos dorados. Tenía una expresión asombrosamente humana y una sabiduría difícil de ignorar. Hacían una gran pareja, ella y *Lobo*. Un lobo tampoco encajaría en el mundo que había más allá de las montañas.

—Y bien, amigo mío, ¿no crees que ya va siendo hora de que volvamos a casa y oigamos las malas noticias? No podemos huir de ellas para siempre.

Índigo bajó por la colina, con cuidado de no pisar mal y resbalar con el barro. *Lobo* se colocó junto a ella, como un espectro silencioso y plateado que se fundiese con la oscuridad.

Al llegar a la calle principal, vio a Shorty Dixon reclinado en el banco que había frente a la tienda de abastos. Como de costumbre al salir del trabajo, mascaba tabaco con sus dos amigotes, Stretch y Stringbean. Vio enseguida que había un caballo bayo forastero atado a la puerta de su casa y, sin ganas de conocer a su propietario, deseó poder dar marcha atrás y quedarse un rato con los hombres. Casi podía oler los deliciosos aromas que salían del restaurante a esa hora del día. Se entretuvo un rato más bajo la lluvia. La risa de Stringbean llegó con el viento hasta donde ella estaba, y sonrió, segura de que Stretch estaría contando otra de sus increíbles historias.

El sonido de un portazo llamó su atención. Miró por encima del hombro y vio a

su madre en el porche. Índigo echó a correr. Cuando se acercaba a la casa, el bayo, asustado por la cercanía de *Lobo*, dio un respingo y relinchó. Mirando al caballo de reojo, el lobo subió sigilosamente las escaleras del porche.

Índigo se echó hacia atrás el sombrero y se alegró al ver la sonrisa de su madre. No era una media sonrisa, sino una sonrisa amplia que iluminaba su cara.

—¿Qué ocurre? —preguntó Índigo, con miedo a precipitarse, pero sin poder remediar ser optimista al ver la expresión de su madre—. Madre, no te quedes ahí sonriendo sin decir nada. ¿Por qué estás tan contenta?

—Ah, Índigo, no lo adivinarías ni en un millón de años.

—¡Madre! —Subiendo los escalones de dos en dos, Índigo llegó hasta donde ella estaba—. No te pongas a jugar a las adivinanzas. No me vendrían mal buenas noticias para variar.

Su madre se puso una mano en la cintura y con la otra se tocó las trenzas doradas que llevaba sujetas en la parte alta de la cabeza.

—Dios ha escuchado nuestras súplicas y nos ha concedido un milagro. Ya no tenemos que vender la mina.

Índigo dejó escapar un grito de satisfacción. A continuación, le asaltó la curiosidad.

—¿Qué tipo de milagro?

—Un hombre llamado Jake Rand. Por casualidad, estaba ayer en Jacksonville y oyó lo del accidente de tu padre. Estaba buscando trabajo, sin mucha suerte. Tiene mucha experiencia como minero. Se ha ofrecido a ser nuestro capataz hasta que ahorre lo suficiente y pueda seguir su camino. Es una solución perfecta para nosotros y para él.

Índigo sabía que debía de estar contenta, pero en vez de eso se sentía como si le hubiesen aplastado el estómago. En vez de pensar en ella, su padre había preferido contratar a un extraño. Después de todo lo que había pasado, ¿cómo podían sus padres confiar en este Jake Rand?

—De todas modos —continuó su madre—, el señor Rand necesitará familiarizarse con la mina. Tu padre espera que tú puedas ayudarle. ¿No te importará enseñárselo todo, verdad? Nadie conoce la mina como tú.

Eso era cierto, y le dolía que todos esperasen que soltase las riendas.

—Madre, yo puedo hacerme cargo de la mina. No necesitamos a ningún extraño. Será un salario más.

Su madre torció la boca.

—Cariño, sé que habías soñado con encargarte de la mina, pero los sueños no siempre son prácticos. No es una cuestión de si estás capacitada o no, sino de que eres solo una niña. No puedes esperar que un batallón de hombres se ponga a tus órdenes.

Índigo podía, y lo haría, pero sabía que decirlo no cambiaría las cosas. Reprimió un bufido de enfado. Estas últimas semanas habían sido muy difíciles para sus padres.

—¿Cuándo quiere empezar el señor Rand?

Una expresión de alivio cruzó el rostro de su madre.

—Inmediatamente, creo. Empezará a trabajar mañana por la mañana. —Puso una mano en el hombro de Índigo—. No te sientas mal. Ya tendrás tiempo cuando seas mayor. Por ahora, siéntete orgullosa de que tu padre te haya elegido para ser el brazo derecho del señor Rand. Porque eso es lo que vas a ser, ¿sabes? Tendrás que responder a todas sus preguntas. En realidad, si lo piensas, estarás dirigiendo la mina a través de él.

Para Índigo, eso era una estupidez, pero la vida podía ser muy estúpida a veces, sobre todo para las mujeres. Conocía la mina como la palma de la mano y, sin embargo, debía instruir a otro para que se hiciera cargo de ella. No era suficiente, pero sabía que debía conformarse. Su padre tenía una lesión grave. La mina estaba al borde del desastre. Su madre trataba de ocuparse de todo con una plegaria y una sonrisa en la boca.

—Puedes contar conmigo, madre.

—¿Acaso crees que lo dudaba? —Su madre inspiró profundamente. El aire estaba cargado de humedad—. Las cosas van a ir bien a partir de ahora. Puedo sentirlo. —Sus brillantes ojos azules se encontraron con los de Índigo—. ¿Quieres que entremos y te presente al señor Rand?

Índigo se frotó las manos en los pantalones de ante.

—Si voy a volver a la mina, no tiene sentido que me lave. Esperaré aquí fuera para no ensuciar el suelo de casa. —Entonces recordó algo—. Mamá, ¿y qué hay del hombre de Ore-Cal? Se suponía que debía venir hoy. ¿No ha dado señales de vida?

—No, gracias a Dios. Mandaron un telegrama diciendo que se retrasaría un par de semanas. Imagínate cómo nos hubiésemos sentido si tras vender la mina hubiese aparecido el señor Rand.

La luz de la lámpara de gas teñía el dormitorio de un color ámbar, que contrastaba agradablemente con la oscuridad de la tormenta que se ceñía al otro lado de la ventana. Había empezado a llover de nuevo, con un repiqueteo persistente sobre los cristales. El silbido de la lámpara le tranquilizaba. En el ambiente, había una calidez que provenía de la cocina y de la chimenea de la otra habitación. Jake se acomodó en la mecedora junto a la cama de Cazador Lobo.

No recordaba haber visto nunca una casa con tanto encanto y sencillez como esa. Mirase donde mirase, podía ver la mano de la señora Lobo. Cuando Jake pensó en la fortuna que se habían gastado decorando su casa de Portland y en el frío resultado si lo comparaba con lo que tenía ante sus ojos, se sintió extrañamente solo y vacío.

—Tiene una casa muy bonita —comentó a su postrado anfitrión. Según los estándares de Portland, el lugar era poco más que una choza, pero le gustaban las coloridas alfombras y las rústicas paredes de madera. Le transmitían un sentimiento

de atemporalidad. Y algo más, algo que no podía definir, pero que le hacía querer quedarse allí para siempre.

Los ojos color índigo de Cazador brillaron con afecto.

—Mi mujer tiene magia en sus manos. —Contrajo los hombros y cerró los ojos al tratar de colocar el brazo vendado en una posición más confortable. Puso la vista en el edredón que le cubría el regazo, firmemente colocado—. Todo lo hace con mucho amor.

«Sí —pensó Jake—, eso es lo que siento en esta casa, mucho amor, algo que ni todo el dinero del mundo puede comprar o reproducir.» De repente, se sintió incómodo e inseguro sin saber muy bien por qué. Se echó hacia delante en la mecedora y se abrazó las rodillas.

Cazador Lobo no era la causa de sus pesares. A Jake le gustaba ese hombre, tanto que no podía creer que alguien quisiera matarlo. Sin embargo, la prueba estaba ante sus ojos: el señor Lobo parecía tener más huesos rotos que sanos.

Jake estaba arrepentido. Incluso aunque su padre no fuera responsable, odiaba ver a un hombre tan fuerte y duro confinado en una cama. Y muy probablemente no saldría de ella en las próximas semanas. Jake sabía cómo se sentiría si se viera obligado a depender de una mujer del tamaño de Loretta Lobo. Se mostraría reacio a pedirle el más mínimo favor. Le costaría incluso que le ahuecase la almohada, por temor a que tratase de levantarlo.

—¿Qué le hace pensar que los accidentes de la mina tienen que ver con prejuicios raciales? —preguntó Jake suavemente.

Lobo jugueteó con una hebra de hilo azul de la colcha.

—¿Por qué si no? Estoy seguro de que los accidentes han sido...

Cuando Jake vio que su anfitrión parecía buscar la palabra correcta, se apresuró a ayudarlo.

—¿Amañados?

Una sonrisa fría apareció en la boca de Lobo. Después asintió y se quedó pensativo.

—No he hecho mal a nadie. Si alguien quiere perjudicarme, solo puede ser debido a mi origen indio. —Sus ojos se encontraron con los de Jake—. Muchos han venido a estas colinas. Algunos traían malos sentimientos. Si usted se queda a mi lado, le odiarán también. Estuve a punto de morir en el último desprendimiento. —Había una pregunta en sus ojos—. Muchos hombres no aceptarían este trabajo si supiesen esto.

—No soy de los que huyen de los problemas. —Jake sabía que nadie podía relacionarlo con Ore-Cal. Los Rands dirigían todos sus negocios utilizando el nombre de la compañía. Pero eso no le tranquilizaba. La mirada de Lobo parecía capaz de adentrarse en las capas internas de cualquier hombre hasta hacerle sentir transparente. Jake no podía arriesgarse a revelar la verdadera razón de su llegada... al menos, no todavía—. Necesito este trabajo y usted necesita un hombre de confianza. Parece la solución perfecta para ambos.

Lobo pareció pensárselo.

—Después de todo lo que ha pasado, siempre trato de cubrirme las espaldas. Sin embargo, sus ojos me hablan de amistad. Y tiene un rostro honrado.

—¿Es por eso por lo que estaba pensando en vender? ¿Porque no tiene nadie en quien confiar? ¿Por lo peligroso que es?

—No me importa el peligro que yo pueda correr. Si por mí fuera, mantendría cerrada la mina hasta que me curase y después volvería a abrirla. Pero tengo bocas que alimentar.

Hacía tiempo que Jake no había tenido que preocuparse por asegurar las necesidades básicas de sus seres queridos, pero aún recordaba cómo era cargar con esa responsabilidad sobre los hombros.

—Mi hija, Índigo, ha intentado vigilar a mis hombres y hacer todas las reparaciones —explicó—. Creo que podría dirigir la mina muy bien, pero, después de todos estos accidentes, temo por ella. Su madre está aún más preocupada y, como yo no puedo trabajar, tiene que hacer el doble. —Levantó la mano que tenía sana en un gesto de inevitable derrota—. El médico dice que pasará aún una temporada antes de que pueda volver a andar. Algunas veces, un hombre debe dejar a un lado su orgullo. Debe decir *suvate*, «todo se ha cumplido», y mirar hacia el horizonte.

Loretta Lobo era como un suspiro de mujer, y Jake no podía culpar a su marido por sentirse protector con ella. Todavía no había visto a Índigo, pero imaginar a una muchacha dentro de una mina que había sufrido ya varios derrumbes le ponía los pelos de punta. La preocupación le mataría, si hubiese sido su hija.

—Bien... —La voz de Jake se quebró y bajó la vista al suelo. No podía soportar el hecho de que su padre fuera responsable de la mala fortuna de esta familia, y solo podía rezar para que el señor Lobo tuviese razón y los derrumbes fueran obra de gentes del lugar que odiaban a los indios—. Me alegro de haber llegado a Jacksonville antes de que vendiera.

—Yo también me alegro de tenerle.

La sencillez y honestidad de esta respuesta le llegó al corazón. Indicaba que era un hombre capaz de anteponer la verdad, por mucho que eso le perjudicase. ¿Qué le sucedería a su familia cuando él tuviera que marcharse? Cuando planeaba su viaje a Tierra de Lobos no pensó en esta gente como algo real, y tampoco pensó que pudiera llegar a encariñarse con ellos.

—Si algo ocurriese... si resulta que no puedo quedarme hasta que usted esté totalmente recuperado, ¿no hay nadie, amigo o familiar, que pueda ayudarles?

El señor Lobo cerró los ojos un instante.

—Muchos amigos, sí, pero tienen que alimentar a sus propias familias. Mi hijo podría volver a casa, pero, si se lo pido, perderá todo lo que ha conseguido en estos meses de trabajo en el bosque. Mi cuñado, Antílope, también trabaja la madera, y necesita estar allí para ayudar a Chase con los pedidos. No puedo pedir a otros que lo pierdan todo para ayudarme.

Era evidente que Cazador no había conseguido dejar a un lado su orgullo.

—Algunas veces, no nos queda más remedio que pedir ayuda a nuestra familia.

—No, si es para salvar una mina que podría agotarse la próxima semana o el próximo mes. La madera es el futuro de mi hijo. Podría terminar siendo también el mío.

Nadie sabía mejor que Jake lo inseguro que podía llegar a ser la minería. Suspiró y asintió.

—Está bien. Mientras yo esté aquí, puede que la ayuda de su hijo no sea necesaria.

Los ojos de Lobo brillaron de nuevo.

—Mi mujer cree que su dios le ha enviado aquí. Si eso es cierto, entonces él querrá que se quede hasta que ya no le necesitemos más, ¿no cree?

No podía haber dicho nada peor. Sintióse terriblemente culpable, Jake miró la lluvia por la ventana. Quería decirle a Lobo la verdad sobre quién era y por qué estaba allí, pero, si lo hacía, el mestizo lo enviaría de vuelta a casa. Y, dadas las circunstancias, ¿quién podría culparle?

—Bien... —Desde el inicio de la conversación, «bien» había sido su palabra favorita, pensó Jake. Un tema profundo con un final vacío, una palabra que lo decía todo sin decir nada. Con ganas de escapar a la mirada penetrante de su nuevo patrón, Jake se levantó de la mecedora de la señora Lobo y recogió su chubasquero del suelo. Estaba furioso, y no podía remediarlo. Lo único que este hombre quería era ganarse la vida con modestia y mantener a su familia. No parecía justo que algunas personas tuviesen tanto mientras otras perdían lo poco que tenían aunque se mereciesen más—. Espero que esté satisfecho con mi trabajo. —Jake lo deseaba con todo su corazón—. En el tiempo que pueda quedarme, le aseguro que haré todo lo que esté en mi mano.

Cazador parpadeó. Por un instante, Jake pensó que iba a dormirse antes de que terminasen la conversación. El láudano que tenía en la mesilla de noche parecía estar cumpliendo su cometido.

Con gran esfuerzo, trató de concentrarse.

—El trabajo se amontona, tanto en la mina como aquí. Desde que mi hijo y mi cuñado se fueron, me han faltado manos. Conseguí arreglar el tejado este otoño, pero hay otras cosas...

—No se preocupe por el trabajo —le interrumpió Jake—. Soy bastante hábil. Si veo algo que necesite ser reparado, lo haré.

—Índigo... Ella lo intenta. Pero es una carga pesada para una muchacha.

—Mientras yo esté aquí, usted solo tendrá que preocuparse de ponerse bien. Yo me ocuparé de lo demás.

Como tenía el brazo derecho en cabestrillo, Cazador extendió el izquierdo para despedirse. Aunque estuvieran débiles y algo temblorosos, los dedos del indio estrecharon con fuerza la mano de Jake.

—Para mis amigos, soy Cazador.

Lo último que quería Jake era tenerle como amigo. Su misión ya era bastante difícil aquí como para añadir un componente de lealtad dividida.

—A mí me llaman Jake.

Lobo sonrió.

—Está bien. —Aflojó un poco la mano y su brazo cayó pesadamente en la cama —. Ahora puedo descansar tranquilo, ¿verdad? Porque nos ha llegado del cielo...

El mestizo cerró los ojos, y sus facciones se suavizaron. Jake se quedó de pie junto a él, sintiéndose como un condenado al que acaban de cerrar la puerta de la celda.

Algo llamó la atención de Jake. Loretta Lobo entró sigilosamente en la habitación. Aunque su indumentaria era sencilla y no llevaba ninguna joya, estaba radiante en su sencillez, el tipo de mujer que hacía sonreír a un hombre. Jake entendió por qué los ojos de Cazador brillaban de amor cuando hablaba de ella. Tan frágil como un pajarillo, no parecía tener nada que ver con el hombre duro que yacía en la cama. Y, sin embargo, Jake tenía el presentimiento de que era ella quien gobernaba la casa. Había que tener un corazón muy duro para contrariar a unos ojos azules como aquellos.

—Nuestra hija, Índigo, ha accedido a mostrarle los alrededores, señor Rand. Ella conoce mucho mejor la mina que yo. Podrá responder a todas las dudas que tenga.

Jake echó un vistazo por la ventana.

—Hace un día bastante despacible para que una jovencita ande de un lado a otro. Ella le miró con orgullo.

—Índigo no se deja amedrentar por el mal tiempo. Le está esperando en el porche.

Jake se puso en marcha inmediatamente, ya que imaginaba a alguien como la señora Lobo tiritando de frío en el porche.

—Será mejor que salga entonces.

—Comerá con nosotros y se quedará en el dormitorio de Chase mientras esté aquí. La cena es siempre a las seis.

A Jake no le gustó la idea de hacer uso de sus despensas también. Sabía, aunque no se lo hubiesen dicho, que la familia Lobo no pasaba por uno de sus momentos más boyantes.

—Aprecio la oferta, señora Lobo, pero ya he dejado dicho que me quedaría en el hotel.

—De ningún modo —insistió—. En cuanto vuelva de la mina, iré y le diré a la señora Bronson que ha cambiado de idea. Los precios de Mike son justos, pero son bastante elevados para un obrero que necesita alojamiento.

Jake no era un obrero, y ya le gustaba la familia Lobo más de lo que creía conveniente. Si se quedaba en su casa y comía con ellos, todo iba a complicarse más.

—Es muy amable de su parte, pero...

Ella levantó la mano.

—No se hable más. Se queda con nosotros, y es mi última palabra. —Sin más, pasó por delante de él para ir a inclinarse sobre su marido, que dormía. Después de tocarle la frente con la mano, levantó los ojos y le dirigió una beatífica sonrisa—. No le había visto tan tranquilo desde el accidente.

A Jake no le gustaba que le adjudicaran el papel de salvador. Salió de la habitación sin dar la espalda y cerró sigilosamente la puerta.

Capítulo 3

Cuando Índigo oyó que se abría la puerta de la entrada, forzó una sonrisa, decidida a ser simpática con Jake Rand por mucho que le costase. Aunque le hubiese usurpado un lugar que creía suyo, sabía que no podía culparle de nada. No obstante, todos sus buenos propósitos se desvanecieron al verlo. No era así como lo había imaginado.

Allí venían mineros de todos los tipos, colores y tamaños, pero la mayoría no eran tan guapos como este. Ninguno que ella recordase había sido más alto que su padre, y aquellos que tenían experiencia suficiente como para supervisar una excavación solían ser de más edad. Tuvo que levantar los ojos para poder ver su rostro bruñido por el sol. Reparó en la línea cuadrada de su mandíbula, en las pequeñas arrugas de los ojos castaños y en el saliente de la recta nariz. Las limpias facciones, cinceladas como a conciencia, le recordaron a una talla de madera bien terminada. No había ni una cana en su cabello color ébano. A juzgar por su apariencia, debía rondar los treinta y pocos.

Llevaba una camisa de lana a cuadros rojos y unos pantalones vaqueros que, sin ser nuevos, eran de una limpieza desconcertante. Las ropas de los mineros, incluso recién lavadas, solían estar llenas de manchas. Cerró la puerta y dio dos largas zancadas antes de detenerse junto a ella, tan alto que casi rozaba el techo del porche. Después de hacer una leve inclinación en señal de saludo, miró a un lado y a otro y después frunció el entrecejo y clavó la vista en la cortina de lluvia, en dirección al pueblo.

Índigo pensó que era de muy mala educación ignorarla de esa manera. Pero no creyó adecuado ser ella la que se dirigiese al caballero, si quería comportarse como una señorita. En otras circunstancias, esto le hubiese dado igual, pero sabía que la gente que no era de Tierra de Lobos le daba mucha importancia a las formas. Empezaba a pensar que hubiese sido mejor entrar para que su madre los presentase. Lo último que quería era causar una mala impresión.

Con la vista aún puesta en la calle, él apretó los labios y se puso a silbar por lo bajo *Yankee Doodle*. Índigo aprovechó para observarlo. El viento apartaba su espeso pelo negro de la frente. El tejido vaquero de sus pantalones se pegaba a su esbelta cadera y dibujaba el contorno de sus muslos. Bien metida por la cintura, su camisa dejaba ver un pecho y unos hombros magníficos. En su postura había energía y determinación: de pie, con sus largas piernas separadas, los brazos en jarras y el chubasquero colgado del brazo.

De repente sintió una especie de escalofrío. Sin saber por qué, supo que nada volvería a ser como antes ahora que él estaba allí.

Él seguía en silencio, ignorándola. Índigo decidió hablarle primero, aunque no fuese apropiado:

—Hola.

Hubiese dicho algo más, pero él inclinó la cabeza hacia ella, más o menos en su dirección, al menos, y empezó a silbar de nuevo. Terminó la melodía con una nota cortada y suspiró con resignación. Después se pasó la mano por el pelo y colgó el chubasquero de lona en la baranda del porche. A continuación pasó a ocuparse de las mangas de la camisa, desdoblándolas hasta dejar entrever la forma de sus brazos. Sin decir nada, volvió a su melodía. Índigo empezó a impacientarse.

Luego, sin venir a cuento, Jake dijo:

—Hace un tiempo desapacible, ¿verdad?

Su voz era tan profunda y surgió de forma tan inesperada que Índigo dio un respingo.

—Así es febrero aquí —añadió él—. Algunas veces se reza por que salga el sol y otras solo se busca la sombra. Parece que esta vez las nubes os han pillado desprevenidos.

Antes de que Índigo pudiese responder, él centró su atención en la piqueta rota que estaba apoyada en la baranda. Después de estudiar el mango de roble resquebrajado durante un momento, desplazó el peso de su cuerpo sobre un solo pie para probar la resistencia de la madera que pisaba. Luego, agarró una viga de la baranda y le dio una sacudida. Ella supuso que estaba tratando de probar su solidez. Estaba claro que pensaba que el sitio necesitaba algunas reparaciones. A Índigo no le habían enseñado a ser orgullosa, por lo que este examen no le molestó. Al fin y al cabo, no había por qué avergonzarse de un poco de madera vieja. Aunque sí le pareció de mala educación que encontrase pegas estando ella presente.

El hombre metió la mano en el bolsillo de sus pantalones y echó un vistazo rápido al reloj.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí fuera?

—No mucho.

Ella pensó que a lo mejor quería ponerla a trabajar ya. Su madre siempre decía que algunos hombres habían nacido para ser jefes y otros para ser indios. Jake Rand era definitivamente de los autoritarios. Le rodeaba un aura de poder, perceptible en la forma en la que caminaba, en la manera en la que miraba como de soslayo lo que no le interesaba y miraba con ardiente intensidad aquello que creía interesante. Supuso que estaba acostumbrado a mandar y que pocas personas se atrevían a contrariarlo.

Sus ojos se posaron brevemente en los pantalones llenos de barro de Índigo, y después en sus zapatos de ante.

—Imagino que no estabas aquí cuando la señorita Lobo se fue, ¿verdad, muchacho?

¿Pensaba que era un chico? Sorprendida, lo miró fijamente.

Él interpretó como una negativa su silencio y volvió a inspeccionar la calle.

—Demonios, me pregunto adónde habrá ido. —Mientras contemplaba la lluvia, las comisuras de su boca se curvaron hacia abajo y sus arrugas se acentuaron—. Está

lloviendo a cántaros ahí fuera.

Ella subió el último escalón y se unió a él en el porche, segura de que al verla de pie se daría cuenta de su error.

—Es usted Jake Rand, ¿verdad?

Jake miró hacia abajo. El chico llevaba un sombrero de piel mojado calado hasta las orejas. Todo lo que podía ver de su cara era una pequeña y testaruda barbilla. Con sorprendente madurez, el joven de compleción débil le ofreció la mano.

Aún preocupado por la suerte que Índigo pudiese correr bajo la lluvia, Jake le apretó la mano y bajó la mirada. La camisa mojada del chico se le había pegado al cuerpo y mostraba ahora sus raquíuticos hombros y lo que era aún más evidente, la forma exquisita de los dos pechos más bonitos que hubiese visto nunca. Los pezones, erectos por el frío, empujaban con orgullo contra el ante plegado. Por unos segundos interminables, estuvo mirándolos como un idiota.

—¿Señor Rand?

Jake se sacudió mentalmente y se obligó a levantar la vista para enfrentarse a la pequeña cara en sombras que se escondía bajo el ala del sombrero. Sabía que tenía que decir algo, pero no encontró nada que decir a este chico que había resultado ser una chica y que había dado un nuevo significado a lo que él entendía como «mojado».

—Lo siento. Cuando me ha llamado «muchacho», me he dado cuenta de que no sabía quién era. Soy Índigo Lobo.

Jake tragó saliva y dijo:

—Ya lo veo —se avergonzó tan pronto como sus palabras salieron de la boca—. Quiero decir... —¿Qué quería decir exactamente?—. Desde luego que es usted la señorita Lobo. Me di cuenta en el momento en que —podía sentir el rubor subiéndole por el cuello— nos dimos la mano.

Ella se levantó el ala del sombrero con su delgado dedo y por primera vez dejó que le viera la cara. Tenía los ojos grandes como los de su madre, de un color increíblemente luminoso, azul claro. Tenía unas pestañas sedosas y oscuras, y la claridad de sus ojos contrastaba a la perfección con el moreno de su piel. Sus facciones eran frágiles, aunque contundentes, una versión femenina de la majestuosidad de su padre. Su nariz era prominente, los huesos de sus mejillas perfilados, su boca jugosa y su mandíbula delicada, como la de su madre. El conjunto era más atractivo que bello. Jake se dio cuenta de que lo único que deseaba era poder quitarle ese horrible sombrero y ver su cabello. ¿Sería negro, rubio o de un color intermedio?

Ella se soltó de un tirón. Sorprendido, Jake comprobó que aún sujetaba sus delgados dedos entre los suyos. Los retiró inmediatamente.

—Lo siento, es solo que... Lo cierto es que me ha pillado por sorpresa. Pensé que...

—Supongo que donde usted vive, las mujeres no visten de ante.

—No —admitió. Y tampoco iban cubiertas de barro y mojadas de pies a cabeza. Jake volvió a mirarla, fascinado sin saber muy bien por qué. Por separado, sus facciones no eran particularmente hermosas. Pero había algo en ellas que le atraía, quizás ese extraño contraste que veía, como si se tratase de una muñeca de porcelana envuelta en ante. Sobre todo, le fascinaban sus ojos. Brillaban al mirarlos, grandes y cándidos, mostrando mucho más de lo que probablemente ella imaginaba. En una partida de póquer, no duraría más de tres manos—. Ahora que lo pienso, no sé por qué esperaba un vestido. No hubiese sido muy práctico en la mina. Es solo que usted va tan... —Jake se detuvo a tiempo para evitar decir lo sucia que llevaba la ropa.

Como si ella adivinase lo que tenía en la cabeza, se sacudió los pantalones.

—He estado trabajando en las canaletas de lavado. Además de las cajas de cribado, es lo único que tenemos aún en funcionamiento, y necesitamos que rindan al máximo.

Una ráfaga de viento traspasó los aleros del porche, trayendo consigo un chorro de lluvia. Ella se puso la mano en el sombrero. Al chocar con la casa, el viento tuvo una reacción violenta y pegó con fuerza en la parte delantera de su camisa mojada.

A Jake se le secó la boca. Se odió a sí mismo por no poder evitarlo. Índigo parecía no darse cuenta del efecto de la lluvia sobre su camisa de ante.

—Mi madre me ha dicho que a usted le gustaría ir a la mina. Si no desea mojarse, podemos esperar a que amaine —dijo arrugando la nariz y mirando la cortina de lluvia—. Esta es una de las bondades de Oregón. Si no te gusta el tiempo...

—Solo tienes que esperar a que cambie —terminó él—. No me preocupa mojarme. Tengo el chubasquero. Lo que me preocupa es que usted coja frío. —Antes de pensarlo, volvió a mirar hacia abajo y solo con esfuerzo pudo retirar la vista—. Está empapada.

Ella se encogió de hombros. ¡Qué extraño! Unos segundos antes, esos hombros le habían parecido escuálidos. Ahora le parecían perfectos. Salvo por la generosidad de su busto, tenía la misma complexión que su madre, ligera con huesos frágiles. Dudaba de que pudiese pesar más de cuarenta kilos, ni siquiera con la ropa de ante mojada.

—Estoy acostumbrada a la lluvia.

Índigo le miró y él sonrió como un niño travieso. Ella pensó que esa sonrisa acentuaba las arrugas de su boca y transformaba la rigidez de su cara. Sus ojos marrones se clavaron en los de ella. Se produjo una reacción extraña entre ellos. Era como cuando soplaba viento de tormenta: la tensión se arremolinaba en torno a ella.

De repente, la idea de pasar varias horas a solas con él, lejos del pueblo, no le pareció tan buena. No le gustaba la forma que tenía de mirarla, o la reacción que provocaba en ella al hacerlo. No podía decir qué era, pero sabía que la asustaba.

Su padre confiaba en él. Pero Cazador Lobo era muy inocente. La hipocresía era algo que escapaba a su comprensión. Una sonrisa amable podía esconder un corazón siniestro. Nadie lo sabía mejor que ella.

Recordando la fuerza con la que Jake Rand le había cogido la mano, volvió a mirarle las manos, que ahora tenía a ambos lados de las caderas. ¿Cómo era posible que un hombre que trabajaba en las minas no tuviese callos en las manos?

Índigo centró la vista en las montañas. La neblina cubría las laderas. Dentro de tres horas se haría de noche. Si le decía a su madre que no podía ir con Jake Rand porque le temblaban las piernas, no iba a entenderlo. Sus padres pensarían que estaba buscando excusas solo porque quería ser ella la que se encargase de la mina.

Irguió los hombros.

—Está bien; si unas cuantas gotas no le molestan, deberíamos salir ahora.

—No me importa esperar a que se ponga ropa seca —sobre todo una camisa, añadió mentalmente—. No tiene sentido que se resfríe. Le dejaré mi chubasquero si no tiene uno.

—El ante mojado es increíblemente cálido. Actúa como una segunda piel.

Sí, Jake lo había notado.

Se separó la camisa del cuerpo.

—Normalmente voy preparada para la lluvia, pero estas últimas semanas han sido tan caóticas que no he tenido tiempo.

Él hizo un gesto hacia el caballo.

—Si no le importa enseñarme el establo, me gustaría desensillar a *Buck*. Después del viaje en tren hasta Roseburg y la gran cabalgada hasta aquí, se merece un sitio seco para descansar. El alojamiento para el ganado, cuando se viaja, no es tan cómodo como el de las personas.

—¿De dónde viene?

Jake no sabía si debía decir «Portland».

—Del norte.

Ella bajó las escaleras con rapidez. No tenía sentido cargar con el chubasquero si ella no lo llevaba. Así que Jake dejó la prenda en la baranda y salió detrás, hundiendo los hombros bajo la lluvia. Ella desató a *Buck* y lo llevó hasta el sombrío edificio gris que se alzaba junto a la casa.

A medio camino, Jake dejó de intentar mantenerse seco. En vez de eso, se dedicó a observar el alegre balanceo de las caderas de Índigo. Su paso era largo y elegante, y su cuerpo se movía en armonía. Trató de imaginársela con uno de los vestidos de moda de Mary Beth y sonrió. Si llevara polisón, más de uno perdería la cabeza al ver mover sus caderas.

Al llegar al establo, la muchacha se convirtió en un remolino de eficiencia. Tres cerdos blancos gruñían en un corral bajo el altillo. Jake se detuvo en la puerta y aspiró el olor casi olvidado. Los establos de su casa estaban tan limpios que se podría tomar té en el suelo. No ocurría lo mismo aquí. Por el olor, Jake adivinó que el lugar necesitaba una limpieza, otro signo de la incapacidad de Cazador para trabajar.

De repente, tuvo consciencia de la magnitud de la situación de esa familia. Dos mujeres tan pequeñas como Loretta e Índigo no podían trabajar tanto.

—¿Por qué no deja que termine con *Buck* mientras usted me espera en el porche?
—sugirió Jake.

—Usted no sabe dónde están los aperos.

Índigo desató la cincha de la panza de *Buck*. Jack le cogió el brazo antes de que levantara la silla.

—Ya lo hago yo.

Ella dio un paso atrás. Jake colgó de un gancho los aperos de montar mojados y cogió un trapo que había cerca para secarlos. Tenía la intención de hacer lo mismo con el caballo, cuando se dio la vuelta y vio que Índigo llevaba en brazos un pesado fardo de heno.

—¡Ey! —exclamó; dejó caer el trapo y corrió hacia ella—. Un peso pluma como usted podría hacerse daño con esto. —Cogió el fardo por las cuerdas y lo balanceó por encima de la pila que había en el suelo—. ¿Dónde lo quiere?

Ella se retiró unos pasos para observarlo. En la oscuridad del establo, Jake no podía estar seguro, pero le pareció que estaba perpleja. Le hizo una señal para que lo pusiese en el suelo del último establo, donde, a pesar de estar vacío, aún quedaban restos de heno.

—Allí está bien. Cuando corte las cuerdas, lo ahuecaremos con la horca y lo llevaremos al fondo. Así podremos darle algo de grano.

Mientras movía el fardo, Jake preguntó:

—¿Dónde está la horca?

Al ver que Jake Rand no iba a dejar que le ayudase, Índigo movió los ojos hacia el lugar en el que estaba apoyada la herramienta. Le dolía que le hubiese llamado «peso pluma». Era como le llamaba su hermano Chase, y no le gustaba.

—Soy más fuerte de lo que aparento, señor Rand, y estoy acostumbrada a trabajar aquí.

—No lo dudo. Su padre me ha dicho que es usted una muchachita muy trabajadora.

¿«Muchachita trabajadora»? ¿«Peso pluma»? Índigo apretó los dientes.

—Soy una mujer adulta, cumplo diecinueve años este mes.

—¿Tantos? —Lanzó el heno sobre los muros de separación, colocándolo exactamente en el último establo. En la oscuridad, le dedicó una sonrisa—. No parece tan mayor.

Con disimulo, Índigo trató de erguirse para parecer más alta.

—Pues sí lo soy.

Él se detuvo a medio camino, con un montón de heno sobre el hombro. Índigo no podía leer su expresión.

—No quería ofenderla. —Puso el heno en el suelo y cogió otro montón con la horca—. Para una mujer, una complexión pequeña como la suya resulta atractiva. Hasta que las conocí a usted y a su madre, pensaba que mi hermana Mary Beth era pequeña. A su lado, ella es una amazona.

—Soy mediana, no pequeña.

Esta vez, él se detuvo, apoyó las puntas de la horca en el suelo y se inclinó sobre el mango para observarla. Después de un rato, sonrió y dijo:

—Está bien, mediana. Me da la impresión de que la he ofendido. Si es así, le pido disculpas.

Su disculpa la hizo sentir como una niña. Pronto le demostraría que su tamaño no era un impedimento para ella.

—Mientras termina con esto, iré a traer algo de grano y agua para *Buck*.

Índigo sintió la mirada del hombre siguiéndola en su camino al almacén de grano. El saco de veinte kilos estaba casi vacío. Índigo saltó sobre el montón de sacos apilados para coger uno nuevo. Acababa de poner los brazos en cada uno de los extremos del saco cuando sintió que unas manos grandes le sujetaban con suavidad la cintura. Fue tan inesperado, que se sobresaltó. Miró por encima del hombro y se encontró con los ojos oscuros de Jake Rand. Podía sentir la calidez húmeda de su respiración en la sien. El pecho de él llenaba todo su campo de visión. Era gigantesco. Podía sentir la fuerza en sus dedos.

—Yo me ocupo —dijo él en voz baja, aunque enérgica.

Con un giro de caderas, Índigo escapó a sus manos y levantó el saco, dispuesta a mostrarle lo fuerte que podía ser.

—Me ocupo de estos sacos cada día, señor Rand.

Él le quitó la carga antes de que pudiera levantarla.

—Y lo hace usted muy bien.

Desde la posición elevada en la que se encontraba, era tan alta como él, con la cara a solo unos centímetros de la suya. A esta distancia, podía ver las pequeñas arrugas de sus ojos y la textura curtida de su piel. Le extrañó que se sintiera como si le faltase el aire, por lo que saltó de los sacos y puso cierta distancia entre ellos. Él la miró y después sonrió perezosamente. Tenía unos dientes blancos y brillantes, y por su expresión se diría que estaba divirtiéndose con la situación.

Puso el saco en una esquina y desfundó su cuchillo. Con él rajó la tela de arpillera del saco. Índigo comprobó que utilizaba el cuchillo con la misma maestría con la que ella utilizaba el suyo. Cada vez que hacía un movimiento, se le marcaban los músculos de la espalda, y la tela mojada de su camisa se estiraba. Índigo dio un rodeo para llegar a la puerta mientras él sacaba la medida de la lata del saco vacío.

Índigo no podía entender por qué la ponía tan nerviosa. Esperó en la entrada a que terminase, consciente de los movimientos que hacía a su espalda para atender a *Buck*. Quería posponer para el día siguiente la visita a la mina, cuando hubiera otros mineros. Si iban esta tarde, serían las únicas dos personas en la montaña.

Jake Rand la asustaba, aunque no pudiese detectar nada siniestro en su mirada.

Capítulo 4

Nunca le había parecido a Índigo tan largo el camino a la mina. En algunas partes, se hacía bastante cuesta arriba y la lluvia hacía que el sendero estuviese resbaladizo, lo que impedía la conversación. Aunque Jake Rand parecía cómodo con los largos intervalos de silencio, ella no lo estaba. Para ella, el aire se llenaba de tensión. Por necesidad, era ella quien guiaba y, bastante a menudo, podía sentir su mirada en la espalda. Cuanto más consciente era de ello, más nerviosa se ponía, y más estúpida se sentía. Era un camino que conocía de memoria.

Después de un día agotador de trabajo, Índigo empezó a sentirse cansada en el último tramo de la cuesta. El ropaje indio de ante se había vuelto muy pesado con la lluvia y hacía que le costase moverse. Se dio cuenta de que Jake Rand aún respiraba con facilidad, por lo que se mantuvo a la cabeza, con miedo a admitir que le estaban fallando las piernas.

La había llamado «peso pluma». Con su actuación en el establo había dejado claro que no creía que las mujeres pudiesen trabajar igual que los hombres. Si perdía el aliento en esa colina, esta opinión se vería reforzada. ¿Qué pasaría si le prohibía trabajar en la mina?

Sintió flato. Se puso la mano en el costado y centró su energía en la cima de la montaña. Podía hacerlo; solo tenía que poner un pie detrás de otro y no pensar en lo cansada que estaba. Sabía que podía hacerlo.

—Necesito descansar —dijo él de repente.

Sin apenas aliento aunque disimulándolo, Índigo se dio la vuelta para mirarlo. El ritmo en su pecho era estable, no parecía que le costase respirar. Entonces se sentó bajo las ramas de un árbol de hoja perenne, al abrigo de la lluvia, y apoyó la espalda contra el tronco, abrazándose las rodillas con un brazo. Vio el lecho seco de hojas de pino y deseó sentarse allí con él. Con una palmadita en la tierra, la animó a hacerlo.

—Ven aquí. No muerdo.

Le sonrió, divertido. Índigo sintió un escalofrío. Pensó que era un hombre muy guapo, con el pelo negro mojado, agitado por el viento, y la camisa pegada a su escultural cuerpo. Era casi tan moreno como su padre. No le hubiese costado olvidar que era un hombre blanco... algo que no podía permitirse. Por mucho que él fingiese no reparar en su parte india, no iba a dejar que la engañase. Otra vez no.

Se llevó la mano a la cadera para asegurarse de que el cuchillo seguía en su sitio y después se acercó a él. No necesitó agacharse. Las ramas del pino se alzaban a más de un palmo de su cabeza.

Jake no parecía cansado. ¿Se había detenido por ella? Se sintió herida en su orgullo. Si el señor Rand la tenía por una enclenque, le prohibiría trabajar en la mina. Sabía que podía hacerlo.

—No queda mucho —dijo ella—. Tenemos que volver antes de que anochezca. No quiero que mi madre se preocupe.

Él tocó otra vez el suelo con la mano.

—Te tendré de vuelta antes de que oscurezca. Cinco minutos de descanso. Ten piedad de un anciano como yo.

No parecía un anciano. Más bien parecía... Índigo rechazó esa idea y se obligó a apartar la vista de su hermoso rostro moreno.

Para mantener las distancias, se sentó frente a él y renunció al apoyo que le brindaba el árbol. Un olor penetrante a pino lo impregnaba todo. Al moverse sobre el lecho de hojas, el olor a tierra mojada subía desde el suelo hasta su nariz. La capa de hojas que tenía encima era más delgada que la capa en la que estaba sentada, de modo que la humedad le llegaba por la cabeza.

Aunque le había dicho que él ante abrigaba y nunca iba a admitir lo contrario en voz alta, lo cierto es que empezaba a tener frío. A esta hora del día, lo normal es que estuviese ya en casa dándose un baño caliente o caldeándose junto a la chimenea y tomándose la taza de chocolate que le preparaba su madre. Encogió los hombros, consciente de que él la miraba con unos cálidos, aunque implacables, ojos negros.

—Su padre me ha dicho que conoce esta mina como la palma de su mano —dijo.

—Sí.

—Al parecer él cree que alguien provocó los derrumbamientos. ¿Qué piensa usted?

Índigo deseó que su padre aprendiese a ser menos inocente. La mirada de Jake Rand indicaba que estaba al corriente de todo. Si era así, no tenía ningún sentido ser evasiva. Trató de ocultar el escalofrío que atravesó su cuerpo.

—Estoy de acuerdo con mi padre. No estoy segura de los demás, pero creo que el último no fue un accidente.

Él parecía concentrado en sus hombros. Índigo se preguntó si podía ver como temblaba.

—Parece muy segura.

—Lo estoy. Había marcas de hacha en la madera, marcas recientes. Alguien debilitó esas vigas de forma intencionada.

Jake se quedó observando la lluvia. Era de los que creían que no había que preocupar a las mujeres con asuntos de hombres, pero no veía la manera de evitarlo.

—¿Cree que alguien ha intentado matar a su padre?

El feo sombrero ocultaba sus ojos. Ella se mordió los labios: los tenía ligeramente azulados.

—Cariño, ¿tienes frío?

Índigo le miró, sorprendida. Además de su familia, solo Shorty la llamaba alguna vez «cariño». Sabía que si Jake Rand lo hacía era por la opinión que tenía de ella. Si fuera una mujer blanca, nunca se hubiese atrevido a dirigirse a ella con tanta familiaridad.

—Solo un poco —contestó—. Y en cuanto a su pregunta, si alguien quisiese ver muerto a mi padre, ¿por qué no matarlo? Nadie tenía forma de saber si él estaría en el pozo. Nadie salvo yo.

Jake se quedó pensando en ello.

—¿Por qué nadie salvo tú?

Vio que le temblaba la boca, ya fuera por el frío o por los desagradables recuerdos. Jake no podía estar seguro. Se veía tan joven e indefensa sentada allí, con los hombros erguidos de orgullo. Si hubiese traído el chubasquero, se lo habría puesto por encima.

—Teníamos la intención de dinamitar esa mañana. Yo soy la que pone la dinamita y debería haber sido yo quien entrase en el lugar en el que se carga.

Jake trató de esconder su sorpresa, sabiendo que no lo estaba consiguiendo. ¿La que pone la dinamita? Si cometía un error, saldría volando por los aires junto a todos los demás. No le parecía adecuado que una muchacha corriese semejante riesgo.

—Fue una de esas cosas raras que ocurren —siguió—. Cuando iba a entrar, no pude encontrar la mecha. La noche anterior, le había pedido a Shorty que preparase todo lo necesario para el saco de pólvora.

—¿Y no lo hizo?

—Pensó que sí —agitó una mano—. Shorty tiene una memoria de mosquito. Así que subí a coger el saco de pólvora y ver si podía encontrar la mecha.

Su pequeña barbilla se arrugó. Aunque Jake podía ver lo difícil que le resultaba continuar, no pudo evitar sonreír. De algún modo, le recordaba un poco a Mary Beth.

—Mientras yo estaba fuera, mi padre pensó que Shorty podía haber dejado la mecha abajo la noche anterior, en el sitio que habíamos planeado dinamitar. Fue a ver si estaba allí. Acababa de volver a la entrada principal cuando... —respiró profundamente—. Todos oímos el derrumbe. Al principio, no me di cuenta de que mi padre estaba allí. —Se quedó en silencio un momento, y Jake se preguntó si iba a detenerse allí—. Era yo la que debía haber estado ahí abajo, ¿entiende? Por lo que no puede ser un atentado contra él.

¿Se sentía culpable porque había sido su padre el que había resultado herido en vez de ella? Odiaba tener que presionarla más.

—¿Cómo puede estar segura de que no querían atacarla a usted?

—¿Quién iba a querer matarme? Y por la misma razón, ¿quién iba a querer matar a mi padre?

—¿Quién es ese tipo, Shorty? ¿Puede confiar en él?

—Totalmente.

—¿Está segura de que no olvidó deliberadamente la mecha para que su padre entrase en la mina?

Índigo se contuvo. Jake Rand no conocía a Shorty, por lo que no podía saber lo inapropiada que era esa sugerencia.

Como si Jake Rand le hubiese leído la mente, su expresión se suavizó.

—No era mi intención hablar de lo que no sé y hacer acusaciones de forma gratuita. Es solo... —suspiró y apartó un mechón mojado de su frente—. No suele ocurrirme muy a menudo que me guste tanto alguien, pero hay algo especial en su padre. —Contrajo la boca, como si fuese a sonreír—. Tiene una forma de mirar, una honestidad tan inusual... Quiero ayudarle si está en mi mano.

Podría haber dicho una docena de cosas, y todas las habría rechazado. Pero había un tono de verdad en lo que acababa de decir. Que había algo especial en su padre. Ella conocía esa mirada. «Honestidad inusual» era una forma de definirlo tan buena como cualquier otra, aunque Índigo siempre pensaba en ello como bondad. Algunas de sus desconfianzas cedieron. Quizá su padre estaba en lo cierto al confiar en este hombre. Ella tenía la mala costumbre de ser demasiado suspicaz con los extraños.

Aun así, había algo en los ojos de Jake Rand... una mirada velada, como si estuviera escondiendo algo. Eso le molestaba. Mucha gente era reservada con los extraños. No debía formarse una opinión de él tan pronto.

—Shorty es un viejo amigo. Mi padre confía en él, y yo también. Creo que quien haya intentado sabotear la mina dañó las vigas esperando que el pozo cayese al explotar la dinamita. Si el dinamitero no conoce su oficio, puede hacer caer todo el túnel. Como soy mujer, todos habrán pensado que fue un error mío.

Esta explicación no le sentó bien a Jake. Tal y como Jeremy había sugerido, alguien había estado en el lugar equivocado en el momento preciso.

—¿Así que, en lugar de provocar daño físico a alguien, cree que lo que quieren es que el negocio se cierre?

—Algunos tipos no quieren que haya indios cerca, y desconfían sobre todo de mi padre, porque es comanche —afirmó encogiéndose ligeramente de hombros—. Estoy segura de que habrá escuchado las historias que circulan sobre nosotros, los más sangrientos de entre los indios. Quien se enfrenta a un comanche puede irse despidiendo de su cabellera. Si algo falta, no hay duda de que lo hemos robado nosotros. —Su boca hizo una mueca de disgusto y los hoyuelos de su mejilla se hicieron más pronunciados—. Entiéndalo: ellos no lo quieren muerto, lo quieren lejos de aquí.

—Hay algo que no encaja. ¿Cómo podía alguien saber que teníais pensado dinamitar esa mañana?

—No es ningún secreto. Al contrario, los días que dinamitamos no dejamos que nadie vaya al pozo hasta que terminamos, por lo que ese día les decimos a los mineros que vengán a trabajar un poco más tarde.

—Por lo tanto es muy probable que todos en el pueblo lo supieran.

—Sí. Como todo el mundo sabía también que no habría nadie en la mina.

Jake se centró en sus labios. La joven intrépida parecía no tener ya tanto frío.

—Aunque sabían que usted iría, ¿verdad?

Ella asintió.

—Entonces es posible que usted fuera el objetivo.

—Como le he dicho, ¿quién iba a querer matarme? No, quien sea que partió las vigas lo hizo más de lo debido. Probablemente no sabía lo que sucedería hasta que la carga explotó. Yo hubiese tenido tiempo de salir sana y salva. Los pozos son raros. Si las vigas se debilitan, la tierra que hay sobre ellos puede ceder. Después, la más mínima vibración puede provocar un derrumbe. Fue mala suerte que mi padre descendiera a la mina y empezara a mover cosas para buscar la mecha.

Ahora fue Jake quien tragó aire con fuerza. Trató de imaginar lo terrible que debía de haber sido para ella ver que su padre estaba dentro de la mina.

—¿Sospechas de alguien en particular?

Índigo dudó. Ya le había dado demasiada información. Jake Rand tenía una extraña habilidad para obtener respuestas. Y había empezado a tutearla. Lo miró a los ojos y solo pudo ver preocupación.

—Puedes confiar en mí —se adelantó a decir, teniendo una vez más la incómoda sensación de que le había leído el pensamiento. Estaba acostumbrada a que fuera al contrario—. Necesito saberlo todo para poder ayudarlos.

—Quizá los Henleys —admitió ella—. Es solo una suposición sin fundamento, y no me gustaría repetirlo en voz alta. No está bien acusar a alguien cuando no se tienen pruebas.

Jake consideró que esa actitud era demasiado caritativa teniendo en cuenta que no sucedía lo mismo a la inversa.

—No saldrá de aquí. ¿Por qué sospechas de ellos?

—No es una sospecha, exactamente. Tienen una mina no muy lejos de la nuestra y no simpatizan mucho con nuestra raza.

«Raza.» Jake hizo una mueca de desaprobación. La palabra sonaba fatal.

—¿Alguno de los empleados mostró recelo a la hora de ayudar a tu padre a salir? Ella sonrió amargamente.

—Todos. Salvo Shorty y Stringbean, claro. Ellos son como de la familia. Los otros corrieron en dirección opuesta. Cuando una parte de la cueva se derrumba, las demás pueden hacerlo también. Todos lo sabemos. Muchos de los hombres tienen familias que dependen de ellos, así que no puedo culparles.

Jake repasó la historia lentamente, tratando de encontrar una pieza que no encajase. Había un pensamiento que bloqueaba todo lo demás.

—Tú sabías que podría producirse otro derrumbe y, aun así, fuiste a buscar a tu padre y después volviste a examinar las vigas, ¿me equivoco?

—Por supuesto. Fui a rescatar a mi padre. Y tenía que saber qué era lo que había provocado el derrumbe. No era la primera vez, ¿sabe? Ya habíamos empezado a sospechar de algún tipo de sabotaje. Tenemos a un grupo de hombres trabajando para nosotros. Si hubiesen saboteado otros pozos sus vidas correrían peligro. ¿Qué hubiese hecho usted?

Jake contrajo los hombros contra el tronco del árbol.

—Lo mismo, supongo. Es solo que...

—¿Yo soy una mujer? —concluyó ella—. Entienda algo, señor Rand. Llevo trabajando con mi padre desde que era una niña, en las dos minas. No me quedo al margen mientras los demás hacen el trabajo sucio.

—Estoy seguro de que no. Pero eso no niega el hecho de que el riesgo sea grande. Ella cerró el puño agarrando la tela del pantalón.

—¿Hubiese sido menos trágico si un hombre hubiese entrado allí y hubiese muerto? Además, ¿qué otras opciones tenía? No podía pedir a Shorty y a Stringbean que hiciesen lo que no hacía yo. Tenía que ir o cerrar la mina.

Jake no podía acusarla de cobarde. La observó un momento y decidió que el pequeño reposo había sido suficiente para que descansase y que era hora de seguir. Ya habría tiempo más tarde para seguir preguntando.

Levantándose del suelo, le ofreció la mano. Ella dudó y después puso sus delgados dedos sobre la palma de él. Jake tiró de ella para levantarla, asombrado de lo poco que pesaba. Entre sus dedos, sintió su mano pequeña y fría como el hielo. En un intento por calentársela, la mantuvo entre sus dedos más de lo necesario. Notó que tenía la piel agrietada. Igual que su madre.

—Ha dejado de llover —dijo ella.

Jake no lo había notado. Le soltó la mano para que pudiera alejarse, algo que ella hizo al instante. Jake estuvo a punto de sonreír de nuevo. Tenía la valentía de entrar en un pozo minero a punto de derrumbarse, pero no podía soportar la cercanía de un hombre.

Totalmente predispuesta a enseñar a Jake Rand el trabajo de su padre, Índigo se quedó perpleja al comprobar que a él no le interesaban las generalidades e insistía en ir a ver la pila de vigas que habían retirado. Después de examinarlas a conciencia, estuvo de acuerdo con ella en que alguien había usado el hacha para sabotearlas.

—El tiempo ha hecho que las marcas se oscurezcan, claro —explicó ella—, pero los cortes eran frescos después del accidente.

Agachado junto a la pila de escombros, levantó la vista para encontrarse con sus ojos.

—Aunque se hayan oscurecido, es evidente que son recientes.

Índigo se sintió incómoda cuando él le sostuvo la mirada. La preocupación del señor Rand por el derrumbe le pareció excesiva. Índigo apartó los ojos. Empezaba a oscurecer. En el interior del bosque, la mezcla colorista de arrayanes, laureles y madroños se desdibujaba en un vacío negro que parecía extenderse hasta el infinito. El aire olía a noche fría. Quería mostrarle lo que necesitaba saber y volver a casa cuanto antes. ¿Por qué se dedicaba a examinar vigas que no tenían nada que ver con el trabajo del día siguiente? No les quedaba mucha luz.

A diferencia de otros padres, los suyos dejaban que hiciese casi todo lo que quería, pero eran estrictos en algunas cosas, especialmente en lo referente a las

convenciones sociales. Una de las reglas que respetaban era la de que una joven no debía permanecer en la calle en compañía de un hombre cuando se hacía de noche. Sencillamente, no se hacía, sin importar si el hombre era de confianza o no. Samuel Jones, el dueño de la tienda de abastos, había tenido que casarse precipitadamente con su novia Elmira Johnson. La había llevado a merendar una tarde y no había podido devolverla a casa a tiempo porque su caballo se había roto una pata. A Jake Rand no le gustaría tener que dar el «sí quiero» con una escopeta en la punta de la nariz si se daba el caso.

—¿Le gustaría ver las canaletas de lavado?

—Una canaleta es una canaleta. Prefiero ver el pozo que se derrumbó.

Índigo ocultó su exasperación. ¿Quería dirigir la mina o escribirle una loa?

Cuando llegaron a la entrada principal, ella encendió dos lámparas y le pasó una a él; después se puso a la cabeza para guiarlo al interior de la mina. Renunciando al montacargas, el pequeño contenedor que se usaba para transportar a los mineros y al equipo, eligió ir a pie por los raíles para que él pudiera verlo todo mejor. Había un olor empalagoso a tierra fría y húmeda. Índigo notó que la sombra de él se alargaba más que la suya. Su nerviosismo aumentó. Con la oscuridad que les rodeaba, era imposible saber cuándo se haría noche cerrada, y él no parecía tener mucha prisa.

—Solo pueden verse dos de los pozos derrumbados —explicó.

—¿Está el aire viciado ahí dentro?

—Aún no hemos cavado tanto —contestó—, y hay muchas galerías de ventilación.

—¿Dónde se produjo el tercer derrumbe?

—En la otra mina.

—¿Dónde está?

—Sobre la colina, a ocho, quizá diez kilómetros de aquí. Mi padre hizo que Chase reclamase una explotación allí, por si esta mina dejaba de ser rentable. Estamos obligados a hacer cierta cantidad de extracciones allí para mantener la propiedad, pero no tenemos hombres trabajando a tiempo completo.

Cuando llegaron al lugar del accidente, él se tomó su tiempo para examinar los escombros que no habían sido todavía transportados a la superficie. En un intento de entrar en calor, Índigo fue cambiado el peso de su cuerpo de un pie al otro. El interés de Jake por los escombros la desconcertaba. No le hubiese extrañado que se hubiese interesado por el tiempo que iban a llevar las reparaciones. En vez de eso, estaba más preocupado por las vigas caídas y por la situación previa a los desplomes.

—¿Dónde pensabas hacer las detonaciones?

—Más al interior. Esa parte de la mina se ha desplomado.

Él se irguió.

—Supongo que he visto suficiente.

En realidad no había visto nada o, al menos, nada de lo que ella creía importante. ¿Cómo pensaba ser el capataz de un equipo de mineros si no sabía lo más mínimo del

trabajo que se estaba haciendo? Ella reprimió sus dudas.

—Me gustaría ver ese otro túnel —dijo él.

—Está muy lejos para ir esta noche. Tengo que volver a casa.

Él levantó la lámpara y clavó la vista en ella. Con la luz cayéndole sobre el pecho y el rostro, parecía más grande y amenazador. Y ella se sintió vulnerable. La negrura infinita que les envolvía tenía unos dedos helados que parecían rodearle la nuca.

—Siento mucho que nos estemos demorando tanto. —Sus ojos estaban ahora fijos en sus labios—. Debes de estar congelada, con esa ropa mojada.

Estuvo a punto de negarlo, pero no se veía con fuerzas para hablar. Tocándole el hombro, pasó junto a ella y la condujo al exterior.

—¿Podemos ir a la otra mina mañana por la tarde? —Su voz le llegó en forma de eco; cada sílaba se superponía de modo que parecía repetir tres veces cada palabra.

—Ahora no vamos a trabajar allí.

—Aun así, me gustaría echar un vistazo.

—Le llevaré. Pero dado que no estamos excavando allí, me parece una pérdida de tiempo.

Él dio media vuelta. La luz de la lámpara la iluminó y después iluminó las paredes de tierra.

—Supongo que debo parecerte raro, ¿no? Si me interesan los desplomes es porque quiero saber cómo se produjeron. Hombre prevenido vale por dos. No puedo detener el vandalismo si no sé qué es lo que tengo que vigilar. Creo que esto es prioritario respecto a todo lo demás.

Cegada por la luz, Índigo entrecerró los ojos y apartó la cara.

—No podemos permitirnos hacer turnos de noche, si eso es lo que piensa.

Él movió la lámpara para que no le diera en los ojos.

—Tampoco os podéis permitir pasaros los días haciendo reparaciones para que en el momento menos pensado volváis a tener otro desplome.

Índigo no necesitaba que le dijeran eso.

—Desde el último derrumbe, estoy revisando las vigas todas las mañanas antes de empezar a trabajar. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

Ella creyó ver una sonrisa en su boca.

—Yo todavía no he llegado tan lejos. Por eso es por lo que tengo tantas preguntas. Aunque entiendo que este no es el lugar para hacerlas. Aquí hace un frío de mil demonios y estás temblando como un pajarito.

Al ver que él se daba la vuelta y seguía andando, ella se puso a su altura y le dijo:

—Con frío o sin él, preferiría que siguiera ahora y que me preguntase aquí todo lo que necesita. Mi madre ya tiene bastantes preocupaciones.

—No creo que silenciando el tema vaya a ayudarla. Ella sabe que el último derrumbe no fue un accidente. Tú trabajas aquí. No creo que lo olvide ni un solo minuto.

—Aun así preferiría que no hablase mucho de ello cuando ella esté presente.

En la entrada, apagó las lámparas y miró hacia donde se ponía el sol. Índigo le adelantó, aliviada de poder estar al aire libre de nuevo. Consciente de que él estaba observándola por detrás, se volvió para mirarle.

—Debe resultar duro tener que guardarte todas estas preocupaciones, ¿verdad? —preguntó él.

Ella irguió los hombros.

—No me quejo.

—No, imagino que no lo haces. —Él dio unos pasos hacia el exterior—. Si eso te tranquiliza, yo me ocuparé mientras esté en la casa. A cambio, me gustaría que pensases en cualquier cosa que hayas podido olvidar decirme. Necesito toda la información que pueda obtener.

A ella no le pasó por alto el hecho de que hubiese hablado en primera persona, sin incluirla a ella. Ya estaba pisándole el terreno. Como si quisiera poner en práctica lo dicho, se adelantó y la guio en el camino a casa.

No habían ido muy lejos cuando, de repente, vio que la cogía con fuerza por la cintura. Con un tirón violento, la atrajo hacia su pecho y la cubrió con el brazo. Ella trató de librarse de él, aterrorizada al ver que sacaba el cuchillo.

—Quédate quieta —susurró—. Tenemos compañía.

Índigo se quedó helada y miró por encima del hombro para ver a qué se refería. Podía ver, a lo sumo, hasta unos cincuenta metros de distancia. Más allá de eso, las sombras se volvían negras. Las ramas de los árboles se movían con el viento. La maleza parecía agitada. Era evidente que había algo que le preocupaba. Podía oír cómo se le aceleraba el corazón.

En cuanto a ella, se sintió aliviada de que la hubiese agarrado para protegerla y no para algo diferente. Fuera lo que fuera lo que se movía en el bosque, Índigo dudaba de que pudiera asustarle más de lo que le asustaba Jake Rand. Antes, en el establo, había podido percibir la fuerza que tenía. Ahora lo sabía con certeza. Su cuerpo estaba cubierto de músculos y entretejido por tendones, todos ellos fuertes y poderosos. Se sintió rodeada por él y supo que no habría forma de liberarse de su abrazo hasta que él no decidiese hacerlo.

—Es un lobo —susurró—. El más grande que haya visto nunca.

Ella intentó hablar, pero él la dejaba sin aliento. La fuerza de sus muslos la dejaba inmóvil. El sudor de su cuerpo se pegaba a la humedad de su ropa.

—¿Si consigo alejarlo de ti, podrás subirte a un árbol?

Ella consiguió sacar una mano y empujarle el pecho con ella.

—Es... mi amigo, *Lobo*... mi amigo. No nos hará daño.

Su abrazo se relajó, pero solo levemente.

—¿Tu amigo?

Ella consiguió respirar. A esa distancia, se dio cuenta de que su cabeza apenas le llegaba al hombro. Podía ver la parte baja de su mandíbula y la incipiente barba de su garganta. Se sintió embriagada por su olor, una mezcla agradable de lana mojada,

sudor limpio y almizcle masculino. Su mano, ancha y de largos dedos, le tocaba las costillas, y podía sentir su calidez incluso a través de la piel de ante.

—Sí, mi amigo. —Aunque su cercanía la ponía nerviosa, no pudo evitar sonreír al ver la expresión incrédula de su rostro—. Se llama *Lobo*.

Jake enfundó el cuchillo. Ella lo decía como si todo el mundo tuviese lobos como amigos, y le pareció que estaba a punto de reírse de él. Se sintió como un idiota.

—*Lobo* —repitió él—. Tu amigo. ¿Por qué no lo habré adivinado?

Él miró hacia abajo y se quedó petrificado, sin dejar de sostenerla. El horrible sombrero había caído con el forcejeo. Después de haber pasado casi toda la tarde tratando de adivinar el color de su pelo en silencio, no pudo por menos que mirarlo sobrecogido. Ni era de color caoba como el de su madre, ni era castaño claro como el de su padre, ni tampoco podía decirse que fuera rubio. «Leonado» era la única palabra que encontró para describirlo. Una mezcla de tono oscuro, rica miel y franjas finas de color oro por todos lados. Ahora le caía suelto sobre un hombro, una masa sedosa y lisa recogida con una diadema y horquillas en la parte alta.

Ese color claro contrastaba de una forma tan espectacular con su tez morena, que dejaba en evidencia su parte india, algo que de haber tenido el cabello moreno no hubiese sido posible. Con ese pelo leonado y esos ojos azul claro, nadie que la mirase podría saber si su piel era así o si la tenía bronceada por el sol.

La naturaleza había gastado una de sus bromas con Índigo Lobo. Era una rareza que hubiese heredado la piel morena de sus antepasados comanches y el pelo de una mujer blanca rubia. Una broma de la naturaleza, sí, pero a Jake no le daban ganas de reír.

Sin ese horrible sombrero, resultaba ser la mujer más atractiva que había visto nunca. Tenía una apariencia salvaje y, al mismo tiempo, encarnaba la más pura feminidad, tan frágil y ligera en sus brazos que parecía que iba a evaporarse. Salvo por la contundencia de sus pechos. Podía sentir cómo desprendían calor allí donde le tocaban.

Jake empezó a hablar y olvidó lo que iba a decir cuando la miró a los ojos. Fue tan rápido que parecía estar golpeándole a cada latido: un deseo que le atravesó y que, por unos pocos segundos interminables, le nubló el entendimiento.

Por su estatura, a Jake le gustaban las mujeres altas. Sin embargo, Índigo Lobo parecía encajar a la perfección en sus brazos. Sus pechos, tan cálidos y blandos, le rozaban justo debajo de las costillas y le quemaban la camisa con un calor puro. Le rodeaba la cintura con el brazo, y le tocaba la pelvis con los muslos. Por un instante, imaginó cómo sería el tacto de su piel, tan sedosa; imaginó cómo sería tener sus piernas rodeándole la cintura. Imaginó cómo sería hundirse en ella.

—¿Se... señor Rand?

Había incertidumbre en su voz, pero Jake se sintió incapaz de enfrentarse a ella en ese momento. Solo podía mirarle la boca. Si no hubiese visto tanta inocencia en sus ojos, habría inclinado la cabeza para besarla. Pero supo que estaba asustada. Se había

puesto rígida, le había agarrado la camisa con sus pequeñas manos y había arqueado la espalda para marcar algo de distancia.

—¿Señor Rand?

Jake parpadeó. Tragó saliva. Trató de coger aire con unos pulmones que no le funcionaban. A continuación, sin mucho estilo y sin avisar, la soltó. Índigo perdió el equilibrio y se tambaleó. Él la cogió del brazo para evitar que cayera. Ella miró a su alrededor en busca del sombrero. Al verlo, se apartó de él y fue a buscarlo.

¿Qué diablos le pasaba? Esa muchacha prácticamente acababa de salir del colegio. Cuando la miraba no podía creer que tuviese diecinueve años, edad suficiente para casarse. Jake siempre había odiado a los hombres que pretendían a jóvenes inocentes, y siempre sería así. Tampoco le gustaban los hombres infieles, y él tenía una prometida esperándole en Portland. Entonces, ¿por qué salivaba por la hija de Cazador Lobo? Necesitaba que alguien le diese una patada en el trasero.

Índigo volvió a ponerse el sombrero, sujetándose con horquillas. Un instante después, lo tenía calado hasta las orejas. Jake se sintió como si alguien le hubiese apagado la única vela de una habitación oscura.

A Índigo le temblaban las manos, por lo que Jake supo que había sentido su cambio de actitud cuando la sujetaba. Había estado con demasiadas mujeres como para no darse cuenta de que había ido a dar con una no muy acostumbrada a los hombres. Dios, ¿cómo podía haberse comportado de esa manera? Era apenas una niña. Sin embargo, no era eso lo que había sentido al tenerla en sus brazos.

Levantó la vista hacia los árboles y trató de pensar en algo que pudiera decir para suavizar las cosas. No encontró nada. Puede que ella fuese inocente, pero no era estúpida. Las mujeres tenían un instinto innato para reconocer estas cosas y, por muy jóvenes que fueran, siempre sabían cuándo un hombre tenía en la mente algo inapropiado.

Vio que *Lobo* deambulaba por el bosque y decidió que era mejor no decir nada. La elocuencia no era una de sus virtudes. Si empezaba a disculparse, no encontraría las palabras adecuadas y terminaría por empeorar las cosas.

—¿Un lobo como mascota? —preguntó con un tono deliberadamente jovial—. No me lo digas. Supongo que tienes a la mitad de las criaturas del bosque dando vueltas a tu alrededor.

Le miró por debajo del ala del sombrero, con una expresión de incertidumbre. Jake casi esperaba que saliese corriendo, y no la hubiese culpado por ello.

—No, solo *Lobo*. Doy de comer a algunas criaturas salvajes. Al ciervo, al que más. Estos siempre están pidiendo. Hay también un viejo puma, que ha perdido casi todos sus dientes, y una familia de mapaches. Vienen y comen de mi mano, pero no suelen seguirme.

—Un puma sin dientes. ¿Quieres decir que sus garras no cuentan?

—No es un puma estúpido, señor Rand. Si me hiciese daño, no habría nadie más dándole de comer todos los días.

—¿Y los mapaches? ¿Qué pacto tienes con ellos? Todos los que he visto han resultado ser violentos.

—Quizá porque los asustó usted. Cualquiera puede volverse violento si tiene miedo.

Una muchacha, ¿por ejemplo? Jake se rio débilmente y sacudió la cabeza.

—Nunca he visto a un lobo tan grande o con esa coloración.

—Proviene del Yukón.

Jake asimiló eso.

—¿Cómo ha terminado siendo tuyo?

—No es mío. Solo somos amigos. Nadie puede poseer a un lobo, no realmente. Son ellos los que elijen. Los animales salvajes son así, sobre todo los lobos. —Ella se apartó un poco más y miró hacia el bosque en el que había desaparecido el lobo—. Un viejo minero del norte pasó por aquí hace unos tres años. Cuando él se fue, *Lobo* decidió quedarse. Hemos sido amigos desde entonces.

Así que los animales salvajes eran así, ¿eh? Jake se metió las manos en los bolsillos, con la esperanza de que ella se sintiese menos amenazada ahora. Había perdido el control un segundo. Lo admitía. ¿Pero acaso tenía ella que comportarse como si le hubiese robado la honra?

Tenía que disculparse. No había forma de eludirlo. Al menos rezó para encontrar las palabras adecuadas.

—Siento haberte abrazado de esa forma.

—Está bien. Le cogió por sorpresa.

Igual que ella.

—Siento haberte asustado. —Dios, cómo detestaba ese horrible sombrero—. Si lo he hecho, te pido disculpas.

—No es necesario. Usted solo quería protegerme.

Desde luego que necesitaba protección. Pero de él mismo. Consiguió reír.

—¿La verdad? Pensé que íbamos a acabar siendo su cena. Me imaginé una horda de monstruos, la manada entera, y todos con hambre. Me asusté mucho.

Creyó ver un atisbo de sonrisa en su boca. Por el momento, todo iba bien. Al menos ya no parecía que fuese a salir corriendo.

—Él nunca atacaría a los hombres, a menos, claro, que pensase que están haciéndome daño.

¿Era una sutil amenaza? Jake sabía que no tenía más remedio que aceptarla. Si se sentía mejor amenazándole con el lobo, que así fuera.

—En ese caso, intentaré recordar que debo comportarme contigo. —Lo haría siempre. De aquí en adelante, sería mejor que ni la tocase. Mirando hacia el cielo, añadió—: Será mejor que volvamos. Pronto será de noche.

No necesitaba palabras de ánimo para eso. Jake tuvo que andar rápido para poder seguirle el paso.

La simplicidad de la vida familiar de los Lobo le fascinaba. Después de una breve visita a Cazador, Jake se encargó de los quehaceres nocturnos. Cuando hubo terminado, se sentó en un taburete rústico delante de la chimenea, con una taza de café humeante en las manos esperando a que Loretta terminase de preparar la cena. Detrás de él, podía oír a Índigo chapoteando en la bañera. Su padre, Cazador, había construido un excusado sin techo en la esquina de la cocina y, para mantener la privacidad, había colocado un panel que rodeaba la bañera y el grifo a la altura de la barbilla. Mientras se bañaba, podía mantener una conversación a distancia con su madre. Una mujer de Portland nunca hubiese accedido a bañarse en la misma habitación que un hombre, por mucho panel que los separase.

Salió del excusado con un camisón de franela, una toalla y unos pesados botines de piel que hacían que sus pequeños pies pareciesen tan grandes como unas raquetas de nieve. Cuando su madre le dio una taza de chocolate caliente, ella se unió a Jake sentándose en otro taburete junto a la chimenea, sin darse cuenta, al parecer, de lo inapropiado de su indumentaria. Le parecía maravilloso ver lo dulce y poco complicada que era. Jake deseó que las cosas fueran igual de simples y directas allá de donde venía.

Por lo demás, se comportaba como una mujer más. Se había sentado tan lejos de él como le había sido posible, tan lejos, en realidad, que Jake temió que no pudiera calentarse. Y su camisón era bastante modoso y casto. No hubiese tenido ningún sentido vestirse justo antes de ir a la cama. En cuanto al baño, ¿qué otra cosa podía hacer si venía llena de barro y la única bañera que tenían estaba en la cocina?

Su cabello leonado le caía como una cortina lisa y brillante por la espalda y parecía tan suave que Jake deseó tocarlo. Miraba fijamente las llamas y se comportaba como si él no estuviese allí. De vez en cuando, Jake la miraba de reojo. Hacía ruiditos al sorber el chocolate, y sus labios rosados se cerraban dulcemente en el borde grueso de la taza. Luego, sacaba la punta de la lengua para limpiarse la boca.

Jake imaginó estos labios en su piel, imaginó la calidez y la dulzura de su boca y le dolieron las entrañas. ¿Qué diablos le estaba pasando? Sabía que tenía que poner fin a eso. Un hombre podía terminar cayendo en una olla de agua hirviendo si no miraba por dónde pisaba.

Cuando Loretta hubo terminado de dar de comer a Cazador, llamó a Índigo y a Jake para que se sentaran a la mesa. La cena resultó ser una tortura para Jake. Sin saber cómo, Índigo Lobo conseguía hacer de la comida un acto sensual. Se pasó gran parte de la cena con la mirada fija en el plato, sin casi darse cuenta de los bocados de venado, patatas y maíz que se llevaba a la boca.

No podía quitarse de la cabeza los dormitorios del altillo en los que tendrían que dormir. Separados por solo una mampara, él dormiría en una habitación e Índigo en la otra. Durante toda la noche, podría oír su suave respiración y sus movimientos en la cama. Y sabría que ella estaba a solo unos pasos de distancia.

Jake nunca se había permitido solicitar los favores de una prostituta, pero

empezaba a preguntarse si no debía de haber una primera vez para todo. Durante su compromiso con Emily, no habían compartido nada más que unos castos besos. Aunque Jake hubiese considerado pedirle algo más, un vago sentimiento de inquietud había hecho que se contuviese. Emily era sin duda hermosa, elegante, de buena familia... Era la esposa perfecta para él. Pero por algún motivo no sentía ninguna urgencia por casarse con ella.

Su trabajo y su agenda social le mantenían muy ocupado, pero alguna vez Jake se había parado a preguntarse, no sin cierto sentimiento de culpabilidad, si de verdad amaba a Emily. Pero antes de responder a esa pregunta, había preferido pensar en otra cosa. Porque, al fin y al cabo, ¿qué era el amor? ¿Una relación como la de sus padres, en la que su madre lo daba todo y su padre lo tomaba sin devolver nada a cambio? Al menos él se preocupaba por el bienestar de Emily. Eso siempre le había parecido suficiente.

Hasta ahora.

Jake dio un sorbo al café, con la mirada aún fija en el plato. Había una taberna al otro lado de la calle, el Lucky Nugget, si no recordaba mal. Quizás hubiese una mujer en la parte de arriba para desahogarse.

El sonido de un roce en la puerta principal sacó a Jake de su ensimismamiento. Cuando Índigo pidió permiso para levantarse de la mesa, Loretta sonrió.

—Ese debe de ser *Lobo*, que vuelve de visitar a su mujer y a su familia.

A Jake se le pusieron los pelos de punta cuando Índigo abrió la puerta. Nunca había tenido el extraño placer de compartir habitación con un lobo. Para esconder su resquemor, dijo:

—¿Mujer y familia?

—Ah, sí —contestó Loretta—. El viejo pastor, el señor Morgan, se presentó con *Lobo* y sus siete cachorros hace alrededor de un mes. Los lobos se emparejan de por vida, ¿sabe? *Lobo* se toma muy en serio su paternidad y se queda con los pequeños varias veces al día mientras *Gretel* va a dar una carrera. También les lleva carne fresca.

Lobo entró en la habitación. Era hermoso, con su espesa cabellera plateada y negra, su cola larga y su orgullosa cabeza. Jake observó sus ojos dorados y se preguntó si la bestia dormiría en la casa. Esperaba que no.

Índigo se puso de rodillas y rodeó el cuello del lobo con los brazos, hundiendo la cara en su pelaje. Como si fuera lo que le correspondía, el lobo aceptaba este signo de adoración con una actitud distante, sin apartar los ojos del extraño. Jake tuvo la sensación de que el lobo lo estaba poniendo a prueba y de que sabía que había tenido pensamientos poco honorables con respecto a su dueña. El trozo de venado que tenía en la boca se convirtió en una bola de proporciones gigantescas, tan seca que no podía tragársela. Consiguió hacerla desaparecer con un sorbo de café.

—No es como los demás perros —comentó.

—Es que no es un perro —le dijo Loretta—. Los lobos son diferentes. Nos llevó

un tiempo entenderle, al principio. Para empezar, no tiene dueño. Adora a Índigo, desde luego, pero ni siquiera ella puede darle órdenes. Va y viene cuando quiere y hace cuanto quiere. Afortunadamente, sus deseos suelen estar en consonancia con los nuestros. Sus modales son excelentes y es un animal sorprendentemente solícito.

Después de lavarse las manos, Índigo volvió a la mesa y terminó de comer. Entre bocado y bocado, explicó a Jake en detalle las costumbres de los lobos. Jake aprendió que los lobos, a diferencia de los perros, tienen garras en vez de uñas. Son animales muy independientes, aunque leales hasta la muerte. Tienen el instinto de manada en sus genes, pero se adaptan bien a la vida doméstica. La voz de Índigo flotaba hasta él como el vino caliente, dulce y musical. Se dio cuenta de que deseaba verla reír.

—No estoy seguro de querer un animal al que no puedo controlar —admitió Jake cuando ella terminó de hablar.

Ella arqueó una ceja.

—Eso pensé.

¿Y qué había querido decir con eso? Jake la observó a conciencia.

—Tal vez seamos diferentes en esto. Según mi forma de pensar, un animal debe conocer a su dueño y obedecerle en todo.

Sus mejillas se tiñeron de un color brillante.

—*Lobo* no necesita que le controlen. Es muy inteligente.

El lobo yacía a sus pies, en silencio y sin inmiscuirse. Jake le miró por debajo de la mesa.

—Parece muy educado.

—Un perfecto caballero —accedió ella—, y el mejor amigo que tengo en este mundo.

El amor que vio en sus ojos era inconfundible. Jake se sintió abatido. No era posible que no tuviese otros compañeros: chicas de su edad o jóvenes llamando a su puerta. Se prometió que no diría nada más en contra de su mascota. Y deseó que el animal no le diese nunca la espalda.

—¿Y dices que tiene crías? ¿Se parecen a los lobos?

—Solo uno de los siete se parece a *Lobo* —dijo arrugando la nariz—. Los otros son mestizos.

Loretta se excusó y se levantó de la mesa.

—Ese pequeño es cien por cien lobo, idéntico a su padre. Me preocupa que el señor Morgan no sea capaz de encontrar un hogar para él. Tendrá que dispararle si nadie lo quiere.

—Nunca dejaré que eso ocurra —gritó Índigo—. ¿Al hijo de *Lobo*?

Loretta sonrió.

—Imagino que podemos alimentar una boca más hasta que alguien más lo adopte.

—O hasta que él adopte a alguien —intervino Jake—. Si resulta ser como su padre, tal vez no acepte a cualquiera.

Loretta refunfuñó.

—Que Dios nos asista. Si el hijo hereda sus gustos, se pegará junto a su padre a las faldas de Índigo. Esta muchacha atrae a las fieras como la miel a las moscas.

Jake echó hacia atrás la silla y ayudó a quitar la mesa, con cuidado de no molestar a *Lobo* mientras se movía de un lado a otro y trataba de juntar los platos.

—No le hará daño, señor Rand —le tranquilizó Loretta—. Si tuviésemos la menor duda de que pudiese ser peligroso, no dejaríamos que estuviera aquí. La gente del pueblo se mostró también desconfiada al principio, pero *Lobo* ha demostrado ser de confianza con los niños y los demás animales. No creo que muerda a nadie a menos que le provoquen.

—¿Le gustaría acariciarle? —preguntó Índigo.

Con una risa espontánea, Jake dijo:

—No, gracias.

Caminó hasta el fregadero con los platos y los dejó allí, pidiéndole a Loretta que le dejara abrir el grifo. Hacía años que no había lavado un plato, pero desde luego no le importaba hacerlo. Esta noche, era él quien se había ocupado de las labores domésticas, quitándole trabajo a ella. Aun así, estaba seguro de que había tenido un día duro. Igual que Índigo.

—No pensé que hubiese un hombre en estos parajes capaz de fregar los platos, además de Cazador —dijo Loretta con una sonrisa—. No es necesario que lo haga. Puedo hacerlo yo.

—Terminaremos antes si ayudamos todos —contestó. Hundiendo las manos en el agua jabonosa, Jake le miró a los ojos—. Me gustaría ver su otra mina mañana por la tarde. ¿Le importaría que Índigo me acompañase?

Jake esperaba a medias que dijese que no. Era un largo camino para que una joven se paseara con un hombre al que apenas conocían. Loretta respondió con una de sus encantadoras sonrisas y con unos ojos tan inocentes como los de su hija. Jake supuso que ni siquiera se le pasaba por la cabeza que él pudiese estar teniendo pensamientos inadecuados.

—¡Qué gran oportunidad para que vea usted nuestro campo! —contestó—. Les haré algo de comer. Quizás en el camino de vuelta puedan dar un rodeo y pasar la tarde por allí. ¿Qué opinas, Índigo?

Jake notó que a Índigo no le entusiasmaba tanto la idea como a su madre. Sin duda, era una chica lista. Se acercó a ellos lentamente, llevando en las manos la jarra de crema y el plato de la mantequilla.

—Supongo que podemos volver por Shallows Creek.

—Eso sería perfecto —dijo Loretta—. Por ese camino, si llueve, podéis refugiarnos en alguna de las chozas que hay a lo largo del río y comer allí.

En cuanto la mesa estuvo limpia, Índigo y *Lobo* desaparecieron escaleras arriba. Fascinado, Jake observó cómo el lobo subía los escalones sin ninguna dificultad.

—¿Cómo baja después? —preguntó.

—Sale por la ventana. —Loretta terminó de secarse las manos y volvió a poner la

toalla en la barra—. Ella la deja abierta, de forma que él pueda entrar y salir cuando quiera por la noche. Últimamente, tiene que repartirse entre el amor que siente por mi hija y sus deberes como padre. A veces se va a visitar a *Gretel* y a los cachorros. El techo del porche no es tan alto y Cazador ha colocado un viejo barril ahí fuera para que pueda saltar y llegar al suelo.

—¿No se enfría Índigo con la ventana abierta?

Loretta rio.

—Ella es mitad comanche, señor Rand. Siempre y cuando tenga suficientes mantas, le gusta que le llegue el aire frío. Creo que por eso *Lobo* la quiere tanto. Son almas gemelas, los dos salvajes a su manera. Índigo no es como las demás.

Jake se había dado cuenta de ello, pero, hasta ese momento, no se había percatado de hasta qué punto era diferente. Salvaje. Podía sentirlo en ella. Y, aun así, podía sentir también su innata dulzura y vulnerabilidad.

Se bajó las mangas de la camisa.

—Creo que me daré una vuelta por la taberna un par de horas.

—¿Es usted jugador de cartas?

—Me entretiene una partida de vez en cuando. —Jake no tenía intención de jugar a las cartas. Solo había un remedio para lo que le aquejaba, y estaba dispuesto a obtener su dosis. Aunque fuese en contra de sus principios pagar por los servicios de una mujer para aliviar su deseo, era mejor que acosar a una mujer de la edad de Índigo—. Si deja la puerta entreabierta, cerraré cuando regrese.

—En ese caso, le dejaré la lámpara encendida.

Jake abrió la puerta.

—No es necesario. Encontraré la manera de subir a la buhardilla sin ella. Buenas noches.

Capítulo 5

Jake entró en la casa tres horas después, más bebido de lo necesario y tan frustrado como cuando se había marchado. La taberna tenía dos prostitutas en la parte de arriba. Desgraciadamente, Franny, una rubia con hoyuelos, era tan dulce y vulnerable como Índigo. La mayor, May Belle, rondaba los cincuenta, si es que no tenía más. Incómodo con la idea de acostarse con Franny, había pagado a May Belle diez dólares por una hora de su tiempo, pensando que eso sería suficiente para aplacar su deseo.

Quizá Jeremy pudiese levantarle las faldas a una mujer y olvidarse de todo lo demás, pero Jake estaba hecho de otra pasta. Por suerte, May Belle tenía sentido del humor, un corazón generoso y mucha experiencia en el cuidado del ego masculino. La mujer abrió una botella de whisky y, para cuando habían conseguido llegar al final, Jake estaba tan borracho que apenas se dio cuenta de que había derramado mucho más que un poco de licor en su mesilla de noche. No solo le había contado la historia de su vida, sino que se lo había contado todo sobre su compromiso con Emily y su inesperada atracción por la hija de Cazador Lobo.

El consejo de May Belle había sido breve pero lleno de afecto. Dándole una palmadita en el hombro, le dijo:

—Cariño, ¿sabes cuál es tu problema? Eres demasiado serio. Si te nace un sentimiento de dentro y crees que es bueno, no te lo pienses demasiado.

El consejo le pareció a Jake de lo más divertido. Pero a esas alturas, todo le parecía divertido. Con una carcajada, contestó:

—No creo que sea algo que nazca de dentro lo que estoy sintiendo, May Belle. Nada tan profundo como eso, si entiendes lo que te digo.

—Sí, desde luego... —Ella se unió a él con una risotada—. Muéstrame a un hombre que no tenga el cerebro entre las piernas, y me meteré a monja.

Con esta pequeña muestra de sabiduría para reflexionar, Jake emprendió el camino de regreso a la casa de los Lobo, no tan erguido como le hubiese gustado. Salvo por algún brandy de vez en cuando, Jake no estaba acostumbrado a beber, y la bodega privada de May Belle había conseguido pegarle fuerte.

Mientras intentaba por segunda vez subir las escaleras de la buhardilla, Jake sonrió en la oscuridad, recordando la risa gutural de May Belle. Tendría que volver alguna otra vez. Era una mujer estupenda, más sabia que cualquier otra que hubiese conocido. Hasta esa noche, nunca hubiese pensado que las prostitutas pudiesen ser tan buenas.

Trató de poner la mano en un peldaño y falló. Metió el brazo en el espacio entre los escalones y perdió el equilibrio. Se hubiese caído de no haberse quedado enganchado por la axila a un peldaño. Jake se quedó allí colgado un rato, tratando de

encontrar asidero con la bota. Mientras colgaba de los escalones, sujeto por un brazo y con riesgo de romperse el hombro, se le ocurrió que solo un estúpido borracho trataría de subir a una buhardilla cuando no podía siquiera tenerse en pie.

En cualquier caso, ¡maldita escalera! Encontró un punto de apoyo y gateó lo que le quedaba de camino. Cuando llegó a la buhardilla, levantó una pierna, se echó hacia delante y terminó tumbado en el suelo, boca abajo.

No era un suelo malo, para ser un suelo. Pensó que estaría bien descansar allí un rato. Cómodo y fresco. Aunque hubiese deseado que se quedase quieto. No quería caer y terminar en el salón. Era bien entrada la noche. Por no hablar de la posibilidad bastante real de romperse la crisma.

Para estar seguro, Jake se ayudó de la punta de un pie y empujó el suelo para alejarse de la escalera. Después descansó otra vez, pensando en lo estúpido que era beber. El suelo giraba debajo de él. Extendió las manos para asegurarse de que no era él el que giraba. No recordaba haber estado nunca tan borracho. Aunque, claro, tampoco nunca había fallado el tiro con una mujer. Sin duda, lo de esa noche podía contar como una.

¿Se le habría atrofiado la masculinidad? Ese pensamiento era preocupante. Le dolía la nariz. Jake abrió los ojos, preguntándose qué le pasaba. Entonces se dio cuenta de que estaba tumbado en el suelo, boca abajo. Mientras trataba de hacerse con la situación, oyó un leve gruñido. Entonces pudo registrar el sonido. Mierda. Era ese maldito lobo.

Jake se quedó inmóvil en el suelo. El lobo siguió olisqueándole. Por fin, Jake se atrevió a levantar la cabeza. Unos débiles rayos de luna atravesaban la ventana y caían sobre la cama de Índigo. El lobo estaba de pie junto a la cama, en la sombra, a un metro de la garganta de Jake, quien recobró la sobriedad con rapidez.

—Está bien, chico —susurró—. Solo estoy recobrando un poco el aliento.

Lobo no parecía tragárselo. Jake pensó que, con toda seguridad, era la primera vez que el lobo veía a un hombre tirado a los pies de su dueña. Debía de parecerle extraño. Jake parpadeó y trató de ponerse de rodillas. El gruñido del lobo se mantuvo constante, ni más alto ni menos amenazador. Hasta el momento, parecía ir bien.

Ponerse en pie no le resultó tan fácil, pero tenía razones suficientes para salir de allí, así que Jake decidió que era mejor no hacer el tonto y gatear hacia su lado de la buhardilla. Si despertaba a Índigo, ¿cómo iba a explicarle el estado en el que estaba?

El lobo dejó de gruñir y siguió pisándole los talones hasta que llegó a su cama. No dejó de observarle mientras trataba de subir a esa condenada cama como si se tratase de un caballo. Bueno, no exactamente. Él nunca habría resbalado de un caballo. Decidido, Jake lanzó una pierna sobre la manta y lo intentó de nuevo. Por supuesto, cuando trataba de subir a la silla de un caballo, el suelo no se movía como ahora.

Tras tres intentos fallidos, Jake dejó caer la cabeza en el colchón y escudriñó las sombras en busca de *Lobo*.

—Si le dices esto a alguien, te mato. ¿Lo entiendes? ¡Bum! Y lobo muerto.

Lobo gruñó una vez más y se sentó en sus patas traseras. Era evidente que no estaba dispuesto a dejar a Jake hasta que estuviese en la cama a la que pertenecía. Jake tenía problemas para centrarse y le miró por encima de la nariz.

—Sabías lo que estaba pensando antes, ¿eh? Te crees muy listo, ¿verdad? —dijo sacando una mano de debajo del pecho y de la cama, y levantó un dedo—. Entiende algo, bestia estúpida. Lo que piense y lo que haga son dos cosas diferentes.

Lobo se chupó el hocico y volvió a gruñir. Jake hizo otro intento de subir a la cama y volvió a caer al suelo. Gimió y puso la cabeza sobre el colchón.

—No puedo hacerlo —susurró.

Lobo gruñó.

Le sobrevino una arcada. Gimió una vez más.

—Vamos, mátame. Ahora mismo, no tengas piedad de mí.

Lobo le respondió con otro gruñido.

Jake cerró los ojos.

—Míralo de esta forma, viejo amigo. Si no puedo subirme a mi propia cama, ¿cómo voy a subirme a la de ella? —Una sonrisa mareada se dibujó en su cara—. E incluso aunque pudiera, probablemente no estaría a la altura de las circunstancias.

Típico del tiempo impredecible de Oregón, la tarde siguiente resultó soleada y cálida. El aire olía a dulce y a húmedo, como un preludio de la primavera, un regalo para Índigo después del largo y lluvioso invierno. Después de mostrar a Jake Rand la segunda mina, a la que su padre llamaba Número Dos, *Wahat*, en comanche, lo guio en dirección a Shallows Creek, sintiéndose, por primera vez desde el accidente de su padre, tranquila y despreocupada. Montada a pelo en su yegua, *Molly*, eligió el camino de las altas hierbas y las laderas llenas de árboles. Con un sentido de la orientación innato, los guio hasta el viejo Geunther Place. Jake Rand la seguía a lomos de *Buck*, la mayor parte del camino en silencio.

Después de haber pasado el día anterior y parte del de hoy en su compañía, Índigo empezaba a comprender que Jake Rand no era muy hablador. En realidad, esa mañana se había comportado de forma casi hosca. A ella no le molestaba lo más mínimo, porque tampoco era de las habladoras. Podía disfrutar de una buena conversación, pero amaba también el silencio, sobre todo en el bosque. Los sonidos de los animales salvajes y de los pájaros eran como música celestial para ella. El susurro del viento hacía volar su imaginación y la transportaba a lugares lejanos y épocas remotas.

Algunas veces, mientras estaba a solas en el bosque, imaginaba que era una auténtica comanche, una mujer respetada por la tribu que cabalgaba en un poderoso caballo por las llanuras de Texas, que su padre le había descrito tantas veces. Siempre se sentía como una estúpida cuando sus sueños terminaban y se veía forzada a

enfrentarse a la realidad. *Molly* estaba lejos de ser un elegante semental, y los barrancos y las colinas de Oregón eran suficientes para hacer que cualquiera se sintiera acorralado. Pero ¿qué había de malo en soñar? Ella no encajaba en este mundo, y se sentía un poco menos sola cuando simulaba, aunque solo fuera por un momento, que vivía con la tribu, que el color de piel no importaba y que nadie la despreciaba.

Ese día, con Jake Rand detrás de ella, estaba demasiado nerviosa para soñar. En vez de eso, disfrutaba con ese día primaveral que tenían y observaba a *Lobo* mientras retozaba en el bosque. El buen tiempo hacía que se comportase como un cachorro.

Volviéndose un poco sobre la grupa de *Molly*, anunció:

—Creo que deberíamos detenernos y comer en el viejo Geunther Place. Con este sol, podemos incluso comer fuera.

Jake pensó que el suelo estaría mojado, pero tampoco iba a matarles. Después de sobrevivir a esa noche, supuso que sobreviviría a cualquier cosa.

—Me parece bien. Me está entrando hambre. ¿Está lejos?

—En lo alto de la próxima colina. Mañana debería probar las tortitas de mi madre. Es una magnífica cocinera, ¿sabe?

Dado que la cabeza había dejado de darle martillazos, Jake pudo sonreír un poco.

—No sé por qué, pero no tenía hambre esta mañana.

—Pronto cambiará de parecer. Los días aquí son largos. Es mejor desayunar bien para tener carne en los huesos.

Ella tenía suficiente... al menos en los sitios que contaban. Cabalgando detrás de ella, Jake tenía dificultades para apartar la vista de sus redondeadas nalgas. Se sentaba en el caballo como si ella y el animal fueran un solo ser, con una gracia innata desconocida para él. Sus esbeltas y bien formadas piernas se apretaban a la barriga de la yegua de una manera firme, aunque sutil.

Al verla, podía imaginarla viviendo en un lugar primitivo, salvaje y libre. Le resultaba también muy fácil imaginar que él le hacía el amor, que se sumergía en ese cuerpo salvaje y probaba su dulzura. Un pensamiento de lo más inquietante. Sonrió. Había ciertos picores que un hombre no podía aliviar con un trago de whisky.

Cuando Jake vio Geunther Place, le agradeció a Dios que hiciese sol. El lugar era una choza, y no le atrajo la idea de comer ahí dentro. Índigo desmontó bajo un laurel y después hizo una lazada con las riendas de *Molly* para que pudiese pastar libremente. Jake bajó balanceándose de *Buck*, aunque con mucha más facilidad que la mostrada la noche anterior para subirse a la cama. Desensilló al animal y siguió el ejemplo de Índigo de dejarlo suelto.

El sonido del riachuelo era como música para sus oídos. Las hojas de helecho y las moreras se alineaban en la ribera. Jake estiró los pies sobre la hierba, respiró profundamente y cerró los ojos un momento para saborear lo que le rodeaba. Hacía años que no disfrutaba así del campo, que no cabalgaba por el puro placer de hacerlo, rodeado de bosque silvestre. Había olvidado lo maravilloso que era.

—¿Ocurre algo?

Él fijó la atención en Índigo, que estaba de rodillas en la hierba, deshaciendo las alforjas para sacar la comida. Hoy no se había puesto el sombrero, y la luz del sol la iluminaba dándole una tonalidad entre dorada y cobriza a su cabello suelto. Mirarlo era cegador. Jake parpadeó y sonrió.

—El aire huele tan bien, que hace que me den ganas de gritar.

Las palabras brotaron de su boca antes de darse cuenta de lo tontas que sonaban. Sin embargo, ella no pareció sorprenderse. En vez de eso, miró por encima de él a la colina que acababan de descender. Tenía una expresión distante en sus hermosos ojos. Después de un momento, le dedicó una sonrisa traviesa.

—Entonces, tal vez debería gritar, señor Rand.

Él soltó una carcajada. Después, dio un brinco al oír el grito como tirolés que ella profirió. Nunca había oído nada parecido.

—¿Qué diablos es eso?

—Un grito de guerra comanche. No es difícil, solo tiene que sentirlo. Vamos, inténtelo. Le dará fuerzas. Solo estamos yo y *Lobo* para escucharle.

Con una carcajada, Jake guiñó un ojo y se sentó junto a ella, contento de que Índigo empezase a relajarse. Durante toda la mañana, se había comportado de forma reservada y nerviosa con él. Aunque tampoco él había estado muy hablador.

—Tal vez más tarde. Primero, me gustaría comer.

Loretta había empaquetado dos sándwiches para cada uno, queso, un trozo de pastel de chocolate, gajos de manzana seca y una pequeña jarra de vinagre llena de zumo. En cuanto Índigo lo hubo puesto todo en una manta, él se apresuró a saborear cada bocado. Descubrió que el zumo era de mora y que sabía mejor que cualquier vino caro.

Empezaba a darse cuenta de que la vida de los Lobo, pese a toda su sencillez, era, a su manera, mucho más agradable que la suya. Jake pensó que tal vez tuviese dinero para comprar mil claros de montaña como aquel, pero que nunca tendría tiempo para disfrutarlo. Incluso aunque tuviese el tiempo, dudaba de que encontrase un compañero de merienda entre la élite de Portland. Emily no estaría muy dispuesta a sentarse en un suelo sucio a comer un sándwich. ¡Emily! No podía siquiera recordar su cara.

Este pensamiento lo entristeció. Hasta entonces, había creído tener todo lo que necesitaba. Ahora se sentía vagamente insatisfecho. Había más cosas en la vida que el trabajo. Los años le habían engañado, y darse cuenta de eso le hizo sentirse frustrado. ¿Cómo podía un hombre de su posición sentirse pobre al lado de una chica que bebía zumo de moras de una jarra de vinagre cascada?

Cuando *Lobo* se les unió, Índigo retiró el envoltorio de papel de periódico en el que llevaba su comida, y le dio una generosa porción de carne. Jake supuso que era venado. El lobo lo devoró al instante.

—Con tu padre en la cama, ¿no deberías racionar la carne que tenéis en la

despensa? —preguntó Jake—. ¿Cómo puedes alimentar a *Lobo* y a un puma desdentado sin que se os acabe la carne?

—Siempre hay más. —Se limpió los dedos en la manta y volvió a coger su sándwich—. Soy yo la que traigo a casa la mayor parte de la carne, así que a mis padres no les importa que sea generosa con *Lobo* y el puma.

Jake la miró fijamente a los hombros.

—¿Sabes disparar un rifle? Hubiese creído que el estallido sería suficiente para... —se calló.

—Algunas veces uso el rifle. Pero prefiero el arco.

Jake se quedó pensando en ello. Mataba animales, lo que significaba que probablemente los descuartizaba y desollaba a continuación. ¿Cómo demonios era capaz de cargar con un ciervo? Como veía que ya no estaba tan tensa como antes y además quería que siguiese hablando, le preguntó cómo lo hacía.

—Lo troceo en cuartos, llevo una parte a casa y vuelvo a por el resto con *Molly*. No voy lejos. Estas montañas están llenas de caza.

Era una chica extraordinaria. Tan pronto se hacía amiga de un lobo y alimentaba a animales salvajes, como tenía las agallas necesarias para descuartizarlos. Jake estudió su pequeña cara, tratando de entenderla. Vana tarea. Lo que más le sorprendía era que pareciese tan nerviosa a su lado. Quizá Jeremy tenía razón y él tenía una mirada demasiado dura. O tal vez podía percibir el efecto que ella producía en él.

—¿Te molesta? Matar animales, quiero decir.

Su boca se puso firme y un poco curvada hacia abajo.

—Mi familia debe comer. Los animales son *tao-yo-cha*, hijos de la Madre Tierra. Algunas veces deben morir para que nosotros vivamos.

Amaba de verdad a los animales. Podía verlo en su expresión.

—Te duele tener que matarlos, ¿verdad?

—Me entristece, pero solo durante un tiempo. Como dice mi padre: «Así debe ser». No podemos cuestionar la pirámide de la naturaleza. Si yo fuera un ciervo, me comerían seguramente —dijo mirándole la mano—. Su sándwich es de venado.

Jake volvió a reír.

—Lo he entendido. Es solo que uno no imagina a una señorita como tú cazando. Suele ser un trabajo de hombres.

—Soy bastante diferente a las demás señoritas —admitió—, como debe de haber notado ya. Hace años que dejé de intentar ser como las demás. Yo sigo mi propio camino.

Jake pensó que sería una pena que cambiase. Índigo Lobo era única. Un día no muy lejano, aparecería un joven, la miraría y se enamoraría de ella. Ese pensamiento hizo que dejara de masticar. Deseó ser diez años más joven para poder pretenderla. Había algo en ella que le atraía de una forma en la que nadie antes le había atraído, ni siquiera Emily.

Pero él no era joven. Y probablemente fuese una bendición. Una chica como ella

sería marginada en su mundo, y las restricciones sociales de Portland la harían un ser desdichado. Ella pertenecía a ese lugar, a ese laurel bajo el que estaba sentada, a esa brisa que jugaba con su pelo.

Dio otro bocado al sándwich y disfrutó del sabor.

—¿*Tao-yo...*?

—*Tao-yo-cha*. Pronuncia muy bien el comanche —dijo mirándole un momento—. ¿No será, por casualidad, mitad indio?

—No estoy seguro. Los Rands estamos mezclados, es difícil seguir la pista. Mi madre tenía raíces gitanas, de ahí mi pelo moreno y mis ojos. Mi padre... solo Dios lo sabe. Creo que el nombre de Rand es una abreviación de algo extranjero: ruso, italiano o algo así. Mi padre me lo dijo una vez, pero era tan largo que lo he olvidado. Tampoco me importa demasiado.

—¿Gitana?

—De raza morena. —Buscó sus ojos extrañados y sonrió—. Los orígenes son muy importantes para ti, ¿verdad? Te parece inconcebible que yo no sepa lo que soy o de dónde vengo.

Ella apartó los ojos.

—Alguien debe llevar su legado.

Bajo ese orgullo estirado, oyó el dolor que había en su voz. Miró su piel aterciopelada.

—Eres preciosa, Índigo.

No sabía muy bien de dónde habían salido sus palabras o por qué las había dicho. Pero allí estaban. En el momento en que las dijo, la frágil camaradería que estaba tejiéndose entre ambos se rompió. Ella clavó sus grandes ojos azules en los de él: unos ojos vulnerables, ocultos por una sonrisa pícaro. Él vio dolor en esos ojos, un dolor que trataba desesperadamente de ocultar. Y miedo. Un miedo cuyo origen desconocía.

La tensión entre ellos era casi palpable. Jake quería darse un puntapié. Tenía miedo de moverse o de decir nada más. La brisa movió la copa de los pinos. El sonido se le antojó solitario.

Jake decidió seguir el ejemplo de ella y aplicarse con la comida. Pero no podía dejar de preguntarse qué era lo que le asustaba tanto. Aunque sintiese que la encontraba atractiva, tenía que ver que era inofensivo. ¿O no podía verlo? La noche anterior, en la montaña, su comportamiento había sido poco ejemplar. Quizá se sentía intimidada por su tamaño. Estaban a kilómetros del pueblo. Quizá tuviese miedo de que él tratase de acercarse y forzar las cosas.

Nunca había utilizado la fuerza con una mujer. Pero ella no podía saberlo. Sin alcanzar a decírselo, no se le ocurría nada que pudiera disipar sus temores. Nunca se le habían dado bien las palabras. Si por casualidad aludiese a la violación, ella pensaría que al menos se le había pasado por la cabeza.

—¿Índigo, son imaginaciones mías o me tienes miedo?

Ella se puso rígida.

—¿Por qué iba a tener miedo?

Esa era una buena pregunta.

—Pareces nerviosa, por eso. Si he hecho algo que...

—No ha hecho nada.

La boca se le secó de repente.

—Espero que no. —Con la esperanza de quitar un poco de seriedad a la conversación, dijo—: Soy inofensivo, de verdad. Pregunta a cualquiera.

A Índigo no le parecía inofensivo. En ese preciso momento, era como si solo tuviera hombros ante ella. Sus piernas le parecían interminables. Llevaba las mangas de la camisa de lana verde arremangadas, lo que dejaba al descubierto unos antebrazos bronceados y musculosos. Estaba sentado a solo unos centímetros de ella, lo suficientemente cerca como para extender una mano y agarrarla por sorpresa. No le había pasado desapercibido el brillo en sus ojos y sabía lo que eso significaba. Una vez, hacía ya mucho tiempo, otro hombre blanco la había mirado de esa forma.

—No le tengo miedo ni a usted ni a nadie —dijo.

Era mentira, una de las pocas que había dicho hasta ahora. Todo lo que tuviese que ver con Jake Rand le asustaba. No podía evitar sentir (¿sería una premonición?) que de alguna forma él iba a hacerse con el control de su vida. En el momento en que lo vio por primera vez, había sentido eso mismo, algo inexplicable, un extraño sentimiento de reconocimiento, como si finalmente el destino la estuviese llamando.

Él no era un hombre al que se pudiese tomar a la ligera. Cada poro de su piel irradiaba fuerza, cada movimiento que hacía estaba cargado de masculinidad. ¡Ah, sí, le temía! Había visto en la tienda a mujeres que miraban un trozo de tela de la misma manera con la que él la miraba a ella. Tentadas, pero diciéndose a sí mismas que no. Nueve de cada diez veces, estas mujeres volvían, una y otra vez, hasta que por fin compraban la tela. Una semana después, llevaban vestidos nuevos, cortados exactamente de la manera en la que querían. Índigo no quería que su mundo desapareciera y se convirtiera en un mundo a la medida de Jake Rand.

Al recordar el poder que sintió en su cuerpo la noche anterior, estuvo a punto de temblar. Tenía el cuello de la camisa abierto, por lo que podía ver las vértebras de su cuello. Cuando se movía, la lana verde de su camisa se le pegaba al cuerpo y marcaba los músculos de sus brazos y hombros. Trató de imaginar toda esa fuerza dirigida contra ella y decidió que sería más fácil vencer a un muro de piedra.

—¿No temes a nadie? —La observó como si encontrase su respuesta de lo más divertida—. Estoy impresionado. Pensé que todos teníamos miedo de alguien.

Volvió al presente. Trató de guardar la compostura y responder.

—¿Ah, sí? ¿Y a quién teme usted, señor Rand?

La pregunta dejó a Jake en blanco.

—Te agradecería que me llamasen Jake.

—Es usted mayor que yo, no sería respetuoso.

Él hizo una mueca.

—¡Ni que fuera Matusalén!

Le dolía que le tratase como a un hombre mayor. Se metió un trozo entero de queso en la boca. Treinta años no eran tantos. Él solo tenía... calculó rápidamente... once años cuando ella nació. ¡Por el amor de Dios! Conocía a hombres que se habían casado con mujeres veinte y treinta años más jóvenes que ellos.

Al queso le siguió un gajo de manzana seca. Jake la miró una vez más y trató de recuperar su sentido del humor.

—¿Crujo cuando camino? —preguntó con una fingida preocupación—. Me doy friegas de grasa en las articulaciones todos los días. El médico me prometió que eso solucionaría el problema.

Había aún un deje incómodo en los ojos de ella, pero vio un atisbo de sonrisa en su boca.

—Ya sé. —Sacó la mano y la hizo temblar—. Has notado la parálisis, ¿verdad? Es embarazoso, pero no puedo evitarlo teniendo la edad que tengo.

Por fin, obtuvo su recompensa en forma de sonrisa.

Al ver que el juego funcionaba, Jake miró al cielo y gimió.

—¡Ay, no! Fue toda esa lluvia de ayer, ¿verdad? Ha desleído el tinte negro de mi pelo. Admítelo. Viste los chorretones negros que me caían por el cuello, ¿a que sí?

El sonido de su risa fue providencial, aunque se mordiese el labio inmediatamente para contenerla. Para Jake era una tortura. ¡Cuánta dulzura! Se sintió feliz al ver que el temor había desaparecido de sus ojos.

—No quería ofenderte, Jake.

Dijo su nombre como si fuera algo íntimo, y sus mejillas se tiñeron de un encantador color rosado.

—No eres tan viejo —añadió.

—Dime que soy endiabladamente guapo, y te perdonaré.

Ella volvió a reír. Ese sonido le reconfortaba.

—Eres endiabladamente guapo —contestó ella—. Un diablo guapo muy joven, tan joven que estás aún verde.

—Sin lugar a dudas estás perdonada.

Lobo irguió las orejas en dirección a la colina. Jake siguió la mirada del lobo sin ver nada.

—No le hagas caso. Probablemente ha visto el postre corriendo por ahí. Los conejos son su comida favorita. —Ella puso su segundo sándwich en las alforjas y después empezó con el pastel. Le dio un primer bocado y a continuación se pasó la lengua por la boca para limpiar los restos de chocolate—. ¿Oiga, señor Rand...?

—¿Otra vez lo mismo?

—Jake —volvió a sonrojarse—, ¿puedo preguntarte algo?

—Tengo treinta años.

—No —dijo, riéndose—, no era sobre tu edad.

—Pregunta, pues.

Ella dio la vuelta al pastel como si buscara algún defecto en él.

—¿Puedes decirme por qué no tienes callos en las manos como los otros mineros?

No era lo que él esperaba. Jake se miró las manos. Podía decirle una docena de mentiras para explicárselo, pero, por alguna razón, no podía hacerlo. Había viajado hasta allí sabiendo que tendría que mentir para ganarse su confianza y creyó que estaba preparado para hacerlo. Pero eso había sido antes de conocer a Índigo y a sus padres.

—Yo... esto... —se aclaró la garganta—. En los últimos años, he estado trabajando en oficinas.

—¿Oficinas?

—Para una gran empresa minera.

—¿Qué te hizo dejarla?

Jake sintió como si estuviese ahogándose.

—No la he dejado exactamente. Es más como si estuviera de permiso. Yo... —inspiró aire profundamente— vine aquí con la esperanza de poder... —la miró a los ojos y, aunque no pudiese decir por qué, supo que no podía mentirle—. ¿Has tenido alguna vez la sensación de estar viviendo la vida como si estuvieses dormido?

—No.

—Pues yo sí. Vine aquí en busca de la verdad.

—La verdad —repitió ella—. ¿La verdad sobre qué?

—Sobre mí mismo, sobre todo lo que creía que era. La verdad sobre mi trabajo —suspiró. Hasta el momento no había dicho nada que no fuese cierto—. Cuando trabajas en una gran empresa, es demasiado fácil asignar un valor monetario a todo. La gente se convierte en nombres en un papel. Un hombre puede estar tan inmerso en hacer negocios que no se da cuenta de nada más. Pasó algo que hizo que me diera cuenta de que quizás había perdido el contacto con todas las cosas que de verdad importaban. Tenía que encontrar respuestas. Y por eso terminé aquí en Tierra de Lobos.

—¿Por accidente?

A Jake se le aceleró el pulso. Pero ahora que había llegado tan lejos, no podía echarse a atrás y empezar a mentir, por muy doloroso que fuera.

—No, no fue por accidente. Había oído hablar de los derrumbes en la mina de tu padre y también acerca de su lesión. Imaginé que querría contratarme. Por lo que sabía de Tierra de Lobos, pensé que podría ser el lugar que estaba buscando.

—O sea, que no estabas en Jacksonville por casualidad.

—No.

—Dijiste a mi padre que...

—Ya sé lo que le dije a tu padre. —Jake puso los codos en las rodillas y se echó hacia delante—. Algunas cosas no son fáciles de explicar. ¿Qué hubiese pensado si le hubiese dicho que venía buscando respuestas? Me pareció más fácil decir que

simplemente pasaba por aquí.

Ella le miró fijamente por un momento que se le antojó interminable. Después, su expresión se suavizó.

—Espero que encuentres la verdad que estás buscando. Y no te pondré en evidencia diciéndoselo a mi padre.

Jake se sintió aliviado.

—¿No lo harás?

—No. Un viaje interior es algo privado, y lo respeto. También lo respetaría mi padre, si tú se lo dijese. —Sus ojos le miraron con candor—. Muchos nunca se hacen preguntas. Nunca miran dentro de ellos mismos en busca de la verdad. No estoy segura de si se dan cuenta de que tienen una verdad que buscar. Sin embargo, mi padre no es uno de ellos. Él viaja a su interior casi a diario. Y lo mismo hacemos mi hermano y yo. Es la costumbre comanche.

Jake miró a la parte que le quedaba del sándwich. Con el nerviosismo, había metido los pulgares en el pan.

—Un lugar interior —repitió—. Haces que suene incluso noble. Aun así, sienta tan... —Hizo una pausa, sin estar seguro de cómo acabar la frase—. Cuando miro con detenimiento a mi interior, no estoy seguro de estar orgulloso de lo que veo.

Ella sonrió.

—Si no te gusta en lo que te has convertido, entonces pon tus pies en otro camino.

Ella hacía que sonase muy fácil. Pero no lo era. ¿Cómo podía él dar la espalda a todo aquello que amaba, a aquello por lo que había trabajado tanto? Quizá su mundo en Portland no era el ideal, pero era aquello a lo que pertenecía.

—No siempre es tan sencillo.

—Un viaje interior nunca es sencillo.

Ella buscó su mirada. Jake necesitó de toda su voluntad para no apartar la vista. Tenía la sensación de que le estaban leyendo la mente. Después de un rato, ella apartó los ojos y terminó el trozo de pastel que le quedaba por comer. Se hizo el silencio entre los dos. Jake se concentró en lo que le quedaba de comida, sin disfrutar ya del sabor. Lanzó un trozo de pan a *Lobo*, que seguía sentado junto a *Índigo*, con la vista puesta en la colina. Cuando el pan tocó el pecho del lobo, lo dejó caer al suelo y lo miró con desdén.

Estirando los brazos por encima de su cabeza, *Índigo* respiró hondo y después se sentó de lado. Al hacerlo, el aire que rodeaba a Jake pareció explotar. Era el estampido de un rifle.

Por un instante que parecieron horas, fue incapaz de reaccionar. Sus ojos registraron los más mínimos detalles, en su cerebro las imágenes se imprimieron como negativos en una cámara. *Lobo*, que un momento antes estaba sentado junto a *Índigo*, yacía ahora a sus pies. Había sangre por todos lados, derramada por la manta, sobre la hierba, en la cara de Jake. *Índigo* gritaba. Los caballos huyeron desbocados.

Jake sintió que se sumergía en melaza fría. Un rifle, por el amor de Dios; un rifle. El zumo de moras se le cayó por el regazo cuando soltó la jarra con unos dedos que le costó una eternidad mover. Se arrojó hacia delante para cubrir a Índigo con su cuerpo y tuvo la sensación de estar flotando y de que nunca llegaría a alcanzarla. Solo tenía un pensamiento en mente. Si Índigo no se hubiese estirado hacia un lado como lo hizo, esa bala le habría atravesado el pecho. La cubrió con su cuerpo y cruzó los brazos sobre su cabeza.

Dios mío.

No hubo más disparos. Jadeando como si hubiese estado corriendo, levantó un codo, se limpió la sangre de los ojos y escudriñó la colina. Vio a un hombre desaparecer a toda prisa entre los árboles. Poniéndose en pie de un salto, cogió a Índigo de un brazo y tiró de ella en dirección a la cabaña, con la única idea de ponerla a cubierto.

—¡Lobo! —Sollozó y trató de soltarse—. ¡Lobo! ¡No puedo dejar a Lobo!

Jake profirió una maldición.

—¡Olvida al condenado bicho!

La arrastró hasta la entrada de la desvencijada casa. Una vez dentro, hizo que se agachara en el suelo, cerca de una ventana, y se acurrucó junto a ella sin quitar la vista de la ventana. Si el hombre estaba aún allí, se había escondido bien. Jake sintió algo pegajoso en los labios. Hizo una mueca y escupió. Después se restregó la cara. Era una telaraña.

—Lobo...

El miedo que nublaba la mente de Jake fue cediendo poco a poco. Índigo levantaba las manos. Las tenía manchadas de sangre. Temblaba descontroladamente. Jake gimió y le bajó los brazos. Después la atrajo hacia él. Pasándole la mano por el pelo, pensó en dos cosas, a cual más irrelevante y loca: la primera era que su pelo era más sedoso de lo que había imaginado; la segunda, que lo único que podía sentir en esos momentos era un fuerte sentimiento de protección hacia ella.

—Volveré a por Lobo, cariño, tan pronto como sea seguro.

—¿Por qué? —gimió—. ¿Por qué le han disparado? Él nunca ha hecho daño a nadie. ¡Nunca!

Con la vista puesta en la ladera de la montaña, Jake le pasó la mano por la espalda, tratando de reconfortarla de la única manera que conocía. Dios mío. ¿La bala era para ella?

Parecía tan desesperada por el lobo, que Jake se arriesgó a volver ahí fuera. Mientras salía precipitadamente del porche, miró a su izquierda y después al interior del bosque. Las ramas de una morera le rasgaron la camisa cuando se acercó gateando a donde habían estado comiendo. Lobo yacía allí. Su paletilla izquierda, que antes había sido un cúmulo de músculos y piel, ahora era un agujero sangriento. Había sangre por todos lados. Le pareció increíble que el animal siguiese respirando.

Volvió a inspeccionar la ladera. Después se levantó, cogió a Lobo en brazos y

corrió de vuelta a la cabaña. Índigo se reunió con él en la puerta. Él hizo que se apartara a un lado, le pidió a gritos que se quedara agachada y llevó al animal hasta una esquina. Índigo cayó de rodillas junto a él. A Jake se le rompió el alma al ver cómo abrazaba a su mascota.

Pero no lloró. Jake hubiese preferido ver las lágrimas. En cambio, se sentó sobre sus talones y colocó respetuosamente una mano sobre la frente del lobo. Jake se quitó la camisa.

Aunque no le gustase particularmente el lobo y supiese que era muy probable que muriese, Jake no podía dejarle ir sin luchar, aunque solo fuese por lo mucho que Índigo le quería. Dio otro paseo hasta la ventana, para vigilar la ladera. Después sacó el cuchillo y cortó una tira de lana de su camisa para hacer una venda. Lo que quedaba de camisa serviría de almohada. Si presionaba lo suficiente en la herida, podría tal vez detener la hemorragia.

Se acercó a Índigo y le pidió que se apartase.

—Déjame hacer algo —le dijo con suavidad, tocándole el hombro.

El interior de la cabaña estaba envuelto en sombras, lo que le impedía ver con claridad la herida. Con la ayuda del cuchillo, Jake buscó la bala. Índigo permanecía inclinada junto a él, con las manos temblorosas y un silencio que hablaba por sí solo de su dolor. «El mejor amigo que tengo en este mundo.»

Hacía mucho que no se encomendaba a Dios, salvo para pronunciar su nombre en vano. Pero en esos momentos rezó. No por el lobo, sino por la chica. Si *Lobo* moría, una parte de ella moriría con él.

Jake tocó el plomo con la punta del cuchillo. Con sumo cuidado, puso la masa hacia arriba. Finalmente, la bala salió de la maltratada piel y golpeó el sucio suelo con un ruido metálico.

Jake dobló lo que quedaba de la camisa con rapidez y cubrió con ella la herida. Mantuvo la presión un rato con la esperanza de que la hemorragia se detuviese. El lobo seguía vivo, algo que ya de por sí era milagroso. Ahora que había examinado la herida más de cerca, sabía que no había esperanza. La mayor parte de la articulación había desaparecido. Si *Lobo* vivía, sería un lisiado. Era mejor dejarle morir.

Entonces, ¿por qué hacía lo que hacía? Como mucho, daría a Índigo esperanzas allí donde no las había. La respuesta la obtuvo al ver su cara. Al mirar esos ojos azules grandes y asustados, no pudo por menos que rendirse a la súplica que vio en ellos para que le salvase la vida. Jake intentó recordar cómo era cuando tenía su edad, y solo tuvo una cosa clara. A los diecinueve años, él aún creía en los milagros. No tenía derecho a desilusionarla. La vida lo haría a su debido tiempo.

—¿Va... va a morir? —preguntó con voz quebrada.

—No lo sé, cariño. No se ve muy bien.

Ella colocó la mano sobre la cabeza de su amigo.

—No puede morir, es imposible que muera. ¿*Lobo*? ¿Me oyes, amigo mío? No puedes morir. No puedes dejarme...

Con la tira de lana, Jake vendó la herida y después volvió a la ventana para dejarla a solas con su dolor. Lo que oyó le hizo palidecer. Deseó que ella pudiese llorar y gritar. Cualquier cosa sería mejor que aquellos suspiros lastimeros y esas plegarias temblorosas. Era incapaz de imaginarse amando algo con tanta pasión, y ese pensamiento hizo que se sintiera vacío.

Escudriñó la montaña una vez más y trató de no pensar en nada. Supuso que era un momento de locura. Ese sentimiento de no reconocerse o de no saber ya lo que quería, ese pensar que a su vida le faltaba algo vital, era producto de la locura. «Lo has despreciado toda tu vida, y ahora te has convertido en alguien como él.»

Mientras esos interminables minutos se volvían horas, los suspiros de Índigo se hicieron más calmados y buscó refugio contra la pared, preparándose para una vigilia que duraría hasta que su amigo muriese. Jake lo sentía de veras, pero en ese momento su mayor preocupación era conseguir sacarla de allí a salvo. No podía dejar de mirarla: subía los brazos al cielo y después los bajaba. ¿Había esa bala fallado su objetivo?

Ese pensamiento le aterrorizaba. Lo único que tenía era un cuchillo apestoso. ¿Por qué diablos no había traído un rifle? ¿Y dónde estaban los caballos? Si ese bastardo llegaba hasta la ventana y empezaba a disparar, Jake no podría defenderles mucho, armado con su pequeño cuchillo.

Echó un vistazo a lo alto de la colina. El sol empezaba a ponerse. No quedaban muchas horas de luz. Dos horas, tal vez tres. ¿Qué pasaría si no podía encontrar los caballos?

—Índigo, ¿podemos llegar a casa a pie antes de que anochezca?

Como una sombra que se funde en la oscuridad, Índigo se revolvió.

—No podemos mover a *Lobo*.

Jake miró al lobo. ¿Es que no sabía que no había esperanza para él?

—Cariño, no podemos quedarnos aquí con él. —Había llegado el momento de compartir sus sospechas—. Creo que esa bala iba dirigida a ti.

Ella dejó escapar un entrecortado suspiro, claramente consternada. Después, miró al lobo.

—Si *Lobo* muere, desearé que me hubiesen disparado a mí.

Jake no podía dejar de mirarla.

—No lo dices de verdad.

—Sí.

Él se peinó el pelo con los dedos, tratando de contener una ira irracional, no contra ella, sino contra el bastardo que se escondía allí fuera.

—¿Sabes de alguien que haya podido tratar de dispararte? Piénsalo bien, Índigo. ¿Se te ocurre alguien?

—No —negó con la cabeza otra vez, en medio de la sombra, con el pelo cubriéndole los hombros—. Creo que quien lo hizo quería acabar con... —Su voz se quebró—. Mucha gente odia a *Lobo*. Le temen. Ya le han disparado antes. Quien lo

hizo pensó que tal vez sería divertido matarlo.

Divertido. A Jake le dieron ganas de vomitar. Tan solo el día anterior, él mismo hubiese disparado al lobo. Pero nunca lo hubiese hecho sabiendo que el animal era una mascota. Le resultaba inconcebible que otro hombre lo hiciera. Pero era más fácil creer eso que pensar que alguien había intentado matar a Índigo.

—Quien lo hizo se arriesgó mucho. Si hubiese fallado solo un poco, te habría dado a ti.

—Un buen tirador raramente falla —contestó ella—. Si la bala hubiese sido para mí, me habría encontrado.

Jake rezó para que estuviese en lo cierto.

—Aun así sigo creyendo que debemos salir de aquí.

—No —se limitó a decir ella—. No puedo dejar a *Lobo*.

Jake tragó saliva.

—Cariño, no va a salir de esta. Lo sabes, ¿verdad?

—Tal vez sí. Ha parado de sangrar, creo. Si lo movemos, empezará otra vez. Entonces su muerte sería segura.

Jake apoyó el codo en el sucio alféizar de la ventana, se sujetó la cara con la mano y suspiró.

—No puedes arriesgar tu vida por un lobo, Índigo.

—Dices «lobo» como si fuera algo sucio.

—No era mi intención que sonase de esa manera.

—No, pero así es como te sientes. Él es diferente, no es un perro, por eso no te gusta.

Jake volvió a suspirar.

—Estoy seguro de que hubiese llegado a apreciarlo con el tiempo. Pero incluso aunque fuera un perro, mi pensamiento sería el mismo. Tu vida es mucho más preciosa que la de cualquier animal.

—Yo también soy diferente. —Su voz era un débil susurro—. *Lobo* y yo nos parecemos. Sé que no lo entiendes, pero somos amigos. De los especiales. Uno no deja a sus amigos para que mueran solos.

—Si él te quiere tanto como tú le quieres a él, querrá que te vayas. No es seguro para ti estar aquí.

—Puede que tampoco sea seguro salir al bosque —le respondió—. Los caballos se han espantado. Si alguien quiere dispararme, puede hacerlo si salimos a buscarlos. Aquí estamos tan seguros como en cualquier otro sitio, quizá más. Y *Lobo*... Él no me abandonaría, por muy grande que fuese el peligro. Yo no voy a ser menos.

Salvo por su irracional lealtad al lobo, en lo demás tenía razón. Jake mantuvo la mirada fija en el exterior. Pensó en ir a buscar los caballos, pero ¿qué pasaría si el tirador entraba en la cabaña mientras él no estaba? Lo más probable era que ella tuviese razón y no corriese ningún peligro. Pero este era un riesgo que Jake no quería correr. Pensó en ir a Tierra de Lobos a pedir ayuda. Pero rechazó la idea por la

misma razón.

—Quién sabe —susurró él—, quizá tengas razón y quedarse sea la mejor opción. Tu madre sabía que teníamos intención de venir aquí, de todos modos. Tal vez envíe a alguien a buscarnos.

—No sabrá dónde nos hemos detenido. Los caballos no están aquí.

Eso era verdad. Jake dio un golpe a la pared. Quizá, solo quizá, la suerte estuviese de su parte. Quizá la bala iba dirigida a *Lobo*. Quizá Loretta Lobo enviaría a alguien a buscarlos, y la montura llamase la atención de esa persona. Quizás el hombre que había disparado a *Lobo* estuviese ya a kilómetros de distancia. Quizá todo podía salir bien, después de todo.

El problema era que había demasiados «quizás».

Capítulo 6

A medianoche, Jake comprendió que nunca antes había conocido el verdadero significado de la palabra «interminable». Midió los segundos uno por uno, en el tictac apagado y lento de su reloj de bolsillo. Era como si la luna se hubiese congelado en el cielo. Incluso el viento había dejado de soplar. El silencio los envolvía, un silencio horrible que parecía estar esperándoles.

Jake nunca había temido a la oscuridad, pero esa noche la negrura del bosque resultaba amenazadora. No se movía ni una hoja. Tocadas por la luna, las sombras parecían tener vida propia y envolver la cabaña. Si miraba una sombra el tiempo suficiente, terminaba pareciéndole el contorno de un hombre. El sudor le caía por la nuca y tenía los pelos de punta. A veces, el corazón le latía tan fuerte que estaba convencido de que terminaría saliéndole por las costillas.

No dejaba de pensar en la mirada cándida de Loretta Lobo. Le había confiado a su hija y aquí estaba él, en una cabaña mugrienta, con un cuchillo como única arma para defenderse de un hombre que podía dispararles en cualquier momento. Un tiro certero y caería. Después de él, Índigo estaría sola.

A su espalda, Índigo se sentaba erguida, en silencio. No parecía ser consciente de nada, salvo del lobo. Su silencio le ponía nervioso. Quizá fuese su sangre india, pero la manera que tenía de expresar el dolor no le parecía normal.

Le dio un calambre en el muslo. Al cambiar de posición, golpeó sin querer el suelo con la bota. El sonido pareció desafiarle. Su brazo rozó el alféizar de la ventana y el polvo le llegó hasta la nariz. Sintió frío. Encogió los hombros desnudos en busca de calor, dobló una pierna y volvió a mirar en dirección a la montaña.

Un movimiento repentino le hizo girarse. *Lobo*, como un espectro negro y plateado a la luz de la luna, trató de ponerse de pie con su pata sana. Con sus ojos dorados fijos en la ventana, estiró el cuello y emitió un aullido bajo que fue aumentando hasta convertirse en un desgarrado lamento.

Jake nunca había oído aullar a un lobo desde tan cerca, y el sonido le hizo estremecerse. Parecía que iba a durar para siempre. Índigo se colocó aún más cerca del animal y abrazó su inmenso pecho. Sollozó como si fuera a ahogarse.

—Ah, *Lobo*, mi amigo.

La angustia que oyó en su voz le encogió el corazón. El lobo aullaba a la luna para honrar su propia muerte. Índigo, perfectamente compenetrada con él, lo había comprendido así y le ayudaba a erguirse. *Lobo* echó la cabeza hacia atrás y aulló de nuevo. El esfuerzo le dejó sin fuerzas. Se dejó caer sobre su dueña, incapaz ya de mantenerse por sí mismo. Su tercer aullido fue lastimosamente débil.

Índigo reanudó su letanía, con una voz temblorosa y aguda. Jake escuchaba, incapaz de identificar el lenguaje que estaba utilizando. Algo de lo que cantaba

parecía latín, que reconoció de sus días en la universidad. El resto, supuso, era comanche. *Ein meadro. Ein habbe we-ich-ket.* Un canto de muerte, cantado entre lágrimas en honor a *Lobo*, ya que el animal no tenía más fuerzas para hacerlo él mismo.

Como si *Lobo* entendiese, inclinó la cabeza sobre su pecho. A la luz de la luna, sus dorados ojos parecieron brillar. Jake tuvo el inquietante sentimiento de que el animal estaba pidiéndole algo, pero no imaginaba qué podía ser.

Después de unos minutos, la fuerza abandonó al animal, que se hundió entre las rodillas de su dueña. Podía medir los segundos contando los dolorosos latidos de su corazón. Segundos en los que el brillo iba apagándose de los ojos del animal. Y supo el momento exacto en el que el último halo de vida abandonó su cuerpo. No dijo nada; no podía.

Aunque debía de haber sentido también la flacidez del cuerpo de su amigo, Índigo no dejó de cantar en ningún momento. Acariciaba la cabeza del lobo con sus cariñosos dedos y le cantaba sin cesar, como si el animal aún pudiera oírla. Bajo la débil luz, parecía una auténtica comanche. Hasta esa noche, Jake no se había dado cuenta de lo enraizadas que estaban las costumbres de su padre en ella. Casi podía oír el sonido de tambores comanches en la noche.

Jake pensó que estaba hecha de rayos de luna. Pensó, en su locura, que, si él se levantaba y dejaba que su sombra la cubriese, desaparecería. Su canto siguió, incesante. Los minutos se convirtieron en dos horas. Índigo seguía cantando cuando los primeros rayos rosados de la mañana tocaron el horizonte.

Cuando se hizo de día, Jake consideró que era seguro dejar allí a Índigo y salir en busca de los caballos. Como había hecho toda la noche, Índigo seguía de rodillas y sosteniendo a *Lobo* entre los brazos cuando volvió. Jake se acercó a ella despacio, sin saber muy bien qué iba a decirle.

—¿Índigo?

Sus hermosos ojos parecían no enfocarle.

—Índigo, he encontrado a los caballos y tengo a *Buck* ensillado. Creo que deberíamos emprender el camino de vuelta a Tierra de Lobos.

Su abrazo se hizo más fuerte alrededor del cuello de lobo, y susurró:

—*Nei-na-su-tama-habi, nei-na-su-tama-habi. Kiss, hites.*

Jake se puso en cuclillas junto a ella. Tenía sombras bajo los ojos. Jake suspiró y le pasó la mano por el cabello, deseando tener la fórmula para hacérselo más fácil.

—Se ha ido, cariño. Duele, pero tienes que afrontarlo.

Ella sacudió la cabeza.

—No, no se ha ido. Nunca lo hará.

Pegó la cabeza a él, como si escuchase. El viento de la mañana se metía por las ranuras de las maderas de la cabaña. Cerró los ojos como si pudiera oír algo que Jake

no oía.

—Nuestro sagrado hermano, el *esa*, no muere —susurró—. Se une al viento, a las montañas, a la luna. Su espíritu permanece para siempre. Si escuchas, podrás oír su voz.

El *esa*. Jake adivinó que hablaba del lobo. Por irracional que pareciese su comportamiento, la expresión de su pequeño rostro le hizo estremecerse. Ojalá pudiese llorar. Hubiese deseado con todo su corazón poder traerle de vuelta al lobo.

—Si pervive, entonces no lo has perdido realmente.

Índigo abrió los ojos y el dolor que vio reflejado en ellos le hizo temblar.

—Sí, lo he perdido. Aunque camine junto a mí, estaremos en dos mundos diferentes.

Jake tocó con respeto la espesa piel del animal.

—¿Me dejarás que lo coja?

Su boca se contrajo, y tragó saliva compulsivamente.

—Deja primero que le dé mi último adiós.

Jake se levantó y dejó la habitación. El aire frío de la mañana le pegó en la espalda desnuda. Se le puso la carne de gallina. Con los ojos fijos en el amanecer, encontró cierto consuelo en saber que, una vez más, el sol saldría por donde debía hacerlo. Las criaturas nacían y morían, pero el mundo seguía su curso. Con el tiempo, Índigo recordaría esta mañana como un momento triste en su vida, nada más.

Sin hacer ruido, Índigo apareció por detrás de Jake. Él bajó los ojos para ver que tenía húmedas las pestañas, el único indicio de que había derramado más de una lágrima.

—Ahora estoy lista —se limitó a decir.

Vacío, Jake volvió a la cabaña a por el lobo. Ella apartó la vista mientras él ataba al animal sobre la montura de *Molly*. Una vez a lomos del caballo, Jake comprobó que su forma de montar había cambiado: llevaba la espalda encogida, los hombros caídos y la cabeza baja. El fiero orgullo que solía mantenerla erguida parecía haberse evaporado.

Jake se sorprendió al ver que salía de su ensimismamiento y se daba la vuelta para hablarle.

—No quiero que les digas a mis padres que la bala estuvo a punto de darme.

Jake puso a *Buck* al trote para ponerse a su altura. Miró el cuerpo sin vida de *Lobo* y tiró de las riendas.

—No puedo prometerte eso, Índigo. Creo que tienen derecho a saberlo, por si acaso.

—¿Por si acaso qué?

Jake bajó la cabeza para esquivar una rama.

—Sabes muy bien a qué me refiero. ¿Qué pasaría si esa bala iba dirigida a ti?

—Te lo dije ayer, un buen tirador rara vez falla el tiro. Hay gente que le ha disparado antes a *Lobo*. Y no tengo ningún enemigo. Es ridículo pensar que alguien

quiera matarme.

Jake evitó su mirada.

—Lo siento, pero creo que debo decírselo.

—¿Y darles un motivo más de preocupación? —Su voz se elevó una octava—. Ya tienen bastante de lo que preocuparse.

—¿Y cómo se hubiesen sentido si hubieses sido tú en lugar de *Lobo*? La mina y todas las demás preocupaciones hubiesen palidecido ante eso.

Ella hizo un ruido de frustración y puso al trote a su caballo. Jake sostuvo a *Buck*. No tenía sentido continuar con la conversación. Tenía que decírselo a sus padres, y no había más que hablar.

De vuelta a Tierra de Lobos, Jake se sorprendió al ver tanta gente por la calle. Nunca imaginó que la llegada de Índigo pudiese provocar tanta expectación. Mientras cabalgaban colina abajo, oyó voces anunciando su llegada. Un momento después, vio a Loretta Lobo salir de la cárcel y correr por la calle con una falda azul revoloteando al viento.

—¡Índigo! —gritó.

No había duda de que su tono era de alivio. Consciente de que iba con el torso desnudo, Jake llevó a *Buck* hasta la puerta de la casa y bajó de la silla. La gente que había a ambos lados de la calle se había detenido y girado para mirarles. Después del día y la noche que Índigo y él habían pasado juntos, la expresión acusadora que vio en sus rostros le enfureció. Seguro que veían el cuerpo sin vida del lobo en la grupa del caballo de la chica. Si pensaban que Índigo y él habían estado ahí fuera fornicando toda la noche es que eran unos idiotas de mente retorcida.

—Gracias a Dios que estáis bien —gritó Loretta.

Índigo llevó el caballo hacia el establo. Al llegar a la altura de Jake, Loretta vio a *Lobo*. Palideció y sus pasos se volvieron inseguros. Jake se apresuró a explicarle lo que había pasado. Ella se tapó la boca con la mano y cerró los ojos.

—Ay, Dios mío. Pobre Índigo.

Había dos mujeres mayores de pie junto a la cárcel. Sin dejar de susurrar, lanzaban miradas malintencionadas al torso desnudo de Jake. Él apretó los dientes.

Loretta siguió su mirada. Cuando volvió a mirarle, tenía la boca cerrada.

—No les haga caso, señor Rand.

Era difícil ignorarlas.

—Ya sabe lo que están pensando.

Loretta asintió.

—Sí, pero no podemos hacer nada. No debe preocuparse por eso. Le aseguro que tanto Cazador como yo no somos del tipo de personas que... —Se colocó la trenza despeinada. Era evidente que había pasado la noche en vela—. Usted ha cuidado de nuestra hija y le estaremos eternamente agradecidos por ello.

Índigo llegó del establo con una pala. Sin mirarles casi, pasó el mango por la grupa de *Molly*, montó en ella y cabalgó hacia los árboles. Loretta la siguió con la mirada.

—Que Dios la bendiga. Amaba a ese lobo con toda su alma.

—Creo que más de lo que ninguno de nosotros pueda entender —contestó Jake con voz trémula—. ¿Estará bien si dejamos que se ocupe ella sola?

Sin dejar de mirar a su hija, Loretta se mordió el labio.

—Eso espero. Me guste o no, esa es su costumbre. Nadie debe inmiscuirse, al menos no durante un rato. —Cuando por fin volvió a mirar a Jake, levantó ambas cejas—. Dios santo, señor Rand, ¿qué le ha pasado a su camisa?

—La usé para vendar a *Lobo*.

—Si no se constipa será un milagro. Entre en casa y caliéntese un poco. Tengo café recién hecho.

Jake la siguió escaleras arriba hasta el porche, y antes de entrar en la casa echó un último vistazo en dirección al bosque donde había desaparecido Índigo. ¿Era esa su costumbre? ¿Dejar que una chica llorase la muerte de un ser querido sola? Quizá Loretta pudiese aceptarlo, pero a él le parecía despiadado.

Después de entrar en casa, Loretta fue directamente a la habitación de Cazador. Jake pudo oír cómo le contaba lo que había ocurrido. Él fue a la puerta del dormitorio y se quedó allí escuchando hasta que terminó la historia y empezó a hablar a su marido del comportamiento que la gente del pueblo había tenido.

—¡Viejos hipócritas! —gritaba—. Me enfurecen tanto que podría escupirles en la cara. Son todos unos chismosos. Están celosos, eso es todo.

Jake se preparó para oír la reacción de Cazador. Sabía cómo se sentiría él si Índigo fuera su hija. Unas pocas lenguas malintencionadas podían arruinar la reputación de una muchacha y, si la situación empeoraba, solo habría una manera de acallar esas murmuraciones. Jake no estaba seguro de cómo se sentía ante eso. En deuda, sí. Pero también ofendido. No era lo que había pedido.

Cazador miró preocupado hacia la puerta y pidió a Jake que entrara.

—Parece que ha pasado una mala noche, amigo mío.

—Las he tenido mejores. —Jake se frotó el hombro mientras se acercaba a la cama—. Para Índigo ha sido aún peor, se lo aseguro. —Se dio cuenta de que Cazador le miraba el pecho. Dado que no había oído que Loretta le explicase el motivo de su desnudez, decidió que era mejor aclarar malentendidos—. Utilicé la camisa para hacer los vendajes. Hice todo lo que pude.

El mestizo cerró los ojos un momento, después respiró hondo. Cuando volvió a mirar a Jake, su expresión era triste.

—¿Cómo está Índigo?

—Me temo que se lo ha tomado muy mal.

Loretta tocó a su marido en el hombro.

—El señor Rand dice que la bala estuvo a punto de darle a Índigo, Cazador. Se

libró por muy poco.

Cazador le cogió la mano y le dio un apretón cariñoso. Después, miró a Jake con desconcierto.

—¿Cree que alguien ha disparado a nuestra hija?

Jake no quería alarmarles innecesariamente.

—No estoy seguro. Lo único que puedo decir es que le hubiese dado a ella si no se hubiese movido. Quizás el hombre estaba esperando a tener bien a tiro al lobo. — Miró a Loretta y comprobó que se había quedado blanca como la cera—. Tal vez fue eso lo que pasó. Pero como el tiro pasó tan cerca, pensé que era mejor decírselo.

Cazador pareció considerarlo.

—¿Qué es lo que usted cree?

Jake suspiró.

—Es una pregunta difícil de contestar. Me aterroriza pensarlo y, justo después de que ocurriese, hubiese jurado que... —Se mordisqueó los labios y tragó saliva—. Ahora, con un poco más de distancia, pienso que tal vez mi reacción fue exagerada. Índigo me asegura que no tiene enemigos. Si es verdad eso, no parece muy probable que alguien haya tratado de hacerle daño. Sé que habían disparado antes contra *Lobo*.

—Varias veces —intervino Loretta—. Los lobos no inspiran demasiada simpatía.

Jake se preguntó si no había respondido demasiado rápido. Aun así, no podía culparla por agarrarse a cualquier explicación. Nadie quería pensar que un ser querido estaba en peligro.

—Si ese es el caso, supongo que no nos equivocaremos si asumimos que *Lobo* era el blanco.

Cazador soltó la mano de su esposa y pidió a Jake que se sentara en la mecedora.

—Le estamos muy agradecidos por lo que ha hecho.

Jake se sentó en la mecedora, incómodo sin saber por qué.

—No hice mucho. Y a juzgar por las apariencias, lo que hice ha... —Hizo una pausa—. Siento no haber podido traerla a casa antes del anochecer. Los caballos se espantaron y tenía miedo de dejar sola a Índigo para ir a buscarlos. Incluso aunque lo hubiese hecho, ella no quería marcharse. El lobo estuvo agonizando varias horas.

—Usted hizo lo que creyó que era mejor —murmuró Loretta—. No le hacemos responsable.

Cazador asintió.

—Cuidó de nuestra hija. Si las malas lenguas encuentran algo sucio en ello, nos enfrentaremos a la tormenta.

En opinión de Jake, sería Índigo la que tendría que hacerle frente, y no ellos. ¿Entendía Cazador, como comanche que era, las consecuencias de esos comentarios? Le bastó con mirar la expresión de Loretta. Los Lobo lo entendían, pero eran demasiado honestos como para culparle de algo que no había podido evitar.

Jake se sentía culpable. Aunque ¿de qué diablos tenía que sentirse así? No era culpa suya que un bastardo les hubiese disparado y matado al lobo. Ni que no hubiese

tenido otra alternativa que quedarse en Geunther Place durante la noche.

Aun así, no podía evitarlo. Alguien tenía que enfrentarse al problema, y salir corriendo nunca había sido una respuesta para él. Hizo un gesto hacia la puerta principal.

—Por cómo nos han mirado esas mujeres, diría que están dispuestas a hacernos la vida imposible.

—Ese es su problema, no el nuestro. —Cazador levantó los ojos hacia su esposa—. ¿Dónde está, pequeña?

—Fue a enterrar a *Lobo* —contestó Loretta con voz trémula.

Cazador se movió inquieto. Jake vio que se moría por ponerse en pie y correr junto a su hija.

—Si no creen que deba estar sola, puedo ir con ella —se ofreció Jake.

Cazador cerró los ojos y asintió.

—Dele cinco minutos, ¿de acuerdo? Dele algo de tiempo para pasar el duelo sin nadie que la mire. Es algo privado, y es la costumbre de nuestro pueblo.

Jake volvió la mirada a la ventana. El sol entraba a raudales por un cristal limpio. Tenía la garganta seca, y deseó tomarse ese café que olía en la cocina. La noche en vela le había dejado seco. ¿Cuánto tiempo más debía sufrir Índigo? La calidez de la chimenea le ofrecía el cobijo de una manta. Se miró las manos. Tenía sangre y tierra en los dedos.

—Será mejor que me lave y me ponga una camisa —dijo.

Loretta rodeó la cama.

—¿Tiene hambre, señor Rand? Puedo prepararle algo ahora mismo.

Jake se levantó de la mecedora.

—Una taza de café me vendrá bien, además de un poco de agua caliente y jabón.

Algo más de una hora después, Jake dejaba la casa y se internaba en el bosque. Las herraduras de *Molly* habían dejado unas huellas claras y, después de un kilómetro más o menos, le condujeron hasta un claro. Se detuvo al ver a Índigo en cuclillas junto a un montículo de tierra removida. Se abrazaba las rodillas, la cabeza baja y la espalda doblada. En cada línea de su cuerpo podía leerse el agotamiento. *Molly* estaba cerca de ella, atada a un gran tronco caído.

Jake se quedó entre los árboles, con miedo a inmiscuirse. Entonces, observó que Índigo tenía sangre en el antebrazo derecho. Se le aceleró el pulso y corrió hacia ella. Ella le oyó y levantó la cabeza.

—Índigo, ¿qué...? —Jake se quedó a medio camino y miró fijamente el cuchillo que empuñaba con la mano izquierda— ¿qué diablos has hecho?

Se dejó caer de rodillas junto a ella, incapaz de creer lo que veía. La herida parecía profunda, y la hoja del cuchillo estaba manchada de sangre. Miró a la tumba y vio que había manchas oscuras de sangre sobre la tierra.

—Índigo, por el amor de...

Le cogió la muñeca para examinarla más de cerca. La hemorragia era menor ahora, pero el corte era profundo y la herida necesitaría unos puntos para que cerrase. Incluso así, no se libraría de una cicatriz. ¿Por qué? ¿Qué la había llevado a hacerse eso a sí misma?

—Es la costumbre de nuestro pueblo —dijo—. Cuando un ser querido nos deja, nos hacemos una marca en la piel para recordarlo.

A Jake se le encogió el estómago. Miró su piel ensangrentada y el corte que tenía en el brazo. Estaba furioso.

—Dios santo, es una locura. —Sin poder creerlo, levantó los ojos hacia ella—. Es una locura, Índigo. Nadie utiliza un cuchillo contra uno mismo, por nada del mundo.

—Es la costumbre del pueblo de mi padre.

—Tú no perteneces al pueblo de tu padre.

Casi al momento de decirlo, se arrepintió de sus palabras. Por mucho que sus ojos azules y su cabello tocado por el sol la traicionaran, había sangre comanche en sus venas. Lo había dejado muy claro la noche anterior. Buscó en el bolsillo trasero un pañuelo, contento de haber tenido la previsión de coger uno limpio antes de salir de casa. Lo agitó para desdoblarlo y, sujetándole la herida con la mano para cerra la brecha, le vendó rápidamente el brazo.

Sentado sobre los talones, estudió su cara pálida. La calma de sus ojos le indicaba que había encontrado cierta paz en el ritual funerario, por muy bárbaro que le pareciera a él.

—¿Estás bien? —Era una pregunta estúpida. Desde luego que no estaba bien—. Volvamos a casa para que tu madre pueda coserte la herida.

—Nada de puntos.

Jake le apretó la muñeca.

—¿Qué quieres decir con nada de puntos? Ese corte es muy profundo, jovencita. Nunca se curará bien si no se cose.

—Así está bien.

Entonces lo entendió. No quería una cicatriz fina o poco visible. Quería llevar la marca de *Lobo* durante el resto de su vida, y quería que todo el mundo lo viera. Se le contrajo el estómago, y sintió que iba a vomitar el café que acababa de beberse.

Como si él no estuviera allí, ella alzó la vista a través del claro. El viento jugaba con su cabellera. Unos mechones de color cobrizo le tapaban los ojos y se enredaban en sus largas pestañas. Jake le soltó la muñeca y le apartó el pelo de la frente con el dedo. Después le puso una mano en el hombro.

Al ver que no le miraba, dejó de intentar convencerla para que volviesen y se sentó junto a ella, apoyó los brazos sobre las rodillas, con la mirada fija en la punta sucia de su bota. Tampoco es que fuera a morir desangrada. Quizá su madre tuviese más éxito en convencerla para que le cosieran la herida. Jake podía sentir su proximidad en cada poro de su piel. Hubiese querido conocer sus pensamientos.

—Estuvo a punto de morir por mí una vez —susurró—. Tropecé con un gran oso negro y sus crías, y la madre se abalanzó sobre mí. *Lobo* se dejó la piel del estómago tratando de protegerme —dijo, sin aliento—. Mamá tuvo que coserle. Su piel era tan espesa, que la herida apenas se veía. Pero yo nunca lo olvidé.

Jake tragó saliva. El sonido hizo un ruido hueco en su pecho. La lana de la camisa le hacía daño a la altura de una axila. Se encogió de hombros.

—Vas a echarle de menos, lo sé.

—Incluso después de que él y *Gretel* tuvieran cachorros, pasaba la mayor parte del tiempo conmigo. Cuando me quedaba dormida por la noche, sabía que estaba allí vigilando. Cuando me despertaba por la mañana, seguía junto a mí. Adoraba mi almohada. Tenía que luchar por mi mitad.

Jake recordó la noche en la que subió a gatas a la buhardilla y la fiereza con la que *Lobo* había protegido su cama. Podía fácilmente imaginar al lobo dando su vida por salvar a su dueña de un oso. Fijó la vista en la tumba. Deseó poder decir las palabras adecuadas.

Los minutos pasaban. Sabía que a ella le molestaba que estuviese allí, pero no iba a dejarla sola mientras siguiese con el cuchillo en la mano. Recordó la cicatriz en la cara de Cazador. ¿Una cicatriz funeraria? El pensamiento le horrorizó. ¿Cómo podía haber criado a esta hermosa muchacha en la creencia de que era necesario autolesionarse como muestra de duelo? Y por un lobo, por el amor de Dios. Jake sabía que amaba a ese animal de una forma que pocos podían entender, probablemente de una forma que ni él comprendía, pero hacerse daño a sí misma superaba todos los límites. Quería quitarle el cuchillo a la fuerza y arrojarlo al bosque.

Como si le hubiese leído el pensamiento, ella lo enfundó y se puso en pie. Su presencia la obligaba a volver a casa.

—Índigo.

No sabía qué decir. Con los ojos secos e inexpresivos, le miró, dio media vuelta y fue a buscar el caballo. Jake supuso que montaría y se iría. En vez de eso, guio a *Molly* desde el claro. Él se levantó, cogió la pala y la siguió, acortando el paso para igualarlo al suyo.

Por el rabillo del ojo, Índigo observaba las botas de Jake al tocar el suelo. Caminaba con paso seguro, pegando un pie al otro, como todos los hombres blancos. Los músculos de sus muslos se tensaban y estiraban la tela vaquera del pantalón con cada zancada. Tenía el entrecejo arrugado. Era evidente que desaprobaba las costumbres de su padre.

Índigo apretó la mandíbula y apresuró el paso. Podía sentir su conmoción y su repulsión. No tenía ningún derecho a seguirla y, mucho menos, a juzgar lo que hacía. Ella solo quería que la dejaran en paz.

Parecía como si se hubiese convertido en su sombra, una presencia inamovible e incómoda. A Índigo no se le había escapado la forma en la que él había mirado el

cuchillo. Hubiese querido quitárselo. Por la expresión de su cara, quizás aún quería hacerlo. Si lo intentaba, no podría detenerlo. Él era una cabeza y un hombro más alto que ella. Una mirada a su pecho le hizo recordar lo atrapada que se había sentido cuando él la cogió con sus fuertes brazos. No tenía dudas de que podría coger todo lo que quisiese de ella.

Sintió claustrofobia; a su lado le faltaba el aire. Y rabia. Él no tenía ningún derecho a interferir en nada de lo que hacía. Ninguno.

Entonces, ¿por qué se asustaba?

Mientras trataba de responder a esto, notó que volvía a quedarse sin aire. Sabía la respuesta. Por muy triste que estuviera, no podía desprenderse de esa sensación de que él era su destino. Era como un susurro de advertencia, como un canto en su mente: «Ten cuidado. No confíes en él». Su padre diría que eran los espíritus los que le hablaban. Índigo no estaba segura de si eran los espíritus o su imaginación, pero esas palabras seguían persiguiéndola. Jake Rand era peligroso y, cuanto antes dejase Tierra de Lobos, más feliz sería ella.

Jake esperaba que Loretta pusiese el grito en el cielo al ver la herida de Índigo. En vez de eso, roció la herida con whisky, sin reñirla. Índigo soportó el dolor sin quejarse.

—Deberías vendártela antes de ir a la mina mañana —dijo Loretta con suavidad.

—La manga de la camisa me servirá de protección. —Índigo levantó los ojos hacia Jake—. El señor Rand cree que estoy loca.

Loretta acarició la cabeza de su hija y se levantó para llevarse el whisky.

—No debe de estar muy equivocado. Pero es una buena forma de locura. —Cerró el aparador y sonrió a Jake—. Apuesto a que está usted hambriento. Tengo algunos panecillos de maíz con mermelada de moras en el horno.

A Jake se le contrajo el estómago.

—Quizá más tarde.

—¿Café, entonces?

—No, gracias.

Índigo se levantó de la mesa y desapareció escaleras arriba. Jake la siguió con la mirada, la boca tan seca como el polvo. Después de un rato, se dio cuenta de que Loretta estaba observándole con expresión de desconcierto. De repente, sintió la necesidad de tomar el aire. Alguien tenía que echar un vistazo a la mina, y le agradaba la idea de dar un paseo. Tenía que salir de allí. Tenía que alejarse de aquella locura. No había otra palabra para calificarlo. Una joven no podía cortarse con un cuchillo, por nada en el mundo, y ninguna madre en su sano juicio debería permitirlo.

Capítulo 7

*H*oras más tarde, Índigo estaba tumbada despierta en la cama cuando oyó el sonido profundo de la voz de Jake Rand en el salón, hablando con su madre frente al fuego. Tenía una risa bonita, cálida y profunda. Pero al oírla, se sintió atrapada, la misma sensación que había sentido cuando estuvo entre sus brazos, impotente, sin escapatoria. Se puso de lado en la cama, con un miedo que no podía explicar. Era estúpido, casi ridículo. Más allá de su puesto temporal como capataz de la mina, no tenía ningún control sobre ella, y no había ninguna razón para temerle.

El olor de *Lobo* impregnaba su almohada, y las lágrimas le quemaron las pestañas. Hundió la cara para sofocar un sollozo y agarró con los puños la tela. El aire fresco que entraba por la ventana le tocó la espalda. *Lobo* nunca volvería a saltar por el alféizar ni entrar en su cama.

Todos esos recuerdos se arremolinaban en su mente, dulces imágenes de *Lobo* corriendo por la hierba hasta ella, mirándola con sus solemnes y dorados ojos. Nunca volvería a abrazar su cuello ni sentir la aspereza de su lengua en su mejilla. Se había ido. Para siempre.

Todo era culpa de Jake Rand. Desde su llegada, nada había salido bien. Y nada indicaba que fuese a ir mejor, tampoco. Si no hubiese venido, ella no hubiese tenido que detenerse ayer en Geunther Place y *Lobo* seguiría vivo. Si no hubiese sido por él, su reputación no estaría ahora en boca de todos. Su madre le había dicho ya que los próximos días serían difíciles para ella, con la gente murmurando y haciendo comentarios ofensivos.

Deseó no tener que ir con él a la mina al día siguiente. Deseó no tener que verle de nuevo.

La primera persona a la que vio al día siguiente fue a Jake Rand. Así era como se hacían realidad sus deseos. Acababa de quitarse el camisón y se metía la blusa por la cabeza cuando él pasó por la parte de su altillo, con las botas en la mano. En ese momento, Índigo se cubría los pechos con la gasa de la camisa. Él la vio sentada en el borde de la cama y se dirigió a ella.

Iba despeinado. La camisa abierta mostraba su amplio pecho cubierto de recio vello. Jake se quedó allí de pie un momento y la miró fijamente, como si hubiese perdido el sentido. Sorprendida, tardó en reaccionar. Tenía los ojos de él clavados en el lazo rosa del cuello de su camisa. Con un movimiento apresurado, cogió la manta y se cubrió los pechos.

Él sonrió lentamente, mostrando sus blancos dientes.

—Buenos días.

A juzgar por el brillo cálido de sus ojos, tenía que haber visto más que el lazo.
—¿No podrías dar un golpe o hacer algo para que sepamos que estás despierto?
Él se pasó la mano por el pelo.

—Lo siento. No sabía que estabas despierta, y no quería molestarte.

Ella metió los pies en una grieta que había en las maderas del suelo y deseó que se fuera. Muchos buenos deseos tenía... Él volvió a mirar sus pechos.

—¿Cómo tienes el brazo?

Si hubiese sido una mujer blanca, no se habría atrevido a quedarse allí cuando ella estaba a medio vestir. Índigo apartó la cara. Podía oír a su madre abajo, trajinando con el desayuno. El olor a café recién hecho subía por las escaleras hasta el altillo. Quería que él se fuese lejos... muy, muy lejos. Quizás entonces, ese sentimiento de ahogo desaparecería de su pecho. Con una voz que sonó extrañamente temblorosa, respondió a su pregunta.

—Está bien.

—Deberías ponerte algo de salvia.

Era su brazo. No necesitaba que él le dijese lo que tenía o no que hacer con él. Hizo un ruido inarticulado y le observó mientras bajaba las escaleras de espaldas. Con calcetines, era una forma bastante arriesgada de bajar las escaleras. Su hermano Chase había resbalado así una vez, y había terminado de culo en el suelo. Jake Rand no resbaló, desde luego, pero imaginarlo la animó bastante. Oyó cómo daba los buenos días a su madre. Después sonó la puerta principal al cerrarse. Supuso que habría ido al reservado.

Temblando de frío, cogió sus ropas indias de ante. Al bajar las escaleras, su primer pensamiento fue para *Lobo*. Por la mañana, él siempre saltaba por la ventana y hacía círculos en el porche, arañando la puerta para que le dejaran entrar antes de que ella bajase las escaleras. Ahora, solo la esperaba el silencio. Sintió una opresión en el pecho. Estuvo un momento allí de pie, escuchando, deseando que su muerte solo hubiese sido un mal sueño.

—El dolor pasará —dijo su madre. Se dio la vuelta desde el fregadero con un cuenco de pasta para el rebozado en un brazo, y le sonrió, comprensiva—. Trata de sacarlo de tu mente. Es más duro si piensas en ello.

Índigo respiró profundamente. *Lobo* había formado parte de su vida de tal manera que no había pensado nunca en él como algo externo a ella. Había sido como un brazo o una pierna, siempre allí cuando lo necesitaba. Era su protector, un amigo con el que hablar. Y, como si le hubiesen amputado un miembro de su cuerpo, iba siempre a echar de menos su presencia, por mucho que tratara de no pensar en ello.

La puerta del dormitorio de sus padres estaba abierta, y pudo ver a su padre recostado sobre las almohadas. Entró en la habitación para darle los buenos días. En el pasado, su padre siempre había sido capaz de consolarla, y esperaba que siguiera siendo así todavía.

Cazador sonrió y le cogió la mano. Unos dedos fuertes y cálidos se entrelazaron

con los suyos. Índigo se sentó en la cama y suspiró de cansancio. Para su sorpresa, su padre no dijo nada. En vez de eso, cerró los ojos, como si absorbiese su presencia y tratase de saborear los sentimientos que la molestaban. A duras penas contenía las lágrimas. Deseaba hundirse en él y llorar, pero esa no era la costumbre de su pueblo.

Guardaron silencio. La necesidad de llorar se fue haciendo cada vez mayor. Parpadeó. En parte, oía los ruidos normales de la mañana y comprendía que la vida seguía su curso, como si nada hubiese pasado.

Entonces, como si su padre le leyera el pensamiento, dijo:

—Así tiene que ser, pequeña. El sol sale y se pone todos los días. La madre luna nos sonrío. El dolor nos hace creer que la tierra se convierte en cielo y el cielo en tierra. Pero cuando el padre sol sale y nos calienta, entendemos que no es así. Es algo bueno, la rutina.

Índigo pensó que tal vez fuera así. Volvió la vista hacia la ventana.

Con la misma voz cariñosa, añadió:

—Las lágrimas también son buenas.

Se volvió para mirarle, sin estar segura de haber oído bien. Él siempre se había opuesto a la debilidad.

—Solo el corazón débil se deshace en lágrimas, padre mío.

Él mantuvo los ojos cerrados.

—Cuando tenemos una herida, la limpiamos para que pueda sanar. Los lugares de nuestro interior que han sido heridos son inalcanzables, por eso los dioses nos dan las lágrimas.

Miró fijamente el rostro fuerte, moreno y bien perfilado de su padre. Observó la cicatriz de duelo que llevaba en la mejilla, perdida ahora entre las líneas pronunciadas de la vida. No podía imaginarse a su padre llorando.

—Pero cuando era pequeña, me regañabas si lloraba.

—Ah, sí. Una hoja se caía de un árbol y llorabas. El viento cambiaba de dirección y llorabas. Te regañaba porque llorar por nada no es bueno. Las lágrimas deben reservarse para las grandes desgracias.

—¿Cuándo has llorado tú, papá?

Él levantó las pestañas. El azul oscuro de sus ojos se clavó en los de ella.

—Mucho tiempo atrás, antes de que tu madre os abrazase a ti y a tu hermano contra su pecho, me abrazó a mí. Lloré por aquellos que había amado y perdido.

—¿No te sentiste avergonzado de llorar?

Le soltó la mano para acariciarle la cabeza.

—No, si el dolor era grande. No hay que avergonzarse de amar, Índigo. Lo único de lo que debemos avergonzarnos es de no sentir nada. Lo que te he enseñado no vale si crees que está mal derramar lágrimas. Tal vez sea porque los dioses nos han bendecido, ¿no crees? No hemos tenido dolor entre estas paredes de madera. Cuando el dolor llegue, te enseñaré a llorar —le acarició el brazo y después se echó hacia atrás en las almohadas—. Lo hago muy bien.

Índigo sonrió con melancolía.

—Creo que yo también puedo hacerlo muy bien.

—Ahora ve y enfréntate al día. El dolor es como una tormenta. Puede golpearte fuerte, pero, con el tiempo, siempre pasa.

Índigo se levantó de la cama. El dolor de la pérdida seguía en su pecho, pero, por extraño que le pareciese, se sentía reconfortada. Otros habían andado este camino antes que ella, y todos habían sobrevivido. Tal y como ella lo haría.

—Gracias, padre.

Cazador la alejó con la mano.

—La verdad no es un regalo, Índigo. No necesita ser agradecida.

Al dejar la habitación, Índigo pensaba que aquello no era cierto. La verdad era uno de los regalos más preciados, y nadie podía compartírselos tan bien como lo hacía su padre.

Cuando entró en la cocina, Jake se disponía a acceder a ella desde la puerta trasera. Tenía el pelo húmedo por la niebla, y el rostro rojo y recién restregado. Índigo supuso que habría encontrado la bomba de agua y se habría echado algo de agua en la cara para despertarse. Llevaba la camisa de lana azul abotonada, que marcaba los músculos de sus hombros. Llevaba las botas puestas.

—Hay un ciervo gigante ahí fuera —dijo Jake, con una sonrisa—. Pensé que iba a perseguirme.

—Eso es normal por aquí —le dijo Loretta—. Somos bastante populares a la hora del desayuno.

Índigo le rodeó y se dirigió a la puerta trasera. Antes de salir, su madre le advirtió.

—Será mejor que no te vayas muy lejos, Índigo. El desayuno estará listo en unos minutos. Cuando vuelvas, ¿podrías traerme tres huevos más del gallinero?

Índigo tiró del pomo de la puerta para abrirla, incómoda al notar que Jake Rand tenía los ojos puestos en ella. Se precipitó escaleras abajo. El aire frío de la mañana azotó sus mejillas mientras corría por el jardín.

Ya en casa, se encontró con una pila de tortitas puestas en el centro de la mesa. Corrió hacia el fregadero y abrió la bomba de agua para lavar los huevos que había traído. Su madre hizo una seña para que Jake se sentara y puso un plato de huevos ante él. Índigo se sentó al otro lado de la mesa, con los ojos aún pegados de sueño y la boca seca. Observó que Jake se había afeitado.

Cuando su madre volvió y le puso un plato bajo la nariz, Índigo se santiguó y bajó la cabeza para susurrar una bendición. Al terminar de rezar, se santiguó otra vez y cogió un tenedor.

—¿Eres católica? —Él la miraba con lo que parecía ser una divertida curiosidad—. Pensé que tenías las creencias de tu padre.

Aunque no tenía apetito, Índigo tragó un bocado de huevos y trató de ignorar el hormigueo que le sobrevenía cada vez que notaba su mirada.

—Los dioses de mi padre y el dios de mi madre caminan juntos.

Él cogió la miel caliente y vertió un generoso chorro sobre sus tortitas untadas de mantequilla.

—La iglesia debe de estar muy llena, entonces.

Enfadada, pidió que le pasase la miel tan pronto como terminase de servirse. Tenía la sensación de que aprovechaba la mínima oportunidad para cuestionar sus convicciones.

—¿No crees en la Santísima Trinidad?

—La mayoría de los cristianos creen en ella, de una manera o de otra.

—Mi madre cree en un dios con tres caras que reina sobre el cielo y la tierra. Mi padre adora a muchos dioses que se hacen uno como una fuerza mística de la naturaleza. Un dios con muchas caras, o muchos dioses con una... ¿Hay alguna diferencia?

Él pareció considerar esto un momento.

—No, supongo que no.

Índigo se esforzó por sonreír, sin tener muy claro por qué se molestaba en explicárselo. La opinión de Jake Rand no le importaba lo más mínimo.

—Me han enseñado a reconocer a dios en todas partes, dentro de la iglesia de mi madre y fuera, en la catedral de mi padre. No me siento confundida, señor Rand, sino afortunada.

Jake le miró a los ojos. Era evidente que podía ver dolor en ellos. Sin embargo, hablaba con voz firme, como si su corazón no estuviese roto. Sin duda, era una chica llena de contradicciones: con una mano se santiguaba y con la otra utilizaba el cuchillo para herirse en honor a un primitivo ritual de duelo. Un dios con muchos rostros. Ella encarnaba dos culturas diferentes, en armonía, por extraño que pareciese. Por un instante, era tan blanca como él y, al siguiente, parecía india pura. La mezcla le fascinaba. Con su sencilla forma de ser, ella había sido capaz de solucionar cuestiones complejas que habían mantenido ocupados a los teólogos durante siglos. Jake recordó la noche que habían pasado en la cabaña de Geunther, el sentimiento místico que le había impregnado. Ninguna otra mujer había conseguido conmoverle ni la mitad de lo que le había conmovido esta chica.

Aunque hiciese por demostrar lo contrario, Jake se dio cuenta de que apenas había tocado el desayuno. Cuando se levantó de la mesa para recoger las sobras del plato, su madre le acercó otro plato con cortezas de cerdo.

—Tal vez esto ayude a *Mellado* con sus bolas de pelo en el estómago.

Jake buscó en su mente y no pudo recordar a qué animal llamaban *Mellado*. Observó a Índigo mientras echaba las sobras del plato en el comedero. Tenía una expresión triste.

—Supongo que no tendré que cazar tanto ahora.

—No, supongo que no —contestó con dulzura Loretta.

Jake esperó a que Índigo saliera por la puerta de atrás. Después, preguntó:

—¿Quién es *Mellado*?

Loretta lo miró sorprendida.

—¿No lo ha visto? —Rio, y sus ojos azules se llenaron de cariño—. Será mejor que tenga cuidado, señor Rand. No verá a una serpiente hasta que le muerda.

—¿*Mellado* es una serpiente?

Ella soltó una carcajada.

—Dios santo, no. Aunque hay una serpiente de jardín que viene de vez en cuando a tomar el sol en el porche. Si sigue usted por aquí en primavera y se la cruza, será mejor que se aleje de ella. Gracias a Índigo, cree que tiene derecho a quedarse con nosotros. *Mellado* es un puma.

—Un puma. —Jake miró, incrédulo, hacia la ventana—. ¿Un puma al que su hija da de comer?

Ella volvió a reírse.

—Es un viejo amigo. Con la edad ha perdido los dientes y padece de artritis. No puede cazar bien, por eso Índigo complementa su dieta. Todas las mañanas, se acerca al jardín y espera a que le dé el desayuno.

A Jake se le pusieron los pelos de punta.

—¿No le preocupa que alimente a un puma?

—Índigo no es como las demás muchachas.

Olvidándose del desayuno, Jake se levantó de la silla y se acercó a la ventana. A unos cuantos metros de los árboles, vio a Índigo arrodillada cerca de un gran felino dorado. Además de la escudilla de cortezas y huevos, le daba un pedazo de carne ahumada. Con los músculos marcados bajo la capa de piel, el puma daba círculos junto a ella, de un lado para otro, impaciente mientras ella cortaba el venado en trozos más pequeños.

—Dios mío —susurró Jake—, un zarpazo y la habrá rajado en dos con la garra.

Loretta se unió a él en la ventana.

—Yo también me asustaba mucho al principio. Con los años, me he acostumbrado. Mi hija no levantaba dos palmos del suelo; tenía unos cuatro años, creo, cuando la primera criatura salvaje empezó a seguirla. Era un coyote que había metido la pata delantera en una trampa. Vino corriendo y preguntó a su padre si podía curarlo.

El puma se acercó a Índigo y Jake contuvo la respiración. No podía creerlo: la chica levantó las manos y dejó que el puma le lamiese los dedos.

—Está loca —miró a Loretta—. ¿Qué hizo Cazador?

—¿Qué podía hacer? Salió y fue a curarlo.

—¿Así, sin más?

—Bueno, no. Índigo tuvo primero que tranquilizar al coyote. Tuvo que hablar un buen rato con él para convencerlo de que Cazador era inofensivo.

—¿Hablar con él?

—No puedo explicárselo, señor Rand. Pero confíe en mí. Ella habla con los animales. —Sus ojos le miraron con complicidad—. ¿No lo ha notado cuando le

mira?

Jake sintió frío en la espalda.

—¿Notar qué?

—Que tiene un don. Si tiene secretos, guárdelos bien.

Jake recordó la sensación que había tenido el día anterior de que ella le leía el pensamiento. Incómodo, pero fingiendo no estarlo, dijo:

—Me contó que una osa trató de matarla una vez. Su don no funcionó entonces.

—Como pasa con todas las conversaciones, se necesita que ambas partes colaboren.

Jake respiró al oír aquello. A partir de ahora, tendría cuidado de no dejar que Índigo le mirase a los ojos mucho tiempo. La idea no le entusiasmaba. No podía estar de verdad creyéndose ese sinsentido, ¿verdad?

Loretta siguió con sus explicaciones.

—La osa tenía oseznos. Índigo y *Lobo* se toparon con ellos accidentalmente. El animal se asustó. —Se limpió las manos en el mandil y volvió a la cocina—. Créame, muy pocos animales se vuelven contra ella. Algunas veces, muy de mañana o por las noches, necesito un garrote para llegar al excusado. Me encuentro con mofetas, mapaches, tejones, coyotes y ciervos. Vienen pidiendo ayuda. Los ciervos son los más osados. Se acercan y te golpean el trasero para que les des tortitas. No sería tan raro si viviésemos lejos del pueblo, pero supongo que tampoco se sienten amenazados aquí. Mi hija se entiende con ellos.

Jake observó a Índigo, que volvía a la casa. El puma desapareció entre los árboles.

—¿Por qué se molesta en cazar? Podría coger a los ciervos del porche trasero.

—Dios, no. No puede cazar a los que vienen a casa. No sería justo, ellos confían en ella.

Jake se frotó la barbilla. Esta familia cada día le sorprendía más. Índigo entró en la casa. Una ráfaga de viento fresco entró con ella. Él dio la espalda a la ventana. Recordó lo que había pensado la primera vez que la vio, que había algo salvaje en ella. Había acertado más de lo que imaginaba.

Cuando ella y Jake llegaron a la mina, Índigo comprobó que las cosas iban a ser más difíciles de lo que su madre había temido. A la entrada del túnel, había varios mineros jóvenes de pie, formando un círculo. Al verla, se disolvieron y volvieron al trabajo, pero a Índigo no se le escaparon las miradas acusadoras y las sonrisitas que vio en sus caras. Quería no hacerles caso. La pérdida de *Lobo* ya le resultaba demasiado dura.

Con la esperanza de sacar fuerzas de la naturaleza, Índigo levantó los ojos hacia los gruesos árboles que cubrían la ladera rocosa de lo alto de la mina. Sin darse la vuelta, absorbió la serenidad que emanaba del bosque a derecha e izquierda. Se sintió

en paz. Irguió los hombros, lista para enfrentarse a la parte de humanidad que tenía ante ella.

—Imbéciles —murmuró Jake.

Índigo trató de volver a la realidad.

—¿Cómo dice?

—Nada.

Supo por el sonrojo en el cuello de Jake que las sonrisas de los hombres le enfurecían. Rezó para que no dijese o hiciese algo que pudiera empeorar las cosas. Lo mejor en estos casos era fingir indiferencia. Jake se iría en unas semanas. Pero aquel era su mundo.

Escogiendo su camino entre la maraña de carriles, Índigo se acercó al operador de superficie, el hombre que manejaba todas las vagonetas que salían de la mina. El contenedor estaba lleno, lo que le dio a entender que el carril quedaba libre para perforar y excavar en las galerías occidentales.

—Buenos días, Topper. ¿Cómo va?

Topper escupió y miró a Jake.

—Las cosas irán mejor cuando podamos entrar en las otras galerías. Trabajar solo en una sección es como tratar de vaciar el mar con un dedal. Este es el primer cargamento que he podido sacar con el trasportín.

—Mejor que nada. ¿Ha revisado Shorty las vigas antes de empezar a trabajar?

Topper asintió.

—Siempre lo hace cuando usted llega tarde. Oímos lo de *Lobo*, señorita. Lo sentimos todos mucho.

Aunque Topper quisiera hacerle creer lo contrario, Índigo dudaba de que todos los empleados compartieran ese sentimiento.

—Gracias, Topper. —Se volvió hacia Jake—. ¿Conoce al señor Rand?

Jake ofreció su mano derecha.

—Creo que hablamos de pasada ayer. Encantado de conocerle.

—¿Es usted el nuevo jefe?

—Solo temporalmente. Sustituiré al señor Lobo hasta que vuelva a ponerse en pie.

Topper volvió a escupir. Uno de los hombres que acababa de irse estalló en carcajadas. Índigo se volvió a tiempo para ver cómo la miraba y le daba un codazo al tipo que tenía al lado. Podía imaginar lo que decían, y la vergüenza se reflejó en sus mejillas. Volvió a centrarse en Topper, decidida a mantener la cabeza bien alta.

Además, ¿qué le importaba a ella lo que pensasen? Su interés en la mina no había tenido nunca nada que ver con los hombres que trabajaban en ella. Podían reírse todo lo que quisiesen, siempre y cuando la obedecieran.

Se apartó a un lado mientras Topper y Jake conversaban. Cuando consideró que era educado moverse, tocó a Jake en el brazo y se volvió hacia el arroyo, donde algunos de los hombres más jóvenes trabajaban la canaleta con el pico y la pala, y

otros cargaban las vagonetas. Era mejor enfrentarse a los chismosos de una vez por todas.

Sintió la tensión de Jake cuando se despidió de Topper y se acercó. Era evidente que a él le gustaba tan poco como a ella esa situación. Índigo se aproximó a los trabajadores, sin perder de vista la expresión de sus caras. Tal vez se equivocase, pero le pareció que Denver Tompkins, un rubio escuálido que la había cortejado alguna vez, tenía el honor de ser el más despreciable de todos. Clavó la pala en el suelo y se apoyó sobre el mango, sonriéndole. Ella se fue directamente hacia él.

—Buenos días, Denver.

Él la miró de arriba abajo con sus ojos azules.

—Buenas. —Su sonrisa se hizo más amplia cuando miró a Jake—. Me han dicho que anoche tuvieron una aventura excitante.

—Si llamas aventura a que te disparen... —contestó Jake.

—Tenía que pasar antes o después. A mucha gente no le gustaba ese lobo.

—Eso no da derecho a nadie a dispararle —replicó Jake.

Índigo reprimió las ganas de advertirle con la mirada. Si él perdía los nervios, ella no podría hacer casi nada. Corey Manning llegó hasta ellos y descargó un puñado de grava. Se levantó una nube de polvo. Índigo se echó a un lado y Jake se acercó a la canaleta para revisar los separadores de mineral. Por la postura de sus hombros, Índigo vio que estaba enfadado. Y no podía culparle. Rezó para que no complicase más las cosas.

Denver debió percibir también el malhumor de Jake. Su sonrisa burlona desapareció y se apresuró a sacar la pala del suelo. Al verles juntos, Índigo decidió que, si Denver era listo, se cuidaría mucho de provocar a Jake, que era mucho más alto y fuerte que él.

El otro hombre que estaba en la canaleta de lavado siguió el ejemplo de Denver. Las sonrisas y miradas burlonas desaparecieron de sus caras como marcas de tiza en una pizarra. Índigo se relajó un poco. Jake parecía no darse cuenta. Pero cuando terminó de examinar los separadores, Índigo vio que miraba lenta y deliberadamente a cada uno de los hombres. Había una amenaza velada en sus ojos oscuros.

Se alejaron de allí e Índigo no oyó ninguna otra murmuración. Cuando Jake vio que ella le miraba, le guiñó un ojo.

—El arte sutil de la intimidación —susurró—. Siempre funciona.

¿Sutil? Índigo deseó no tener que ser nunca uno de sus objetivos. Le guió arroyo abajo para mostrarle el molino accionado por mulas que desmenuzaba el mineral. De allí, le llevó a ver dos galerías situadas un poco más arriba de la mina. Después de examinar las poleas de las dos cuevas, Jake se puso las manos en las caderas y se quedó mirando el tobogán de agua, que era lo que la hacía fluir por las canaletas.

El viento revolvió su pelo negro y cubrió con él su bronceada frente. La miraba de una forma que parecía que iba a adivinar sus pensamientos. Sintió una punzada en el estómago y se preguntó por qué le afectaban tanto sus miradas.

—Siento mucho todo esto —dijo él con dulzura.

Ella miró en dirección a las canaletas. Denver estaba observándoles. Sonrió.

—No es culpa tuya.

—No —admitió él—. Pero tú tampoco has hecho nada para merecerlo. Desearía...

Al ver que callaba, Índigo le miró con atención, sorprendida al notar un tono de emoción en su voz. Sus ojos se encontraron. ¿Qué era lo que deseaba? Al mirarle, el resentimiento que había sentido por él desde el día anterior se esfumó. No era culpa suya. Nada de lo que pasaba lo era. Sencillamente, su llegada había coincidido con sucesos sobre los que no tenía ningún control, y ella estaba siendo injusta con él por culparle.

—No se sienta mal, señor Rand. No tiene importancia.

—Me temo que sí la tiene.

Índigo respiró con profundidad.

—Si yo fuera otra persona, estaría en lo cierto. Pero no lo soy, y, a pesar de lo que usted crea, no me importa lo que opinen los demás de mí. Siempre y cuando hagan su trabajo, pueden pensar lo que quieran.

No le había convencido. Él buscó su mirada y su intensidad hizo que se sintiera vulnerable. Después ella le dio la espalda para marcharse.

—Jake —dijo él a sus espaldas.

Índigo se detuvo y se volvió para mirarle.

—¿Cómo dice?

—Jake... me gustaría que me llamas Jake.

Ella recordó la conversación del día anterior, sus bromas, su risa, ese sentimiento de camaradería que había empezado a surgir entre ellos. Unos minutos después, *Lobo* había muerto. El recuerdo cruzó por su mente como un rayo, duro y claro, y vio franjas de color escarlata.

—Jake, entonces —se oyó contestar a sí misma—. Si quieres, puedo llevarte a visitar el almacén de explosivos. Y me gustaría que conocieses a Stringbean y a Shorty. Cuando volvamos a casa, te enseñaré los libros. Todos los suministros los compramos en Jacksonville.

A mediodía, Índigo sintió que el día pasaba ante sus ojos como en una nube borrosa. Tenía un vago recuerdo de la visita que había hecho a la mina con Jake, de haberse sentado a la mesa con él después de comer y haberle mostrado el papeleo, pero nada de eso parecía real. Solo había una cosa que parecía real, y era ese horrible sentimiento de vacío. Estaba tan acostumbrada a la presencia de *Lobo*, que había bajado la mano varias veces para acariciarle la cabeza, para darse cuenta de que no estaba allí. Más de una vez, tuvo cuidado de dónde pisaba, convencida de tenerlo a los pies. Conforme fueron pasando las horas, el dolor interior creció hasta hacerse

insoportable.

Cuando su madre le pidió que fuera a la tienda de abastos a por comida, celebró la oportunidad de salir de casa. Jake había salido solo unos minutos antes. Como no había dicho nada de volver a la mina, sabía que le aguardaba una tarde bastante aburrida. No estaba acostumbrada a pasar mucho tiempo en casa, y siempre deseaba salir a tomar el aire y hacer un poco de ejercicio.

El camino hasta la tienda se le hizo corto. Ni siquiera la mirada inquisitiva de los vecinos al pasar ante las tiendas pudo evitar que disfrutara de la brisa. Ya en la puerta del establecimiento, se detuvo un momento ante un saco de patatas que acababa de llegar. Decidió que era mejor ahorrarse el dinero. Su madre tenía aún patatas en la talega, si no le fallaba la memoria, y, en sus circunstancias económicas, había que pensarlo bien antes de gastar cada penique.

Al entrar en la tienda, necesitó un tiempo para habituarse a la oscuridad. Elmira Jones, la mujer del propietario, salió de entre las sombras y dijo:

—Hola. Me alegro mucho de verte, Índigo. ¿Cómo estás?

Índigo se acercó al mostrador. Como siempre, Elmira iba muy arreglada, con un corsé tan apretado que Índigo se preguntó cómo haría para respirar. Su vestido, demasiado elegante para la tienda, era una creación de tafetán azul con capas plisadas y una sobrefalda de algodón a rayas azules y blancas adornada con un fleco de seda blanco.

—Yo también me alegro de verte —contestó Índigo entregándole la lista de la compra—. ¿Vestido nuevo?

—¿Te gusta? Me lo ha mandado mi tía Mary. Hecho en Nueva York, ¿sabes? La última moda. Es un vestido de los que quitan el hipo.

«¿De los que quitan el hipo? —pensó, Índigo—. El hipo, la respiración y las ganas de moverse.» Índigo trató de sonreír.

—Es precioso.

Un movimiento a su izquierda le llamó la atención. Al darse la vuelta, vio que Jake Rand estaba de pie junto al estante de guantes. Él la miró por encima del hombro en ese mismo instante, y sus ojos se encontraron. En los de él había una expresión divertida. Sin duda, coincidían en lo inapropiado que era el vestido de Elmira en una tienda como aquella.

En aquella habitación, la altura de Jake era aún más patente. Índigo lo comparó con el estante superior que tenía al lado y vio que era un estante y medio más alto que Elmira, y que el ancho de sus hombros tapaba la mitad de un estante. Su postura, aunque relajada, era puramente masculina: brazos musculosos caídos a ambos lados del cuerpo, ligeramente doblados, y las piernas abiertas. Los pantalones vaqueros se ajustaban a sus largas piernas. El cinturón le caía sobre las caderas. Sin pretenderlo, su postura era imponente.

Elmira movía las manos mientras caminaba entre los estantes en busca de los artículos de la lista. Índigo se preguntó dónde estaría su marido Sam. Desde su

precipitada boda el pasado otoño, no había dejado a Elmira sola en la tienda ni una vez.

—¿No tendrá usted una talla más de estos guantes? —preguntó Jake.

Le dio un par de guantes de piel gruesa. Índigo aplaudió su previsión. Si había trabajado en la oficina hasta ahora, debía protegerse las manos si no quería tener ampollas. Elmira frunció el ceño y se mordió el labio.

—Estoy segura de que Sam tiene otros que no ha expuesto todavía, pero siento decirle que no recuerdo dónde están.

Jake eligió otro par.

—No pasa nada. Estos me irán bien.

Mientras hablaba, Doreen Shipley y Adelle Love, ambas esposas de comerciantes de la zona, entraron en la tienda. Irrumpieron juntas las dos, formando una estampa formidable: las dos encorsetadas con sus vestidos de seda y rodeadas de más volantes y adornos de los que sus talles podían admitir.

Al ver a Jake e Índigo, levantaron la nariz. Lo hicieron de manera tan exagerada que Índigo se preguntó si no habrían entrado solo para poder despreciarlos. Años atrás, la tía de Índigo, Amy, había escandalizado al pueblo admitiendo públicamente que tenía un amante, Antílope Veloz, para salvarlo de la horca. Adelle y Doreen, que no tenían nada mejor que hacer, aún cotilleaban sobre aquello. Ahora tenían carne fresca para desmenuzar.

La señora Shipley se tapó la boca con la mano y dijo a su amiga:

—¿Es que no tienen vergüenza? Porque yo, si fuera ella, no pondría un pie en la calle de pura vergüenza.

Elmira, que también había sido víctima de esta pareja el otoño pasado tras su malograda merienda con Sam, entornó los ojos.

—¿Qué desean, señoras?

Adelle Love levantó la nariz.

—No estoy segura. Pensábamos que un establecimiento como este solo atendía a gente decente.

A Índigo le subió el rubor por el cuello. Elmira sonrió.

—Están en lo cierto. Así que será mejor que se vayan.

Con una mirada de incredulidad, la señora Shipley jadeó y contuvo el aliento, apretando el cuerpo de tal manera que faltó muy poco para que se le saltaran los botones del corpiño.

—¡Ahhh! —gritó—. Está bien... Veremos qué tiene que decir Samuel a esto. Como sabrá, gasto gran cantidad de dinero en esta tienda.

Elmira volvió a sonreír.

—¿Ah, sí? No me he dado cuenta. —Puso una lata de pimientos en el mostrador—. Pero no se preocupe, Jacksonville está solo a diecisiete kilómetros.

El rostro de la señora Love enrojeció como el carmesí.

—¿Está usted sugiriendo que no somos bienvenidas en su establecimiento?

Elmira miró a Índigo.

—¿No lo he dicho bien claro?

—¡No tenemos que soportar esto! —gritó la señora Shipley.

—¡Desde luego que no!

En un ataque de rabia, las dos mujeres salieron tan rápido como habían entrado. La tienda se quedó en silencio. Índigo no se atrevía a mirar a Jake.

Elmira dejó caer un saco de judías en el mostrador.

—No les hagas caso, Índigo. —Cogió una lata de levadura y lo puso junto a las judías—. Esas viejas brujas viven para ensañarse con la gente. No pienses que todos en el pueblo pensamos como ellas, porque no es así.

—Espero que Samuel no se enfade cuando se entere —se aventuró a decir Índigo.

Elmira sacó el libro de cuentas de debajo del mostrador e hizo rápidamente una lista con las cosas que Índigo se llevaba.

—Si Samuel hubiese estado aquí, les habría dado una patada en el culo para ayudarlas a salir. Son dos víboras, y todos en el pueblo lo saben. Si no hubiese sido por gente como ellas, Samuel y yo... —Hizo una pausa y movió la mano—. Bah, eso es agua pasada. Pero que sepas que se lo tenían merecido.

Sin querer encontrarse con la mirada de Jake, Índigo cogió sus compras.

—Aprecio mucho que me hayas defendido. Gracias, Elmira. —Con una sonrisa forzada, añadió—: Será mejor que me vaya antes de que pierdas más clientes.

—Mantendremos los que de verdad cuentan.

Jake vio salir a Índigo y se quedó parado en el mismo sitio durante un momento. Primero los hombres de la mina, y ahora las mujeres del pueblo. ¿Quién sería el próximo en despreciarla?

—Supongo que la noticia habrá llegado también a Jacksonville —murmuró.

Elmira tendió la mano para coger los guantes y ver la etiqueta con el precio.

—Sin duda. Ayer por la mañana enviamos un cargamento de mercancías allí. Harry, el conductor, siempre se entera de las últimas noticias en la cantina. Estoy segura de que le ha faltado tiempo para ir a contar el chisme.

Jake apretó los dientes. Cuando algo como esto ocurría en Portland, un caballero zanjaba el asunto tan pronto como fuera posible. Por muy tolerantes que fuesen los Lobo, estaba seguro de que las costumbres eran las mismas para todos.

Sin embargo, saber lo que tenía que hacer y hacerlo eran dos cosas diferentes. ¿Casarse? El pensamiento le dejó sin aire. Estaba seguro de que Emily se recuperaría bastante rápido si rompía su compromiso con ella. Probablemente, encontraría otro novio en menos de un año. Porque lo suyo no era verdadero amor. Más difícil le parecía conseguir que el matrimonio con Índigo funcionase. La joven pertenecía a este sitio, Tierra de Lobos, donde el viento jugaba con su hermoso cabello y el sol besaba su piel. Antes o después, él tendría que volver a Portland. Su familia estaba allí, sus obligaciones, su casa. Índigo se marchitaría y moriría de pena si la llevaba a la ciudad.

Mientras metía la mano en el bolsillo en busca de dinero, Jake sonrió para sí, recordando la primera noche en la montaña, cuando había sostenido a Índigo en sus brazos. Tenía que admitir que la idea de casarse con ella no le desagradaba del todo. Esa mujer le atraía de una forma que no podía definir. Casi podía saborear la dulzura de sus labios rosados, la suavidad de su piel. Un hombre podía sufrir destinos mucho peores.

Dejando a un lado sus pensamientos, Jake pagó los guantes y salió de la tienda. Tenía que ser práctico. Solo un necio dejaría que sus deseos tuvieran más fuerza que su razón.

Capítulo 8

Con las mejillas aún ardiendo de indignación, Índigo cambió los paquetes de mano para descansar de un calambre que le había dado en el hombro. Mantuvo la cabeza baja. Le traía sin cuidado si la miraban o no. Una cosa era ser rechazada por vestir y comportarse de forma diferente. Esa era su elección. ¿Pero ser menospreciada por un rumor? Se sentía muy sola. Su padre había fundado Tierra de Lobos. Era su sitio. Y de repente, el pueblo le parecía hostil y ajeno a ella.

No era culpa suya que hubiesen disparado a *Lobo*. Las lágrimas le quemaban las pestañas. El empedrado del suelo se volvió borroso.

—¿Índigo?

La dulzura de esa voz le hizo levantar la cabeza. Se volvió para mirar en dirección al segundo piso del Lucky Nugget. Franny tenía la ventana abierta. La joven prostituta se asomaba a ella y la saludaba. El sol hacía brillar su bien peinada melena rubia.

—Me han contado lo de *Lobo*. Solo quería decirte lo mucho que lo siento.

Índigo miró incómoda a la ventana. No mucha gente sabía que ella y Franny eran amigas. Índigo temía por Franny, más que por ella misma. Los correctos y estirados vecinos de Tierra de Lobos echarían a su amiga del pueblo si sabían que hablaba con una joven decente. Aunque, al parecer, Índigo había dejado de estar en la categoría de decente.

—Gracias, Franny. Te lo agradezco.

—Recé por ti anoche. No sé si contará, pero recé de todos modos.

—Franny, ¿cuántas veces tengo que decirte que dejes de pensar mal sobre ti misma? ¿Aún no has leído la historia de María Magdalena? Desde luego que tus plegarias cuentan.

—¿Han ayudado?

Índigo sonrió, la primera sonrisa sincera del día. Sabía que Franny había estado muy ocupada durante la noche como para rezar alguna oración. Supuso que por «anoche» se refería al amanecer. A veces, hasta su padre decía alguna mentirijilla para calmarla. Dado que había dicho ya dos en los últimos días, una a Jake el día anterior y otra a Elmira sobre su vestido hacía solo unos minutos, una tercera no parecía importante.

—¿No te pondrías a rezar esta madrugada, verdad?

Incluso a aquella distancia, Índigo vio cómo los ojos de Franny se agrandaban.

—¡Vaya, pues sí! ¿Cómo lo has sabido?

—Pura casualidad.

Franny se inclinó en la ventana.

—Índigo, dime la verdad. ¿Sentiste algo?

—Así es. Pero no se lo digas a nadie.

—¿Lo sentiste? ¿De verdad? —Se le iluminó el rostro—. Eso tiene que significar algo. Nunca pensé que él oyera a las que son como yo.

Índigo vio que Jake se acercaba por la acera. El corazón le dio un brinco.

—Franny, tengo que irme.

—¿Vendrás a verme pronto?

—Lo haré. Quizá mañana, después del trabajo.

Franny volvió a meterse en la habitación y empezó a cerrar la ventana. Después, volvió a sacar la cabeza.

—Seguiré rezando por ti.

Índigo no pudo evitar sonreír de nuevo. Franny era tan crédula como encantadora. Se despidió rápidamente con la mano y siguió su camino. Aún no había dicho a sus padres que era amiga de Franny, y no quería que Jake Rand se adelantase. Los comanches no permitían que una mujer sola se muriese de hambre en sus poblados, por lo que la prostitución no existía en ellos. Estaba segura de que, si se lo contaba a su padre, él despreciaría las convenciones y ofrecería a la pobre Franny un lugar seguro en su casa. Solo tenía que encontrar el momento idóneo para decírselo.

Centrada como iba en Franny, apenas prestó atención a lo que la rodeaba. Al pasar entre las cocheras y la herrería, un hombre salió a su encuentro de entre la oscuridad de los dos edificios. Antes de que pudiera reaccionar, tenía unas manos tirando de ella hacia el callejón y las sombras. Los paquetes cayeron al suelo con el forcejeo.

Índigo no tuvo tiempo de tener miedo. El hombre la estampó contra la pared de las cocheras. Dio con la cabeza en las planchas de madera. Un cuerpo cayó sobre el de ella haciéndole perder la respiración. Por unos segundos, se quedó allí atrapada, demasiado conmocionada como para intentar moverse. Él le puso el antebrazo en la garganta para que no pudiese gritar. Tampoco iba a servirle de mucho. En la herrería, el ruido era tan ensordecedor que nadie en la calle podría oírla.

—Hola, Índigo.

Esa voz. Parpadeó y trató de situarla. No. ¡Ay, Dios, no! Conforme sus ojos fueron acostumbrándose a la oscuridad, el rostro del hombre se hizo más claro. Brandon Marshall. Índigo dio un gemido. El hombre sonrió y la cicatriz de su labio superior se marcó de forma grotesca. Ella lo miró horrorizada. Años atrás, había pensado que era el hombre más guapo del mundo: ágil y rubio, con unos alegres ojos azules y una maravillosa sonrisa. Le había dicho unas cosas tan bonitas que se había sentido guapa y especial. Y se había creído cada una de sus mentiras.

—Te prometí que volvería. Aún no has andado a gatas como te pedí, Índigo. No creerás que me había olvidado de ti.

Había oído que llevaba en Boston seis años. Nunca pensó que le guardaría rencor después de tanto tiempo.

Como si le leyese la mente, le quitó el brazo de la garganta y se tocó la cicatriz

del labio superior.

—Ah, sí. Claro que te recuerdo, amor. Cada vez que me miro en el espejo.

A Índigo empezó a latirle el corazón con fuerza. Sobreponiéndose al miedo, movió lentamente la mano derecha en busca del cuchillo. Cuando sus dedos pudieron tocar el mango por entre la camisa, Brandon le cogió la muñeca.

—Ah, no; esta vez no.

Índigo encontró fuerzas para hablar.

—Deja que me vaya, Brandon.

—Cuando haya terminado contigo. Mientras, olvídate de actos heroicos. Te vi hablando con Franny. Una puta hablando con otra puta.

Trató de zafarse de él retorciendo el cuerpo. Él se rio y la agarró con más fuerza. Volvió a sentir miedo. Ya no tenía trece años. Hacía tiempo que se había dado cuenta de que su fuerza no era nada en comparación con la de un hombre. Con un cuchillo, podía hacer algo. Pero sin él, no estaba más equipada que las demás mujeres para luchar con Brandon.

Su padre estaba impedido en una cama. Su hermano Chase y su tío Antílope estaban muy lejos de allí, ocupados con el negocio de la madera. No había nadie a quien recurrir, nadie. A menos que...

—¡Jake! —gritó—. Ja...

Brandon le dio un bofetón.

—Cállate.

Índigo jadeó en busca de aire. Había visto a Jake en la acera. A menos que hubiese entrado en otra tienda, debería pasar por allí en cualquier momento de camino a la casa de sus padres.

—¡Jake! —volvió a gritar.

Cuando Jake vio los paquetes de Índigo en el suelo, supo que algo había pasado y echó a correr. Cerca ya del lugar, oyó la voz asustada de Índigo y se dio la vuelta para escudriñar el callejón en sombras que se escondía entre los dos edificios.

Oyó a un hombre decir:

—Te he dicho que te calles, estúpida ramera. Además, ¿por qué llamas a Jake Rand? Todos en el pueblo saben que él ya se ha servido a gusto. Hablan de ello hasta en Jacksonville. Así es como me enteré. ¿Crees que se pondrá celoso al verme contigo? ¡Espabila, Índigo! A los chicos blancos no nos importa compartir a una puta india como tú.

—¡No! —sollozó Índigo.

—Ah, sí. Como te dije hace años, las indias solo sirven para una cosa: abrir las piernas ante un hombre blanco. Y andar a gatas, claro. Mestiza o no, eso es lo que tú eres: una india. El que seas más guapa que las demás no te hace más respetable. No veo que Rand corra para llevarte al altar.

Conmocionado por lo que acababa de oír, Jake se adentró en las sombras.

—Quítale las manos de encima.

—¡Jake! —Índigo trató de soltarse—. ¡Suéltame, Brandon!

El terror en la voz de Índigo hizo que a Jake se le encogiera el estómago. Tiró los guantes y, en dos zancadas, llegó hasta ella. El hombre la soltó y se echó hacia atrás, protegiéndose de Jake con las manos extendidas.

—Oiga, señor; no tenemos ningún problema aquí.

—Yo creo que sí —contestó Jake con un tono peligrosamente calmado. Cogió a Índigo y la protegió de Brandon con su cuerpo, instándola a que volviera a la calle principal. Después, se dirigió al hombre—. Creo que necesitas algunas lecciones sobre cómo tratar a una señorita.

—¿Señorita?

Jake le dio un puñetazo en la boca.

Cuando Índigo oyó el impacto en los dientes de Brandon, reprimió un grito y se abrazó la cintura. Tenía la mente paralizada. Brandon Marshall. Después de todos estos años, había vuelto a por ella. Quería correr, pero el temor a que le pasara algo a Jake se lo impedía. Brandon era de los que tenía amigos esperándole en las esquinas para salvarle el pellejo.

La pelea, si puede llamarse así a una confrontación en la que solo uno pega, terminó en apenas unos segundos. Brandon se desplomó contra la pared y se tapó la cabeza con los brazos, gimiendo y pidiendo clemencia. Jake le cogió de la chaqueta y le hizo erguirse.

—Entiende algo, maldito gusano. Si alguna vez vuelves a acercarte a esta chica, haré que te arrepientas de haber nacido. ¿Lo entiendes?

—¡Sí, sí, lo entiendo!

Por un momento, Índigo pensó que Jake iba a pegar a Brandon una vez más, pero, en vez de eso, le dejó caer al suelo. Sin dirigirle más que una mirada despectiva, se volvió y caminó hacia ella. Parecía muy preocupado.

—¿Te ha hecho daño?

Índigo negó con la cabeza. No tenía palabras. Recordó todas las cosas que le había dicho Brandon y temió que Jake las hubiese oído. Se sentía terriblemente avergonzada. «Una puta hablando con otra puta.» Su mente volvió a aquellos años y los recuerdos se hicieron tan vívidos que parecía que no hubiese pasado el tiempo. «Las indias solo sirven para una cosa.»

—Cariño, ¿estás segura de que estás bien?

—Sí... sí, estoy bien. Él no... Viniste antes... Estoy bien.

Solo que, claro, no lo estaba. Tenía los ojos cubiertos de lágrimas. De repente, no pudo soportar estar allí de pie un minuto más. Con un sollozo, se dio media vuelta y echó a correr. Lejos, tenía que irse lejos. A algún lugar donde los ojos de él no la siguiesen. Algún lugar privado donde poder llorar. Algún lugar oscuro en el que esconder su vergüenza.

Temblando aún de rabia, Jake observó a Índigo pasar por delante de la casa de sus padres y correr hacia el granero. Su primer impulso fue ir tras ella. Entonces vio los paquetes, los recogió del suelo y cambió de idea. Si hubiese querido consuelo, hubiese ido a casa de sus padres. Probablemente necesitaba unos minutos a solas para recuperar la compostura.

Jake la siguió a paso lento. Compostura. Él necesitaba también una buena dosis. Aún le temblaban las manos. Esto era culpa suya, maldita sea. «Las indias solo son buenas para una cosa: abrir las piernas ante los hombres blancos. Y andar a gatas, por supuesto.» Estas palabras le perforaban la mente. Subió los escalones del porche de los Lobo y después se quedó allí un momento, respirando profundamente.

Sabía lo que tenía que hacer.

Loretta Lobo caminaba de un lado a otro a los pies de la cama de su esposo. Su palidez preocupaba a Jake.

—¿Brandon Marshall, aquí en Tierra de Lobos? No puedo creerlo. ¡Me parece imposible! ¿Después de todos estos años? ¿Está seguro de que ella le llamó Brandon?

Jake acababa de decirles lo que había pasado. Estaba de pie junto a la ventana, con el brazo apoyado en el marco de la ventana y la mirada fija primero en Cazador y después en Loretta. Trataba de entender lo que decían. ¿Quién demonios era Brandon Marshall?

—No puede ser el mismo hombre —dijo Cazador—. Está en Boston.

—¿Cuántos Brandon conocemos? ¡Uno solo! —Loretta se detuvo y se dirigió a su marido—. Es Brandon Marshall, ¿verdad? —Como si buscase la confirmación de Jake, se volvió hacia él—. ¿Qué aspecto tenía?

Jake se tocó la mandíbula con la mano.

—Alto, delgado —trató de recordar su aspecto—. Rubio, pelo largo. Tiene una fea cicatriz en el labio.

Loretta dejó caer los brazos.

—¡Es él! Lo sabía. En cuanto pronunció el nombre de Brandon, lo supe. ¿Está seguro de que ella está bien?

—Está bien, aunque algo asustada. —Jake se alejó de la ventana—. Pero ¿quién es Brandon Marshall?

Loretta se cubrió los ojos con las manos.

—Es un maldito cabrón.

Si la situación no hubiese sido tan seria, Jake habría sonreído. Hasta entonces, tenía la impresión de que Loretta no era de las que decía palabras malsonantes.

—Eso ya me lo había imaginado.

Respiró profundamente, nerviosa.

—Hace seis años, estuvo viviendo en Jacksonville unos meses. Empezó a

frecuentar nuestro pueblo y se fijó en nuestra hija.

Jake levantó una ceja.

—¿Hace seis años? Ella no tendría más de...

—Trece años —terminó diciendo Loretta. Suspiró y se quitó la mano de los ojos—. Era muy joven y muy crédula. Y Brandon era rico, encantador y guapo. Estuvo suspirando por él durante semanas. —Loretta apretó los labios—. No sabemos todos los detalles, Índigo nunca nos contó mucho sobre ello. Pero por lo que pudimos saber, él trató de sobrepasarse y ella le dio una bofetada. Tuvieron una discusión. Unos días después, él volvió, deshaciéndose en disculpas y la llevó al bosque. Allí... —Hizo un gesto con la mano—. Traía cuatro amigos con él.

Jake parpadeó. Recordó aquella primera noche en la montaña cuando había notado el miedo que Índigo le tenía. Ahora comprendió el porqué.

—No terminaron lo que pretendían hacer —siguió Loretta—. Índigo se enfrentó a ellos. Así es como Brandon se ganó la cicatriz. Mi hija le mordió y le cortó la barbilla con el cuchillo.

—Bien hecho.

Cazador intervino.

—Bajo su pelo largo debe esconder también una oreja cortada —hablaba con orgullo—. Una niña pequeña contra cinco hombres hechos y derechos. La enseñé a que practicara todos los días. Ella es mejor que yo con el cuchillo. Los mantuvo a raya hasta que pudo echar a correr.

—Salvo que cayó —añadió Loretta— y perdió el cuchillo. Entonces la alcanzaron. Afortunadamente, Antílope y Amy oyeron sus gritos y llegaron a tiempo.

—¿Antílope y Amy?

—Mi hermana y su marido. En realidad, es mi prima, pero el pueblo de Cazador trata a los primos como hermanos. —Loretta rechazó el tema por considerarlo poco importante—. De todos modos, Brandon juró que se vengaría. Después se trasladó a Boston. Hasta que dijo usted su nombre hace unos minutos, no pensé que volviéramos a verle.

—Parece que estaban equivocados. —Ahora fue Jake el que se puso a caminar de un lado a otro. Se pasó la mano por el pelo y después se detuvo para mirar a Cazador—. ¿Cuánto tiempo lleva aquí? ¿Pudo ser el hombre que disparase a *Lobo*?

Loretta dio un gemido.

—¡Ay, Dios mío, no había pensado en eso!

A Jake se le aceleró el pulso. Tuvo una visión, la de Índigo cayendo después del disparo.

—¿Cazador, cree que podría ir tan lejos como para tratar de matarla?

Los ojos oscuros de Cazador se nublaron.

—Tendría que ser un *boisa*. —Su mirada se encontró con la de Jake—. *Boisa*, un loco. No tiene sentido.

—Un asesino no suele tenerlo —contestó Jake—. Creo que quizá deberíamos

informar al *sheriff*. No nos hará ningún daño. Y prefiero estar seguro aunque después tenga que disculparme.

Loretta se puso una mano temblorosa en la cintura.

—Creo que tiene razón. —Y miró a su marido—. ¿Cazador?

Cazador asintió lentamente.

—Sí, deberíamos decírselo al *sheriff*.

Loretta se colocó el peinado con las manos y después empezó a deshacerse el recogido.

—Seguro que está en la cárcel en este momento.

Jake respiró con profundidad.

—Antes de que se vaya, hay algo más que me gustaría comentarles.

—¿De qué se trata?

Tan rápido como pudo, Jake les dijo cómo habían actuado los hombres de la mina. Después les relató el incidente en la tienda de abastos. Terminó diciendo:

—Un hombre decente no puede tener la cabeza alta y dejar que este tipo de cosas sucedan.

Loretta le miró fijamente.

—¿Qué es lo que sugiere, exactamente?

—Que me casaré con ella. A menos que tengan una idea mejor. —La habitación se quedó en silencio—. Esperaba que las cosas mejorasen, pero no veo que vaya a suceder. Si no intercedo por ella, la gente de este pueblo va a crucificarla.

Cazador se estiró en la cama. Jake le miró. El silencio volvió a llenar la habitación de nuevo.

—Es muy amable por su parte ofrecerse —dijo Loretta con voz temblorosa—, pero no creo que...

Cazador levantó su brazo sano para que se callara.

—Usted ha hablado solo por Índigo. Pero ¿qué sucede con usted? Cuando uno se casa con una mujer, es para siempre.

Jake inspiró una vez más con los labios apretados.

—Cumpliré mis votos, si es a eso a lo que se refiere.

—No. Quiero saber qué tiene en su corazón.

Jake tragó saliva.

—Ella es una joven muy hermosa.

—Sí.

Jake puso los brazos en jarras y miró al suelo. Por fin, levantó la vista.

—No la amo, si es lo que está preguntándome.

—Pues claro que no. Apenas la conoce —intervino Loretta.

Una vez más, Cazador hizo un gesto para pedir que guardara silencio.

—Continúe.

Jake empezaba a sentirse como un insecto encerrado en una botella. Esa gente ni siquiera sabía quién era realmente. Si se casaba con su hija, terminaría por tener que

dar explicaciones precipitadamente, algo que no le entusiasmaba lo más mínimo.

—¿Quieren saber la verdad?

Cazador inclinó la cabeza.

—La verdad... desde sus entrañas.

Jake miró a Loretta, se humedeció los labios y siguió adelante.

—Es una chica encantadora. Cualquier hombre con ojos en la cara se sentiría atraído por ella. El aspecto físico del matrimonio no sería un problema para mí —se aclaró la garganta—. Eso es todo, en resumen. Ni siquiera estoy seguro de poder hacer que el matrimonio funcione. Ella no es como las demás mujeres.

—No —accedió Cazador.

Jake volvió a suspirar.

—Por otro lado, tengo que mirar el lado bueno y el lado malo de este asunto. La otra noche no fue culpa suya, ni culpa mía tampoco, pero sucedió. Y a menos que me case con ella, va a pagar por ello el resto de su vida. No puedo desentenderme así. Si pudiese, tampoco me lo perdonaría nunca.

Cazador asintió.

—Eso le honra y sus palabras me dicen que solo tiene bondad en su corazón. Pero ¿qué hay del precio de la novia?

Loretta miró a su marido horrorizada.

—¿Qué estás...? Cazador, ¿te has vuelto loco?

—¿Cómo dice?

—El precio de la novia, el *excrex* —repitió Cazador—. Entre mi gente, esa es la costumbre. Un hombre ofrece a la familia de la novia un buen precio. Cuanto más grande, mayor es el honor que se hace a la novia.

Jake dio vueltas al asunto.

—¿Quiere que la compre?

—No, quiero que la honre.

Loretta hizo un ruidito agudo. Jake sintió un impulso irrefrenable de reír. Aquí estaba, ofreciendo matrimonio a una chica para salvar su reputación y su padre le pedía dinero por ese privilegio.

—¿De cuánto dinero estamos hablando?

Cazador sonrió.

—Mi hija es muy guapa. —Se quedó pensativo un momento—. Pero usted es un hombre pobre, ¿no? Y solo tiene un caballo.

—¿Quiere mi caballo?

—No, un hombre debe tener al menos un caballo —frunció la boca—. Quizá pueda pagar el *excrex* con sus sueldos, un poco cada vez.

—¿Con mis sueldos? ¿Cuánto dinero quiere?

—Un hombre no valora lo que le cuesta poco. —El mestizo levantó una ceja—. No soy yo quien debe decir el precio. Usted debe hacer una oferta. Si no es suficiente, se lo diré.

Jake suspiró. El dinero no era un problema para él. El tema era, ¿de verdad quería hacer esto? Jake sabía la respuesta. No podría hacerlo de otra manera y vivir como si nada.

—¿Qué le parece quinientos? —aventuró.

—Setecientos, y es suya.

—¡Cazadooooor! —Loretta se golpeó la frente con la mano.

—Setecientos —accedió Jake. Miró a Loretta—. Seré bueno con ella, si eso es lo que le preocupa.

Loretta le miró con sus gigantescos ojos azules y después se dirigió a su marido.

—Los dos parecéis olvidar que Índigo también querrá dar su opinión sobre este asunto. No va a acceder a casarse con el señor Rand. No consentiría en casarse con nadie.

Cazador no pareció contrariado por eso.

—Hará lo que yo le diga.

—Ah, Cazador, no puedes hacerlo —susurró ella.

—Ya está hecho —contestó él.

Jake cambió el peso de su cuerpo de una pierna a otra y se metió las manos en los bolsillos.

—¿Hay algún juez aquí en el pueblo? Creo que deberíamos celebrar la boda cuanto antes.

Cazador asintió.

—No con un juez. Mi hija debe comprometerse ante un cura. Si cabalga a Jacksonville y trae al padre O'Grady, él vendrá y dirá las palabras. Aún es pronto. Si se da prisa, puede acabar con esto esta noche.

—¿Esta noche? —Loretta levantó las manos—. ¿Esta noche, Cazador?

—Sí —contestó—, antes de que las habladurías de este pueblo puedan hacer más daño.

Jake pensó en Índigo. Trató de imaginar cómo iba a darle la noticia. Decidió que lo mejor sería decírselo como algo inevitable. Índigo era una chica inteligente. Si se lo explicaba bien, entendería que no había otra opción.

—Creo que debería ir a hablar con ella antes.

Cazador asintió.

—Cuando termine de hablar con ella, dígame que quiero verla.

La luz del sol se colaba por las planchas de madera de las paredes de la buhardilla, rayando el heno de brillante dorado. Índigo estudió las motas de polvo que danzaban en los haces de luz. Ahora que se había desahogado, el olor familiar del granero le calmaba los nervios como el opio. No le quedaban más lágrimas. Tenía las piernas y los brazos flácidos y pesados. Al recordar la escena con Brandon, no sentía ya sino desprecio. Ni siquiera el recuerdo de *Lobo* podía afectarle ahora. Limpia. Su

padre tenía razón: las lágrimas tenían un efecto mágico.

De repente, la serenidad del granero se rompió. Abajo, el cerdo *Inútil* empezó a gruñir con impaciencia, como solía hacer cuando iban a echarle comida en el abrevadero. *Buck* relinchó. Oyó que *Molly* daba una coz en el establo y empujaba la puerta con la grupa. Alguien había entrado en el granero.

Ningún sonido, a excepción del ruido que hacían los animales, la advirtió. Fue más una presencia eléctrica en el aire, la misma sensación previa a la tormenta. Índigo confió en sus instintos. ¿Brandon? Su respiración se hizo más lenta y apoyó la espalda contra la pared. Oyó que una de las escaleras crujía y supo que alguien subía lentamente a la buhardilla. Sin dejarse vencer por los nervios, echó mano de su cuchillo.

Cuando vio aparecer una cabeza oscura de entre el polvo del heno, Índigo volvió a enfundar el cuchillo. Jake. Respiró de nuevo. A continuación, vio aparecer sus anchos hombros cubiertos de lana azul. Incluso en la oscuridad, sintió el impacto de sus ojos oscuros al mirarla. Se sonrojó.

—Pensé que te encontraría aquí —dijo con una sonrisa de condescendencia—. No hay nada como una buena buhardilla para sentarse a pensar, ¿verdad?

Caminó sobre el heno suelto y buscó un lugar junto a ella, tambaleándose cada vez que pisaba un espacio vacío. Cuando por fin llegó hasta ella, se sentó y apoyó la espalda contra la pared. La buhardilla, que a Índigo siempre le había parecido espaciosa, quedaba empequeñecida por su presencia. El polvo le hizo cosquillas en la nariz.

Índigo pegó los talones al trasero y se abrazó las rodillas. Esa postura acurrucada la hacía sentir más segura. Había algo más que polvo en el aire, algo que no sabía identificar. Sintió que la actitud de él para con ella había cambiado. Se aventuró a mirarle de soslayo. Él la observaba. Ella notó un brillo peculiar en sus ojos que no había visto antes.

Tenía la boca curvada como si fuera a sonreír y no estuviese seguro de si debía hacerlo. Cruzando los tobillos, llevó los talones bajo los muslos y apoyó los hombros en sus rodillas. Tenía una expresión nostálgica en el rostro al mirar a su alrededor.

—Hace años, en algún lugar de Oregón, mi padre se puso a buscar oro cerca de una granja. Yo solía entrar a escondidas en el granero de la granja por las noches, cuando él terminaba de trabajar.

Se encogió de hombros.

—Mi padre excavó una mina allí, y siempre vivimos en una tienda de campaña al lado del riachuelo. Éramos cinco niños, y parecía estar lloviendo todo el rato, porque teníamos a menudo que apretujarnos dentro. Por la noche, me sentía uno de entre seis panecillos hechos por el mismo molde.

Esperó un momento, como si quisiera darle la oportunidad de hablar.

—Algunas veces, sentía que moriría ahogado si no salía de allí. Cuando descubrí la buhardilla de ese viejo granero, pensé que había encontrado un filón de oro. Pasé

horas allí arriba, construyendo sueños acerca de cómo ganar dinero el día que me hiciese mayor y así ayudar a mi hermano y a mis hermanas a librarnos de mi padre. Imaginaba que tendría mi propia casa. Una grande, con tantas habitaciones que podríamos perdernos en ellas.

Su voz sonaba triste. Tenía una mirada distante en los ojos. Después, pareció fijar la vista en el heno que tenía ante él.

—El problema con los sueños es que, cuando se hacen realidad, nunca satisfacen tus expectativas. Finalmente tuve la casa, y finalmente gané el dinero suficiente para independizarme de mi padre. Pero aun así... —Rio suavemente y sacudió la cabeza—. No sé por qué te cuento esto. Pero hasta que llegué aquí, aún me sentía como una de esas seis bolas de masa para magdalena en el mismo papel.

Índigo sentía un nudo en la garganta.

—¿Por qué no lo has sabido hasta ahora?

Sus ojos oscuros se colorearon como si fueran vino caliente.

—No lo sé. Supongo que por estar en las montañas.

Cogiendo una vara de heno, pasó el dedo por el borde. Índigo no podía imaginarle de niño y se preguntó por qué había decidido compartir algo tan íntimo con ella. Que lo hiciese confirmaba el cambio que había notado en él.

Desde su experiencia con Brandon años atrás, había levantado una barrera invisible entre ella y los hombres. Hasta ahora, nadie se había atrevido a desafiar esos límites. Jake Rand no los había desafiado. Directamente, había entrado en un lugar que para ella era sagrado. No sabía por qué lo sentía así, pero notaba que él la presionaba de alguna manera. Acababa de compartir algo íntimo con ella y tenía el presentimiento de que esperaba que le diese algo a cambio.

Mientras parecía más preocupado por la paja de heno que por todo lo demás, Índigo aprovechó para mirarle el cuerpo. Notó la profundidad de su caja torácica, la delgadez de su cintura, los tendones de los muslos que se le marcaban bajo la tela vaquera de los pantalones. Después pasó a mirarle las manos, bronceadas hasta parecer bruñidas y cubiertas de un fino vello negro que dibujaba una oscura y sedosa línea hasta su muñeca. Eran unas manos amplias y sólidas, con dedos poderosos... unas manos diseñadas para coger las cosas y nunca soltarlas.

—¿Con qué sueñas tú, Índigo? —La buscó con la mirada—. Debes soñar con algo. ¿Con el hombre adecuado que un día entrará en tu vida? ¿Con casarte y tener hijos? ¿O has conocido ya a alguien especial?

—¿Alguien especial? —repitió ella.

—Un joven... alguien a quien hayas dado tu corazón.

Ella negó con la cabeza.

—No hay nadie.

—¿Y qué hay de tus fantasías? Todas las jóvenes sueñan con su príncipe azul, ¿no es cierto?

A Índigo se le hizo un nudo en el estómago. Se sentía como un pez que hubiese

picado el anzuelo y al que llevasen a la red. Si hacía un movimiento en falso, estaría atrapada.

—No sueño con nadie.

Él pareció valorar su respuesta.

—Tal vez sea mejor así. Como he dicho, la realidad rara vez se ajusta a lo que deseamos.

—Esta no es una conversación casual, ¿verdad?

Él se rio avergonzado.

—Es obvio, ¿verdad? —Se frotó la mandíbula, apartando la mirada—. Nunca he sido buen orador. Y este es uno de esos momentos en los que me hubiese gustado serlo. Hay algo que tienes que saber, pero que no estoy seguro de cómo decirte.

—¿Cómo decirme qué?

Fue preguntarlo y, al instante siguiente, imaginar la respuesta. Desde el momento en el que le vio, sintió que ese momento llegaría. Él se volvió para mirarla. El brillo que vio en sus ojos seguía allí, pero ahora era más pronunciado, como una brasa a la que avivan con viento. Reconoció ahora en él un punto de posesión.

—Tu padre y yo hemos estado hablando.

Índigo sintió frío.

—¿De qué?

—De ti. —Tiró la paja de heno y estiró el brazo para apartarle un mechón de pelo que le caía por la mejilla. Sus nudillos eran cálidos y a la vez rudos—. De las habladurías. A menos que hagamos algo, te condenarán de por vida.

Índigo quería detenerlo; no quería oír nada más, pero sus cuerdas vocales no le respondían.

Como si ahora tuviera el derecho de tocarla, le rozó la piel de la mejilla hasta llegar a la oreja con los dedos y después siguió la línea de su mandíbula hasta la barbilla. Pasándole el pulgar por los labios, estudió su expresión, y después volvió a sonreír.

—La idea de casarte conmigo no puede ser tan horrible, ¿no? Me miras como si me hubiese crecido un tercer ojo en la frente.

Ella no podía respirar. Abrió la boca para coger algo de aire, y él le tocó la línea húmeda del labio superior con el pulgar.

—Créeme, Índigo; esta decisión la hemos tomado con la mejor intención. Sé que soy un poco más viejo que el marido que hubieses deseado para ti, pero la diferencia de edad no te parecerá tan grande cuando te acostumbres a la idea.

—Te... te lo he dicho. Nunca he deseado tener marido.

—¿De verdad? Entonces no tendré que preocuparme con cumplir ninguna expectativa romántica, ¿no?

¿Expectativa romántica? Nunca había pensado en el matrimonio de esa manera.

—Yo no quiero casarme.

Él abandonó la exploración de su boca y le cogió la mano, entrelazando sus dedos

con los de ella.

—Lo sé —contestó con amabilidad—, y desearía que las cosas hubiesen ocurrido de otra manera. Esto no es tampoco lo que yo tenía en mente. Pero la vida no siempre viene como la esperamos, ¿no crees? Lo único que podemos hacer es adaptarnos de la mejor forma.

Entonces sintió el impacto. Fue como si le golpearan las entrañas. Él y su padre habían decidido su futuro sin consultarle. ¿Casarse con Jake Rand? La idea explotó en su mente como si le hubiese estallado dinamita en las manos.

—¡No! —gritó con un medio sollozo—. No, no lo haré.

Él le sujetó las manos con más fuerza y se las bajó poniéndoselas sobre el regazo. Sentía el calor de su muñeca a través del ante de los pantalones.

—Índigo, sé razonable. No tenemos otra opción. Tu reputación ha sido destruida.

—¡Noooo!

Él respiró hondo y suspiró. Ella trató de soltarse, pero él la sostenía con firmeza. El hecho de que la cogiese cuando solo quería estar libre hizo que comprendiese lo que estaba en juego. Ahora entendió ese brillo de posesión en sus ojos. Estaba anticipándose al momento en el que sería su marido.

—Puede que la idea te incomode, pero haré todo lo que pueda para hacerte feliz —dijo él con un tono de voz grave—. Te lo prometo.

La firmeza que desprendía su tono de voz le dio pánico, y el pánico le dio fuerzas. Se soltó de sus manos y, con un movimiento ágil, se puso en pie.

—Mi padre no ha accedido a esto. ¡Estás mintiendo! —Su pie pisó un trozo de heno blando y perdió el equilibrio. Levantándose con dificultad, se dirigió hacia la escalera—. ¡Nunca me casaré contigo! ¡Ni contigo ni con ningún otro hombre!

—Índigo, escúchame...

—¡No! —Se dio la vuelta para mirarlo de frente—. ¡No te escucharé! Eres un mentiroso. Mi padre me conoce mejor de lo que yo me conozco a mí misma. Nunca accedería a casarme sin preguntarme antes. ¡Nunca!

—Me temo que es justo lo que ha hecho. Y si te detienes un momento y lo piensas con cuidado, estoy seguro de que entenderás por qué lo ha hecho.

Lanzó una pierna hacia el primer peldaño de la escalera, encontró un punto de apoyo y se agarró a las barras laterales.

—¡No! ¡Él no lo haría!

Loretta se sentó en la mecedora y se inclinó ligeramente hacia delante para estudiar el rostro de su marido. Tenía la boca contraída, con una determinación que ella conocía muy bien. No pudo evitar preguntarse si la dosis regular de láudano no le habría afectado al juicio. Él adoraba a su hija.

—Cazador... —Dio una palmada con las manos y las dejó descansar sobre las rodillas—. No creo que quieras seguir con esta idea malsana. El señor Rand es mucho

mayor que Índigo, y no se aman. Son poco más que un par de desconocidos. Entiendo que estés preocupado por las habladurías y que el matrimonio sería una solución, pero ¿qué otros problemas generará?

Él sonrió de esa forma que tenía de sonreír cuando sabía algo que los demás desconocían. Con el corazón encogido, Loretta supo que era como discutir con una pared. Cuando su marido tomaba una decisión, no había forma de disuadirle.

—Pequeña, debes confiar en mí, ¿de acuerdo? Sé lo que hago.

Loretta dudaba de que fuera así.

—Ella te odiará hasta el fin de tus días.

—Solo hasta que se enamore de él. Entonces, me perdonará. —Con la mano herida, se tocó el pecho, que era aún tan duro y musculoso como hace años, cuando Loretta lo vio por primera vez—. Algunas veces, hay una voz que me habla y me dice el camino que debo seguir. Sé que, si lo hago, todo irá bien. He mirado en el interior de los ojos de Jake Rand. Es un buen hombre, con un gran corazón. Él no lo sabe, Índigo no lo sabe, pero los dioses de mi pueblo lo han traído hasta aquí. Siento dentro de mí que he hecho lo correcto.

—¡No te corresponde a ti decidir eso! —gritó Loretta.

—Sí —contestó—. Eso también lo siento dentro de mí. Miro todo lo que ha pasado, su llegada, la muerte de *Lobo*, su noche en el bosque juntos, su sentido de la responsabilidad hacia ella. Es el círculo del destino que los rodea. Cuando el círculo se cierre, ellos irán el uno en busca del otro. Ahora, aunque ninguno de los dos lo desee, están uno frente al otro. Me corresponde a mí coger los bordes del círculo y tirar de ellos para hacer un nudo irrompible, de manera que ninguno de los dos pueda escapar. Será como los dioses quieren.

—¿Y qué pasará si la voz de tu interior se equivoca?

—Nunca se ha equivocado.

—No puedo ponerme de tu lado y dejar que eso ocurra.

—Sí, te pondrás de mi lado. —La firmeza de su voz indicó a Loretta que no toleraría que le desobedeciese—. Siempre he escuchado tus deseos, pequeña. —Hizo un gesto indicando la casa—. He honrado tus costumbres cada vez que respiraba durante los últimos veinte años. Ahora, tú honrarás las mías. Nuestra hija se casará con Jake Rand. Ese es mi deseo.

—Y si yo...

Él la cortó.

—No lo harás. Me honrarás, como una mujer debe honrar a su marido. No te pondrás en mi contra, ni con tu corazón ni con tus acciones.

—Sabes que nunca he hecho eso, Cazador, pero creo que estás cometiendo un terrible error.

—Borrarás ese pensamiento de tu mente. Amo a nuestra hija, ¿verdad? Confiarás en mí en esto porque sabes que su felicidad es mi felicidad. Moriría antes de dejar que su corazón sufriera.

Índigo permanecía al pie de la cama de su padre, paralizada como si unos dedos helados la retuviesen. Al mirar en los ojos azul oscuro de su padre, no podía ver nada de familiar en ellos; no podía ver su amor, su calidez, su comprensión. En vez de eso, lo único que veía en ellos era determinación.

—No... no puedes estar hablando en serio —le susurró con voz entrecortada.

—Te casarás con Jake Rand —repitió—. Es mi deseo. Hemos acordado un buen precio. El momento de hablar ha terminado. Irás a la cocina y esperarás a que tu madre vuelva de la cárcel para ayudarla a preparar la comida de la boda.

De repente, las piernas le fallaron, e Índigo tuvo que sujetarse al borde de la cama.

—¿Qué has hecho? El precio de la novia es una costumbre comanche.

—Yo soy comanche.

—¡Pero Jake Rand no lo es! Ya sabes cómo ven los hombres blancos esta costumbre. Si pagan un precio por la novia, pensarán que han comprado a una mujer. No soy un objeto que pueda comprarse.

—Le he explicado lo que significa el precio de la novia. Él te ha honrado según las costumbres de nuestro pueblo y pagará setecientos dólares. Es una buena oferta.

Índigo oyó que la puerta principal se abría y se cerraba. Oyó el sonido de unas botas que se acercaban a la habitación. Bajando la voz, exclamó:

—¡Es una fortuna! Sentiré que es propietario de cada pelo de mi cabeza. Solo te ha faltado hacer una factura.

—Los papeles del matrimonio servirán. —Su padre sonrió.

Índigo sintió como si la hubiesen abofeteado. Oyó el crujido de las bisagras detrás de ella y sintió la presencia de Jake al entrar en la habitación. Sin soltar el marco de la cama, se dio la vuelta para mirarle. El instinto de supervivencia le dijo que tenía que luchar por su libertad ahora, porque después ya solo podría ser pacífica. Tampoco es que estuviese a punto de pegar puñetazos.

—Entonces... —Su voz tembló de rabia—. ¡Contempla a mi nuevo propietario! Debes sentirte orgulloso de ti mismo. La esclavitud se abolió hace veinte años.

—No es así, Índigo —dijo Jake.

—¿Ah, no? —Soltó el borde de la cama y se volvió para mirarle, sin estar segura de que las piernas pudieran sostenerla—. Explícamelo entonces.

Había una pregunta en los ojos de él. Miró a Cazador.

—Accedí a pagar un *excrex*. Esa es vuestra costumbre, ¿verdad?

—¡Me has comprado! —gritó ella—. Así es como lo ve vuestra gente. Soy blanca en más de una mitad, y sé cómo pensáis.

—Puedo retirar la oferta, si te molesta tanto.

—No —intervino Cazador—. Este será un matrimonio de verdad a los ojos de los blancos y de los comanches.

Índigo se abrazó la cintura. Sintió un escalofrío que le atravesó todo el cuerpo.

Con la vista puesta en Jake, suspiró.

—Si sigues con esto, no volverás a tener un momento de paz en lo que te queda de vida.

Irritado, Jake se dirigió hacia Cazador.

—Me dijo que accedería una vez hablase con ella. Si así es como van a ser las cosas, yo...

—¿Índigo? —La voz de su padre sonó como el acero. Ella se volvió para mirarle—. ¿Estás desafiándome? —le preguntó con voz calmada.

Al ver la cara decidida de su padre, su indignación se evaporó. Aunque cada poro de su piel le pedía que se rebelase, no era eso lo que le habían enseñado. Tenía que hacer lo que le pidiesen porque en su mundo no podía ser de otro modo.

—No, padre mío; jamás te desobedeceré.

Oyó a Jake dar un suspiro de exasperación.

—Índigo, olvida a tu padre un minuto y mírame.

Olvidar a su padre era inconcebible para ella, no podría hacerlo ni un instante. Sintiendo adormecida, miró a Jake.

—No he pedido que te cases conmigo para hacerte desgraciada —dijo suavemente—. Mi propósito era evitar que lo fueras. Si vas a detestarme, no solo habré fallado en esto, sino que lo dos pagaremos las consecuencias con creces. No quiero tener que luchar contigo a cada paso del camino, antes y después del matrimonio. Para que la vida sea soportable, uno de los dos debe finalmente ganar la guerra.

Índigo se concentró en lo que él no había dicho. Sin duda, él sería el vencedor. No podía sentir las piernas.

—Mi padre ha tomado una decisión. —Su voz no sonaba como la suya. Tragó saliva, imaginándose a Jake y a ella casados, a solas. De repente, Jake Rand le pareció tan imponente como una montaña. No podía creer que eso estuviese pasando—. Honraré sus deseos.

Los ojos de Jake no le dieron tregua.

—¿Y los míos?

Algo dentro de ella se cerró como en un nudo. Lo sintió justo sobre la cintura, y se quedó en el estómago como una brasa ardiendo. Supo que era su orgullo. Eso era lo que se sentía cuando uno tenía que tragárselo.

—Sí, y también los tuyos.

Capítulo 9

Índigo se sentía atrapada en un mundo irreal. Los sucesos parecían evolucionar a un ritmo frenético. Jake salió hacia Jacksonville. Un rato después, su madre volvió de la cárcel, les hizo un resumen de la conversación que había mantenido con el *sheriff* Hilton y después empezó a hacer una lista con lo que había que preparar antes de la boda.

Lo primero en la agenda de Loretta era el banquete de bodas. Índigo se puso a ayudarla como en una nube. Ni siquiera el recuerdo de Brandon hizo que volviera a la realidad. No le importaba si el *sheriff* Hilton había ido a Jacksonville a interrogar a Brandon. Ni lo que pudiese averiguar. ¿Qué importancia tenía que descubriese que había sido Brandon el que disparó a *Lobo*? ¿Qué diferencia había, a estas alturas, si él había estado detrás de los accidentes? Solo había una cosa que le importaba. Que en unas pocas horas, se casaría con un hombre blanco.

Y no con cualquier hombre blanco. Si su padre quería buscarle marido, ¿por qué no había elegido un nativo de la zona, pequeño e ignorante? Jake no solo era una torre a su lado, sino que era dos veces más ancho y musculoso. «Uno de los dos debe finalmente ganar la guerra.» ¿Qué guerra? En cuanto se convirtiera en su esposa, no podría oponer ninguna resistencia. Así era como la habían educado.

Con manos temblorosas, Índigo pelaba patatas y las echaba en la cazuela, asombrada de no cortarse los dedos. Después preparó la masa para un bizcocho. ¿Había puesto la levadura en polvo? No podía recordarlo y volvió a meter la medida. ¿Cómo sabía un bizcocho que tenía doble medida de levadura? «Como su boca ahora mismo —pensó—, seco y amargo como la hiel.»

Cuando estuvo todo preparado en la cocina, su madre insistió en que preparasen la casa de su tía Amy para que pudieran quedarse en ella. Era una casa que estaba totalmente amueblada y se había quedado libre ahora que Amy y Antílope vivían en el campamento maderero. Sería un lugar de residencia temporal perfecto para los recién casados. Índigo se quedó bloqueada en la palabra «temporal». Jake Rand no planeaba quedarse en Tierra de Lobos. Cualquier día, decidiría marcharse y ella tendría que irse con él.

Índigo hizo el segundo viaje del día a la tienda de abastos y reunió los artículos que necesitaba almacenar en la cocina de su tía Amy. Sal, pimienta, azúcar, harina, levadura en polvo, levadura fresca, legumbres, miel. Cuando Elmira supo que Índigo se casaba, le abrió una nueva cuenta con el nombre de Jake y le asignó a él los gastos. Al firmar las facturas se dio cuenta de que en unas horas sería la señora de Jake Rand.

Cuando llegó a casa con las compras, las puso sobre un almohadón para transportarlo todo más fácilmente. En otro, guardó los alimentos perecederos. Fue al almacén de ahumados a por un trozo de panceta y la situación volvió a superarla. Al

día siguiente por la mañana, estaría preparando el desayuno para su marido.

Su madre no le dio tiempo de preocuparse más. Como dos torbellinos, atacaron la casa de los López armadas con trapos y escobas. Cuando terminaron de limpiar lo básico, Índigo colocó la ropa en los armarios y cambió las sábanas de la cama mientras su madre llenaba la despensa de la cocina.

Mientras colocaba la sábana por debajo de las almohadas y extendía las arrugas, Índigo trató de imaginarse durmiendo allí con Jake esa noche. Por poco que supiese del acto sexual, sabía que tendría lugar en la cama. Una vez, había visitado accidentalmente a Franny cuando tenía a un cliente en la habitación. El crujido de la cama había advertido a Índigo de que no debía llamar a la puerta.

Alisando la última arruga de la cama con dedos temblorosos, Índigo recordó el dicho: «Quien mala cama hace, en ella yace». Ahora sabía de dónde provenía: sin duda, de una novia.

El pánico se apoderó de ella. Cumplir con su marido iba a ser horrible. Estaba segura de ello. No había que ser un genio para saber eso. Las mujeres hablaban libremente acerca de las cosas que les gustaban. Cuando salía el sol, todo el mundo lo comentaba. Cuando había una feria en Jacksonville, se hablaba de ello con semanas de anticipación. Cuando alguien disfrutaba de una actividad en concreto, como un acto social, hablaba de ello durante mucho tiempo después. Ese no era el caso de las noches de bodas.

Por el contrario, si algunas mujeres decían algo sobre ese aspecto del matrimonio, se ponían de color rojo, miraban a su alrededor para estar seguras de que nadie las escuchaba y después susurraban cubriéndose la boca con la mano. Por este motivo, Índigo pensaba que cumplir con las tareas de esposa debía de ser horrible, tan horrible que las madres no querían que sus hijas se enterasen, por temor a que no quisieran casarse y darles nietos.

Niños. Esta era otra curiosidad que Índigo había observado. Las mujeres ponían caras largas cuando oían que alguien estaba teniendo dificultades para concebir. Unos años antes, cuando Alice Crenton no podía tener familia después de casarse con el *sheriff* Hilton, todas las mujeres del pueblo habían corrido a darle consejo para curar el problema. Love le había dado una piedra para que la pusiera debajo del colchón, en el lado en el que dormía su marido. La vieja señora Hamstead, de la herboristería, había dado a Alice unos polvos de la fertilidad. La madre de Índigo también se había unido, y había sugerido a Alice que comiese más carne fresca. Todas actuaban como si fuera el fin del mundo si Alice no se quedaba embarazada, y pronto.

Como Alice tenía ya cinco hijos, una cantidad que parecía más que suficiente, Índigo tenía mucho en lo que pensar. ¿Por qué era tan importante que Alice tuviese familia? Todas las mujeres embarazadas que Índigo había visto parecían muy desgraciadas, con las piernas abiertas cuando andaban para mantener el equilibrio, con una mano en la espalda para mitigar el dolor y una barriga que les precedía allí donde fuesen. Durante ese último mes interminable, contaban los días que faltaban

para que terminase la pesadilla. Si el embarazo era tan horrible, ¿por qué las demás mujeres tenían tantas ganas de ver a Alice sufriendo?

Índigo encontró la respuesta en la Biblia. Dios pedía a la humanidad que creciese y se multiplicase. Lo decía allí, claro como el agua, que cada mujer temerosa de Dios tenía el deber de concebir y que era deber del marido poner los medios para que así fuera. Con razón todas las mujeres del pueblo habían estado tan preocupadas por Alice. Si el embarazo era una prueba ya de por sí dura, encontrar la fórmula para quedarse embarazada debía de ser aún peor.

En definitiva, Índigo estaba convencida de que las noches de bodas no eran plato de gusto para nadie.

Consideró escapar de allí. Pero ¿adónde? Lo más lejos que había estado nunca era en Jacksonville. No podía esconderse allí. Y el pensamiento de viajar lejos le asustaba tanto como la idea de acostarse con alguien. Además, su padre nunca la perdonaría si hiciese algo así, y a ella la habían educado para obedecerle sin rechistar. Le amaba tanto que era incapaz de desilusionarle.

No tenía otra opción que pasar por ese sufrimiento, rezando para que Jake no resultase ser uno de esos hombres que querían tener familia numerosa. No podía imaginar nada peor. ¿Qué pasaría si era como Alice Crenton y no podía quedarse embarazada a la primera? En lo referente a los asuntos de mujeres, ella siempre había sido más lenta que las demás, la última de su clase en tener pecho, la última en tener su enfermedad del mes. Lo más probable era que también fuese lenta en concebir, por lo que tendría que pasar por el acto una docena de veces antes de que Jake pudiera terminar el trabajo. ¿Cómo iba a soportarlo?

Tenía que haber algún truco. Para todas las demás miserias del mundo, había un tipo de remedio: láudano para el dolor, menta para el dolor de estómago, whisky y limón para el resfriado. Pensó en preguntarle a su madre, pero sabía dónde terminaría la conversación. En lo referente al sexo, su madre siempre tartamudeaba y enrojecía, para terminar diciendo: «No te preocupes». Índigo no tendría suficiente con una respuesta así en esos momentos.

Se acercó a la ventana y vio el Lucky Nugget. Si alguien en el mundo era una autoridad sobre las relaciones entre hombres y mujeres, esa debía de ser Franny.

—Creo que ya casi hemos terminado.

Lo inesperado de la voz devolvió a Índigo a la realidad. Dio la espalda a la ventana y puso los brazos en jarras. Su madre tenía una habilidad malsana para leerle el pensamiento.

—Sí, esto... sí, ya he terminado aquí.

Loretta sonrió y se alisó el mandil.

—Será mejor que nos demos prisa. No quiero que se queme el jamón —arrugó la nariz—. Deberíamos poner algo de vainilla aquí. Esta casa lleva cerrada mucho tiempo y huele a humedad.

—¡Vainilla! No estaba en mi lista. La necesito para hacer un bizcocho.

—¿Tú, haciendo un bizcocho?

Índigo se mojó los labios.

—Debo aprender ahora que voy a casarme.

—Quizá. Una cosa es segura: necesitas un ramito de vainilla aquí para refrescar el ambiente. Supongo que hay tiempo para que vayas a la tienda y compres alguno.

A duras penas, consiguió esconder su alegría.

—Pero no te entretengas —le advirtió su madre con el dedo levantado—. Aún tienes que bañarte y vestirte. Si he calculado bien, Jake debería estar de vuelta con el padre O’Grady en un par de horas. No puedes casarte con tu ropa de ante.

Cuando su madre terminó de hablar, tenía una expresión de melancolía en los ojos y sonreía con tristeza. Al verla, Índigo comprendió que su madre la miraba por primera vez como a una mujer. Su rostro mostraba amor y orgullo. El momento solo duró un instante, pero Índigo supo que marcaba su transición a la madurez. Ese pensamiento hizo que se sintiera sola, tremendamente sola.

Índigo llegó a la tienda con rapidez y compró la vainilla. La guardó en el cinturón de sus pantalones y corrió después hasta el extremo norte del pueblo para poder ir rodeando los edificios. Había un roble retorcido en la esquina izquierda del Lucky Nugget. Trepó por él y llegó al techo. Después se acercó a la ventana de Franny. Tras arañar el cristal, se acurrucó detrás de la contraventana para que no la viesen desde la calle.

«Por favor, Franny; espero que estés disponible.»

Oyó que se abría la ventana. La cabeza rubia de Franny asomó por ella.

—¡Índigo! No te esperaba hasta mañana.

Índigo se apoyó en el marco y se coló en la habitación.

—Estoy desesperada, Franny. Necesito hablar contigo.

Los grandes ojos verdes de su amiga la miraron con preocupación.

—Dios mío, Índigo; ¿qué pasa?

Sin respiración después de la carrera, Índigo trató de recuperar el aliento.

—Por favor, prométeme que no me dirás que no me preocupe como hace mi madre, ¿de acuerdo?

—No suelo hacer promesas cuando no sé qué es lo que estoy prometiendo. — Después de considerarlo un momento, Franny asintió por fin—. Pero tú eres especial. Ahora dime qué sucede.

—Voy a casarme. —Hablando con rapidez, Índigo le contó todo lo que había pasado desde que vio a Franny por última vez. Cuando por fin hubo concluido, dijo —: Esta noche es la noche de bodas, Franny. No le diría esto a nadie salvo a ti. Estoy muerta de miedo.

—Ay, señor...

La compasión que Índigo leyó en los ojos de Franny confirmó sus peores

temores. Las noches de bodas eran horribles. En lo más profundo de su ser, había esperado que Franny le dijese que el acto sexual no era tan malo.

—Apenas le conozco —balbució Índigo—. ¿Cómo voy a soportar...? Bueno, ya sabes. Tú eres la única persona a quien puedo preguntar.

Franny torció la boca.

—¿Porque no soy una señora?

Índigo no había pretendido herir a Franny.

—¡Ay, Franny, no! Tú eres mi amiga. Pensé que, si había una experta en soportar esto, tenías que ser tú. Tiene que haber algún truco.

Franny frunció el entrecejo y se mordió los labios. Finalmente, sonrió.

—Tienes razón. Soy tu amiga, y también soy una experta en soportarlo, porque tengo un truco que, conmigo al menos, funciona. —Condujo a Índigo hasta la cama y le mostró un sitio donde sentarse—. Siéntate y quita esa horrible expresión de tu cara. No es una situación agradable, pero hacerlo no te matará.

—Me mataría yo misma si creyese que iba a funcionar.

—Yo también lo he deseado algunas veces para mí.

Franny se colocó los bordes de su chal rosa, se estiró el fajín y se recostó en el borde del colchón. Viéndola así, a Índigo le costaba creer que hiciese lo que hacía para ganarse la vida. Tenía un rostro increíblemente dulce que hacía que su cuerpo pareciese el de un ángel. Su pelo rubio completaba esa ilusión, con una trenza en forma de corona que le brillaba en lo alto de la cabeza como si fuera un halo. Con diecisiete años, era dos años más joven que Índigo, y sus grandes ojos verdes mostraban una inocencia exenta de artificios. No pertenecía a un lugar como ese.

Por unos segundos, Franny se quedó mirando al techo. Tenía una expresión de honda tristeza en el rostro. Al fin, dijo:

—¿Que cómo lo soporto? Dios mío, Índigo; cuando haces una pregunta, suele ser una muy difícil de contestar. —Bajó la barbilla—. ¿Alguna vez imaginas escenas en tu mente y entras en ellas?

—Algunas veces, cuando me aburro, aunque no suele ser muy a menudo.

Franny sonrió.

—Lo importante es que sepas cómo hacerlo. Yo aprendí hace mucho tiempo que una mujer puede pasar por casi todo si sabe salir de sí misma y entrar en una bonita escena. Se necesita un poco de práctica, pero se puede llegar a hacer tan bien que ni siquiera sabes lo que está sucediendo.

—¿De verdad?

Franny entornó los ojos.

—¿Cómo crees si no que podría vivir haciendo lo que hago? No creerás que me gusta, ¿verdad?

—No, pero ¿escenas? No parece una solución muy segura.

—Pues lo es. —Hizo un gesto hacia la puerta—. Con la primera llamada de la noche a esa puerta, mi parte racional me abandona. —Se encogió de hombros—. Voy

y me siento en un arroyo cristalino en algún lugar y escucho el canto de los pájaros. O me transporto a un gran campo de margaritas que se mueven con la brisa, y me tumbo allí de espaldas para ver las nubes en el cielo.

Una sonrisa soñadora apareció en su boca.

—Es como estar en el cielo. Y los hombres que me visitan se vuelven borrosos. El mismo tipo podría venir cinco veces en una noche y yo no me daría cuenta. No veo sus caras, no oigo sus nombres, y no siento nada.

—¿Nada?

La sonrisa de Franny se desvaneció de repente.

—Salvo dos veces, que no es una mala media. Y eso no te pasará a ti.

—¿Qué no me pasará?

Apretó la boca.

—En este tipo de trabajo, muy de vez en cuando, me encuentro con hombres malos.

A Índigo se le encogió el corazón.

—¿Y si Jake es malo?

Franny rio.

—¡Vendrá al Lucky Nugget, Dios no lo quiera! ¡Relájate, Índigo! Si cooperas con Jake y haces lo que te pide, ¿por qué iba a portarse mal contigo? Solo tienes que tumbarte en un campo de margaritas y terminará antes de que te des cuenta.

Índigo se atragantó.

—Dime la verdad, ¿duele?

—La primera vez. Después, no.

—¿Cuánto?

Franny suspiró.

—Depende. Si tu marido es cuidadoso, no será tan malo.

—¿Y si no lo es?

Los ojos de Franny se oscurecieron. Índigo supo entonces que su primer hombre no había tenido cuidado y le había hecho mucho daño. Saber eso le hizo olvidar sus propios miedos un momento y, cuando volvió a pensar en ello, ya no le parecieron tan importantes. Pero podía entender cómo debía sentirse Franny.

Franny se humedeció los labios y trató de evitar la mirada de Índigo.

—Incluso aunque el hombre sea malo, no duele tanto, Índigo. No más que cuando te clavabas una espina en el dedo.

Índigo sabía que Franny estaba mintiendo para tranquilizarla. Con voz temblorosa, le dijo:

—Te quiero, Franny.

Franny resplandeció.

—¿De verdad?

—Nunca he tenido una hermana. Creo que tú eres lo más cercano a una hermana que he tenido nunca. Gracias por hablar conmigo.

Con las mejillas aún sonrojadas, Franny sonrió y le dijo:

—¿Y para qué sirve una hermana si no es para hablar?

Deseando poder quedarse más rato, Índigo miró nerviosa el reloj que había en la mesilla.

—Creo que es mejor que me vaya antes de que mi madre me saque a rastras y me cuelgue de un poste.

Franny asintió.

—Anímate, ¿de acuerdo? La próxima vez que te vea esto habrá pasado y nos iremos juntas de esta conversación.

—Eso espero.

Franny se levantó de la cama.

—Piensa en todas las mujeres que han pasado por esto antes que tú. Todas hemos sobrevivido. Tú también lo harás.

Cuando Índigo iba a empezar a trepar por la ventana, se detuvo y se volvió para dar a su amiga un rápido abrazo antes de salir al tejado. Franny tiró del riel inferior de la ventana de guillotina para cerrarla.

—Ten cuidado, no vayas a resbalar.

—En este momento, no me importaría romperme el cuello.

Franny se rio.

—Recuerda, piensa en las margaritas.

Mientras bajaba por el árbol, dio gracias a Dios por haberle enviado a una amiga tan buena. Franny, la mujer de mala vida. Una vez más, Índigo se preguntó qué era lo que había llevado a aquella chica a vivir de la prostitución. Franny nunca se lo había dicho, e Índigo respetaba su silencio, pero eso no hacía que sintiera menos curiosidad.

Una cosa tenía clara. Si Franny podía sobrevivir a lo que hacía, noche tras noche, pensando en margaritas, ese método debía ayudarle a superar esa primera noche con Jake.

Cuando Jake llegó a Tierra de Lobos, estaba cansado y ronco. Lo primero, porque había cabalgado treinta y dos kilómetros y, lo segundo, porque el padre O'Grady estaba sordo y adoraba conversar. Cuando Jake abrió la puerta principal de los Lobo y anunció que estaba de vuelta, olvidó ajustar el volumen y gritó con tanta fuerza que Índigo se quedó sorprendida. No necesitó ninguna explicación. Cuando el párroco siguió a Jake al interior de la casa y empezó a gritar «Hola» y «¿Qué pasa?», estuvo claro por qué Jake tenía la voz ronca. En unos segundos, todos los demás lo estarían también.

En cuanto Jake preguntó a Loretta cómo había ido la visita al *sheriff* y supo que Brandon Marshall había sido interrogado, pudo relajarse un poco. En el momento en que lo hizo, descubrió que no podía apartar la mirada de Índigo. Llevaba una falda

blanca de piel y una blusa que hacía juego con sus botines, todo adornado con abalorios. Llevaba el pelo suelto, una melena leonada y sedosa que le llegaba por debajo de la cintura. Era la mujer más encantadora que hubiese visto nunca. Y era también la más pálida. Su piel había emblanquecido tanto que no estaba seguro de saber dónde terminaba el vestido y dónde empezaba ella.

Jake no pudo evitar pensar en la noche que le esperaba. Tampoco podía ignorar el temor que leía en sus gigantescos ojos. Ella parecía casi huraña, lo que no se ajustaba a la imagen de mujer valiente que tenía de ella. Deseó no haber tenido que acabar su charla en el granero de forma tan precipitada. Tenía que ser muy difícil para ella verse obligada a casarse con un extraño. Lo menos que debía haber hecho era aliviarle un poco su nerviosismo. ¡Como si pudiese! Él tenía también bastante de qué preocuparse. Cásate demasiado pronto y te arrepentirás demasiado tarde, decía el proverbio.

Después de abrazar y bendecir tanto a Loretta como a Índigo, el padre O'Grady se fue al dormitorio. Con su acento musical irlandés, bramó:

—Pero hombre, Cazador, ¿por qué siempre que te veo estás tirado en el suelo como un perro?

Sin tener claro si quería enfrentarse a Índigo tan pronto, Jake fue a la puerta del dormitorio y apoyó un hombro sobre la jamba. Le maravillaba ver lo tranquilo que parecía el párroco en la casa de los Lobo, como si fuera un familiar de visita.

—Buenas noches, padre. —Cazador cerró los ojos cuando el párroco le bendijo—. Me alegro de verle.

—¿Qué te ha pasado?

Cazador levantó la voz y repitió lo que había dicho.

—Sobre todo en esta ocasión especial, ¿eh? —El párroco se sentó en la mecedora—. ¡Ay, cómo me duelen mis viejos huesos! —Miró a Jake—. Te llevas un buen yerno. —El hombre se balanceó hacia delante y guiñó el ojo a Cazador. Levantando el dedo pulgar y el índice de la mano, añadió—: Salvo por un detalle, que es metodista.

El cura dijo «metodista» como si hubiese dicho «la lepra», pero Jake se lo tomó como una broma y soltó una carcajada. O'Grady se echó hacia atrás y puso la silla en movimiento con un empujón de sus regordetas piernas.

Después de asegurarse de que las mujeres no estaban cerca de la puerta, el párroco susurró:

—¿Sabéis aquel de la monja que preguntó a todos sus retoños que qué querían ser de mayores?

Cazador sonrió y miró a Jake. El susurro del padre era casi tan fuerte como si hablara en un volumen normal.

—No, padre, yo no —contestó, igual de alto.

—Al preguntárselo, una de las pequeñas dijo que quería ser prostituta. La monja gimió y gritó. «¿Qué has dicho?» La pequeña volvió a repetirlo. —El párroco empezó

a reírse tan fuerte que Jake dudó de que pudiera alguna vez terminar el chiste—. Cuando la monja entendió por fin lo que la niña decía, suspiró de alivio y dijo: «¡Alabado sea Dios! ¡Creí que habías dicho protestante!»

Jake se rio. Cazador, sin embargo, no lo hizo. Miró al cura con total solemnidad y le preguntó:

—¿Qué es un protestante? —La expresión contrariada del padre O’Grady le pareció a Jake más divertida que el chiste en sí, y se rio con más fuerza.

—Cazador, hombre de Dios, contigo a veces hay que tener más paciencia que un santo. Para que lo entiendas: un protestante es un «no católico».

—¿Y por qué no le llamáis «no católico»? —preguntó Cazador.

El padre agitó la mano.

—Porque eso arruinaría el chiste. —Y miró a Jake—. Espero que hayas entendido el trasfondo del chiste mejor de lo que él ha entendido el chiste en sí.

Jake sonrió.

—Le dije que estudiaría la fe y que consideraría la opción de convertirme.

El padre asintió.

—Me parece justo. Un matrimonio mixto no es el estado ideal, y mucho menos con todas esas creencias indias que esa chica tiene en la cabeza. Vaya, que una pareja necesita un poco de suelo común en el que pisar.

Jake asintió. Se frotó el mentón.

—Si me perdona, padre. Creo que iré a arreglarme un poco.

El párroco le dijo adiós con la mano y se volvió para preguntar a voz en grito a Cazador sobre la situación de las minas.

Jake se lavó, se afeitó y se cambió de ropa en tiempo récord, contento de que nadie en esa casa vistiera de modo formal. Para mantener su identidad de minero, Jake solo había traído en las alforjas vaqueros y camisas de trabajo.

Después bajó y se acercó a Índigo en la mesa, donde intentaba hacer el glaseado del bizcocho. Lo miró con recelo. Una vez más, Jake se quedó perplejo. ¿Era esa la chica valiente que se había enfrentado a un peligroso pozo minero?

—¿Puedes dejar que tu madre termine de hacer esto? —preguntó—. Me gustaría hablar contigo unos minutos antes de la ceremonia.

Loretta lo oyó y se acercó para terminar la tarta.

—No te entretengas mucho, Índigo. El padre O’Grady querrá confesarte.

Jake aseguró a Loretta que volverían pronto, y después guio a Índigo a la puerta principal. Una vez en el porche, la condujo a la barandilla y, antes de que ella pudiese averiguar sus planes, la levantó para sentarla en ella. Sujetándola con los brazos para que no cayera, se inclinó hacia ella hasta que sus rostros estuvieron a solo unos centímetros de distancia.

—Creo que tenemos que hablar.

Ella se echó hacia atrás y casi perdió el equilibrio. Jake la cogió de la cintura con fuerza para evitar que cayese. Índigo gimió y le puso las manos sobre los hombros.

—Índigo —empezó—, sobre esta noche...

No pudo decir nada más. El padre O'Grady abrió la puerta y dijo:

—Vamos, vamos, ya habrá tiempo suficiente para eso después, hombre. Este es momento para confesiones y votos nupciales.

—Solo un minuto, padre —respondió Jake.

—No tengo un minuto. —El cura agitó las manos con impaciencia—. No me extraña que hayas arruinado la reputación de esta muchacha. Mírate, pelando la pava en el porche, para que todos os vean. En mis tiempos, los muchachos eran más listos.

Jake se tragó la indignación.

—Me gustaría hablar con ella. Después, será toda suya.

—Ya hablarás con ella después, joven —dijo el cura, guiñándole el ojo.

Derrotado, Jake se apartó. Índigo bajó de la barandilla de un salto y corrió a meterse en la casa.

Desde ese momento, Índigo se sintió como si todo sucediese a una velocidad vertiginosa. El padre O'Grady oyó su confesión. Después se quedó con ella y Jake a los pies de la cama de su padre y celebró la ceremonia. Antes de que supiera con certeza lo que estaba ocurriendo, el párroco los declaró marido y mujer.

—Ahora, es toda suya —dijo el padre O'Grady con una amplia sonrisa—. Puedes besar a la novia y hacer manitas con ella en el porche todo lo que quieras.

Índigo miró a su marido. Cuando inclinó su oscura cabeza, ella contuvo la respiración, recordando los besos de Brandon aquel aciago día en el que tuvo que morderle. Jake la sorprendió cuando le cogió la cara entre sus manos, suavemente, y apenas le rozó la boca con la suya. Cuando levantó la cabeza, estaba parpadeando. Se quedó pensando que tenía que haber más.

Como si adivinase sus pensamientos, Jake sonrió, le cogió la mano y la apretó entre las suyas.

—Estás helada.

También estaba pegajosa. Trató de librarse de él, pero él le tiró de la mano y la acercó a la mesilla para que firmasen los documentos en presencia de sus padres. La pluma goteó tinta e hizo un borrón cuando ella apretó la punta contra el papel. Empezó a temblar ante la magnitud de lo que iba a hacer. Por un instante, no pudo recordar cómo se escribía su nombre.

Jake le puso una mano en la espalda. Por alguna razón, su contacto le dio ánimos. Firmó clavando la punta de la estilográfica demasiado fuerte en el papel y después se la pasó a él. Sus ojos se encontraron; los de él, cálidos y tranquilizadores; los de ella, llenos de temor. Jake se inclinó para firmar.

El padre O'Grady se frotó las manos.

—Ya es oficial. Estáis casados, a los ojos de Dios y del estado. Ahora podremos dar cuenta de esa deliciosa comida que las mujeres han preparado. —Cuando se

volvió hacia Loretta y vio las lágrimas que llenaban sus ojos, gritó—: Alégrate, mujer. No has perdido una hija, has ganado un hijo. Uno de los buenos, además, salvo por ese pequeño defecto que tiene siendo..., bueno, vamos a dejarlo. No quiero que me acusen de ser un viejo dogmático.

Jake soltó la pluma y colocó una mano en el hombro de Índigo, cálida y cuidadosamente. Estaba hecho. Ella le pertenecía.

Índigo sintió fuego en la garganta. Se había convertido en aquello que más aborrecía, en la india de un hombre blanco. Si quería, él gobernaría hasta la manera en la que respiraba.

Como si notase su miedo, Jake la miró, sin dejar de tocarle el hombro.

—Todo irá bien —le dijo con voz grave—. Deja que sea yo el que me preocupe. Disfruta de la noche.

¿Disfrutar de la noche? Era fácil decirlo. Con esa torre muscular amenazándola, solo podía tener una cosa en la cabeza: el final de la noche.

Capítulo 10

El aire era frío y húmedo cuando salieron a la calle, ya de noche. Colgándose las alforjas del hombro derecho, Jake cogió a Índigo por el brazo y se situó entre ella y la calle mientras caminaban hacia el otro lado del pueblo, en dirección norte, que era donde estaba la casa de su tía Amy. Índigo sentía la calidez de su mano a través de la manga de ante, y la firmeza de sus dedos sobre su piel, fuertes pero delicados.

Cuando levantó la vista para mirarle, sintió que le faltaba el aire. Estaba tan atemorizada que creyó verlo más alto que antes, como una sólida pared capaz de caer sobre ella en cualquier momento. El golpeteo decisivo y limpio de sus botas en el asfalto le pareció indicativo de su ánimo, como si se hubiese asignado a sí mismo una tarea y estuviera decidido a llevarla a cabo sin retraso.

Índigo miró a las ventanas del piso superior del Lucky Nugget. Tenía que poner en práctica el truco de Franny antes de que el momento llegase. Con toda la fuerza de voluntad que pudo encontrar, trató de olvidar la presencia de Jake Rand y concentrarse. Las margaritas se negaban a aparecer en su mente. En vez de eso, se vio inmersa en recuerdos de *Lobo*, en los momentos que habían pasado juntos en la montaña.

Lobo. Había estado tan preocupada que apenas había pensado en él. Sintió un nudo en la garganta, y perdió la línea de sus pensamientos. Si no hubiese sido porque Jake caminaba junto a ella, hubiese llorado por todo lo que había perdido, especialmente la libertad. Sus días de aventuras por las montañas tal vez habían terminado. Dependería de lo que decidiese su marido.

Jake suspiró y volvió a colocarse las alforjas en el hombro. Por un instante, su pensamiento viajó hasta Emily. Debería escribirle una carta cuanto antes. El problema era encontrar un momento privado para hacerlo. No podía arriesgarse a que Índigo viese la carta y descubriese quién era. Y el asunto era comprometido. No le gustaba tener secretos con ella.

Por el momento, sin embargo, tenía otras preocupaciones más acuciantes. La mirada distante que veía en sus ojos le preocupaba. Al llevarla de la mano, podía sentir su tensión. De camino a la casa que sería de forma momentánea su hogar, trató de encontrar algo que decir para relajar el ambiente. Pero no se le ocurrió nada.

Si al menos se conociesen un poco mejor... Podría entender más fácilmente qué era lo que estaba pensando. ¿Qué sentía una joven en la noche de bodas? ¿Querría hablar un rato? ¿Debería cogerla de la mano, besarla? ¿O eso empeoraría las cosas? A juzgar por la expresión de su cara, se enfrentaba a la consumación del matrimonio con el mismo entusiasmo con el que iba a sacarse una muela.

Por un momento, pensó que podría darle un poco de tiempo antes de ejercer sus derechos conyugales. Pero al instante rechazó la idea. Como mucho, estaría dispuesto

a esperar unos cuantos días, y no creía que su actitud fuese a cambiar mucho en tan poco tiempo. Puesto que no tenía intención de vivir como un monje, no tenía sentido posponer lo inevitable.

Ya había tenido bastantes problemas casándose con ella. No quería añadir la frustración sexual a la lista. Como había dicho el padre O'Grady con sabiduría, una pareja necesita pisar suelo común. ¿Qué mejor lugar que el lecho conyugal?

Con los ojos puestos en Índigo, recordó la primera noche que la había abrazado, lo bien que se había sentido, como si el cuerpo de ella hubiese sido hecho para el suyo. Sintió que había fuegos que apagar en su interior. Solo tenía que encontrar la forma de relajarla el tiempo suficiente como para excitarla. Al pensarlo, se le hizo un nudo en las entrañas.

Al subir al porche, creyó oír los latidos de su corazón. ¿Qué diablos pensaba que iba a hacer con ella? Antes de abrir la puerta, se volvió para mirarla. Un agudo olor a pino llenó el aire húmedo de la noche.

—Intenta relajarte, Índigo. Todo va a salir bien.

Su pequeña cara brilló como un óvalo blanco a la débil luz de la luna. Lo miró, asustada. Jake se detuvo para estudiarla un momento, sin poder quitarse de la cabeza la idea de que había algo en ella que se le escapaba. ¿Era esa la misma joven que había intentado dirigir a un grupo de hombres maduros? ¿La misma chica que había sustituido a su padre y hecho un excelente trabajo ocupándose de sus responsabilidades?

Abrió la puerta y se echó a un lado para que pudiera entrar. Ella cruzó el umbral y se detuvo, escudriñando la oscuridad que se cernía ante ella. Jake la instó a que avanzase y cerró la puerta detrás de él. Sabiendo que su rígido cuerpo estaba solo a unos centímetros del suyo, Jake esperó a que sus ojos se acostumbrasen a la oscuridad y luego caminó hacia una mesa redonda, en la que había una lámpara. Puso las alforjas en el suelo y buscó en ellas la caja de cerillas. Unos minutos después, la lámpara siseó y se encendió entre parpadeos; su luz dibujaba sombras sobre las paredes.

Frotándose las manos, Jake miró a su alrededor para familiarizarse con la casa y dijo:

—Hace frío aquí.

—He preparado la chimenea —contestó ella con voz temblorosa.

Jake se volvió hacia el hogar.

—Qué bien. —Llevó las cerillas con él y se acurrucó para encender el fuego. Las llamas saltaron y se elevaron en la chimenea. Él cogió el atizador y colocó los troncos.

—Bueno, ya está. —Era consciente de que estaba diciendo obviedades. La conversación nunca había sido su fuerte. Poniéndose de pie, se volvió hacia ella.

—Estará caliente en un minuto.

Jake cogió la lámpara y la dejó sola en la habitación mientras daba una vuelta

rápida a la pequeña casa. No tenía nada que ver con su casa de Portland. Cuando volvió al salón, colocó otra vez la lámpara en la mesa y se acercó al fuego.

Índigo no sabía si era la luz del fuego, las sombras que proyectaba la lámpara, o la combinación de ambas cosas, pero lo cierto es que él parecía más imponente conforme pasaba el tiempo. El ámbar de las llamas parpadeaba en su cara y le daba a sus facciones un aire siniestro. El cabello, bien peinado, le brillaba como si fuera ébano pulido.

Al ver que le miraba, sonrió.

—Ven aquí, Índigo.

Ella levantó los hombros y alzó la barbilla.

Su sonrisa se hizo mayor.

—Vamos. Aquí estarás más caliente.

Los pies le pesaban una tonelada. Se movió hacia él, por miedo a desobedecerle. Cuando estuvo cerca de la chimenea, él apoyó el hombro en la repisa y la miró fijamente. La hacía sentir como si estuviese tratando de resolver algún problema de aritmética con todo su empeño. El aire le pareció, de repente, tan escaso que le costó respirar.

—Más cerca. Ahí tampoco te da el calor.

Ella dio dos pasos más. No era fácil traducir el brillo que veía en sus ojos. Lo quisiese o no, planeaba poseerla. Desde la primera vez que lo vio, supo que era un hombre de fuerte voluntad, el tipo de persona capaz de conseguir todo lo que se propusiese. Ahora, su objetivo era acostarse con ella. No hacía falta decir cuál sería el final de todo eso. Índigo no pudo evitar pensar en lo fácil que le había resultado deshacerse de Brandon.

Brandon.

Tenía cubierto el cuerpo de una fina capa de sudor frío. Las imágenes del pasado pasaron por su cabeza. Imágenes de aquella tarde en la que Brandon y sus amigos la habían atacado. Como era una india insignificante y tenía el cabello de color leonado y los ojos azules, habían pensado que era un trofeo.

Al ver ahora el semblante de Jake Rand, no pudo evitar preguntarse si no tendría él también ese lado oscuro. Bajo todas esas capas de educación, ¿guardaba instintos perversos que nunca revelaba a los demás? Aunque le pareciese increíble, sabía que algunos hombres enmascaraban bien sus más bajos instintos con buenas palabras y modales exquisitos.

—¿Te llega el calor? —preguntó él—. Puedes acercarte más si quieres. No muerdo tan fuerte.

Dignidad. Su padre había hecho que sonase fácil, aunque no lo fuera.

—En... en realidad, no tengo frío.

Con una voz cargada de indulgencia, dijo:

—¿De verdad? ¿Entonces por qué tiembles?

—¿Estoy temblando? —Se cogió las manos y se clavó las uñas en la piel. El

dolor le dio algo en lo que concentrarse—. Tal vez tenga un poco de frío.

Los ojos de él, cálidos y chispeantes a la luz del fuego, hurgaron en los de ella. Índigo trató de ver a través de ellos, pero era como si hubiese corrido una cortina para que no pudiera ahondar. ¿Por qué iba a hacer eso si no tuviese nada que ocultar? Su miedo se hizo aún mayor.

Después de un largo y tortuoso momento, él levantó una mano y le tocó el cabello. Su caricia fue ligera e increíblemente tierna. Hundió sus largos dedos en los mechones de su pelo y le cogió la nuca para que mirara hacia él.

—Índigo, ¿tienes miedo?

—¿De... de qué?

Jake estuvo a punto de echarse a reír. Era evidente que estaba asustada. Era también obvio que su orgullo le impedía reconocerlo. Aunque sus temores eran infundados, podía ver que para ella eran importantes, y tuvo que admirar su sangre fría. Nada de lágrimas para conseguir un aplazamiento. Nada de súplicas. Su mujer estaba allí ante él, decidida a aceptar su sino. Como si fuera una Juana de Arco, pensó, algo que le hizo sentir bastante incómodo. Al fin y al cabo, él no era su verdugo.

Esa muestra de bravuconería tuvo el efecto perverso de enfatizar su corta estatura. Nunca había conocido a nadie tan dispuesto a mantener la cabeza erguida cuando tenía tan pocas armas con las que defenderse. ¿Por qué seguía allí de pie, con la cabeza orgullosamente alta, negándose a dejar que su mirada flaquease?

La compasión que sintió por ella no disminuyó su deseo en lo más mínimo. Desde que la vio por primera vez, la había deseado. Ahora era suya. Era un sentimiento embriagador. Todo lo que tenía que hacer era cogerla en brazos y llevarla a la cama. Por muy poco entusiasmo que mostrase, estaba seguro de que no se negaría, lo que facilitaría mucho las cosas. Con un poco de amabilidad y paciencia, podría hacer que se relajase, y entonces...

El pulso se le aceleró al pensar en la manera en la que le quitaría la ropa como si fuese una fruta deliciosa a la que había que pelar. Índigo... una curiosa combinación de inocencia y sensualidad, de temor e intrépido coraje.

Jake no quería prolongar más su agonía. Le agarró la nuca con fuerza y se inclinó hacia ella. Su olor, mezcla de rosas y piel recién lavada, le intoxicó. Bajó la cabeza y rozó sus labios con los de ella. Tanta perfección... y toda para él. ¿Cómo había podido dudar en pedirle matrimonio?

A Índigo le costaba trabajo respirar. Un escalofrío le recorrió el cuerpo y cerró los puños cogiéndose a su camisa como si de esta forma pudiese mantenerse erguida. Jake se abrió camino y encontró la aterciopelada pendiente de su garganta con los labios. Cerró los ojos y saboreó esa piel que se le resistía. Su imaginación había sido injusta, era mucho más dulce de lo que había soñado. Sintió una descarga eléctrica que le atravesó el cuerpo de pies a cabeza. Sin querer pensar en nada más, deslizó el otro brazo alrededor de ella.

Índigo se curvó como un junco, tan tensa que temió que fuera a romperse si la rodeaba con más fuerza. No podía oír su respiración. Pero sí su corazón: un zumbido que hablaba con elocuencia del terror que sentía. Jake se quedó helado. Su estado superaba con mucho el nerviosismo de una recién casada. Tampoco es que fuese un experto en vírgenes. Quizás todas las mujeres reaccionaban de esa manera cuando se enfrentaban a su primera experiencia con un hombre.

Le puso la mano en la espalda, sintiéndose culpable cuando notó el pulso acelerado bajo sus dedos.

—Índigo... —Sin saber muy bien lo que iba a decir, o lo que podía decir, se limitó a abrazarla.

—¿Qu... qué?

Jake sufrió el temblor en su voz como si fuera suyo. ¡Maldito orgullo comanche! Si estaba tan asustada, ¿por qué no lo decía? No por eso iba a tenerla en peor estima. ¿Era esa una secuela de su experiencia con Brandon Marshall y sus amigos? ¿Qué le habían hecho esos malditos bastardos?

De repente, se irguió. Índigo perdió el equilibrio y cayó sobre él, sin soltarle la camisa. Jake le cogió la cara entre las manos.

—Índigo... —Rozándole las mejillas con los dedos, dijo—: Cariño, no voy a hacerte daño. —Fue terminar de decirlo y darse cuenta de que no era cierto. Le haría daño la primera vez—. Al menos no más de lo que pueda evitar.

Hizo una mueca al oírse. ¿Por qué siempre que quería decir algo terminaba haciéndose un lío y empeorando las cosas? Ella no dijo nada, pero tampoco era necesario. El pánico que vio en sus ojos azules hizo que quisiera darse cabezazos contra la pared.

Jake respiró hondo y dijo:

—¿Quieres que hablemos un rato?

Ella parpadeó.

—¿Hablar?

Jake casi sonrió al ver la expresión incrédula en su rostro.

—Sí, hablar. No hemos tenido mucho tiempo para hacerlo.

—Está bien. ¿Sobre qué?

—Esto... —La apartó de él y después hizo que se incorporara hasta que recuperó el equilibrio—. ¿El tiempo?

Ella le recompensó con una risita aguda que sonó más histérica que divertida.

Jake trató de pensar con rapidez. Tenía que haber cientos de temas de los que pudieran hablar. Ese era el problema, ¿no? Apenas se conocían. No se le ocurría nada. Además, con la amenaza del dormitorio a solo unos metros de distancia, dudaba de que ella pudiera concentrarse en un tema de conversación.

—Supongo que tu tía Amy no tendrá por aquí ningún juego, ¿verdad?

—¿Ju... juego?

—Una baraja de cartas, dados. —Recolocó un tronco en la chimenea con la punta

de la bota y después miró hacia arriba—. En realidad, no estoy aún listo para ir a la cama. ¿Y tú?

El alivio que vio en su cara casi le hizo sonreír de nuevo. Esto podía ser un error fatal. Ella podría pensar que se estaba riendo de ella, y eso era lo último que quería que pensase.

—¡N... no! No estoy en absoluto cansada. —Casi pudo ver cómo trataba de guardar la compostura—. ¿Un juego? —Sus ojos brillaron—. ¿Qué tal las damas?

Jake no había jugado en años, y nunca había disfrutado particularmente con el juego.

—Tráelo.

Ella casi tropezó con sus propios pies en su predisposición para ir a buscarlo. Jake trajo dos sillas de la cocina y las puso junto a la mesa. Cuando ella salió del vestíbulo con el tablero, él apartó la lámpara para hacer sitio. Sentándose a horcajadas, observó a Índigo mientras preparaba el tablero.

—¿Qué prefieres, rojas o negras? —preguntó.

—Rojas. —Como su pasión no correspondida.

Ella se sentó en el borde de la silla y colocó las fichas con cuidado. Le temblaban las manos. Jake no pudo por menos que sentir una profunda ternura al verla.

—Tú mueves primero —ofreció ella.

Él sacó una ficha roja, decidido, como si le fuera la vida en ello, a concentrarse en el juego. Treinta minutos más tarde, ella le había dado una soberana paliza. Cuando le comió la última pieza, levantó sus grandes ojos azules y le dijo con voz optimista:

—¿El mejor de tres?

Reprimiendo una carcajada, él respondió:

—¿Y si apostamos algo? ¿Eso haría más interesante el juego?

—No tengo dinero.

—Hay otras cosas que pueden apostarse. —Estaba pensando en cosas como que el perdedor pagase con un beso, pero, cuando vio el nerviosismo en su cara, dijo—: El ganador tendrá café en la cama por las mañanas durante una semana.

—Yo no bebo café.

—Chocolate caliente para ti, y café para mí.

—Acepto.

Jake se resignó a la larga noche que tenían por delante. Ella estaba tan nerviosa como un ratón en una jaula de gatos, lo que no ayudaba a entablar conversación. Para encontrar mayor interés en el juego, ideó que la persona que perdiese tendría que pagar con una prenda, la que el ganador quisiera.

Después de pensarlo unos minutos, decidió que él elegiría su blusa. Recordó aquel primer encuentro y lo que había visto bajo el ante mojado. No le había costado mucho imaginarla desnuda de cintura para arriba. Su destreza con las damas dio un vuelco excepcional, y ganó los dos juegos siguientes.

Cuando ejecutó su último golpe mortal y miró a través del tablero a su oponente,

comprendió por qué había ganado tan fácilmente. Índigo se caía de cansancio, los ojos azules empañados, sus sedosas pestañas caídas en una imposible batalla por mantenerse despierta.

—Será mejor que demos la noche por concluida —dijo él.

Ella abrió los ojos de repente y se puso erguida. No hubiese obtenido una respuesta más rápida si la hubiese pinchado con un alfiler.

—Una partida más, ¿de acuerdo? Merezco una oportunidad.

Contra toda lógica, Jake accedió. En el fondo, le movía su egoísmo. Quizá, si seguían jugando, estaría tan cansada cuando la llevase a la cama que no tendría energías para asustarse.

No tuvo tanta suerte. Al final de la cuarta partida, que ganó otra vez, solo tuvo que mirar la rapidez del pulso en su garganta para saber que sus temores se habían reavivado. Sin embargo, él ya no podía más con las damas. Eso no podía durar toda la noche.

Empujó la silla para levantarse.

—¿Quieres unos minutos antes de que yo te siga? —preguntó, haciendo un gesto hacia el dormitorio.

—¿Unos minutos para qué?

Él la miró. El asombro que vio en sus ojos era real. Aguantando la risa, respondió:

—Para prepararte antes de ir a la cama.

Miró al oscuro pasillo con cara de terror.

—Ah —se obligó a mirarle—, yo... Sí, si eres tan amable.

—¿Quieres llevarte la lámpara?

—No, está bien así.

Mientras ella caminaba hacia el dormitorio, Jake apoyó la cadera sobre la mesa y se cruzó de brazos. Ladeando la cabeza, escuchó. Oyó el sonido de un cajón al abrirse. Suspiró y se entretuvo en contar las planchas de madera que había en el suelo desde la pared hasta la alfombra del salón.

Cuando pensó que había pasado tiempo suficiente, apagó la lámpara y guiándose por la desvanecida luz, se encaminó hacia el dormitorio. Lo primero que notó al llegar a la puerta fue el olor a vainilla. Índigo le esperaba de pie delante de la ventana abierta, cubierta solo con un camisón de franela que le llegaba hasta los pies. Se abrazaba como si tuviese frío. Parecía tan joven e indefensa... Él se dirigió lentamente hacia ella.

Al ponerle las manos en los hombros y notar su rigidez, abandonó toda esperanza de hacer el amor con ella. Podía ser muchas cosas, pero no un maldito insensible. La atrajo hacia su pecho y se inclinó para verle la cara. Tenía una expresión contraída en la frente, como si estuviese buscando algo o a alguien en la oscuridad. Él siguió su mirada y escudriñó las sombras del exterior. Se acercaba una tormenta. Unas nubes negras cubrían el cielo. El viento golpeaba la casa y silbaba suavemente contra los

aleros.

Resignado, Jake la condujo amablemente a la cama. Ella temblaba, aunque Jake no podía saber si era de frío o de miedo. Miró una vez más hacia la puerta abierta y pensó en cerrarla. Entonces recordó su costumbre de dejar la ventana de la habitación abierta para *Lobo*. A pesar del frío, no tuvo el coraje de cerrarla.

Tirando hacia atrás de las sábanas, rozó a Índigo con el codo. Ella se metió entre las sábanas con visible apatía. Jake divisó un pedazo de gasa y comprendió que ella llevaba los pololos debajo del camisón. Seguro que llevaba también combinación. Su mujer, la mujer fatal.

Se desabrochó la camisa, consciente de que ella le observaba en cada movimiento que hacía, con sus dos ojos azul plateado, que brillaban como esferas a la luz de la luna. Se llevó la mano al cinturón. Ella se dio media vuelta para darle la espalda. Sentado en el borde de la cama, se desabrochó los cordones de las botas y tiró de ellas para quitárselas. Después, fueron los pantalones. Dudó y, por fin, decidió dejarse puestos los calzoncillos. No tenía ningún sentido asustarla con su desnudez cuando no iba a servirle para nada.

Tumbándose de costado, se cubrió con las sábanas y el cobertor y estudió su estrecha espalda. Seguía temblando. Se acercó a ella y le colocó una mano en la curva de la cadera. Al notarlo, ella dio un respingo.

—Tienes frío —le dijo.

—No... no, de verdad que no.

Jake notó un bulto en su lado de la cama. Se puso más del lado de ella para evitarlo.

—He dormido en mejores camas.

Él le pasó una mano por el estómago. Índigo no se movía. Jake dobló las rodillas y la atrajo hacia él, de forma que sus nalgas descansasen sobre sus muslos. El calor los envolvía ahora y, sin embargo, ella seguía temblando.

—No tienes que tener miedo, Índigo.

—No... no tengo miedo.

Tenía el pelo extendido por la almohada. Él puso su mejilla sobre ese manto sedoso. Dios, era una sensación tan maravillosa. Cerró los ojos y trató de que su cuerpo no reaccionase. Tener esas prietas nalgas contra él era una tortura. Con determinación, mantuvo la mano donde la tenía, incluso cuando esta buscaba la curva de su pecho. ¡Vaya manera tan absurda de comenzar un matrimonio!

Sin saber por qué, se acordó de Mary Beth. En ciertos aspectos, Índigo era un poco como ella. Jake trató de imaginar a su testaruda hermana en esa situación, casada contra su voluntad con un hombre al que apenas conocía. Si eso sucediese, Jake esperaba que el hombre fuese comprensivo y la tratase con dulzura. En su caso, ¿cómo no iba Jake a hacer lo mismo?

Índigo sintió que el brazo de Jake se relajaba y se volvía más pesado. Contuvo la respiración y escuchó el ritmo de su respiración alterada. ¿Estaba dormido? No podía tener tanta suerte.

Le había puesto la mano en el estómago y sus dedos le tocaban la parte baja del pecho. Incluso a través de una doble capa de gasa y franela, su calidez le quemaba. Estaba al borde del pánico, con miedo a que él se moviera.

Empezó a recordar momentos pasados y apretó los ojos para hacer que desaparecieran. Brandon, sus amigos, el horror que había sentido cuando los cinco saltaron sobre ella. No quería que nadie la tocara de ese modo otra vez.

Jake se revolvió, y el corazón le dio un brinco. Murmuró algo contra su pelo. Creyó que iba a asfixiarse, pero permaneció inmóvil, esperando a que él hiciera algo... aunque no estaba muy segura de qué. Recordó el consejo de Franny y trató con todas sus fuerzas de pensar en *Lobo* y en las margaritas. Las imágenes entraban y salían de su cabeza.

Pasaron algunos minutos. Entonces él empezó a roncar. Su fuerte respiración le revolvió el pelo y humedecía cálidamente su nuca. Se había quedado dormido, profundamente dormido. No podía creerlo. ¿Por qué? La pregunta le daba vueltas en la cabeza. Él tenía la intención de hacerla suya, lo había visto en sus ojos.

Miró fijamente la pared, convencida de que no sería capaz de descansar. Cuando vio que él no se movía ni trataba de tocarla, se relajó un poco. Empezaron a pesarle los párpados. Divagó un momento, casi sin darse cuenta, sin poder todavía confiar lo suficiente en él como para bajar la guardia.

En la oscuridad de la noche, Jake despertó al notar un dolor persistente en el costado. No tenía ni idea de dónde estaba. Poco a poco, empezó a tomar consciencia y recordó la cama de matrimonio. Identificó una calidez blanda contra su espalda: el cuerpo de una mujer. Asombrado, abrió los ojos. Un esbelto brazo le rodeaba la cintura. Escudriñó la oscuridad. Y luego sonrió.

Índigo... Dormido, le había dado la espalda. Ella había perdido todas sus inhibiciones y había apoyado la mejilla contra su omóplato, dejando caer su sedoso pelo sobre su piel.

El dolor que había interrumpido su sueño persistía. Recordó el bulto que había sentido bajo el colchón y comprendió que estaba tumbado sobre él. Trató de moverse, pero Índigo murmuró en sueños y le abrazó con más fuerza. Él volvió a sonreír e imaginó su expresión si despertase y viera lo cariñosa que se había vuelto.

Por más que le doliese poner fin a su abrazo, sabía que no podría dormir con ese bulto en la espalda. Quitándole el brazo, se liberó de ella y consiguió pasar el bulto a otro lado. ¡Maldición, era como si le estuviesen azuzando con un palo!

Jake salió silenciosamente de la cama y pasó la mano por debajo del colchón para ver si se había roto una parte de la cama. Sus dedos se toparon con una tabla sujeta por cuerdas. Después encontró algo grande, frío y rugoso. «¿Qué diablos...?» Tiró del objeto hacia fuera. ¿Una roca?

Contrariado, la puso en la mesilla, sacó la tabla hacia fuera y volvió a meterse en la cama. Como si hubiese echado de menos su calor, Índigo se acurrucó de nuevo junto a él. Jake, incapaz de resistirse a una mujer, la recibió con los brazos abiertos. Ella apoyó la cabeza en el hueco de su hombro y dobló una pierna sobre sus muslos. Incapaz de resistirse, Jake le tocó la cadera y el muslo, tiró de su camisón y le puso una mano en la rodilla. Pololos. Sonrió y volvió a quedarse dormido.

Capítulo 11

A la mañana siguiente, Jake se despertó con el olor a café. Trató de abrir los ojos cuando vio que Índigo estaba inclinada sobre él con una taza en la mano. Con una sonrisa llena de incertidumbre, le dijo:

—Nuestra apuesta, ¿te acuerdas?

Jake le dedicó una sonrisa adormecida y se incorporó sobre un codo para coger la taza. Mirándola por encima del borde, bebió lentamente, consciente, incluso a través de su vista adormecida, de que se alejaba rápido de él, como si temiese que fuera a cogerla. Pensó que le iba a gustar despertar viendo su dulce cara cada mañana. Incluso vestida con sus viejas ropas de ante, le parecía guapa. La prefería con el cabello suelto, pero sus delicadas facciones resultaban también encantadoras enmarcadas por la corona trenzada que se había hecho en lo alto de la cabeza.

—Debo de estar muerto —dijo con voz ronca. Echando un vistazo a la roca que había quitado de debajo de la cama, añadió—: No es fácil dormir con una piedra clavada en las costillas. Me pregunto por qué tus tíos tenían esto debajo del colchón.

Ella miró asombrada hacia la mesilla de noche. Con cuidado de no derramar la taza, Jake cogió la almohada de ella y la suya propia, les dio una sacudida y apoyó los hombros sobre ellas.

—Te levantas con las gallinas.

—Tenemos que ir a la mina. —Muy remilgada, le observaba sentada a los pies de la cama, a una distancia prudencial de él—. ¿Está a tu gusto?

Jake dio un sorbo.

—Es perfecto. —La observó un momento y se dejó embriagar por la mezcla de olores que llenaban la habitación: café, vainilla y rosas, una mezcla que le recordaban al hogar y a la chimenea—. Índigo, en cuanto a lo de que trabajes en la mina...

—¿Sí?

Jake reparó en el brillo de temor que había en sus ojos. Pasó la mano por la colcha y después miró por la ventana un momento. Hasta ayer, había sido la hija de Cazador Lobo, y su trabajo en la mina se había desarrollado bajo circunstancias totalmente diferentes a las de ahora. Sin embargo, ahora era su mujer.

Aun así, Índigo no era como las demás mujeres. Jake sabía lo mucho que le gustaba trabajar en la mina. Sabía también que era un privilegio que había llegado a dar como hecho. En los últimos días, todo su mundo se había puesto patas arriba. Además de perder a *Lobo*, se había visto obligada a casarse con un hombre mayor al que apenas conocía. ¿Cómo podía él obligarla a afrontar otro cambio radical?

Dejando a un lado sus propios sentimientos, Jake la miró y se obligó a sonreír.

—Nada.

El alivio en su cara fue inmediato. Jake deseó poder solucionar todos los

problemas que surgiesen entre ellos con tanta facilidad. Solo había tenido que abandonar sus propias convicciones.

Poniéndose en pie, Índigo hizo ademán de salir de la habitación, como si quisiese escapar antes de que él dijese algo más.

—El desayuno espera caliente en el hornillo. Te serviré y guardaré nuestro almuerzo en una bolsa mientras te vistes.

Unos minutos más tarde, Jake entró en la cocina. Índigo se apresuró a coger la cafetera del hornillo para llenarle otra vez la taza que sostenía en la mano. No estaba acostumbrado a un servicio tan solícito. Arqueó una ceja en señal de asombro y la observó mientras se apartaba. No era para quejarse. El café estaba delicioso, y él quería otra taza, pero había algo desesperado en su manera de complacerle.

Empezó a moverse hacia la mesa y, al oír el sonido de sus botas, ella le miró con desconfianza por encima del hombro. Con cuidado de no hacer movimientos bruscos, Jake colocó su humeante taza de café junto al plato. Apoyando la cadera en la mesa, se cruzó de brazos y la miró, sintiendo una vez más que la muchacha atemorizada que tenía ante él era una impostora.

Era evidente que estaba imaginándose una serie de horrores que él no tenía ninguna intención de cometer. Sacó su reloj de bolsillo y miró la hora. Eran casi las seis y media. Tenía todavía algo de tiempo. Se estiró lentamente y se acercó a ella, decidido a darle a probar algo de lo que sí tenía intención de hacer con ella.

Índigo sintió su cercanía antes de que él le pusiera las manos en los hombros. Con los dedos puestos aún en el asa de la cafetera, se volvió para mirarle y, entonces, deseó no haberlo hecho. El vaquero azul de su camisa llenaba todo su campo de visión. Al levantar la vista, encontró que él había inclinado su oscura cabeza de forma que su cara estaba a solo unos centímetros de la suya.

—¿Nos hemos deseado los buenos días? —preguntó con voz ronca.

No había forma de malinterpretar el brillo soñador y determinado de sus ojos negros. Sintió un pánico irracional que le quitó la respiración. El silencio de la casa la envolvió, recordándole que estaba a solas con él, inevitable y absolutamente sola. Y aunque no lo estuviese, nadie hubiese podido ayudarla, nadie lo hubiese ni siquiera intentado. Ella era su mujer. Él tenía derecho a hacer lo que quisiese, ante la ley y ante los ojos de Dios.

—Sí... sí, creo que tú... —Su cara se acercó aún más y entonces supo que iba a besarla. Posiblemente, algo más—. ¿Buenos días? —Hizo un intento esperanzado.

Con una sonrisa de complicidad, le cogió la barbilla.

—Esa no es forma de desear buenos días a tu marido.

—¿Ah, no? —gimió ella.

—No, señora Rand, no lo es —susurró—. Deja que te diga cómo.

Sus labios sedosos tocaron los de ella, ligeramente y, al mismo tiempo, con una fuerza impactante. Con la boca cerrada, Índigo se quedó inmóvil, con miedo a retirarse. Él tenía todo el derecho del mundo a besarla y podía enfadarse si ella se

resistía. No había olvidado lo violento que se había puesto Brandon cuando ella lo rechazó.

Jake se echó hacia atrás y la observó con sus ojos chispeantes.

—¿En boca cerrada no entran moscas?

—¿Cómo?

Con el dedo, trazó una línea a lo largo de su mandíbula, sus ojos aún soñadores. Dedicándole una sonrisa exagerada, le mostró unos dientes luminosos, totalmente cerrados.

—Moscas. Así bebo yo café cuando voy cabalgando. Es la forma que tengo de evitar que entre ningún insecto en mi boca. Pero no es compatible con los besos. Al menos no en la forma en la que yo los concibo.

—¿No?

—No —afirmó él, con una voz que se hacía cada vez más seductora. Le puso una mano en la cintura y la volvió hacia él para que le mirara de frente. Cuando vio que aún tenía un brazo doblado en la espalda para sostener la cafetera, subió la ceja extrañado—. ¿Estás pensando en utilizar esto para darme un porrazo?

Índigo soltó el asa.

—No. Yo solo... El desayuno está listo. Patatas fritas y panceta y... —Trató de mantener la distancia entre ellos—. ¡Y huevos! Con galletas calientes y mantequilla fresca que hace mi madre. Y miel. ¿No tienes hambre?

—Estoy famélico —murmuró y la cogió con más fuerza para atraerla hacia él—. Pero la miel que yo quiero no es la que tú piensas. —Antes de que pudiera reaccionar, le puso la otra mano en la nuca—. No debes tener miedo, Índigo —susurró—; no voy a hacerte daño.

—No... no tengo miedo.

Una risa baja vibró en su pecho.

—Entonces deja de apretar los dientes y dame un beso de buenos días. Tenemos que empezar por algún sitio.

—¿Por qué?

A Jake le dieron unas ganas irrefrenables de reír y estuvo a punto de olvidar lo que se traía entre manos.

—Es una ley natural. No se puede terminar lo que nunca se empieza. —La tensión hizo que el cuerpo de ella, demasiado rígido, se amoldase al de él—. ¿Has hecho alguna vez esto? Una chica guapa como tú debería ser una experta en besar.

—Nunca me pidieron demasiado...

—Pues ahora sí que hay una petición.

Ella se echó hacia atrás, cada vez más alarmada.

Jake sonrió.

—No tiene ningún misterio. Yo te pongo la mano en la cintura —la cogió con más firmeza para demostrárselo— y la otra en la parte de atrás de tu cabeza. Lo único que tienes que hacer es cerrar los ojos.

—Pe... pero entonces no podré ver.

—Cierto. Pero en sitios cerrados como este, tampoco es muy conveniente que puedas anticiparte a mis movimientos.

Ella le miró la boca.

—Tu... tu desayuno se va a enfriar.

Él dobló otra vez la cabeza. Ella se contrajo bajo su mano, pero él reprimió cualquier intento de huida cogiéndole el cabello con el puño. Él no era como Brandon. Sus manos eran como el acero y no tenía forma de combatirlo. Sus labios se pusieron sobre los de ella y sintió una lengua que trataba de abrirse paso entre ellos. Ella gimió y se echó hacia atrás, sorprendida de que él dejara que se moviera. Por un momento interminable, sintió que le faltaba el aire. Después, el calor de la cocina que tenía a su espalda le traspasó el tejido de ante de los pantalones. Trató de soltarse, saliendo en la única dirección posible: hacia delante. Con su cuerpo, presionó fuerte el cuerpo que tenía enfrente.

Él gimió y dio un paso atrás, trayéndola con él. Después, deslizó la mano desde su cintura hasta su culo y la tuvo tan cerca que la pelvis de ella le rozaba el muslo. Al notar el contacto, dejó de pensar tanto en el asalto que estaba sufriendo su boca para centrarse en la nueva calidez que sentía en el estómago.

Conmocionada y sorprendida, olvidó que la estaban besando, el tiempo suficiente como para que él invadiese por completo su boca en busca de su lengua. Índigo se vio invadida por un cúmulo de sensaciones, tan fuertes y repentinas que no tuvo el valor de tratar de combatirlas.

Tenía que apartarse de él, pensó salvajemente. Tenía que apartarse antes de... No lo recordaba. A diferencia de Brandon, Jake no la conquistaba solo con fuerza. Utilizaba su boca, su cuerpo y sus manos para desarmarla. Empezó a sentir una debilidad deliciosa y embriagadora.

Como si él sintiese su rendición, retiró su boca de la de ella y le dirigió una sonrisa seductora.

—Así es como se dan los buenos días.

Índigo se balanceó contra él, aún aturdida. Sintió que los brazos de él temblaban alrededor de los suyos y supo que también él estaba desorientado.

—Dar las buenas noches —dijo con voz ronca— es incluso mejor. Cuando volvamos a casa, te daré una primera lección.

Esa promesa fue suficiente para devolverla a la realidad. Le miró con los ojos muy abiertos, y su mente se puso a imaginar cosas. El miedo volvió a apoderarse de ella. Con manos temblorosas, le puso la mano en el pecho para apartarle.

—Ya veo que te entusiasma la idea —bromeó él—. Es algo totalmente aceptable entre marido y mujer, y es mucho mejor que dar los buenos días. Te lo aseguro.

Liberándola, se volvió hacia la mesa en la que tenía el desayuno. Después de sentarse, se metió un gran bocado de huevo en la boca y sonrió.

—Tenías razón. Está frío. —La traspasó con una mirada llena de amor—. Pero

ese beso ha valido la pena.

Antes de ir a la mina, Jake e Índigo tenían dos paradas que hacer, una en la penitenciaría, para obtener noticias del *sheriff* Hilton, y otra en la casa de los Lobo, donde Jake planeaba ayudar a Loretta en sus tareas en el establo mientras Índigo daba de comer a sus animales salvajes.

Las noticias de Hilton dejaron a Jake lleno de frustración. Brandon Marshall decía no saber nada de los accidentes ocurridos en la mina o del disparo a *Lobo*. También tenía varios amigos dispuestos a testificar sobre dónde se encontraba la tarde que dispararon al animal.

—Eso no significa nada —dijo Hilton—. Sus amigos pueden haber mentido. Tendré los ojos abiertos... puede estar seguro de eso. —Dio una palmadita en el hombro a Índigo y miró a Jake con complicidad—. Mientras tanto, deberíais tener cuidado. No me fío de ese sinvergüenza, y no estoy seguro de que vaya a comportarse como es debido.

Jake asintió.

—Tomaré todas las precauciones necesarias.

—Hágalo. Yo y mi señora tenemos predilección por esta jovencita. No queremos que le pase nada malo.

Rozando el codo de su mujer, Jake contestó:

—No más predilección que la que tengo yo, se lo aseguro.

Una vez fuera de la prisión, se dirigieron a la casa de los Lobo. Jake se dio cuenta de que sus palabras habían sido sinceras. Había cogido mucho cariño a Índigo, tanto que le alegraba tener cosas que hacer mientras ella alimentaba a sus animalitos. No estaba seguro de poder ver cómo alimentaba a *Mellado* otra vez sin decir nada al respecto. Por mucho que dijese Loretta, Jake no creía que el puma fuera de fiar, y la idea de que su mujer estuviese al alcance de las fauces de ese animal le ponía enfermo. Cuanto más lejos estuviese de la situación, mejor.

Antes de separarse frente a la casa, Jake dijo:

—Después de dar de comer al ciervo, espero que comas tú un par de esas tortitas, Índigo. No has tenido tiempo de desayunar.

—En realidad, no tengo hambre.

Jake vio la tristeza que había en sus ojos y se dio cuenta de que probablemente estaba pensando en *Lobo*.

—¿Al menos te comerás una?

—Si tengo que hacerlo...

—Tienes que hacerlo —le dijo con una mueca—. Te espera un largo día. Me reuniré contigo dentro cuando haya terminado en el establo. —Jake empezó a alejarse. Después se volvió y le tomó la barbilla con la mano—. ¿Me harás el favor de tener cuidado cuando des de comer a esos animales?

Ella le miró con ojos desconcertados:

—¿Cuidado?

Jake entrecerró un ojo.

—Sí, cuidado. Es que no apruebo que alimentes al puma.

—¿Ah, no?

—No. —Le pasó el pulgar por la frágil línea de su mejilla—. Solo pensar en ello me hace empezar a sudar.

Índigo lo miró alarmada.

—Pero, Jake, *Mellado* es totalmente inofensivo. Nunca me haría daño.

—¿Inofensivo? —Soltó una carcajada seca y la soltó—. Es un animal salvaje, Índigo. No puedes predecir cómo va a comportarse, y no trates de convencerme de que puedes.

—No —admitió ella.

Retrocediendo un paso, le dio un golpe con los nudillos debajo de la barbilla.

—Entonces, haz lo que te digo, ¿de acuerdo?

Sin más, Jake se dirigió al establo. Unos minutos más tarde, cuando estuvo de vuelta en la casa, encontró a Índigo sentada a la mesa, con los últimos trozos de la tortita aún en el plato. Jake puso el cubo de leche fresca en la encimera y se dirigió al dormitorio de Cazador para darle los buenos días. Después se unió al padre O'Grady que estaba junto a la chimenea.

El párroco le dio un empujón con el codo.

—Me entristece confesarlo, siendo metodista como eres, pero veo que piensas lo mismo que yo acerca de ese condenado puma.

—Se lo ha dicho ella, ¿verdad? —Jake se encontró con los ojos de Índigo y se preguntó por qué parecía tan abatida—. ¿Tan mal sabe esa tortita? —le preguntó, bromeando.

Con una falta de entusiasmo evidente, Índigo bajó los ojos y se puso el último trozo en la boca. Un momento después, Loretta salió del dormitorio con el plato de Cazador en la mano.

—Buenos días, señor Rand.

Jake levantó una ceja.

—¿Señor Rand? Pensé que podríamos tratarnos por nuestro nombre de pila ahora que soy su yerno.

Sin dedicarle la sonrisa acostumbrada, Loretta pasó delante de él y fue a la cocina. Cuando vio el cubo de leche, dijo:

—Veo que ha vuelto a hacer mi trabajo. Gracias, Jake.

Como el tono era visiblemente seco, Jake arrugó la frente y respondió:

—De nada.

El padre O'Grady se acercó para tocar el hombro a Jake.

—Nunca resulta fácil para una madre enfrentarse a los primeros días después de que sus hijos se hayan casado —susurró—. Después de todos estos años, se ha

despertado esta mañana y se ha dado cuenta de que tú la has sustituido y que desde ahora tú tomarás las decisiones. Ten paciencia, ¿de acuerdo?

—¿Decisiones? —Jake miró inquisitivo al párroco—. No tengo ninguna intención de sustituirla en la vida de Índigo.

—No. Claro que no. —El padre O’Grady le dio una palmada para reconfortarle—. Es solo que es muy sensible. Todas las madres lo son, sobre todo al principio. En poco tiempo, todo se calmará y ella te aceptará. Confía en mí. He visto muchas bodas.

Aún preocupado por la actitud de Loretta, Jake volvió su atención a Índigo.

—¿Estás lista?

Ella se levantó de la mesa.

—Sí. Hoy no me ha llevado tanto tiempo dar de comer a los animales.

El padre O’Grady volvió a dar una palmada a Jake en el brazo, sonriéndole.

—¿Pensaste anoche sobre lo que te dije de convertirte a la fe? Ahora que ya ando por aquí, me quedaré unos días más a cuidar de mi rebaño. Me haría muy feliz empezar a instruirte mientras estoy en el pueblo.

Distraído por la pregunta y divertido por la perseverancia del párroco, Jake rio.

—Para serle sincero, padre, la última cosa que anoche tenía en mente era la religión.

El párroco miró hacia el techo.

—Supongo que me lo tengo merecido.

Justo en ese momento, Índigo volvía de la cocina. Jake la cogió por el brazo y la llevó hacia la puerta.

—Se lo diré cuando haya tomado una decisión, padre. Se lo prometo.

Una vez fuera, en el porche, Jake notó que Índigo tenía las mejillas sonrojadas y pensó que tal vez hubiese oído la conversación con el cura. Sus ojos azules se encontraron con los de él, y después miró hacia otro lado. Jake estuvo a punto de gruñir. Por su expresión, se diría que no había comprendido lo que había querido decirle esa mañana al besarla.

—Y bien, ¿estás lista para el largo día que nos espera? —preguntó con un tono deliberadamente casual.

—Sí.

Él no pudo evitar escuchar el tono de impotente resignación de su voz.

Al llegar a la mina, Jake e Índigo tomaron caminos diferentes. Jake se encontró primero con Denver Tompkins, quien le sonrió con suficiencia y miró en dirección a Índigo, diciendo:

—Cuando jugamos, tenemos que pagarlo. Imagino que ha aprendido la lección de la manera más difícil.

Jake se puso tenso.

—¿Estás hablando de mi matrimonio?

—Diablos, todo el mundo en el pueblo supo lo que pasaba cuando apareció cabalgando con el padre O'Grady. Lo único que nos sorprendió es que Lobo esperase tanto tiempo para obligarle a hacer lo correcto —aseveró levantando una ceja—. Las cosas se complican el doble cuando le pillan a uno con una india. ¿Cuánto dinero le ha pedido su papi? ¿Un caballo y un par de mantas? —Se mordió el labio y silbó—. Menuda ganga, ¿verdad? Es toda una joyita lo que se lleva, ¿no es así?

Jake se quedó inmóvil con la hoja de la pala hundida en la grava. Su primer impulso fue golpear a ese hombre hasta que se desangrase y quemarlo después. Pero había tres razones que se lo impedían y, de ellas, la más importante era que no quería humillar a Índigo. En segundo lugar, si ya habían circulado los rumores, pulverizar a Tompkins solo sería añadir leña al fuego. La tercera razón, aunque fuera menos inmediata, era igual de poderosa. De todos los mineros, en el que menos confiaba era en Tompkins. Hasta que averiguase quién era el responsable de los derrumbamientos, quería tenerle cerca.

Como Jake tardaba tanto en responder, Tompkins empezó a reír.

—¿No habrán sido dos caballos? Le han desplumado, ¿verdad? —Le guiñó un ojo en señal de complicidad—. Si es listo, podrá triplicar su inversión en una semana. Una india hará todo lo que su hombre le diga, incluso ser buena con sus amigos.

Jake se irguió lentamente. Durante un instante, la rabia le pudo, e imaginó lo bien que se sentiría si rodeaba con sus manos el cuello de Tompkins. Tenía el cuerpo tan tenso que hubiese saltado si la razón no le hubiese hecho recapacitar. No quería que Índigo pagase las consecuencias. Si empezaba una pelea, eso sería lo que ocurriría.

Contando con que el ruido de la mina amortiguara sus palabras, contestó:

—Tienes dos segundos para arrepentirte de lo que acabas de decir y pedir perdón.

Tompkins dio un paso hacia atrás.

—Mire, señor Rand. Quizá por ser forastero en estas tierras no conozca demasiado a los indios y no entienda sus costumbres. Nosotros sí las conocemos y a veces nos reímos de ellas. —Tompkins levantó las manos, encogiéndose de hombros—. No hacemos mal a nadie. ¿No quiere divertirse un poco? Todos sabemos que tuvo que casarse con ella y que su papi, por ser indio, le ha hecho probablemente pagar por ella. Así es como lo hacen ellos.

Agarrando la pala con más fuerza, Jake dijo:

—El precio que un hombre paga por una mujer india no es una compra, de la misma manera que la dote que la mujer blanca aporta al matrimonio no es ningún soborno. Si no fuerais tan condenadamente ignorantes, sabrías eso.

Tompkins le miró con una expresión de suficiencia.

—¿Así que usted pagó por ella?

Jake se dio cuenta de que sus palabras no habían hecho sino corroborar las sospechas del hombre.

—Yo no he dicho eso —respondió Jake.

—No tiene que hacerlo —dijo Tompkins con una risotada—. Tiene escrita la respuesta en la cara. Dios, esto es fantástico. Una boda de compromiso, y tiene que pagar por la novia. Como usted es nuevo por aquí, me hubiese gustado ver la cara que puso.

Jake trató de pensar con rapidez y encontrar una manera de reparar el daño que acababa de causar. Con un dolor agudo en el estómago, miró a Tompkins a los ojos y supo que no había nada que hacer. Cuanto más tratase de reparar la situación, peor se pondrían las cosas.

Si alguien iba a Índigo con el cuento de que su marido había pagado por la novia, ella pensaría que había sido él el que lo había mencionado. Después de ver la expresión en sus ojos al descubrir la noche anterior que había dinero de por medio, Jake sabía que no podría convencerla nunca de que no tenía nada que ver con ese rumor. Solo le quedaba esperar que no oyese el chisme. Ya que no le acompañaba la suerte, al menos quería asegurarse de que los rumores sirviesen para que ella se sintiese orgullosa.

El rubio tenía un brillo de curiosidad en los ojos.

—¿Cuánto pagó por ella?

Jake tenía el horrible presentimiento de que andaba por arenas movedizas y miró a su alrededor para estar seguro de que Índigo no les oía.

—Una pequeña fortuna, y pagué cada céntimo con gusto. Ah, y quiero decirte algo, para que sepas toda la verdad. No ha sido una boda de compromiso. Cualquier hombre con ojos en la cara puede ver eso. En el instante en que la conocí, supe que quería casarme con ella y, cuando por fin tuve el valor de proponérselo, ella me hizo el honor de aceptar. Esa es la verdad, y te mataré si tú o cualquier otro cuenta una historia diferente.

El rubio levantó las manos.

—Eh, soy el primero en admitir que ella está hecha del más fino paño de algodón... ¿o debería decir de ante?

—Del mejor. —Jake trató de no alterar el tono—. No vuelvas a cometer el error de referirte a ella como «india» de nuevo. Ni en mi presencia, ni en la de ella. No existe una mujer en el pueblo, ni blanca ni india, que sea más casta o temerosa de Dios que esa muchacha, y el hombre que no tenga la deferencia de quitarse el sombrero ante ella tendrá que vérselas conmigo. ¿Está claro?

—Como el agua.

—Me alegra ver que nos entendemos —dijo Jake con firmeza—. Y ya pueden aplicarse el cuento los otros chismosos, así que haz correr la voz. No olvides lo que te he dicho, Tompkins. Si oigo una palabra ofensiva más sobre mi matrimonio, sabré que viene de ti. —Y dirigió un dedo hacia donde estaba Índigo—. Si esa chica derrama una lágrima por algún insulto, iré a buscarte.

Tompkins parecía incómodo.

—No es muy aconsejable hacer amenazas de muerte. Alguien podría creer que lo

dice de veras.

—¿Y qué te hace pensar que no es así?

—No puedo controlar lo que los demás dicen. Contaré lo que usted quiera, pero dudo que eso cambie la forma de pensar de la gente.

Dicho esto, Tompkins se escabulló por la pendiente. Impotente, Jake se quedó allí de pie, observándole.

—Estoy seguro de que lo es —dijo una voz grave y profunda detrás de él.

Jake se dio la vuelta para ver a Shorty, que salía de detrás de una vagoneta cercana.

—¿Ser qué?

Shorty se acercó a él rascándose la oreja. Después se apoyó en la vagoneta y escupió tabaco de mascar.

—Ser un buen marido para nuestra señorita. Al menos, la ha defendido. —Se puso al lado de Jake y dirigió los ojos hacia donde había desaparecido Tompkins—. Es más de lo que ese bastardo sin sesera hubiese hecho. La mitad de lo que dijo es por la envidia, ¿sabe? Él la quería *pa* él. Una vez ofreció al viejo trescientos pavos.

Jake guiñó los ojos deslumbrado por el sol.

—¿Qué dijo Cazador?

Shorty colocó los pulgares por los tirantes.

—*Ná*. No suelta prenda cuando no le gusta lo que ve. Le miró así como él mira... ya sabe, que te hace echarte la mano a la cabellera. —Volvió a escupir—. Se lo juro, me alegro que haya *sio* usted quien se lleve a la niña y no Tompkins.

Al parecer, eso podía considerarse un cumplido y, como las maneras del hombre no parecían muy amigables, Jake no estaba seguro de cómo reaccionar. Se aventuró a darle las gracias, con vacilación:

—Gracias. ¿Tiene usted la costumbre de esconderse detrás de las vagonetas y escuchar las conversaciones ajenas, Shorty?

—Cuando tiene que ver con nuestra señorita y su felicidad, no atiendo a formas. Llevo oyendo las monsergas de Denver *toa* la mañana. Pensé que podría aprender muchas cosas de usted si podía oír su respuesta cuando él le viniera con el cuento. Sabía que le vendría con el cuento desde el momento en que llegase. Lo único que tenía que hacer era estar cerca y esperar. —Shorty le recompensó con una mirada directa—. Cuando le vi por primera vez, tuve miedo de que se fijase en ella. No estaba tan *equivocao*.

Jake se preguntó adónde quería llegar el anciano.

—No, imagino que no.

—Después de oír lo que ha dicho, supongo que no tengo necesidad de decírselo, pero lo haré de todos modos. Será mejor que la trate bien. Si no lo hace, tendrá que vérselas con nosotros, y no crea que no será así. No crea que, porque su viejo esté en cama y todos sus hombres lejos, no hay nadie *pa* dar la cara por ella.

Aunque Jake no se sintiera particularmente intimidado, hizo un intento galante de

parecerlo. Reprimió una sonrisa.

—¿Quiénes son ustedes?

Shorty levantó sus artríticos hombros.

—Servidor, Stringbean y Stretch. Tóquele un pelo de la cabeza y tendrá que responder ante los tres. No se le olvide.

Tratando de parecer serio, Jake contestó:

—No lo haré.

—Sé que no lo hará. —La punta bulbosa de la nariz de Shorty se puso roja—. Supongo que me dará la patada en cuanto pueda. Pero alguien tenía que decírselo. No está bien que una niña como ella esté solita en el mundo.

Jake no pudo esconder la sonrisa esta vez.

—Estoy de acuerdo. Esté tranquilo. Cuidaré bien de ella. De ahora en adelante, no tienen de qué preocuparse.

Shorty asintió.

—Por lo que le ha dicho a Tompkins, creo que no —dijo, buscando la mirada de Jake—. Pero cúbrase las espaldas. Ese es un bastardo y lleva salivando por esa chica desde hace más de un año. Estará echando pestes a todo el que vea a partir de ahora. No parará hasta que no haga llorar a la señorita.

Eso era lo que más temía Jake. Observó a Shorty un momento y decidió que podía confiar en ese hombre. Después se aclaró la garganta.

—Si empiezan a hablar del precio que pagué para la boda, le romperán el corazón. Como soy blanco, no le gustó para nada la idea, y no la culpo. Me preocupa que piense que he estado haciendo alardes de ello. O peor aún, que he estado quejándome. No pensé en ello como en una compra, pero eso es lo que ella creerá si escucha el rumor por ahí.

—Envíemela a mí. —Los ojos de Shorty brillaron rejuvenecidos—. A veces, estar entre el bien y el mal tiene sus ventajas. En este caso son mis oídos. Le diré lo que de verdad se dijo. —Y ofreció a Jake la mano—. Usted hizo lo que tenía que hacer, en mi opinión.

Jake se sintió aliviado. Cogió la mano de Shorty con fuerza.

—Aprecio la oferta, y puede que lo necesite. Me temo que no va a creer nada de lo que yo le diga.

Shorty clavó los ojos en Jake.

—Ella estaba presente el día en que Tompkins ofreció a su padre esos trescientos pavos. El imbécil se presentó allí, muy seguro de sí mismo, y trató de comprarla. Intentar eso y que le pongan a uno en su sitio no debe de sentar muy bien. —Con esto, Shorty se agarró el tirante y se fue dando zancadas colina abajo.

Con la frente enfurruñada y una sacudida de cabeza, Jake volvió al trabajo, haciendo una pila con la grava del molino y metiéndola en la carretilla para llevarla, carga a carga, hasta la canaleta.

En el descanso de mediodía, fue en busca de Índigo y la encontró ayudando a los

hombres con las cajas de cribado, una tarea que, además de ser agotadora, machacaba la espalda. Haciendo uso de todo su autocontrol, consiguió no poner ninguna objeción. Si iba a impedir que hiciese cualquier trabajo de la mina, era mejor mandarla a casa.

Cuando Índigo vio que llegaba Jake, habló con su compañero y dejó el trabajo. Jake vio una pregunta en sus ojos cuando bajaba por la cuesta. Obligándose a apartar la vista de sus femeninas caderas y centrarse en la estrechez de sus hombros, Jake recordó lo frágil que había sentido sus costillas la noche anterior. Después, recordó la suavidad y el calor de su pequeño trasero esa misma mañana. Era su esposa, maldita sea. Podía comprarle todo lo que necesitaba y, sin embargo, aquí estaba ella, matándose a trabajar en una mina de tres al cuarto. Le invadió un fuerte deseo protector hacia ella.

Mirándola fijamente, apretó la mandíbula y se juró que no diría nada. Dudaba de que a Índigo le importase lo más mínimo todo lo que pudiera comprarle. Estaba seguro de que su moderna casa en Portland le impresionaría, pero no de forma favorable. Para ella, todas las riquezas del mundo estaban aquí, y él no podía ser tan desalmado como para robárselas. El único consuelo que le quedaba era ver que aquí parecía más ella misma que en todo el tiempo desde la boda. Se movía con confianza, y sus ojos se encontraron con los suyos sin flaquear.

A Índigo le costó poco interpretar la mirada de Jake y, por enésima vez esa mañana, volvió a sentirse insegura. No tenía dudas de lo que había estado pensando cuando le dijo: «En cuanto a lo de trabajar en la mina...». Había estado muy cerca de pedirle que se quedara en casa.

Se sentaron juntos bajo un roble a comer el almuerzo que habían traído. Índigo se esforzaba en mordisquear un trozo de manzana seca, mirando al infinito y tratando de imaginar cómo sería la vida si Jake le prohibiese trabajar en la mina. Sabía que él no era el único que pensaba que las mujeres debían quedarse en casa.

Trató de pensar en algo que decir para convencerle de que no se lo prohibiese, pero no se le ocurrió nada. El deseo de una esposa no tenía demasiado peso para la mayoría de los maridos blancos, y aún menos para los maridos indios. Su única esperanza era rezar y confiar en su benevolencia.

Capítulo 12

Después del almuerzo, Jake volvió a su trabajo con el transporte de grava. Repetir el trayecto desde el molino a la canaleta de lavado varias veces le permitía observar a los otros mineros. De lo que no estaba tan seguro era de la utilidad de esa observación. Supuso que buscaba algo que le resultase peculiar. Alguien había tenido que dañar esas vigas en la mina y, según él, nadie estaba libre de sospecha.

En el fondo, deseaba que su padre no tuviese nada que ver con los accidentes. Esa posibilidad era difícil de aceptar antes pero ¿y ahora? Índigo ya estaba resentida con él por la boda. Le detestaría si supiese que su padre había estado a punto de matar al suyo. Jeremy había prometido que seguiría investigando en los archivos de Ore-Cal mientras Jake investigaba en Tierra de Lobos. Esperaba que, en vez de encontrar pruebas contra su padre, Jeremy pudiese probar que era inocente.

Cada vez que Jake arrojaba una carga de grava en la canaleta, miraba hacia donde estaba Índigo. Le habían confiado en matrimonio a una frágil joven que se enfrentaba a todo. Necesitó de toda su voluntad para no interferir cuando vio que ayudaba a Topper a devolver a su sitio un contenedor que se había salido de los raíles. Para su sorpresa, consiguió levantarlo. El peso era suficiente para romper la espalda de dos hombres y un muchacho.

Jake se encogió y miró para otro lado. Después, aunque sabía que no debía hacerlo, volvió a mirarla. Denver se acercó tranquilamente al contenedor. Índigo le miró por algo que el rubio dijo. Jake no pudo ver su expresión. Cerró los puños asiéndose con fuerza a los brazos de la carretilla.

El aire frío refrescó las mejillas ardientes de Índigo. Miró a Denver, consciente de las nubes cargadas de lluvia que amenazaban en el cielo detrás de él. Los altos pinos se balanceaban con el viento, anunciando tormenta. Los ojos azules de Denver brillaron en una mueca grotesca, anunciando también desapacibilidad, aunque de otra índole.

—¿Así que estás casada? —preguntó. Moviendo la cabeza a un lado, sonrió—. ¿Qué se siente?

Índigo miró a Topper, que la esperaba para seguir trabajando. Se dio la vuelta para coger los brazos del contenedor.

—Esa es una pregunta extraña, Denver. Es como preguntar a alguien qué siente por cumplir años. Un día es bastante parecido al otro.

—¿De verdad? Me sorprende que no te hayan puesto la correa.

Índigo sintió calambres en las manos. Observó la expresión fría de Topper al otro lado de la pila de mineral.

Denver rio.

—¿Sabes? Es divertido. Tu padre se rio de mí en la cara. Se indignó tanto aquella vez que traté de comprarte, ¿lo recuerdas? Estaba convencido de que nunca haría algo así. Y en realidad, lo que hacía era esperar una oferta mejor.

Índigo se estiró lentamente. Al darse la vuelta, notó que el pulso se le aceleraba.

—¿Qué estás diciendo? No tengo todo el día para tus juegos.

—Debo admitir que me molestó al principio. Pero ahora que he hablado con Rand sobre ello, no me siento tan mal. En realidad, ahora que lo pienso, estoy casi contento de que haya ocurrido de esta manera. No soy de los que se casan. Prefiero gastar unos cuantos dólares para estar contigo y volver luego a casa disfrutando de mi libertad.

—¡Cierra la boca, Tompkins! —le interrumpió Topper.

Índigo levantó la mano.

—No, deja que diga lo que ha venido a decir. —Miró absorta a Denver—. Termina. Estoy esperando.

—¿Qué más quieres que te diga? Si estoy dispuesto a pagar el precio, podré pasar algún tiempo contigo. —Y le pasó el nudillo por la mejilla—. No al principio. Dijo que quiere tenerte para él un tiempo. Pero, diablos, ¿cuánto tardará en aburrirse de ti? Creo que estará interesado en rentabilizar el dinero que ha gastado contigo. Según me dijo, ha pagado un precio bastante alto. Vas a tener que esforzarte por complacer a los demás para que él recupere su dinero y empiece a tener ganancias.

Índigo echó la cabeza hacia atrás. Denver le cogió la barbilla.

—No seas tan orgullosa y remilgada, Índigo. Cuando empiece a alquilarte, yo seré el primero en la lista. Me apuntaré un tanto o dos en el momento en el que estemos a solas.

—Ya basta, Tompkins. —Topper rodeó el contenedor—. Una palabra más y acabo contigo.

Con una risotada sarcástica, Denver liberó a Índigo y dio un paso atrás.

—He dicho lo que quería. —Y miró a Índigo—. Puedes apostar a que de aquí en adelante no estaré dejándome el sueldo en partidas de cartas. Ahora tengo cosas mejores en las que gastar el dinero.

Denver se fue dando brincos. Índigo se quedó allí de pie, mirándole, incapaz de moverse, incapaz de pensar. Como si llegara de lejos, oyó la voz de Topper, pero no pudo entender lo que decía. Levantó los ojos a la colina. Vio que Jake había dejado de cargar la carretilla. Cuando se dio cuenta de que ella le miraba, levantó la mano para saludarla.

—Denver está mintiendo, señorita Índigo —dijo Topper detrás de ella—. Lleva toda la mañana inventándose. El señor Rand no ha dicho nada de eso.

Índigo sintió mucho frío. ¿Cómo podía Denver saber que Jake había pagado para casarse con ella, y que supiera también la cantidad, si Jake no se lo había dicho? El nudo de miedo que había tenido en el estómago desde la boda se volvió frío como un témpano, y sus entrañas temblaron alrededor de él. Sabía que muchos hombres

blancos habían sacado dinero alquilando a sus indias. La práctica era tan común, en realidad, que la gente bromeaba sobre ello. Si Jake decidía hacerlo, no sería ni el primero ni el último.

Jake vio alejarse a Denver Tompkins. Se sintió aliviado al ver que Índigo se volvía hacia el contenedor. Cabía la posibilidad de que Denver no le hubiese dicho nada. Jake estaba seguro de que, si Denver decidía decir algo, lo haría de la peor manera posible. El único consuelo que le quedaba a Jake era Shorty. En el instante en que Tompkins dijese algo, Jake llevaría a Índigo hasta su viejo amigo y le pediría que relatase pormenorizadamente la conversación que él y Tompkins habían tenido.

Jake dio un paso con la carretilla. Al hacerlo, creyó ver un movimiento en la pendiente rocosa de lo alto de la colina. Se dio la vuelta para mirar y lo que vio le puso los pelos de punta. Un movimiento de rocas. La entrada principal del túnel estaba de camino. Por un instante, Jake se quedó mirando, incapaz de creer lo que veía. Entonces dejó caer la carretilla y salió corriendo.

—¡Índigo!

Ella no podía oírle. El efecto cacofónico del interior de la mina y los alrededores sofocaba su voz y el sonido de la caída de rocas.

—¡Índigo, corre! ¡Corre!

Jake sintió como si estuviese en uno de esos horribles sueños en los que el peligro avanza a gran velocidad y él reacciona con una lentitud exasperante. Podía oír el pulso de la sangre en sus oídos, el bombeo de sus pulmones. El impacto de sus botas sobre el suelo le atravesaba el cuerpo.

—¡Índigo!

Por fin, ella y Topper le oyeron. Protegiéndose los ojos del sol con el antebrazo, se volvió para mirarle. Jake hacía un gesto salvaje con el brazo, sin dejar de correr.

—¡Corre! ¡Un derrumbamiento! ¡Sal de ahí! ¡Corre!

Ella miró a su alrededor y, al no ver nada, levantó las manos asombrada.

—¿Qué? —preguntó.

Jake podía ver cómo las rocas iban ganando terreno, cómo arrastraban a otras a su paso. Imaginó a Índigo aplastada debajo de ellas. El miedo le hizo correr a una velocidad que nunca pensó que tuviera.

—¡Corre, maldita sea! ¡Corre!

Ella y Topper se alejaron del contenedor, pero, al no saber de dónde venía el peligro, no se alejaron lo suficiente.

—¡Es un derrumbamiento! ¡Sobre vosotros! ¡Salid de ahí!

Ella miró hacia arriba. Cuando vio por qué Jake estaba gritando, cogió a Topper por el brazo y echó a correr. Las primeras piedras alcanzaron el borde del precipicio y rodaron hasta el contenedor. Una de ellas dio a Topper en el hombro y le hizo caer de rodillas. Índigo se detuvo para ayudarle. A Jake se le heló el corazón. Iba a conseguir

que la mataran.

Con ayuda de Índigo, Topper se puso en pie. Le pasó el brazo por el hombro y caminó cargando con él a medias. Solo un segundo después de que hubiesen despejado la zona, el grueso de rocas llegó al precipicio y cayó por los alrededores como una cascada gigantesca y mortal. El contenedor y el lugar en el que estaba quedaron sepultados.

A Jake le temblaban las piernas, y se detuvo tambaleándose a unos metros de donde estaban Índigo y Topper. Había polvo por todos lados y les llenaba la garganta y los pulmones. Los tres se apartaron unos metros más, tosiendo y respirando con dificultad.

Jake sabía que nunca habría llegado a tiempo para sacar a Índigo de allí. Un segundo más, solo uno, y habría quedado sepultada. Empezó a temblar al pensarlo. Quería cogerla entre sus brazos, pero el miedo le paralizaba los músculos.

Cuando empezó a despejarse un poco el aire, Topper exclamó:

—Esto es lo que llamo estar demasiado cerca de la comodidad.

—¿Estás bien? —Índigo trató de examinar el hombro del operador—. ¿Tienes algo roto, Topper?

Otros hombres les rodearon.

—Estoy bien —aseguró Topper a los demás—. Gracias a usted —le dijo a Índigo—. Otros se hubiesen preocupado de ponerse a salvo. Usted me ha salvado la vida, señorita.

—Tonterías. Es a Jake a quien tenemos que agradecerse. —Índigo miró a Jake—. ¡Gracias a Dios que viste lo que pasaba!

Jake trató de responder, pero no pudo.

Ella se volvió hacia el contenedor enterrado y se quedó algo pálida.

—Si no nos hubiésemos apartado cuando lo hicimos...

Shorty se acercó cojeando.

—Llevo trabajando en estas montañas quince años y nunca había visto moverse ni una piedra de esta pendiente.

Los mineros salieron gateando del túnel, tosiendo y apartando el polvo. Índigo se cubrió la boca con la mano.

—¿Estáis todos bien?

Uno de los hombres levantó el pulgar en señal de confirmación.

Shorty se sacó una bola de tabaco del labio con el dedo sucio y escupió. Miró a Jake con complicidad.

—Yo digo que alguien ayudó a que esas rocas se moviesen. ¿Quiere venir conmigo a echar un vistazo?

Jake, que aún no se había recuperado del todo, cogió a Índigo del brazo con mano temblorosa y la obligó a andar. Después de lo que había pasado, se negaba a dejarla sola.

—Sí, vayamos a ver qué ha pasado.

Treinta minutos más tarde, Jake había visto todo lo que necesitaba. El corrimiento se había producido por el desplazamiento de un gran pedrusco. Todo indicaba que estaba firmemente situado y que no había podido moverse por sí solo.

—Esto no ha sido un accidente —dijo con rabia.

Shorty se frotó la cabeza.

—Parece que no. Aunque podría serlo. Llovió mucho hace unos días. Es posible que la tierra se haya *abladao* por aquí.

Jake le clavó la mirada.

—¿De verdad crees eso?

Shorty juntó sus espesas cejas.

—No, creo que no. Pero odio pensar que alguien lo hizo a propósito.

Índigo se sentó en una roca cercana y miró el camino que había seguido el derrumbe.

—¿Crees que alguien lo hizo a propósito?

—Puede. Para bloquear la entrada a la mina, diría yo —se aventuró Shorty.

Jake no quería poner palabras a su temor, pero tenía que hacerlo.

—O para matar a alguien. —Y miró a Índigo. Nunca olvidaría aquella riada de rocas cayendo hacia ella como una ola gigante—. Por ejemplo, a ti.

Ella abrió los ojos, sorprendida.

—¿A mí? —Echó un vistazo a la colina—. Desde aquí no se puede ver la entrada de la mina ni quien está ahí abajo. No puede haber ido contra mí.

Jake hizo un gesto hacia el grupo de árboles que había a su izquierda.

—Alguien podría haber estado vigilando desde allí.

Ella le miró sin disimular su exasperación.

—Podría haberme ido igual de rápido. ¿No es suponer demasiado? Topper también estaba allí. Otros iban y venían. Un derrumbe de rocas no puede ir dirigido a alguien en concreto.

—¿Crees que al asesino le importa a quién más pueda hacer daño, siempre y cuando mate a la persona que tiene pensado?

—No puedes estar hablando en serio.

—Muy en serio.

Agitado, trató de contenerse. No quería exagerar, y los argumentos de Índigo eran sensatos. Pero, maldita sea, ¿cómo podía arriesgarse de esa manera? Trabajar en una mina ya era de por sí peligroso. Era el lugar perfecto para matar a alguien y hacer que pareciera un accidente.

Jake recordó los otros dos accidentes que habían estado a punto de matar a Índigo: el derrumbe que había herido a Cazador y el tiro que había matado a *Lobo*. Y ahora una caída de rocas. Seguía viéndola aplastada bajo las piedras.

Sin tener un claro sentido de la realidad, dijo:

—Estabas reajustando un contenedor, Índigo. Si había alguien en los árboles,

pudo verlo y esperar al momento propicio. Sabía que estarías allí un rato. —Dio una patada a una piedra y vio cómo rebotaba y salía volando—. Tuvo mucho tiempo para venir hasta aquí y mover el pedrusco. Son solo unos segundos de camino.

Ella apoyó las manos en las rodillas y se puso en pie.

—La piedra también pudo moverse sola.

Jake apretó los dientes. Después de un buen rato, dijo:

—Quizá. Pero una vez más, quizá no. No soy hombre de apuestas.

—¿Qué quieres decir?

Jake no quería contestar. Sabía demasiado bien cómo iba a sonar, y que ella iba a detestarlo por ello.

—Creo que será mejor que te vayas a casa.

Ella se abrazó la cintura.

—Sabes que tiene sentido. No estás segura aquí y yo no puedo protegerte. Hay mucha gente yendo y viniendo, mucho ruido, y situaciones demasiado peligrosas. Hasta que no descubramos lo que está pasando, creo que es mejor que te quedes en casa.

—Si alguien quiere matarme, puede hacerlo allí también.

—No con tanta facilidad. Para empezar allí puedes ver venir el peligro más fácilmente. Tienes a mucha gente que te oiría si pidieses ayuda, por lo que solo un estúpido se atrevería a hacerte algo a la luz del día.

La voz de Índigo se convirtió en un agudo hilo cuando señaló hacia la tierra movida en la que había estado la piedra.

—Esta es una pendiente inclinada. Las piedras se mueven solas, ¿sabes? No puedes estar seguro de que alguien la haya movido.

—No, pero tengo el presentimiento...

—¡Esto es solo una excusa! —gritó.

Shorty tosió.

—Creo que este es el momento en el que yo digo que me voy a trabajar.

Jake le vio alejarse. En cuanto Shorty estuvo lo suficientemente lejos, él se volvió hacia Índigo.

—Cariño, escúchame.

Ella se abrazó con más fuerza y apartó la mirada. Jake suspiró.

—Índigo, por favor, no seas así. ¿Crees que te mandaría a casa si no tuviera una buena razón?

—Sí —contestó ella con voz profunda—. Eso creo. No querías que viniera. Pero como no encontraste una razón para dejarme en casa, no lo hiciste. Pero ahora te la han servido en bandeja.

—Eso no es verdad.

Ella le acusó con la mirada, la boca apretada.

Jake cerró los dedos alrededor de su cuello.

—Lo admito, ¿sí? No me gusta que hagas trabajos de hombres. Preferiría que no

lo hicieras, pero esto no tiene nada que ver.

Con una voz carente de matices, dijo:

—Creo que sí tiene que ver.

Jake sabía que ella tenía razón al pensar así. En lo referente a sus sentimientos, era completamente transparente frente a ella, y lo cierto era que no le gustaba la idea de que trabajase en una mina. A pesar de ello, había algo más en juego, y no podía ser tan estúpido como para ignorarlo.

—El *sheriff* Hilton me avisó de que tomase todas las precauciones posibles. Eso es exactamente lo que estoy haciendo. Por mucho que me odies, he tomado una decisión. Hasta que las cosas se calmen y estemos seguros de que Brandon Marshall no está detrás de todo esto, te quedarás cerca de casa.

Ella le miró con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo de cerca?

—No saldrás sola hasta que yo te lo diga.

—¿Quieres decir que no puedo... —miró hacia el bosque que les rodeaba— que no puedo salir a pasear? ¿O a cazar?

—No.

Jake vio la sombra que se cernía sobre sus ojos. Por unos segundos, se quedó allí parada, con los labios abiertos, incapaz de decir nada. Él esperaba que protestase. Se sorprendió cuando lo único que dijo fue:

—¿Esa es tu última palabra?

Agitado, Jake metió las manos en los bolsillos para no tocarla. Diablos, no quería esto ahora, no con todo lo que estaba pasando.

—Siempre me reservo el derecho a cambiar de opinión, Índigo. Pero en esta ocasión sí, es mi última palabra.

Ella bajó la cabeza. Cerró los ojos con fuerza y tragó saliva.

—Índigo, no es lo que estás pensando —le dijo con voz entrecortada—. Juro por Dios que no es así. Solo quiero protegerte. En cuanto crea que es seguro, quitaré estas restricciones.

Ella asintió y se alejó de él. Jake permaneció allí de pie, observándola. De repente, la voz de Mary Beth sonó en su cabeza. «Si al menos te casases con la pobre Emily. Entonces tal vez te dedicarías a hacer su vida miserable en vez de la mía.» Solo que no se había casado con Emily. Se había casado con una chica medio salvaje que nunca había recibido órdenes de nadie.

Siguiéndola, Jake dijo:

—Terminaré temprano hoy y te acompañaré a casa, ¿de acuerdo? Podremos hablarlo.

Ella le miró al ver que caminaba a su lado. Con una expresión extrañamente vacía en los ojos, preguntó:

—¿Hay alguna posibilidad de que cambies de idea?

Jake quería decir que sí. Pero no parecía muy probable. Por muy enfadada que

estuviese y por mucho que lo detestase por ello, tenía que pensar, ante todo, en su seguridad.

—No lo creo —contestó—, pero quizá, si lo hablamos, podemos hacer que te sientas mejor con la decisión.

Aquella noche, después de que Jake saliese para ir a hacer una visita a su padre, Índigo fue al pozo en busca de agua. Mientras tiraba el cubo, miró con nostalgia hacia el bosque. Los pájaros cantaban en el jardín de la tía Amy, pero no con tanta serenidad como en el bosque. El viento también soplaba, pero no le hablaba de la misma forma que en el bosque. Tenía que enfrentarse a la posibilidad de no volver nunca más a deambular por sus queridas montañas.

Una prisionera. Se había convertido en una prisionera. Y podía muy bien ser una sentencia perpetua.

Sintiéndose entumecida, se sentó y apoyó la espalda en el pozo, con la vista perdida en el infinito. En el fondo, se preguntaba si su cuerpo no estaría ahora reaccionando a todo lo que había pasado. La pregunta le exigía pensar demasiado y decidió no responder. No le importaba realmente. El entumecimiento le sentaba bien después de toda la confusión de los últimos días.

Tres días. ¿Cómo podía la vida cambiar tanto en tan poco tiempo? Examinó un trozo de hierba que tenía cerca de su pie. Setenta y dos horas atrás, la hierba era igual a como era ahora, varias briznas verdes que brotaban de un sistema enmarañado de raíces. El sol se ponía a la hora precisa, como llevaba haciéndolo desde hacía siglos. La luna salía cuando se hacía de noche. Nada en el mundo había cambiado y, sin embargo, nada era lo mismo.

Trató de reunir los cambios en un todo que tuviese sentido, de manera que pudiese ver dónde estaba y qué era lo que la esperaba. Pero se sentía mareada, como cuando Chase la cogía por las muñecas y daba vueltas con ella en círculos hasta que no podía mantenerse en pie. Se sentía así ahora, como si la tierra y el cielo estuvieran girando y no pudiese encontrar un lugar sólido donde poner los pies.

Todo aquello en lo que había confiado hasta ahora le había sido arrebatado: *Lobo*, el apoyo de sus padres, el hogar en el que había crecido, la mina y sus montañas. Incluso su nombre había cambiado. Ya no era Índigo Lobo, sino Índigo Rand. Se sentía como una taza de la que alguien había bebido hasta dejarla vacía.

Los insultos de Denver Tompkins retumbaban en su mente. Cerró los ojos, avergonzada. Trató de imaginar la noche que la esperaba, pero su mente se negó a formar ninguna imagen. Lo único que sabía era que hacer el amor con un hombre que consideraba a su mujer una posesión y estaba dispuesto a dejársela a otros hombres debía de ser horrible. Sin embargo, Jake le había dado un respiro la noche anterior, ¿por qué? ¿Estaba Topper en lo cierto? ¿Le había mentado Denver? ¿O es que Jake solo estaba jugando con ella?

El rugido de un puma se elevó en el aire. Índigo levantó la cabeza y escuchó. Era *Mellado*. Estaba a punto de ponerse a llorar. Irguiendo los hombros, contuvo las lágrimas, cogió el cubo y corrió hacia la casa, vertiendo agua.

Capítulo 13

Jake fue directamente a la casa de los Lobo para hablar con Cazador. El padre O'Grady estaba fuera confesando. Loretta le saludó con la misma frialdad que por la mañana. Sintiéndose incómodo, Jake no se entretuvo en formalidades antes de dirigirse a la habitación. Tras saludar a Cazador y preguntarle si quería hablar, cerró la puerta para que Loretta no pudiera oírles.

Con todo lujo de detalles, le habló a Cazador del derrumbe, de lo peligroso que había sido, y de por qué había decidido que Índigo se quedase en casa.

Cuando terminó de preparar el terreno para las preguntas que le quería hacer, Jake extendió las manos y habló con total honestidad.

—Acabo de dejar a Índigo en casa. Está terriblemente enfadada. — Inmediatamente, sin hacer mención de su pasado, Jake explicó lo que pensaba de que las mujeres hiciesen trabajos duros—. Cree que el derrumbe es una excusa para retenerla en casa.

Cazador pensó sobre ello.

—Si no fuera por ese peligro, ¿te negarías a que fuera a la mina o cazase en el bosque?

Jake se metió las manos en los bolsillos.

—Preferiría que tuviese intereses más convencionales, pero esa no es la causa de que le haya prohibido salir de casa. El *sheriff* Hilton cree que Brandon Marshall trama algo. No se fía de ese hombre y me ha pedido que tome todas las precauciones posibles. Con el disparo que mató a *Lobo* y ahora este derrumbe, ¿cómo puedo estar seguro de que estará a salvo en la mina o en el bosque?

—Entonces, esta decisión... ¿solo durará hasta que estés seguro de que Brandon no le hará daño?

Jake asintió.

—Es una medida temporal.

Cazador observó a Jake durante un rato.

—¿Por qué me vienes con esta historia?

Jake se rio.

—Quiero tu opinión. ¿Estoy siendo injusto?

Cazador sonrió.

—No me corresponde a mí decirlo. Tú eres el marido de Índigo.

—Quiero ser un buen marido.

—Con ese deseo, ¿cómo vas a equivocarte?

Jake quería una respuesta directa, no andarse con rodeos.

—¿Crees que corre peligro?

Cazador asintió.

—Creo que es posible. Y también creo que tienes buen corazón. Escucha la canción de tu corazón, ¿de acuerdo? Ahí encontrarás las respuestas que andas buscando.

Jake suspiró, desanimado.

—Esperaba que me dices algún consejo, Cazador. Es tu hija.

—Y te la he entregado.

Jake echó la cabeza hacia atrás y se puso a mirar al techo.

—¿Me dices que escuche una canción? Ni siquiera sé si hay cantos dentro de mí. Y si los hay, son forzosamente distintos a los tuyos y a los de Índigo. La mitad de las veces, no la entiendo. ¿Cómo diablos puedo tomar decisiones sobre su felicidad guiándome por el sonido?

—Debes encontrar la manera.

Jake fijó en él su mirada.

—Para eso he venido aquí.

Cazador volvió a sonreír.

—¿Acaso yo puedo enseñarte? Y cuando hayas recorrido una larga distancia, ¿qué? Cuando te hayas adentrado en el bosque y el camino que te señale deje de estar claro, ¿hacia dónde dirigirás tus pasos? —Sacudió la cabeza—. Debes encontrar tu propio camino desde el principio, un camino que sea bueno para ti y para Índigo. Cuando sepas caminar, no volverás a perderte.

Jake masculló un juramento y sacó las manos de los bolsillos.

—En otras palabras, estoy solo.

—No. Mi hija camina contigo. Elige con cuidado el camino, ¿de acuerdo? El sendero que tienes por delante a veces será abrupto. Otras, rocoso y estrecho. Debes procurar elegir un camino lo suficientemente amplio como para que ella pueda recorrerlo a tu lado.

Jake suspiró y se hundió en la mecedora. Metiendo la cabeza entre las manos, se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas.

—Ahora mismo, el camino es condenadamente rocoso. La estrangularía. —Se rio en voz baja y miró hacia arriba—. No me habla. Eso es lo que más me saca de quicio.

Cazador sonrió ligeramente.

—Ah, sí, el silencio. Eso se les da bien. Así es. Nosotros tenemos los brazos fuertes, ellas tienen fuerte la voluntad.

—¿Qué haces tú cuando Loretta no te habla?

Cazador encogió los hombros e hizo una mueca.

—Me enzarzo en una terrible lucha durante un rato, y luego me rindo.

A Jake se le escapó una risita que no pudo reprimir. Cuando vio que Cazador le sonreía, se relajó.

—Lo siento, pero me ha hecho gracia. La tumbarías con un simple estornudo.

—Ya, pero, con un llanto, es ella quien me tumba a mí. —Cerró los ojos un segundo—. Busco la forma de evitar sus lágrimas, ¿entiendes? Y enseguida me doy

cuenta de que me he rendido.

—¿Te rendirías si temieses por su seguridad?

—No. Si es por mantenerla a salvo, puedo ser implacable.

—Esa es mi postura. No me puedo rendir en esto.

Cazador inclinó la cabeza, asintiendo silenciosamente.

—Quizá te puedas rendir en cosas pequeñas. Ser marido no es fácil, especialmente el primer día. —Sus sabios ojos azules se llenaron de solemnidad—. Hay muchas formas de herir a una mujer, ¿entiendes? No puedes preservarla de todas.

—¿Por ejemplo? —respondió perplejo Jake.

Cazador agitó la mano sana.

—Índigo no se va a morir de hambre si no come unos días. Quizá podrías dejar que su estómago le dictase cuándo llevarse comida a la boca. Cuando su garganta quiere expulsar la comida, y su esposo le dice que debe tragarla, sucede algo extraño. Mi mujer lo llama atragantamiento.

Jake paró la mecedora. Recordó aquella mañana, cuando le había pedido a Índigo que se comiese una tortita. Arqueó una ceja.

—¿Algo más?

—Deberías dejar que alimentase a su puma. Me haría un hombre feliz. Ha estado todo el día rugiendo y despertándome. Y mi mujer anda de morros.

A Jake se le tensó un músculo de la mandíbula.

—Ya. ¿No será por eso que Loretta me trató tan fríamente esta mañana?

Cazador movió los labios nerviosamente.

—Índigo es su niña. No le hizo feliz verla atragantarse con una tortita. Y siempre le hemos permitido alimentar a sus animales. De repente, su nuevo marido dice que no al puma.

—Entiendo.

Cazador no parecía muy seguro.

—¿De veras? Si no se le da de comer, *Mellado* empezará a intentar cruzar la línea de trampas. Si lo hace, se pillará una pata, y el trampero lo matará. Como solo confía en Índigo, no podemos alimentarle. Solo nos queda ver y temer lo peor.

—Y estar enfadados —añadió Jake.

Cazador sonrió.

—Mi Loretta es una mujer buena, y no va a decir nada. Pero te puede fulminar con la mirada. Ríndete en las cosas pequeñas, ¿de acuerdo? Demasiados cambios en tan poco tiempo traerán problemas.

Jake se levantó incómodo de la silla.

—Gracias, Cazador. Esta visita ha sido reveladora.

Cazador asintió.

—¿Tratarás de hablar con mi hija para que ella acceda a hablar contigo?

—Ah, sí. Vamos a tener una charla, desde luego.

Jake dejó a los Lobo cuando oscurecía. Avanzó a grandes zancadas por el camino, golpeando con las botas los tablones de madera, dando golpes secos y apretando la mandíbula. Ira. Lo atravesó en oleadas calientes, como un latido descontrolado. Esa mañana, ella había mentido a sus padres; les había contado una sarta de mentiras. La pregunta era: ¿por qué? Jake intentó imaginársela sentada dócilmente a la mesa, tragándose la tortita bocado a bocado, haciendo como que el bruto de su marido la había obligado. La imagen le puso absolutamente furioso.

Al acercarse a casa de López, se dio cuenta de que la lámpara del salón no estaba encendida. Soltó un juramento y apuró los pasos, imaginando que habría huido o interpretado otra estúpida escena femenina. Con las prisas, abrió la puerta de un empujón tan fuerte que golpeó la pared interior.

Se la encontró en la cocina, casi a oscuras. De pie frente a la encimera, cortando con calma una rodaja de carne de venado, una imagen de perfecta domesticidad, excepto por su ropa india, la falta de luz y la expresión afligida de su rostro. Jake se sintió idiota. Metió las manos en los bolsillos del pantalón y la miró un momento. Parecía que acababan de abofetearla: magullada, frágil, y a punto de llorar.

Su enfado remitió un poco. Aunque le enfurecía pensar en las vergonzosas mentiras que les había contado a sus padres esa mañana, tenía que admitir que los últimos días habían sido muy tristes para ella. Probablemente se estaba defendiendo de la única forma que sabía. Lo mínimo que él podía hacer era tener en cuenta eso y tratar de dominar su genio.

Fue a buscar la lámpara del salón, la encendió y la llevó a la cocina.

—¿Vas a necesitar más leña para mañana?

Apenas alteró el gesto.

—Ya la traigo yo.

Su respuesta sonó monocorde, cortante y hostil, salpicada del elocuente *zas* que hizo la hoja del cuchillo al cortar limpiamente el venado y golpear la tabla. Jake tuvo el desagradable sentimiento de que para ella el trozo de carne era su cuello.

—A mí no me importa ir a cogerla.

Decidido a ser paciente y razonable, salió y recogió una brazada de leña. Cuando regresó, ella había terminado de cortar la carne y empezaba a pelar patatas. Con una alegría fingida, él dijo:

—La tormenta ya ha pasado. Así que vamos a batir un récord de días de sol.

Obtuvo un silencio tenso como única respuesta. Jake apretó los dientes y volvió a salir por leña, maldiciendo a las mujeres y sus estrategias de guerra. Cazador quizá podía reírse, pero Jake no. No estaba dispuesto a soportar esto cada vez que se cruzase con Índigo.

Decidido, Jake volvió a la cocina y descargó la madera cuidadosamente, haciendo una pila ordenada en la caja de la leña.

—Aquí tienes, señora Rand. Esto bastará hasta mañana por la noche.

Ella no le dio las gracias. Ni siquiera se dio cuenta de que acababa de hablar. Jake

observó pensativo cómo colocaba una tapa sobre la sartén de patatas y empezaba a colocar el venado troceado y envuelto en harina sobre la plancha caliente. La ira se manifestaba en cada línea de su pequeño cuerpo. Paciencia, se recordó él. Se le ocurrió que quizás ella temía mostrar sus sentimientos por miedo a que la castigase.

Él se frotó el cuello.

—Cariño, sé que estás enfadada.

La grasa estalló sobre la plancha, y ella dio un respingo.

Jake esperó a que respondiera, se dio cuenta de que no tenía intención de hacerlo, y frunció los labios.

—¿No puedes ver el lado bueno? Si no tienes que trabajar los próximos días, quizá puedas pasar más tiempo con tu madre. —Hizo una pausa un momento, y luego añadió en voz baja—: O con tus animales. Con *Mellado*, a lo mejor.

Ella lo miró asustada. Jake vio la expresión que atravesaba su cara. ¿Culpa? No estaba seguro. Después de un rato, pareció recuperar la compostura. Alzó los hombros y volvió a centrarse en el venado, como si él no estuviese.

—No tienes que tener miedo de que me enfade contigo por decir lo que piensas.

Ella no levantó la vista.

—No tengo miedo.

Era una tontería, y los dos lo sabían. El enfado de Jake crecía por momentos.

—Bueno, si no tienes miedo, al menos mírame.

Aunque sus ojos mostraron desconcierto, Jake no pudo ignorar el resentimiento que se ocultaba al fondo.

—Así está mejor. —Concluyó que, si las miradas quemasen, sería reducido a cenizas. Sabía perfectamente que ella tenía el carácter y destreza comunicativa necesaria para sacarlo de quicio—. ¿Cuánto tiempo va a durar este silencio infernal, Índigo?

Ella se lamió los labios.

—Solo hasta que tenga algo que decir. Ahora mismo dentro de mí no hay nada más que... —su cara se puso tensa y le lanzó una mirada aprensiva— ira.

Era un paso en la dirección correcta.

—Entonces, expresa tu ira —insistió con un tono severo.

Ella le devolvió otra mirada asustada.

—¿Es ese tu deseo?

Acostumbrado a las artimañas femeninas de Mary Beth cuando quería que las cosas fueran a su manera, Jake miró a Índigo con repentina cautela. Este acto servil estaba empezando a afectarle. Si lo que quería era hacerle sentir como un ogro, lo estaba consiguiendo de manera admirable. Si lo que pretendía era irritarle, se estaba acercando peligrosamente a conseguirlo, también. No tenía ni idea de cuánto.

—Sí, es mi deseo.

Alzando los hombros, apartó la plancha del calor, se secó las manos con un paño y se volvió hacia él.

—¿No te enfadarás?

—No. Lo que me va a hacer enfadar es que no hables.

Ella levantó la barbilla.

—Creo que eres un bastardo arrogante y egoísta.

Su discurso era tan bien modulado y preciso que, por un instante, el cerebro de Jake no registró las palabras.

—Y también te detesto —terminó.

Él sintió la garganta extrañamente tensa, por la indignación o las ganas de reír, no lo tenía claro.

—¿Eso es todo?

Claramente agitada, ella caminó hasta el armario, cogió un cuenco y lo observó con la mirada vacía.

—No, no es todo.

—¿Y bien?

Ella lanzó una mirada al hornillo, volvió a colocar el cuenco en el estante y sacó un plato.

—Me gustaría quemarte la cena, tirarla por el suelo y golpearte con la plancha caliente.

—¿Tanto, eh? Vaya, pues sí que estás enfadada.

—Sí.

Él cruzó los brazos.

—Sin embargo, acabas de apartar la plancha del fuego para que el venado no se haga demasiado rápido.

Sus labios se estrecharon con inconfundible disgusto.

—Eres mi marido. Mi deber es prepararte la comida.

—¿Incluso estando tan enfadada?

—Mis sentimientos solo importan si tú lo permites.

Entornó los ojos. Empezaba a comprender. La culpa, el arma final. Mary Beth podría tomar lecciones de esta pequeña descarada.

—No me digas más. Es una costumbre comanche, ¿verdad? Una esposa tiene que ser obediente y, si su marido es un bastardo arrogante y egoísta, a ella no le queda más remedio que aceptarlo.

Sus ojos tomaron más brillo.

—Sí.

Disfrutando con el juego, respondió al gesto rebelde de su cara con una lenta sonrisa.

—¿Lo entiendo correctamente? Estás tan furiosa que te gustaría, ¿cómo era la palabra? Ah, sí, golpearme, pero aun así viniste aquí, empezaste a preparar mi cena y no dijiste ni una palabra. ¿Eso es lo que hace una buena esposa comanche cuando quiere asesinar a su marido?

Sus mejillas brillaron levemente.

—Sí.

—¿No grita cuando se enfada? —sonrió él—. ¿No replica? ¿Solo hace lo que le dicen, sin rechistar?

—Sí —contestó ella.

—Repítelo. No lo he entendido.

—¡Sí!

Jake la observó durante un minuto, sonriendo todavía. Al final, se enderezó.

—Ese es el sueño de todo hombre. —Inclinando la cabeza sobre el hornillo, dijo —: Prefiero una tostada en vez de galletas. Ligeramente tostada. —Después, salió de la cocina.

Tras cambiarse la ropa de trabajo y lavarse fuera, Jake volvió para descubrir que su bella, sepulcralmente callada y hosca esposa le había preparado un magnífico menú, cocinado en su justo punto. Se sentó y se puso la servilleta sobre el regazo. Con una sonrisa engreída, le dijo:

—¿No vas a comer?

—No tengo hambre.

Él masticó un trozo de carne y tragó, recordando las múltiples huelgas de hambre de Mary Beth. Si se trataba de una guerra de voluntades, él era un experto.

—¿Y si insisto?

Ella miró la comida con resignación.

—Entonces, comeré.

—¿Incluso si te atragantas?

Lo miró sobresaltada. Jake casi se enfrenta con ella. Ambos sabían bien que él no le había mandado tragarse a la fuerza la tortita. Estaba preocupado porque no había comido, y había intentado convencerla de que tomase algún tipo de alimento. Por razones que desconocía, ella había querido sacar provecho de aquello, siguiendo sus palabras al pie de la letra, sin duda para hacerle quedar mal.

¿Por qué? Esa era la pregunta. ¿Quería que sus padres decidieran anular el matrimonio? Jake no tenía ni idea. Lo único que sabía con seguridad es que no le gustaba pasar por un ogro sin corazón, y, para cuando hubiese terminado con esto, ella no volvería a intentar nada parecido de nuevo.

—Supongo que no te hará daño perder un par de comidas. No eres lo que yo llamaría rellena, pero a ese trasero no le vendría mal bajar un poco.

Ella se llevó la mano al muslo, con evidente consternación.

—Tenía miedo de que me dijeras que ibas a esperar a que tu marido acabase de comer. Esa es otra costumbre india, ¿no? Los hombres comen antes y las mujeres, mientras, dan vueltas por ahí.

—Mi padre ignoró esa tradición. En su hogar, hay una cómoda mezcla de costumbres blancas y comanches, y él disfruta con la presencia de mi madre en la mesa. —Su padre también se había rendido cuando su madre se enfadó y dejó de hablarle. Cazador podía ser muchas cosas, pero no era un hombre autoritario.

—Ya veo —le sonrió—. Entonces, si yo considero que una costumbre comanche es insoportable, podemos alterarla, ¿correcto?

—Sí.

Él se metió en la boca un trozo del pan que había hecho Loretta. Acompañándolo con un sorbo de café, dijo:

—No es que me queje. Todavía no he conocido a un hombre que se queje de tener a una mujer completamente servil cuyo único objetivo es complacerlo y concederle todos sus caprichos.

Ella volvió a sonrojarse.

Jake escondió una sonrisa tras la taza de café.

—Dime, ¿qué se espera de un marido en este tipo de arreglos? ¿Hay alguna regla que tenga que seguir? No querría defraudar a una mujer tan dócil y sumisa.

—No hay reglas para el marido —contestó, aunque indecisa.

—¿Ninguna? Seguro que la esposa tiene alguna expectativa o algún ideal.

—Espera que su marido la ame y —su mirada se volvió hacia la de él— trate de complacerla en todos los sentidos.

Aleluya ¿Un recordatorio sutil de la promesa que él le había hecho ayer en el granero? ¿Cómo lo había dicho? «Haré todo lo que pueda para hacerte feliz.» Sabía que había trampa.

—No hay ninguna ley que diga que debe hacerlo —añadió con voz temblorosa—. Una mujer solo puede esperarlo.

Él posó su taza de café con un golpe, aplaudiéndola mentalmente. Sus tretas, destinadas a remorderle la conciencia, le daban mil vueltas a las rabiets de Mary Beth. Desafortunadamente para ella, nunca se había dejado manipular ni pensaba hacerlo. Podía seguir así durante un mes que él no renunciaría a su decisión de hacerla quedarse en casa. Tampoco iba a conseguir que sus padres anulasen su matrimonio, si es que ese era el plan. Esta noche se iba a asegurar de eso.

No tenía la intención de permitir que siguiese en esa línea hasta crear un problema. Quizás ella no era consciente, pero también él disponía de técnicas ocultas para cortar esa historia de raíz.

—Así que, en pocas palabras, mis deseos son órdenes —meditó un momento sobre el tema—. Es un plan condenadamente perfecto para el hombre ¿Esto se aplica a todo? ¿Da igual lo descabellada que sea mi petición, siempre vas a obedecerme, sin preguntar ni discutir?

Siendo la viva imagen del orgullo herido, parecía costarle responder. Al final, pronunció un débil «sí».

Jake se columpió hacia atrás en la silla y la miró de arriba abajo, lenta y concienzudamente. Alzando una ceja, dijo:

—Eso podría ser interesante.

Ella le miró con tanto miedo que supo que había entendido lo esencial. Le sorprendió bastante ver que no daba muestras de retractarse. Cuando las tretas de

Mary Beth se volvían en su contra, solía cambiar inmediatamente de táctica.

Sacó el reloj del bolsillo y miró la hora.

—¿Te das cuenta de que llevamos casados casi veinticuatro horas? —La miró directamente a los ojos, alegrándose de percibir que había empezado a inquietarse. Puede que fuera inocente, pero, desde luego, no era estúpida—. Veinticuatro horas... y todavía no he visto a mi esposa sin estar cubierta de arriba abajo de franela y ante. ¿Qué pasaría si pidiera que te descubrieses? Puedes ser mi... postre.

Ella se llevó la mano al cuello, abochornada. Su reacción hizo que casi se arrepintiese de seguir por ese camino. Hizo lo que pudo por mantener la compostura.

—¿Es e... eso lo que quieres? —le preguntó.

—¿Y si quisiera? —respondió él—. ¿Te quitarías la ropa para mí, Índigo?

Ella tragó saliva y lanzó una mirada aterrorizada a la lámpara.

—La lámpara está ardiendo.

—Mejor, para poder verte. —Se recostó aún más en su silla y le lanzó la mirada más lasciva que pudo—. Primero la blusa, creo. Pero no en la otra punta de la habitación. Acércate y quédate frente a mí. Y quítatela despacio. El deseo es la mitad del placer.

Ella parecía querer salir corriendo.

Conteniendo la risa, añadió:

—Ven, esposa obediente. No tengo toda la noche.

Bajando la cabeza, se acercó a él. Cuando su cadera rozó la esquina de la mesa, se detuvo y cruzó los brazos para agarrarse la parte de abajo de la blusa de ante. Él seguía esperando que parase, estaba seguro de que lo haría, hasta el momento en que, efectivamente, se quitó la blusa por la cabeza y la tiró al suelo.

Jake se sintió como si le hubiesen echado un jarro de agua fría. Los pulmones se le helaron. Creyó que el corazón se le paraba, y no se hubiese movido ni aunque se lo pidiese el mismísimo Dios. Ella estaba frente a él como un chivo expiatorio esperando el cuchillo, su cabeza pendía con vergüenza, le temblaba el cuerpo. La muselina de la combinación, casi transparente a causa de los múltiples lavados, se le pegaba suavemente a los pechos, y provocaba más de lo que escondía.

La pata delantera de la silla de Jake golpeó el suelo con un sonoro *zas*, y ella se sobresaltó. Jake se quedó sentado en un silencio de asombro. De repente vio, con absoluta claridad, que no había estado actuando. De verdad pretendía acatar cualquier orden que él le diese, incluso si suponía el fin del mundo para ella.

Le sobrevino un recuerdo del día anterior; Índigo aceptando los deseos de su padre y diciendo que nunca le desobedecería. Recordó su palidez durante la ceremonia de la boda y después, y su miedo la noche anterior. Lo último que ella quería era casarse con él, pero lo había hecho. ¿Y por qué? Porque su padre se lo había pedido.

Todo lo que había cenado se había convertido un montón de piedras en la boca de su estómago. Había hecho el imbécil varias veces en la vida, pero esta se llevaba la

palma.

—Índigo... —susurró.

Al sonido de su voz, ella tragó un poco de aire y sacó la combinación de debajo de la cinta que llevaba en el talle del pantalón. Jake la agarró de las muñecas para detenerla. Ella alzó la cabeza. Los ojos azules, brillantes a causa de las lágrimas derramadas, y afligidos por la humillación, se fijaron en los suyos en un silencio interrogante.

—Yo no quería. Era una broma. —Las palabras, ásperas por la emoción, golpearon el aire y se quedaron allí colgando, tan discordantes y horribles que hubiese querido tragárselas. ¿Una broma? Ella tenía razón; era un maldito egoísta y un capullo arrogante. Y un auténtico idiota, además.

—Nunca hubiese imaginado que tú, de verdad...

—Yo creí que...

No había palabras. Al mirarla se dio cuenta, demasiado tarde, de que no estaba en su naturaleza manipular a nadie. Lo más cerca que la había visto de contar una mentira era cuando negó que tuviera miedo, y eso se debía más a su obstinado orgullo que a un intento de engañar. Señor, ¿por qué no había leído aquello en sus ojos? Eran claros como el cristal lacado y revelaban todas sus ideas y sentimientos.

«¿Es ese tu deseo? ¿Debo? ¿Esa es tu última palabra?» Recordó su rostro afligido esa mañana, cuando le pidió que tuviese cuidado al dar de comer a sus animales. «Lo cierto es que no apruebo que alimentes al puma.» No se lo había prohibido. No había sido necesario. Su desaprobación era suficiente. La voz de Denver Tompkins volvió a su encuentro. «Una india hará todo lo que le diga su hombre.»

Jake sintió que se mareaba. Ella se había entregado como un felpudo a que caminasen sobre ella, y él le había hundido su orgullo en el polvo con la suela de la bota. Le soltó las muñecas y volvió a colocarse en la silla.

—Lo siento, Índigo. Puedes ponerte la camisa.

Ella se pasó el brazo por encima del pecho y se inclinó para recoger la blusa con la mano inmóvil. La mirada de Jake se detuvo en la herida de cuchillo de su antebrazo derecho. No tenía nada que ver con Mary Beth; había sido un imbécil al compararlas.

Se pegó el ante al pecho.

—Si has terminado, ¿puedo irme a la habitación?

¿Si había terminado? Jake se encogió. Estaba seguro de que ya había hecho todo el daño que podía hacer. Había terminado, desde luego.

Capítulo 14

Cuando Jake le dio permiso, Índigo se dio la vuelta y huyó de la cocina. Al llegar a la oscura habitación, sus pies se detuvieron, y se volvió para mirar las paredes sombrías, sintiéndose como un animal atrapado. «¿De broma?» Se llevó la mano a la boca y contuvo el pánico. Estaba jugando con ella; no había otra explicación. Estar casada con él iba a ser peor de lo que había imaginado.

Con las piernas temblorosas, se metió en la cama. Cerró los ojos con fuerza y se obligó a dejar la mente en blanco. Era eso o gritar, y no iba a darle esa satisfacción...

Después de insultarse todo lo que pudo, Jake tomó impulso para incorporarse, cogió la lámpara y caminó por la casa. Encontró a Índigo echada en la cama, con la cara contra la almohada. Dejó la lámpara en la mesilla, luego se sentó a su lado y le puso la mano en la espalda.

—Índigo, por favor, no llores.

Ella se volvió con un semblante afligido pero exento de lágrimas.

—No estoy llorando.

Jake miró hacia la pared.

—Te debo una disculpa. Nunca quise ridiculizarte. Creí... bueno, lo entendí mal, y lo siento.

Su voz sonó tan rígida y formal, tan alejada de lo que sentía, que quiso gemir. Arrastró su mirada de nuevo hacia ella. Volvía a tener la cara contra la almohada. De su trenza escapaban mechones de cabello leonado que le caían como hilos de cobre fundido sobre la sedosa nuca.

—Está bien —dijo con voz ahogada.

No estaba bien. Estaba terriblemente enfadada, y él la había llevado deliberadamente a ese extremo, sin imaginar jamás que su educación le prohibiría responder. La responsabilidad que tenía para con ella era abrumadora ¿Se le había otorgado el gobierno absoluto sobre su vida? La mitad de las veces ni siquiera entendía a aquella muchacha.

—Me he comportado como un imbécil, y no está bien. —Deslizó las yemas de sus dedos por encima del ante de la blusa y jugó suavemente con los tentadores rizos que le caían sobre la nuca—. ¿Sabes? Yo creía...

Sintió que ella se encogía ante su tacto y se dio cuenta de hasta qué punto le despreciaba. Suspiró y apartó la mano. No la culpaba.

Se apoyó hacia atrás sobre un brazo para poder verla de perfil.

—Índigo, ¿podrías mirarme?

Ella volvió la cabeza y fijó en él sus ofendidos ojos azules.

—No me lo merezco, pero ¿podrías encontrar en tu corazón la forma de perdonarme e intentar olvidar que he hecho algo tan despreciable?

Su expresión le dijo sin palabras que no encontraba ni una sola razón por la que hacerlo. Jake tuvo que aceptarlo.

—Sé que no hay excusa, pero yo tengo una hermana... Mary Beth. Me recuerdas mucho a ella. No físicamente, sino en el carácter. Y ella...

Con la mirada fija en esas gigantes esferas azules, Jake siguió hablando, sin apenas oír lo que él mismo decía, esperando y suplicando poder hacerla entrar en razón. Le habló de su hermana y de sus famosas luchas de voluntad. Cuando se quedó callado, algo de aquel dolor se había borrado de su cara.

—¿De verdad rompió toda la vajilla? ¿Y tú qué hiciste?

Jake alisó un mechón de cabello que le caía por la mejilla.

—Escondí el jarrón chino y le grité que parase, ¿qué más podía hacer?

—¿Y dónde coméis ahora en tu casa?

El estómago de Jake se contrajo. Se le había olvidado por un momento que se hacía pasar por un hombre con medios limitados. Gracias a Dios ella no parecía saber lo caro que podía llegar a ser un jarrón chino.

—Tuvimos que comprar más vajilla. De todas formas, volviendo al motivo por el que te hablo de ella, cuando Mary Beth quiere algo, es capaz de hacer casi cualquier cosa para convencerme, incluso artimañas, con el fin de conseguirlo. A veces, no me habla durante días, y eso me saca de quicio. Creí... cuando tú...

—Creíste que estaba haciendo lo mismo —terminó ella.

Jake asintió, sintiéndose todavía un poco mareado al recordar cómo ella le había mirado en la cocina.

—Cuando te pedí que te desvistieras, nunca imaginé que lo harías. Creí que pondrías pies en polvorosa y saldrías corriendo.

—¿Y adónde me iría? —preguntó con un hilo de voz apagado.

La pregunta le partió el corazón. Ella no tenía adónde ir, pensó. Tierra de Lobos era el único mundo que conocía.

—No volveré a pedirte algo así nunca más —prometió.

—¿Que me desvista, dices?

Odiaba defraudar el destello de esperanza que vio en sus ojos.

—No te pediré que te humilles —corrigió—, ¿me perdonas?

Sus ojos se suavizaron en un azul nublado.

—Sí, te perdono por obligarme a que me quitara la camisa.

Él percibió un matiz de condición al final de la frase.

—Pero no me perdonas por obligarte a que te quedes en casa.

Ella no contestó. Jake miró hacia otro lado.

—Ojalá pudiese cambiar de opinión, Índigo, pero no puedo. Siento que mi decisión te haya puesto tan triste y enfadada.

—Ahora no estoy enfadada. —Sus ojos se cerraron—. Solo vacía.

Dios, se sentía como un maldito cabrón. Lo más horrible es que no había querido serlo. Quería tomarla entre sus brazos y tranquilizarla. Pero tras su desencuentro en la

cocina, no quería hacer nada que ella pudiera malinterpretar.

Se sentó, se deslizó hacia atrás en la cama, y se apoyó de lado en la cabecera. Acariciando la parte de almohada que tenía a su lado dijo:

—¿Por qué no vienes y te sientas junto a mí? Quizá si hablamos, podemos llegar a alguna solución para que te sientas menos vacía, ¿de acuerdo?

Ella se incorporó sobre los codos y miró hacia el lugar que había junto a él.

—Vamos —insistió con delicadeza—, prometo no morderte.

No muy entusiasmada, se alzó sobre sus rodillas y gateó por la cama. Cuando se colocó a su lado, Jake le pasó el brazo por los hombros. Al tocarla, sintió la rigidez temblorosa de su cuerpo, y se dio cuenta de que lo último que quería era estar cerca de él.

Una horrible sospecha se le vino a la mente. «¿Es eso lo que deseas?» Bajando la barbilla, miró su cabeza inclinada. Decidió que necesitaba saber con exactitud qué es lo que pensaba de él, antes de ir más lejos.

Tocando con suavidad un pequeño rizo de su sien, le dijo:

—¿Sabes? Me encanta cuando te haces una trenza. Pero creo que me gusta más cuando llevas el pelo suelto.

Ella levantó las manos y empezó a quitarse las horquillas.

Acongojado, Jake la vio soltarse la trenza y peinarse el pelo con los dedos. Los sedosos mechones se derramaron sobre su brazo, después sobre su regazo. Se odiaba por lo que estaba a punto de hacer. Pero, maldita sea, tenía que saberlo.

—No quería decir que te la quitases ahora mismo, Índigo.

Ella se apartó el pelo de los ojos para mirarlo. Jake nunca había notado tanto como ahora la mezcla de los rasgos de sus padres, la belleza frágil de su madre, la orgullosa majestuosidad de su padre, todo ello moldeado para crear una cara tan atractiva como adorable. Índigo, una desconcertante combinación de orgullo y humildad, fuerza y fragilidad. Nunca la entendería.

A Jake le dolió la confusión que vio en sus ojos. Entonces, apartó la cara y empezó a recogerse el pelo para hacer una nueva trenza. Iba a tomarle por un indeciso, pero, al menos así, obtendría la respuesta.

Apoyó la cabeza contra la pared y miró al techo.

—Ahora que te lo has soltado, déjalo así, Índigo —le dijo con voz grave.

Con el rabillo del ojo, la vio dejar las horquillas a un lado y posar las manos en el regazo. Silencio. En ese momento, Jake lo agradeció. La magnitud de lo que acababa de descubrir le resultaba casi sobrecogedora. Dios, seguro que ella se había rebelado contra el matrimonio. Desde el primer día que la conoció, había tres cosas que le llamaban la atención de ella: su lado salvaje, su fiero orgullo y su fidelidad a las creencias de su padre. Ahora, a sus ojos, se había convertido en la propiedad de un hombre blanco.

Jake volvió la vista atrás, tratando de recordar un momento en que hubiese visto a Cazador dar una orden. Las únicas veces que Jake lo había presenciado habían sido la

noche anterior: una, cuando levantó la mano para hacer callar a su esposa; y la segunda, cuando reprobó severamente a Índigo por atreverse a quejarse por la boda. «¿Me estás desobedeciendo, Índigo?» Jake cerró los ojos al recordar su trémula respuesta. «No, padre mío; jamás te desobedeceré.»

Ahora la suprema autoridad que Cazador había ejercido sobre su hija le había sido entregada a Jake.

Lentamente, esta realidad le provocó un terrible malestar. No es que no creyese que el cabeza de familia debía tener autoridad. Lo creía. Pero le producía náuseas pensar que todos sus deseos se habían convertido en órdenes para Índigo. Si él seguía pidiéndolo, ¿cuánto tiempo seguiría ella sentada en silencio a su lado, trenzándose y destrenzándose el pelo? Jake tenía el presentimiento de que lo haría toda la noche. El hecho de que tuviese o no sentido parecía carecer de importancia.

Él no estaba hecho para aceptar eso. Le aterrorizaba pensar que Índigo se tomaría todo lo que dijese de manera literal y lo obedecería sin rechistar. En un ataque de ira, podría decirle que fuese a meter la cabeza en el abrevadero del caballo o que se ahogase en el arroyo. De donde él venía, la gente decía ese tipo de cosas. La reacción de Mary Beth era sacar la lengua o despreciarlo. Jake ni se acordaba de las veces que había amenazado con estrangularla. Índigo se tomaría en serio una amenaza así.

Le dieron unas ganas irrefrenables de echarse a reír. Toda la situación era absurda, si se paraba a pensarlo. En un hogar blanco donde la autoridad se cuestionaba a menudo, no había duda de quién era el jefe porque, en diferentes grados, gritaba, amenazaba, y a veces incluso recurría a la fuerza física para hacer que se cumpliesen sus órdenes. En la casa de Cazador, donde su autoridad era absoluta, nadie podría decir quién gobernaba porque este apenas sentía necesidad de afirmarse.

Jake pensó que era un buen modo de vida. Todo el mundo en casa de Cazador parecía feliz, más que la mayoría. El único problema era que él no estaba seguro de poder seguir los pasos de su suegro. Nunca había tenido la necesidad de medir cada una de sus palabras antes de pronunciarlas. Nunca nadie se había doblegado a él, cumpliendo hasta su mínimo deseo. Le asustaba tener ese tipo de poder sobre alguien.

Aunque también era tentador.

Por primera vez en su vida, Jake se vio frente a frente con el lado oscuro de su naturaleza. ¿Qué hombre no había albergado alguna vez el secreto anhelo de tener a una adorable criatura a su entera disposición, medio esclava, medio seductora, para satisfacer cada uno de sus antojos? En muchos casos, la fantasía quedaba ahí y era absolutamente inofensiva. Solo que, para Jake, se había hecho realidad.

Tenía abrazada a una hermosa, dulce e inocente muchacha que haría cualquier cosa que le pidiese. Incluso ahora, permanecía sentada en silencio, esperando a que hablase. Se le vinieron a la mente tentadoras imágenes de Índigo arrodillada ante él, gloriosamente desnuda, su pelo cayendo como una cortina cobriza en torno a la cara mientras se inclinaba para dejarle lamer sus pechos.

Jake le pasó la mano por el hombro hasta la sedosa curva del cuello. Frotando

distraídamente los nudillos a lo largo de las vértebras del cuello, la imaginó tumbada ante él, levantando las caderas y abriéndose para dejar que él saborease su almibarada humedad. Su pulso se aceleró, presionó con el dedo la parte baja de su frágil mandíbula para dirigir su cara hacia la de él.

Tenía sus labios oscuros a unos centímetros de los suyos, y su respiración era tan cálida y dulce que pensó que no iba a poder resistirse a besarla. Era suya. Ni siquiera Dios lo condenaría. No solo no tenía que esperar, podía pedirle cualquier cosa que quisiera.

Era un pensamiento poderoso y embriagador. «¿Es ese tu deseo?» Por el amor de Dios, no sería humano si no sintiese la tentación. Tragó saliva y apartó de sí la imagen. Quizás era humano sentirse tentado, pero, si iba más allá, sería el maldito cabrón más cruel del mundo.

Ella le miró, y el azul de vidrio opalino de sus ojos se oscureció hasta volverse plateado. Otra vez el miedo. Todo esto podía ser una revelación para él, pensó, pero no para Índigo. Ella había llegado a este matrimonio sabiendo que sería empujada a una vida entera de servidumbre. Probablemente la noche pasada, sin ir más lejos, había valorado las posibilidades y aceptado que su destino dependía por entero de él. ¿Era extraño que se sobresaltase cuando él se le acercaba?

Jake sintió como si alguien le apretara el cuello.

—Íbamos a hablar de formas de hacerte sentir un poco menos vacía.

—El sentimiento se irá —respondió ella en voz baja—. Con el tiempo, me acostumbraré.

El dolor se apoderó de Jake, junto con una insólita ternura. No podía calificar aquella emoción y no quería perder tiempo en analizarla ahora. De momento, tenía suficiente con ocuparse del feroz sentimiento de protección que brotaba de él. Ella le parecía más vulnerable que ninguna otra persona que hubiese conocido, completa e irrevocablemente vulnerable, un valioso regalo que su padre le había otorgado bajo la forma de matrimonio. Jake sabía que Cazador la quería, lo que significaba que la había entregado en un acto de fe. Aunque fuese lo último que hiciera, quería demostrar que estaba a la altura de esa confianza.

—Supongo que, con el tiempo, los dos nos acostumbraremos, Índigo —le dijo Jake delicadamente—. Pero no tiene sentido que seas más infeliz de lo necesario, ¿verdad? En las últimas veinticuatro horas has perdido varias cosas. Creo que podremos suavizar tu sentimiento de pérdida buscando algunos sustitutos.

Aunque todavía presionaba con la punta del dedo la parte de abajo de su mandíbula, ella apartó la cara. Jake le puso los dedos en torno al cuello, sin apretar, atento al pulso de su garganta.

Con voz tensa, ella susurró.

—Hay cosas que no pueden reemplazarse.

—Cierto. No puedo devolverte a *Lobo*.

—No.

—Pero creo que sí puedo hacer algunas otras cosas.

Alzó hacia él unos ojos llenos de curiosidad.

—¿Qué cosas?

Jake sonrió.

—Sé que te hace verdaderamente infeliz no poder ir al bosque. Creo que no va a ser lo mismo si te acompaño, pero podría salir de la mina con tiempo suficiente para llevarte a caminar.

—¿Sí?

—Desde luego.

Ella no parecía entusiasmada.

—Eso estaría bien, Jake. Gracias.

No iba a rendirse antes de tiempo.

—Y hasta que puedas volver a la mina, me haría feliz sentarme junto a ti en el riachuelo mientras lavas el oro. ¿Eso serviría?

Sus ojos recobraron algo de brillo, y casi sonrió.

—Sí, eso ayudaría mucho.

Jake se detuvo un momento, manteniendo la emoción del momento.

—Sé que, probablemente, también estarás preocupada por la carne para *Mellado*, porque te he prohibido ir a cazar al bosque. Hasta que puedas volver a esa actividad, te prometo mantener el almacén de ahumados lleno de carne fresca. Eso significa que tendrás que renunciar a pasear una noche por semana, pero, si sales los otros días, quizá no te importe mucho.

Giró bruscamente la cabeza, y clavó en él sus ojos atónitos.

—¿*Mellado*? Pero dijiste que no...

Jake le pasó un dedo por los labios.

—Ya sé lo que dije. El problema es que no dije exactamente lo que quería decir. No desapruébo realmente que des de comer a tu puma. Solo me preocupa. —Y se encogió de hombros—. Tampoco me voy a morir por preocuparme un poco.

—¿Quieres decir que me dejas darle de comer?

—Nunca quise que no lo hicieras, Índigo. Fue todo un malentendido. De ahora en adelante, intentaré con todas mis fuerzas no decir cosas que no...

Sus palabras quedaron interrumpidas por el impacto del pequeño cuerpo contra su pecho. A Jake le cogió tan desprevenido que por poco pierde el equilibrio. Ella le rodeó el cuello con un fuerte abrazo.

—¡Ah, Jake! Gracias. Llevo todo el día tan triste por *Mellado*. ¡Gracias!

Por un instante, Jake no supo qué hacer con las manos. No quería incomodarla. Pero su fuerza de voluntad solo podía resistir una fantasía al día, y esta le tentaba mucho más que la anterior... Tener a Índigo, receptiva y dispuesta, en sus brazos... Hundiendo la cara en su sedoso pelo, Jake cedió al instinto y la abrazó.

En claro contraste con la anterior, esta fantasía, en lugar de hacerle sentir oscuro y horrible, le pareció brillante. También corta. En el espacio de un latido, sintió cómo

se ponía tensa, y él aflojó el abrazo para dejarla apartarse un poco. Trató de no reírse al verle la cara. Su expresión le decía que no sabía en absoluto cómo había llegado a ese punto y que todavía sabía menos cómo salir de ahí.

Resuelto a resolver la situación lo más fácil posible, Jake solucionó el dilema retrocediendo él en primer lugar. Algún día, pronto, sería quizá ella quien acudiría a sus brazos para quedarse. Sujetándole la barbilla, se inclinó hacia delante para mirarla a los ojos.

—Vamos a limpiar la cocina y luego podrás ir a dar de comer a ese maldito gato para que no tenga a tus padres en pie toda la noche.

Una humedad que se parecía sospechosamente a las lágrimas le brilló en los ojos. Luego empezó a agitarse. Jake se preguntó qué habría hecho esta vez, pero, antes de que pudiera decir nada, ella murmuró:

—Topper tenía razón. No le dijiste todas esas cosas de mí a Denver, ¿verdad?

Su corazón se paró, luego corrió desbocado.

—¿Qué cosas?

Las lágrimas se le acumulaban tras las pestañas y rodaban por sus mejillas.

—Cariño, ¿qué cosas? —preguntó de nuevo Jake.

Ella sacudió levemente la cabeza.

—No importa. Me basta con saber que Topper tenía razón y que no las dijiste. No honraré las mentiras repitiéndolas.

Jake sabía por sus lágrimas que, fuera lo que fuera lo que hubiese dicho Denver, le había hecho daño, y mucho.

—Índigo, Shorty oyó todas y cada una de las palabras que intercambiamos Denver y yo esta mañana. Si tienes alguna duda, solo tienes que ir a preguntarle. O a mí, si confías en mi palabra.

Ella se restregó las mejillas para secarlas y sacudió la cabeza.

—No tengo ninguna pregunta. Ya no.

Jake no podía dejarlo pasar, no si aquello había hecho brotar lágrimas de los ojos de una muchacha orgullosa que jamás lloraba.

—¿Qué dijo, Índigo? ¿Te importaría contármelo?

Ella le miró, herida, y su cara se puso colorada. Apretó los puños.

Jake suspiró.

—Cielo, si es tan difícil de decir, déjalo.

Ella sacudió la cabeza.

—Dijo que, cuando te cansases de mí, que... —Se mordió el labio inferior y apretó los dientes—. Dijo que me iba a tocar dar mucha diversión para devolverte el dinero que le pagaste a mi padre por casarte conmigo y que él iba a verme mucho. —Tomó aire, luego lo expulsó con un pequeño sollozo.

—¡Jesús! —Jake estaba escandalizado—. Índigo, ¿por qué no viniste a decírmelo?

Sus ojos se encontraron.

—Yo, esto... —Levantó las manos en un gesto mudo.

Jake se esforzaba por respirar pese al nudo que tenía en la garganta.

—¿Creíste que podía ser verdad?

Ella se quedó mirándole un momento, y al final asintió.

—¿Estás enfadado? —le preguntó con voz temblorosa.

Él gruñó.

—No, Índigo; no contigo.

Agarrándola por la cintura, se separó de la cama y se incorporó, arrastrándola consigo. La cogió con fuerza, apoyando los puños en su pelo y haciendo que su cabeza se inclinase hacia atrás.

Con voz entrecortada, susurró:

—Te voy a prometer dos cosas. Quiero que me escuches atentamente y que nunca las olvides. ¿De acuerdo?

Desconfiada aún, pareció sopesarlo y al final asintió.

—Lo primero es que yo acepté felizmente pagar el precio de la novia porque quería honrar las costumbres de tu padre. Me importa un bledo el dinero. No pensé que te estuviera comprando entonces, ni lo pienso ahora, ni lo pensaré nunca. ¿Está claro?

—Sí.

—Lo segundo que te prometo es que, si algún hombre aparte de mí te toca, será por encima de mi cadáver. No hay dinero en el mundo que me pueda hacer cambiar de opinión. No quiero que ese pensamiento se te pase por la cabeza siquiera. Sé que ocurren este tipo de cosas. Quizá suceden a menudo. Pero a ti no te va a pasar. Jamás. ¿Lo entiendes?

Ella asintió, llorosa. Jake apretó su cara contra su pecho y se balanceó con ella durante un rato, temblando.

—Si alguien te vuelve a decir una cosa así de despreciable, quiero que me lo digas inmediatamente. ¿Lo vas a hacer?

—Sí —contestó con voz ahogada.

Jake cerró los ojos con fuerza, pensando en todas las horas que ella había llevado dentro esas oscuras sospechas. Le había jurado una cosa a Denver Tompkins, y él era un hombre de palabra. Iba a secar las lágrimas de Índigo con su pellejo y luego le iba a pegar un tiro.

Capítulo 15

Fiel a sus promesas, Jake intentó hacer más llevaderas sus restricciones a las actividades de Índigo. Al día siguiente, fue a cazar y volvió con dos ciervos para que tuviese carne. Además, aunque era casi de noche y llovía, insistió en llevarla de paseo, y a partir de entonces lo hizo todas las noches, siempre insistiendo en que no tenía tanta hambre como para no poder esperar a cenar al anochecer.

Sus esfuerzos no pasaron inadvertidos. Aunque todavía estaba insegura y nerviosa en presencia de Jake, Índigo sabía que él intentaba por todos los medios hacerla feliz. En respuesta, ella hacía todo lo posible por ocultar hasta qué punto se sentía verdaderamente triste.

El disimulo no calmaba su tristeza. Limpiar la casa de la tía Amy le llevaba solo un par de horas cada mañana. No tenía que hornear, porque su madre, acostumbrada a dar de comer a una familia, siempre hacía de más y se lo daba para que se lo llevase a casa. En consecuencia, Índigo se levantaba por la mañana, caminaba con Jake a casa de sus padres para dar de comer a los animales, volvía al hogar para hacer sus tareas, y luego se pasaba el resto del día escuchando el tictac del reloj. La única variación en el horario se daba cuando llevaba a la cocina el barreño para bañarse, lo que era necesario si no quería asearse por la noche, cuando Jake estaba presente.

En contraste con los días, que eran aburridos y largos, las noches pasaban corriendo como caballos compitiendo por llegar a la meta. Índigo tenía la impresión de que, en cuanto Jake la recogiera para dar el paseo y luego se tomara la cena, se vería tumbada a su lado en la cama, convencida de que esa sería la noche en que él decidiría hacer valer sus derechos conyugales. Si él movía un músculo, a ella le daba un vuelco el corazón. Cuando la estrechaba entre sus brazos, se quedaba allí tumbada, sin respiración y medio mareada, esperando que su suave tacto se volviese exigente y ávido.

Tras cuatro noches de espera desagradable, Índigo empezó a querer que él lo hiciese y terminase todo de una vez. Cualquier cosa sería mejor que estar noche tras noche ahí tumbada, sabiendo que él la deseaba y preguntándose, medio histérica, cuándo tenía pensado tomarla.

Se preparó lo mejor que pudo. Hasta ahora, él no se había dado cuenta de que había vuelto a poner la piedra bajo el colchón, esta vez a la altura de los pies, para que no la notase. Aunque tenía poco apetito, se estaba obligando a tomar al menos una ración de carne roja al día. Confiaba en que, cuando le hubiese hecho una vez el amor, se habría terminado. Después esperaba que se fuese al Lucky Nugget a buscar placer, como obviamente hacían muchos otros hombres. No es que les desease ningún mal a Franny y May.

Al quinto día de matrimonio, el padre O'Grady se disponía a marcharse tras

escuchar las confesiones finales, entre ellas la de Índigo, y dar una última misa. Al concluir el servicio y la comida, el sacerdote anunció que tenía que despedirse de varios parroquianos y se marchó. Cuando se fue, Índigo puso agua al fuego y empezó a ayudar a su madre a recoger la mesa.

—Si te quieres ir, yo puedo ir recogéndolo —propuso Loretta.

Índigo sacudió la cabeza.

—Me alegro de tener algo que hacer, madre... Sentada en casa, las tardes parecen interminables.

Loretta suspiró.

—Los primeros meses de la monótona vida de casada son siempre difíciles. Nunca podré olvidar cómo me sentí cuando tu padre acabó por fin de construir esta casa y empezó a irse a la mina todas las mañanas. Parecía que el mundo entero se detenía.

Índigo se restregó el jabón entre las manos para hacer espuma en el agua de fregar. Trató de visualizar a su madre escuchando el tictac del reloj. Tal y como ella la recordaba, su madre siempre había sido un alegre torbellino de actividad.

—Creo que me acostumbraré con el tiempo.

Loretta suspiró.

—Supongo. Ahora que recuerdo, yo ya tenía a Chase por aquel entonces, y te estaba esperando a ti, así que encontré muchas cosas con las que entretenerme cuando tu padre no estaba.

—Como he dicho, me acostumbraré.

Loretta suspiró otra vez, e Índigo estuvo a punto de sonreír. Cuando reflexionaba sobre un problema, su madre siempre tenía una forma de suspirar casi musical, un sonido estridente que desembocaba lentamente en el silencio.

—Lo que necesitas son algunos proyectos, como tejer o hacer encajes.

Índigo sonrió.

—Podría tejer un carcaj para mis flechas.

Loretta soltó una risita.

—O un jersey para tu esposo.

Índigo visualizó los anchos hombros de Jake.

—Madre, estaría tejiendo un año. Además, sabes que siempre se me sueltan los puntos. Se desharía al primer golpe de viento.

Loretta se rio.

—Podrías hacerte algo para ti.

—¡Dios me libre! Preferiría que se le deshiciese a él y no a mí. Bastantes problemas tengo ya bañándome a escondidas antes de que llegue a casa.

El sonrojo trepó por las mejillas de Loretta, que se concentró en secar la vajilla. A Índigo se le secó la boca. Ahí estaba otra vez, el tabú secreto.

—¿Y por qué no cosas? —preguntó Loretta—. Te puedo prestar mi máquina. El señor Hamstead tiene una fabulosa selección de tejidos.

—¿Qué podría coser?

Loretta lo pensó un instante; luego dijo visiblemente animada:

—¡Vestidos! Pronto necesitarás tener un vestuario.

Índigo se detuvo.

—¿Para qué?

—Bueno, para tu nueva vida, Índigo. Te marcharás pronto. —Los ojos azules de Loretta se llenaron de dolor. Sonrió débilmente—. Caramba, qué envidia nos va a dar a las mujeres de Tierra de Lobos. Verás sitios nuevos y cosas apasionantes. Cuando vuelvas de visita, estaremos pendientes de todas tus palabras.

—Parece que tienes ganas de que me vaya.

Loretta parpadeó.

—No seas tonta. Solo soy realista y trato de prepararme. Jake nunca ocultó el hecho de que aquí estaba solo de paso. Antes de que nos demos cuenta, estará insistiendo para irse.

Índigo sintió que las piernas se le convertían en agua.

—¡Ay, cariño! —canturreó Loretta—. No te pongas triste. Te encantará tu nueva vida. ¿O acaso no te ha tratado bien Jake hasta ahora?

—Sí.

—Bueno, entonces... —Loretta dejó un montón de platos en el estante—. Estoy segura de que siempre se portará bien contigo.

Índigo no podía evitar preguntarse por qué su madre era tan poco comprensiva con la situación. Se preguntaba si su padre le habría prohibido hablar en contra del matrimonio.

Loretta se restregó laboriosamente con la toalla, entonces levantó el platillo que estaba secando y estudió su propio reflejo en el fondo brillante.

—Jake es un hombre bueno, fuerte y guapo, y parece fácil llevarse bien con él. Cualquiera chica estaría encantada de casarse con él.

Índigo se quedó mirando el agua espumosa de lavar. Con dedos trémulos, agarró una burbuja y la hizo estallar.

—No soy cualquier chica, y este matrimonio ha arruinado mi vida.

Loretta cogió otro platillo.

—Lo hecho hecho está, Índigo. Intenta sacar lo mejor. Es hora de que te olvides de tus sueños infantiles y afrontes la vida no como quieres que sea, sino como es. Deja de luchar contra lo que no puedes cambiar. Solo te partirá el corazón.

—¿Crees que este matrimonio no me va a partir el corazón? Dices que no luche contra lo que no puedo cambiar, como si me comportase de manera inmadura. Bueno, te voy a decir una cosa, madre. Hace mucho tiempo que he afrontado las cosas que no podía cambiar. Ahora me estás pidiendo que sea algo que no puedo ser.

Loretta la miró con ojos tristes.

—Deberías intentar sacar lo mejor de esto y prepararte para ser una buena esposa.

—Puedo intentar hasta el día de mi muerte ser el tipo de mujer que querría un

hombre blanco. —Índigo tomó la mano de su madre—. Mira mi piel al lado de la tuya.

Loretta apretó los dedos de Índigo.

—Tu piel es hermosa. Si te preocupa ser más oscura que la mayoría, intenta lavarte la cara y las manos con agua de limón. He oído que blanquea los efectos del sol. A lo mejor funciona.

Índigo se volvió hacia la vajilla.

—Esto no lo ha hecho el sol.

—¿Te avergüenzas de ello? —preguntó Loretta.

La pregunta hizo que Índigo sintiese que se le cortaba la respiración.

—Estoy orgullosa de lo que soy, ya lo sabes.

—Entonces actúa en consecuencia —respondió Loretta firmemente—. Sé la hermosa muchacha que eres. Deja de esconderte detrás del ante manchado y de ese horrible sombrero viejo. Tus faldas de piel y tus vestidos están bien para Tierra de Lobos, pero no sirven para los sitios donde las señoritas van adornadas con vuelos y volantes.

¿Escondarse? ¿Su madre creía que se estaba escondiendo? Sintiéndose extrañamente desorientada, Índigo recompuso sus pensamientos y trató de concentrarse en la conversación. ¿Vuelos y volantes? En sus fantasías sobre el mundo que existía más allá de las montañas, no había pensado que tuviera que llevar ese tipo de vestimenta.

Consiguió terminar con la vajilla, mientras su madre cotorreaba sobre los patrones que había visto en el bazar de Harper y lo bien que le quedaría esta o aquella pieza de tela. Índigo volvió a casa con imágenes de corsés y enaguas y limones flotándole por la cabeza.

Agotada, se arrodilló junto a la cama para empezar la penitencia que le había impuesto el padre O'Grady en la confesión: tres rosarios. Sintió que era más que justo, y tenía la firme intención de rezar una ronda extra de avemarías por si acaso, solo por si al Dios de su madre se le daba bien dividir. A veces, el padre O'Grady era demasiado indulgente. Tres rosarios entraban cinco veces en diecisiete mentiras, y quedaban dos fuera. Quería asegurarse de que no se dejaba manchas en su alma. Las mentiras eran pecados mortales, y el padre decía que mentir a un marido era probablemente lo peor que se podía hacer.

Dos horas más tarde, el dolor del pecho de Índigo rivalizaba con el de sus rodillas. Tres rosarios suponían una carga potente de rezo, especialmente si se olvidaba constantemente de por dónde iba y tenía que volver a empezar. Vestidos. Señoritas adornadas con vuelos y volantes. Agua de limón. Su garganta se tensó, y las lágrimas inundaron sus ojos. Sentía mentirle a Jake, de verdad que lo sentía, y, si no hacía su penitencia, sabía que sería condenada a perpetuidad ¿Pero qué diferencia había? Ir al Infierno no podía ser peor que el castigo en que se había convertido su vida.

El rosario le resbaló de entre las manos, y clavó los puños en la cama. La suave colcha le hizo pensar en el pelaje de *Lobo*. Hundió la cara en ella y se echó a llorar, torturada por las imágenes de hacía unos días, cuando trotaba junto a ella por los bosques. Incluyó el cuerpo sobre el borde del colchón. Sentía un centenar de cuchillos clavándosele en las entrañas.

Un profundo anhelo se apoderó de ella, no solo por el lobo, sino por todo lo que representaba. Imaginó las sombras de los bosques y casi pudo oír el susurro del viento ¿Cómo iba a vivir el resto de su vida confinada? ¿Cómo soportaría mes tras mes no oír el canto de su corazón, o no sentir la brisa en la piel? ¿Por qué... por qué le había hecho esto su padre? Él entendía mejor que nadie su amor por lo salvaje y su aversión al encierro. ¿Por qué le había hecho casarse con un hombre blanco que nunca podría comprender lo que sentía?

Se incorporó, llevada por una necesidad primaria. La cara de Jake era una imagen borrosa. Las órdenes de que se quedara en la casa se habían convertido en susurros sin sentido. Lo único que parecía real era su hambre de ser abrazada por aquellas cosas que le eran familiares y amadas.

Solo una última vez...

Jake levantó la vista desde la presa para divisar al padre O'Grady. El barro tiznaba la sotana del sacerdote, y sus mejillas regordetas estaban coloradas por el esfuerzo de la empinada subida. Consciente de que un hombre en las condiciones físicas del párroco jamás se embarcaría en una caminata tan dura, lo primero que pensó Jake es que había pasado algo terrible.

—¿Índigo está bien?

Esforzándose por respirar, el sacerdote asintió.

—¿Cazador ha empeorado? —Jake se quitaba los guantes.

—Nadie ha sufrido ningún daño, Jake, amigo mío, pero hay algunas cosas importantes que quisiera hablar con usted. —Con la mano agarrada al pecho, el sacerdote jadeaba—. Hoy me voy, ¿sabe? Así que le agradecería que me prestase un minuto de su tiempo. En privado, si puede ser.

Jake señaló hacia los bosques de alrededor.

—Tenemos toda la montaña a nuestra disposición.

Todavía sin respiración, el sacerdote afirmó:

—Siempre que me lleve montaña abajo, muchacho, y no hacia arriba...

Jake llevó al párroco a un pequeño claro adonde solía escaparse para tomar el almuerzo. Consciente de la tendencia de este a levantar la voz, Jake consideró que el lugar estaba lo suficientemente lejos de la mina como para asegurarles cierta intimidad. Con un débil suspiro, el sacerdote se desplomó sobre el tronco caído donde normalmente se sentaba Jake. Este, aunque seguía preocupado por lo que podía haber pasado, evitó presionar en busca de respuestas hasta que el hombre, mayor que él,

recuperase el aliento.

Al final, habló:

—No es mi costumbre romper un secreto, compréndalo, y jamás divulgaría una palabra que se me haya dicho durante una confesión.

Jake asintió, cada vez más perplejo ante la situación.

El sacerdote le lanzó una mirada afligida.

—Sin embargo, en este caso he recibido información durante una conversación y, aunque básicamente es traicionar la confianza, siento que no puedo hacer otra cosa. Cazador está postrado en la cama. Su hijo y Antílope se han ido. No hay nadie más que yo para llamarle la atención.

—¿Llamarme la atención?

El sacerdote hinchó el pecho y clavó sus fieros ojos azules en Jake.

—De verdad que espero evitar la agresividad, muchacho, pero no deje que mi edad y mi cuello le engañen; yo fui un buen boxeador. Y si me toca las narices, todavía puedo darle un par de ganchos.

Jake levantó una ceja.

—Padre, ¿me está amenazando con patearme el culo?

—¿Qué dices?

Jake se acercó y tronó:

—¿Me está amenazando con patearme el culo?

El sacerdote se echó un poco hacia atrás.

—No me va a achantar metiéndose conmigo. Si la única forma de arreglarlo es con los puños, así será. Seguramente, Dios vencerá.

Jake no podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Qué he hecho?

O'Grady entornó los ojos.

—Eso es lo que quiero descubrir. La mocita vino a mí muy angustiada, ¡sí señor! Y le exijo que mire lo que hace. No está bien que un hombre de su tamaño sea tan duro con una niña indefensa.

Jake digirió aquello. En voz alta, contestó:

—No puedo estar más de acuerdo. ¿Le importaría decirme en qué he sido duro?

El sacerdote adelantó el mentón.

—Como señorita educada que es, se sonrojó y no lo dijo. Pero estoy seguro de que usted lo sabe. Después de todo, es la causa de su caída en desgracia.

Jake se concentró en la revelación de que su mujer había caído en desgracia. A su juicio, había sido una caída larga.

—¿Dijo que había sido duro con ella?

—No hizo falta. Tengo intuición para los problemas después de todos estos años. Cuando una muchacha que ha confesado mentir media docena de veces en toda su vida me dice que ha mentido a su esposo diecisiete veces en cinco días escasos, me hago preguntas.

Ante eso, las cejas de Jake se alzaron.

—¿Diecisiete veces? ¿Me ha mentado diecisiete veces? Eso es...

—Tres o cuatro veces al día —terminó el sacerdote.

Jake miró al párroco cada vez más alarmado.

—¿Ha estado escapándose a los bosques mientras trabajaba? Si es así, padre, debería decírmelo. Podría resultar herida.

Un sonrojo de enfado se asomó al cuello del padre O'Grady.

—¿Cree de verdad que una muchacha que ha mentado seis veces en toda su vida le desobedecería? —El acento irlandés del sacerdote se hizo más evidente—. Hombre, es usted un ciego y un obstinado, señor Rand, si no sabe lo dulce que es esa niña. ¡Escaparse a los bosques! Nunca haría algo así.

—¿Sobre qué me mintió entonces?

—¡Eso es lo que me preocupa!

—Ya veo que está preocupado, padre, y ahora yo también. ¿Podría explicarse?

—Lo haré. Déjeme que lo haga a mi manera. No es fácil, ¿entiende? Después de nuestra conversación, la moza se confesó. Estoy tratando una cosa delicada. Debo medir mis palabras. Antes de empezar, necesito que me dé su palabra de que no va a castigar a la niña por lo que me ha dicho.

Jake golpeó los guantes contra sus vaqueros.

—¿Cómo demonios voy a prometer eso? Depende de lo que haya hecho.

—No me preocupa lo que ha hecho ella. Y por favor, deja esos guantes. Parece que está preparándose para volver a casa y ser duro de nuevo. Si lo hace, le arrancaré el pellejo, Jake Rand; pongo a Dios por testigo.

Jake soltó una risa incrédula.

—Por el amor de Dios, ¿qué le ha dicho? ¡Nunca le he puesto la mano encima!

—¿Jura que no la castigará?

Jake se pasó la mano por el pelo.

—Solo si me jura que no ha hecho algo que le pueda hacer daño.

—Lo juro.

—Entonces no la castigaré.

El párroco enderezó los hombros.

—Sí, bueno... entonces, ¿por dónde iba?

Jake no lograba acordarse.

El hombre alzó la mano.

—Ah, sí, le decía que vino llorando, diciendo que le había mentado. Diecisiete no es un número pequeño y para mí indicaba que había un problema serio, así que me sentí obligado a preguntarle por la naturaleza de las mentiras. Me explicó que le había dicho diecisiete veces que no le tenía miedo, aunque en realidad sí que lo tenía —dijo apretando la mandíbula—. Quiero saber qué ha estado haciendo para aterrorizar a esa pobre criatura.

Por un instante, Jake se sorprendió tanto que se quedó de pie aturdido. Luego

echó la cabeza hacia atrás y soltó una risotada. Cuando se calmó, dijo:

—¿Confesó eso? ¡No puedo creerlo!

—Vamos a dejar ese comentario aparte, gracias. Te recuerdo que esto no es para tomárselo a risa. ¡La muchacha está tan intimidada que hasta tiene miedo de decirte que te tiene miedo! ¿Cómo lo puedes ver gracioso? Tienes un corazón de piedra, desde luego, y nunca me lo habría imaginado. Es una sorpresa para mí, porque está muy lejos de lo que yo valoro en el carácter de un hombre.

Jake se sentó en el tronco.

—Padre, si se calmase, creo que podría explicárselo.

—Empieza, entonces.

Jake sonrió y agitó la cabeza. Alzó la vista para mirar al sacerdote.

—Dadas las circunstancias y lo repentino de nuestra boda, no he ejercido todavía mis derechos conyugales.

—¿Qué dice?

Con voz estruendosa, Jake lo repitió. Luego se avergonzó, preguntándose hasta dónde había llegado su voz. Una cosa era decirle a un sacerdote que no se había acostado con su esposa, y otra muy distinta que todo el maldito pueblo lo supiese. En un tono ligeramente más bajo, añadió:

—En realidad, Índigo no me conoce mucho, y es... reacia. Le he estado dando tiempo para que se relaje en mi presencia.

El párroco resolló.

—Debo elogiarle por eso, al menos. Supongo que debe de haber una pizca de bondad en usted, después de todo.

Jake rodeó sus rodillas con los brazos y se inclinó un poco hacia delante. No podía evitar volver a reírse.

—O mucho me equivoco, padre, o las mentiras de las que le habló Índigo debieron darse las veces que creyó que estábamos... —levantó la vista— a punto. ¿Entiende a qué me refiero?

—Soy sacerdote, no idiota. Siga.

—Bueno, en esas ocasiones, cuando me pareció que ella pensaba que yo iba a... bueno, ya sabe... también notaba que estaba incómoda, y o bien traté de convencerla de que no tenía que tener miedo o bien le pregunté si lo tenía. En los dos casos, ella fue demasiado orgullosa como para revelarme que tenía miedo e insistió en que no lo tenía.

El anciano meditó aquello un instante.

—¿Y esa es la verdad?

Jake asintió.

—¿Parezco el tipo de hombre que maltrataría a una mujer, padre?

O'Grady suspiró.

—No, hombre; no lo parece. Estaba dolorosamente decepcionado. Lleno de culpa estaba de pensar que me había engañado y que yo había aprobado el matrimonio. —

Un brillo asomó a sus ojos claros—. Así que se trataba de esto. A Cazador le he dicho una y mil veces que su orgullo lo llevaría a la ruina. No entiende que el orgullo lleva al pecado. Ahora tenemos un buen ejemplo.

Jake entornó los ojos.

—Padre, si cree que esas mentirijillas inofensivas que me contó Índigo son pecados, nunca me haré católico. Se tragaría sus propios dientes en mi primera confesión.

El sacerdote sonrió.

—Sí, bueno, es una cuestión de conciencia, ¿sabe? Un hombre al que nunca se le haya enseñado que matar está mal podría matar e ir al cielo. Pero Índigo, creyendo que una mentirijilla es una terrible mentira, podría ser condenada a perpetuidad por decirla.

—¿De verdad cree eso?

—No, creo que Dios abrirá las puertas de par en par en cuanto vea llegar a esa muchacha, pero lo que yo crea no cuenta. —Sus ojos se llenaron de afecto—. El día de su boda le dijo a una mujer que su vestido era bonito, cuando era feo. Durante nuestra conversación me habló de su preocupación por volverse mentirosa compulsiva. —El padre O’Grady entornó los ojos—. Solo le cuento esto porque creo que debe saber hasta qué punto se toma en serio los mandamientos esta muchacha. Para ella no existe una mentirijilla inocente, ¿entiende? Su padre le ha enseñado que cada palabra que pronuncie debe ser la verdad exacta.

Jake sonrió, recordando el absurdo vestido de volantes y los piropos de Índigo.

—¿Le pareció que eso era una mentira?

O’Grady puso los ojos en blanco.

—Debo admitir que las terribles faltas de esa muchacha me han hecho sonreír a menudo. Resulta un soplo de aire fresco para un viejo que se pasa media vida escuchando vilezas de la gente. —Una expresión distante cruzó el rostro de O’Grady, y luego se rio—. Una vez condujo a su yegua *Molly* hasta Jacksonville, e interrumpió mis reflexiones matutinas para confesar que se había comido la mitad del bastón de caramelo de menta de su hermano en lugar de llevárselo a casa como le habían dicho. Se lo había dado el hombre de la tienda de abastos —se encogió de hombros—. Me perdonará por contarle, porque entonces era pequeña y toda la familia se ríe y le hace bromas sobre el tema. Hasta el día de hoy, le sigue encantando la menta.

En el pecho de Jake se instaló un dolorcillo extraño. Por un instante, vio los ojos azules de Índigo y recordó las veces que había sentido que podía ver su alma. ¿Tenía algo de extraño? Dentro no había oscuridad que pudiese obstruir esta visión.

—Bendita sea, no puedo creer que llevase la cuenta de cada vez que me contó una pequeña mentira.

El párroco rio con ganas.

—Diecisiete veces, y una por omisión. Usted preguntó, y ella no le contestó. Esa la dejé pasar. —El sacerdote se agarró las rodillas y exhaló un hondo suspiro—.

Bueno, Jake, amigo, creo que le debo una disculpa.

—No es necesario. Entiendo lo que ha debido pensar. En el futuro trataré de no preguntarle si tiene miedo. —Jake no pudo evitar reírse de nuevo aunque, en el fondo, las revelaciones del sacerdote le hacían sentir terriblemente triste—. Si no, estaré haciendo viajes a Jacksonville cada dos por tres para llevarla a confesarse.

La sonrisa del párroco se esfumó, y sus sabios ojos azules se fijaron en la cara de Jake.

—Le estás cogiendo cariño, ¿verdad?

Jake lo pensó por un momento. ¿Cariño? Hacía unos días, se hubiese conformado con esa palabra, pero ahora no parecía bastar.

—Es una persona muy especial —respondió—. Está empezando a importarme mucho.

El sacerdote sonrió y asintió. Después de un rato, dijo:

—¿Sabes, Jake? Nunca creí que diría esto pero, pese a ser metodista, creo que es usted un buen hombre.

Jake ahogó una risa.

—Le devuelvo el cumplido. De vez en cuando, por poco me olvido de que es usted católico.

Esa misma mañana, al salir de la mina, Jake pasó por la tienda de abastos para ver si Sam Jones tenía cartas para él. Como todas las tardes durante casi una semana, no había noticias de Jeremy. Jake estaba cada vez más impaciente. Si su padre era responsable de los accidentes ocurridos en la mina de Cazador, quería saberlo. Cuanto más tiempo pasase, más difícil sería decirle la verdad a Índigo. Dada la situación, no sabía si Índigo le perdonaría. Con su disposición a la honestidad, ¿cómo podía esperar que entendiera que todo lo que le había hecho creer de él era mentira?

Al salir de la tienda, Jake descubrió una jarra de bastones de menta y cargó cuatro a su cuenta. Casi podía ver a Índigo de niña, escondiéndose entre los edificios para devorar la golosina, y luego sintiéndose culpable por lo que había hecho. En adelante, podría tomar menta hasta que los bastones le saliesen por las orejas. Quizá comer un dulce todas las tardes le estimularía el apetito. Seguía escogiendo la comida, y le empezaba a preocupar que nunca empezase a comer bien.

Cuando llegó a casa, se sorprendió de encontrarla vacía. En la habitación, vio el rosario de Índigo tirado en la cama, y señales de que ella había estado allí llorando... Podía verla arrodillada allí llorando y rezando su penitencia.

De no haber visto el rosario, Jake hubiese temido lo peor, pensando que alguien había forzado a Índigo a salir de casa. Pero los indicios de que había llorado le llevaron a pensar de otra manera. Era mucho más probable que se hubiera disgustado y se hubiese ido a algún sitio para llorar tranquila. Recordó su escondite en el granero de Cazador, así que se dirigió allí para comprobarlo. No la encontró. Después, llamó

a la puerta trasera de los Lobo. Tampoco les había visitado.

Jake se quedó en el jardín trasero de los Lobo con la mirada puesta en el bosque. Aunque le costaba creer que hubiese ignorado sus órdenes, cabía la posibilidad de que se hubiese adentrado en él. Si era así, deseó que tuviera una buena excusa.

Capítulo 16

Un presentimiento hizo que Jake echase a correr hacia donde estaba enterrado *Lobo*. Al llegar al claro, vio a Índigo sentada junto al túmulo de tierra, abrazada a los tobillos y con la cabeza hundida en las rodillas. Incluso desde lejos, se veía que estaba sollozando.

Aunque le había prohibido adentrarse en el bosque, no podía sentir el más mínimo enfado. Se quedó junto a los árboles un rato, estudiándola. En los últimos días, había perdido una cantidad de peso alarmante. Le sobraba ante por todos los lados. Jake apoyó la espalda contra un pino.

¿Tres mentiras al día durante cinco días? Eso quería decir que había tenido miedo todas esas veces. No era muy buena media, mucho menos sabiendo que él era la causa. El miedo, justificado o no, no era divertido.

Sin saber muy bien cómo manejar la situación, Jake se separó del árbol y empezó a andar lentamente hacia ella. Los sollozos eran cada vez más intensos. Cuando le tocó el hombro, ella dio un respingo y empezó a secarse la cara con la manga, intentando, estaba seguro, esconder las lágrimas. Jake no fue capaz de regañarla.

En vez de eso, se sentó a su lado y la tomó entre sus brazos. Al principio se resistió, pero luego se deshizo en frescas lágrimas y rodeó su cuello con los brazos. A punto de llorar también, Jake le devolvió el abrazo, y empezó a mecerla como si fuera una niña pequeña.

Al final, dijo:

—Cariño, ¿qué ha pasado? —Tenía miedo de preguntarle si estaba angustiada por haberle mentado. Ahora necesitaba un confidente, y no quería que perdiese la fe en el padre O’Grady—. ¿Puedes decirme qué es lo que pasa?

Ella se aferró aún más a su cuello.

—¡Ay, Jake, es todo! *Lobo* se ha ido, y estoy muy sola. Tengo miedo de estar sola siempre. No quieres que trabaje en la mina y, ahora que eres mi marido, tendrás la autoridad de prohibírmelo. No te gusta que dé de comer a *Mellado*. Nada volverá a ser igual.

Eran temas que ya habían discutido, y Jake había hecho todo lo posible para tranquilizarla.

—Por supuesto que sí.

—No.

Él apoyó la mejilla en su pelo, triste por ella. Tenía la impresión de que estaba guardándose algo.

—¿Qué te ha hecho empezar a llorar? ¿Me lo puedes decir?

—Mi madre.

Jake no pudo disimular su sorpresa.

—¿Tu madre?

—Sí. Quiere que empiece a coser vestidos de mujer blanca para cuando me tenga que ir.

Jake le pasó una mano por la trenza.

—Cariño, esa no es razón para llorar. Estarás preciosa con vestidos bonitos.

Empezó a llorar de nuevo.

—Tendremos que irnos pronto. Tendré que dejar Tierra de Lobos, y nada volverá a ser igual. Nunca volveré a ver mis montañas. Nunca escucharé las canciones del viento. Incluso si volvemos de visita, nunca será lo mismo. Nunca. Los animales me olvidarán, y se perderá la magia.

Jake cerró los ojos. Él era la fuente de todo su dolor, pero aun así se aferraba a él como si se balanceasen al borde de un precipicio y fuese su único asidero. Se le ocurrió que tal vez había sido un error casarse con ella. Hubiese sido menos infeliz enfrentándose a las malas lenguas.

¿Qué le había hecho? «Los animales salvajes son así. Son ellos los que eligen.» A Índigo no le habían dado elección. Ahora estaba atrapada. Tenía razón; tendrían que irse pronto. Incluso si la traía de visita, nada iba a ser igual. Probablemente, *Mellado* acabaría en una trampa. Los ciervos dejarían de venir. Cuando regresase, le odiaría por habérselo arrebatado. Pensó en Portland. No solo no pertenecía a Tierra de Lobos, sino que le resultaría imposible construir una vida aquí si decidiera quedarse. Qué locura... ¿en qué estaba pensando? No podía decidir quedarse aquí. Su medio de vida, su familia, su hogar... todo lo que era estaba al otro lado de la montaña. Estaría loco si eligiese una vida de penuria en una casa de tres habitaciones.

Pero ¿cómo podía esperar que Índigo sobreviviese en su mundo? Trató de imaginarla rodeada de sus amigos sofisticados que le decían mentiras cada dos por tres y que estaban con él más por dinero que por verdadera amistad.

Jake la imaginó volviéndose materialista y dura, como otras mujeres que conocía. Era tan infinitamente valiosa tal y como era: por la manera en que veía el mundo, la manera en que vivía... Si se la llevaba lejos de aquí, su rara inocencia, que era una parte fundamental de ella, quedaría destruida.

Podía ir a donde Cazador y discutir la posibilidad de una anulación. Su matrimonio con Índigo aún no había sido consumado. Jake le acarició la espalda, absorbiendo con su cuerpo los escalofríos que la sacudían. Aun llorando, le hacía sentir el calor del sol en su interior. Si anulaba el matrimonio, nunca más podría abrazarla así.

Este pensamiento lo dejó helado. Sentir la cara de ella contra su cuello, sentirla abrazándole, era lo más cercano al cielo que jamás había imaginado. Cada uno de sus sollozos le atravesaba por dentro. De repente, sintió un dolor agudo en el pecho: estaba enamorándose perdida e irremediabilmente de esa muchacha.

Qué demencial, qué ridículo... Su parte irracional quedaba hecha añicos y solo podía escuchar los latidos de su parte emocional. Dios, la necesitaba. Aunque no

sabía exactamente cómo. Era más que sexo, estaba seguro. Porque, hasta ahora, las cosas no parecían muy prometedoras en ese aspecto. No, era más una necesidad de... ¿De qué? Jake no encontraba un nombre para aquello. Lo único que sabía era que ella llenaba el vacío que había dentro de él. Antes de dejar Portland, se preguntaba cuál era el sentido de todo. Ahora ya no tenía ninguna duda. De algún modo, Índigo le daba una razón de ser y una certeza de lo que era bueno.

Trató de imaginar que la dejaba... sin conseguirlo. Cuando un hombre había sentido la luz, ¿cómo iba a volver a la sombría realidad? Sonrió. Sombría realidad. Índigo era el lado opuesto: una muchacha que caminaba sobre rayos de luna y escuchaba la música del viento, una muchacha que hablaba con los animales y miraba las cosas desde dentro. Era quimérica. La mitad de las veces, no podía entenderla. La mitad de las veces, creía que estaba loca. Pero ¡ay, qué dulce locura!

No la podía dejar. No podía. Tenía que hacer que su matrimonio funcionase, fuese como fuese. La voz de Cazador resonó en su cabeza. «Elige con cuidado tu camino para que ella pueda caminar a tu lado. Escucha la canción que hay en tu corazón, ¿de acuerdo? Ahí encontrarás las respuestas que andas buscando.» Jake ni siquiera estaba seguro de tener una melodía dentro de sí, aunque tenía clara una cosa: el mundo de Índigo estaba aquí, y debía encontrar el modo de preservarlo intacto para ella.

Posó la mano sobre su pelo trenzado, escuchó el viento y trató de oír su canto. Aunque él solo pudiese oír el susurro de los árboles, aceptó que Índigo pudiese escuchar algo más, un algo hermoso que alimentaba su alma.

Jake inclinó la cabeza para poder susurrarle al oído.

—¿Serías feliz si te prometiese que nunca te pediré que abandones esto?

Ella se calmó en sus brazos.

—¿Qué? —le preguntó con voz ahogada.

—Nunca te haré abandonar esto —repitió.

Ella se echó hacia atrás y posó la húmeda mejilla en la mandíbula de él.

—¿Quieres decir que te quedarás en Tierra de Lobos?

Jake tragó saliva, preguntándose si se había vuelto loco haciendo una promesa tan descabellada.

—A veces tendré que irme.

—¿Y me dejarás aquí?

Parecía tan esperanzada que se le hizo un nudo en el estómago.

—Sí, aquí en Tierra de Lobos, con tus padres. Así nunca tendrás que dejar las montañas, ¿te parece bien?

Ella hipó.

—Pero estamos casados.

—Sí, bueno, mucha gente casada se separa de vez en cuando. Trataré de irme lo menos posible. Puede que sea difícil, pero haremos que funcione como sea. Tu vida continuará como siempre.

Ella tomó aire.

—Pero, Jake, decepcionaría a mi padre. Mi lugar está a tu lado.

—Hablaré con tu padre. Lo entenderá. Además, este es nuestro matrimonio, no el suyo. Podemos hacer las cosas como nos convenga.

Ella levantó la cabeza y se volvió para mirarle. Pequeñas lágrimas brillaban en sus pestañas. Al mirar su dulce rostro, Jake sintió que se le hinchía el corazón. Esto es lo que le había faltado a su relación con Emily, los giros radicales del dolor a la alegría, el sentimiento de estar completamente vacío un momento y, al siguiente, estar tan lleno que podría estallar.

—Bueno, señora Rand, ¿tenemos un trato?

Parecía tan incrédula que él sonrió.

—¿Lo dices de verdad? Para siempre, ¿nunca me harás dejar esto?

Jake no pudo resistirse y se inclinó para besarle la mejilla, saboreando la salada calidez de sus lágrimas.

—Para siempre jamás, es mi promesa. Quién sabe. A lo mejor, con el tiempo, quieres hacer algún viaje corto conmigo, ¿no? Quizá te gustaría ver sitios nuevos si supieses que puedes volver pronto a casa.

Ella asintió dudosa.

—Quizá.

—¿Me dejas ver tu sonrisa? No tiene que competir con el sol. Basta con una pequeña.

Ella se apretó contra él para abrazarle más fuerte. Si sonreía, y Jake sospechaba que sí, se le estaba negando el placer de verlo.

—¡Ah, Jake! Tierra de Lobos. ¿Para siempre? Yo... Eres el mejor esposo que ha existido nunca.

A cambio de esta proclama, Jake estaba dispuesto a renunciar a ver su sonrisa.

—¿El mejor? —No era orgullo. Quería volver a escuchar el piropro.

—¡Ah, sí, el mejor de todos!

Jake volvió a rodearla con los brazos, poniendo una mano en su costado y tocando con el pulgar la parte suave de su pecho a través de la blusa. Ella no se puso tensa ni se apartó. Él disfrutó con la idea y se dejó embriagar por el perfume de su piel.

—Tú también eres la mejor esposa que jamás ha existido —susurró—. Eres todos mis sueños hechos realidad, Índigo.

—Todavía no. Pero lo seré —juró con un hilo de voz desafiante—. Seré la mejor esposa que jamás hayas visto. Lo prometo. Limpiaré, fregaré y haré pasteles ¡Sí! Cuando vuelvas a casa de los viajes, podrás usar los suelos como espejo para afeitarte.

Él se rio.

—¿Tan brillantes van a estar? —En realidad, lo único que Jake quería era tenerla desnuda en sus brazos. Pero eso vendría con el tiempo—. Eso ya lo veremos. Si vas a trabajar en la mina, quizá pague a alguien para limpiar.

Sintió que se quedaba en silencio. Después de un momento dijo:

—¿De verdad piensas dejarme volver a trabajar?

La pregunta hizo que Jake sintiese un dolor en su interior. Pero de momento, tenía bastante con ocuparse de los sentimientos de ella. Los suyos podían quedar para más tarde.

—Te he dicho que sí, ¿lo quieres por escrito?

Ella sacudió la cabeza.

—No te puedes permitir pagar a alguien para que limpie. Puedo trabajar en la mina y mantener la casa.

Jake estaba seguro de que lo intentaría. Algún día descubriría que podía permitirse mucho más de lo que ella pensaba.

No tenía prisa por soltarla, así que la abrazó durante un momento. Cuando ella empezó a inquietarse, sonrió y la liberó, con la confianza de que compartirían otros abrazos, mucho más fructíferos, si de él dependía.

—¿Estás lista para ir a casa? —La levantó de su regazo—. Tengo una pequeña sorpresa para ti cuando lleguemos.

Ella recorrió el claro con la mirada asustada, luego clavó sus ojos luminosos en él.

—¿Una paliza?

Jake siguió la trayectoria de su mirada y se acordó de que tenía prohibido salir. Por un instante pensó que le estaba tomando el pelo con lo de la paliza, pero luego buscó en sus ojos y vio que no. Le molestaba que pensase que podía pegarla como forma de castigo, pero lo que le perturbaba todavía más es que se creyese que la atraería hasta casa, sonriendo y prometiendo una sorpresa, con el fin de pegarla. ¿Tan poco confiaba en él?

La revelación lo dejó helado. ¿Era él el mejor esposo del mundo?

—¿Estás enfadado?

Ahora era Jake el que rehuía el contacto visual. No quería asustarla pero, por otro lado, no quería que pensase que podía ir al bosque cuando le diera la gana.

—Por muy enfadado que estuviese, nunca te pegaría —dijo suavemente—. Y para venir aquí, ¿tenías una buena razón?

Le llevó mucho tiempo contestar. Al final sacudió la cabeza.

—No. —Sus ojos se ensombrecieron, y levantó la barbilla—. Simplemente sentí la necesidad de estar aquí, y vine. Supongo que pensarás que he sido una muy mala esposa.

A Jake se le tensó la garganta. ¿De verdad lo veía así? Creía que no tenía derecho a su propia voluntad y necesidades. Sabía perfectamente bien que no había venido aquí por capricho. En casa, la colcha estaba húmeda porque había llorado. ¿Así entendía ella el matrimonio? ¿Un sacramento en el que el marido era omnipotente y la mujer podía recibir una paliza si no le obedecía? Por lo que Jake había visto de la relación de sus padres, no entendía de dónde sacaba esa conclusión.

—¿Qué crees que debo hacer si me desobedeces, Índigo? —le preguntó con delicadeza.

Contrajo la comisura del labio.

—Podrías quitarme mis privilegios. Pero ya lo has hecho.

—¿Qué haría tu padre?

Ella lo miró sorprendida.

—¿Mi padre?

—Sí, tu padre. ¿Te daría una paliza?

Ella pareció valorarlo un instante.

—Yo... no lo sé. Nunca le he desobedecido.

Jake observó de cerca sus gestos.

—¿Así que nunca te ha pegado?

Abrió sus ojos azules.

—¿Mi padre? No, nunca.

Hasta donde él sabía, Cazador era su único punto de referencia. Si él nunca la había pegado, ¿por qué daba por hecho que su marido lo intentaría? Jake sintió que no le iba a gustar la respuesta. Pieza a pieza, el rompecabezas de Índigo empezaba a tomar forma. Sabía que todavía le quedaba mucho para comprenderla, pero, día a día, la imagen se iba volviendo más nítida. Lo que había descubierto en los últimos minutos hacía que se compadeciese de ella. Y de sí mismo.

—¿En qué pensabas cuando decidiste venir aquí?

—En el viento entre los árboles y el sabor de esto. —Hizo una pausa—. Pensaba que me iba a ir, y quería estar por última vez en mi bosque.

—Así que estabas triste.

—Sí, muy triste.

—¿Y tenías una fuerte necesidad de venir aquí sola, aunque solo fuera por una vez?

—Sí.

—Creo que lo entiendo. —Hizo una pausa ceremoniosamente—. Ahora que sabes que no tendrás que irte, no tienes que preocuparte de volver a decir adiós a tu bosque, ¿de acuerdo?

—Pero no lo sabía cuando vine.

Jake la tomó de la barbilla y alzó suavemente su cara.

—¿Me prometes que no vendrás al bosque sola nunca más hasta que yo te dé permiso?

—Sí.

Buscó su mirada.

—Podrías resultar gravemente herida, y no quiero que te pase nada, ¿entiendes?

—Sí.

Jake la soltó y se quedó mirándola.

—Entonces vamos a casa a por tu sorpresa.

Todavía insegura, se detuvo.

—¿Entonces es una sorpresa de verdad? ¿Qué es?

Jake tuvo el presentimiento de que la vida de Índigo iba a estar llena de sorpresas en los próximos meses. Le pasó el brazo por los hombros y echó a andar junto a ella.

—Algo casi tan dulce como tú.

Índigo dijo que no podía comerse los bastones de menta hasta haber preparado la cena y rezado su penitencia. Jake tenía la esperanza de que los dulces le estimularan el apetito, pero ella parecía tan convencida de que no podía darse el gusto hasta más tarde que no insistió.

—¿Va contra tus creencias darte un capricho antes de haber hecho penitencia? —preguntó.

Ella se volvió para mirarle desde la cocina, con gesto pensativo.

—No. Solo que no es adecuado estar contento cuando uno debería estar lleno de dolor. Todavía me queda un rosario entero y una ronda de avemarías por terminar.

Jake se apoyó en el respaldo de la silla, con la taza de café a cierta distancia de sus labios.

—¿Cuántos rosarios te dijo el cura que rezaras, por el amor de Dios?

—Tres.

Casi se ahoga con un sorbo de café.

—¿Tres? Eso parece mucho. Solo hace cinco días que te confesaste. —Se moría de ganas de preguntarle si toda esa penitencia era por las míseras mentirijillas que había contado, pero no podía. Se conformó con decir—: Debes haber hecho algo muy grave.

Sus mejillas se tiñeron de un bello sonrojo.

—Sí.

Jake miró cómo se volvía hacia la carne y ponía una tapa sobre la sartén.

—Dije mentiras.

—¿Solo eso?

Ella parecía escandalizada.

—Dije varias. Más que varias, de hecho, muchísimas. Mentir es muy malo.

Jake tomó otro sorbo de café. Sabía perfectamente que, si insistía, ella le contaría en qué consistían las mentiras y a quién se las había contado. No quería ponerla en esa situación.

—Debes controlarlo, para no acostumbrarte.

Ella volvió su atención hacia la carne que tenía en el hornillo.

—Sí. Tengo que intentar de verdad no volver a hacerlo.

Jake sonrió. Ella no sabía que iba a ser un esfuerzo conjunto.

Esa noche, cuando Jake se metió en la cama con Índigo, le pareció que no estaba tan tensa. Estaba tumbado a su lado en la oscuridad y recordaba la promesa que le había hecho de no obligarla a abandonar Tierra de Lobos. Por Dios, tenía que encontrar como fuese la forma de cumplirlo.

Una ráfaga de aire frío entró por la ventana abierta. Jake se volvió sobre su costado, y no le sorprendió descubrir a Índigo despierta, mirando a la luz de la luna con expresión de dolor. Aprovechando el recién estrenado sentimiento de amistad que había nacido entre ellos, Jake le tocó la mejilla y preguntó:

—¿Me podrías decir por qué te gusta dejar la ventana abierta todas las noches?

Ella se subió las mantas hasta la barbilla, con aire incómodo.

—Tengo miedo de decírtelo por si te ríes.

A Jake le llevó un tiempo adivinar que dejaba la ventana abierta para *Lobo*. Pensó en su naturaleza insegura y deseó que confiase en él lo suficiente como para contárselo.

—No me voy a reír. Lo prometo.

Con los ojos brillantes como la plata a la luz de la luna, se volvió para mirarle.

—Es una tontería, pero no puedo quitarme de la cabeza la idea de que *Lobo* puede andar ahí fuera —admitió con voz tensa—. Si intenta encontrarme, no quiero que se quede fuera y piense que ya lo he olvidado.

Lo último que le apetecía a Jake era reírse. Pasó un brazo por debajo de ella y le colocó la cabeza sobre su hombro. Acariciándole el pelo, miró hacia las sombras de fuera y se puso a escuchar el viento. En la cabaña de Geunther, ella le había dicho que, como comanche, creía que los espíritus de los lobos perduraban. Se preguntaba por qué ahora parecía dudar al admitirlo abiertamente.

—Creo que *Lobo* sabe que lo querías mucho —susurró con voz ronca—. Y cuánto lo quieres aún.

Índigo sintió que Jake la comprendía por la manera en que la abrazaba y por el tono de su voz. Sabía que la mayoría de los hombres blancos se hubiesen reído de ella. Por un momento, pensó en decirle toda la verdad: que creía que *Lobo* seguía vivo, no en carne, sino en espíritu. Sus convicciones hicieron que se contuviese.

Hasta esa noche, cada vez que él la había abrazado así, ella no sabía dónde poner las manos. Esta vez se atrevió a posar la mano en su pecho. El vello grueso, mullido, le hacía cosquillas en las yemas de los dedos, y podía sentir el latido regular de su corazón bajo la muñeca.

Aunque todavía tenía miedo de que la presionase a cumplir con sus deberes de esposa, cerró los ojos y encontró un cierto sosiego en su abrazo. Su calor la arropaba. Una sonrisa curvó sus labios mientras se dejaba arrastrar hacia la bruma del sueño.

A la mañana siguiente, Jake estaba a mitad de camino de la mina cuando algo lo detuvo. Recordó lo desesperada que parecía Índigo el día anterior junto a la tumba de *Lobo*.

De repente, le sobrevino un recuerdo y cerró los ojos. Demonios, qué tonto era. En todos los días desde que *Lobo* había muerto, no había pensado en sus cachorros.

Con el pulso acelerado, Jake dio media vuelta y regresó a la montaña. Ojalá el dueño de *Gretel* no hubiese regalado todavía el cachorro que se parecía a *Lobo*. Era la solución perfecta. Se sintió un estúpido por no pensar en ello antes.

Cuando llamó a la puerta de los Lobo y le dijo a Loretta lo que había planeado, ella aplaudió la idea y le dio a Jake la dirección de la granja del señor Morgan. Jake se apresuró a llegar, tan solo para descubrir que el cachorro ya había sido adoptado por un granjero llamado Christian. Sin darse por vencido, pidió la dirección del nuevo dueño...

Deke Christian, un hombre que parecía un espantajo alto con una barba despeinada y canosa, se rascaba la cabeza y chascaba la lengua mientras Jake le explicaba el problema. Sin dejar de masticar, le dijo:

—Veo que quiere al pequeño. Lástima que se lo haya dado a mis niños hace tres días. Ya le han cogido cariño. ¿Ha tenido alguna vez a siete niños llorando a la vez?

A Jake le desagradaba la idea de romper siete corazoncitos.

—Supongo que no estarán tan contentos con otro cachorro.

Un brillo de especulación apareció en los ojos grises de Christian.

—Podría ser. Los niños son inconstantes. Desde luego, un lobezno no es fácil de encontrar. Su padre era de muy al norte, ¿sabe? No hay otro como él en cientos de kilómetros.

Jake sintió que había una posibilidad de acuerdo en el aire.

—A los niños probablemente no les importe que su cachorro sea único.

Christian se volvió a rascar la cabeza.

—Depende, supongo.

Jake se metió las manos en los bolsillos traseros del pantalón.

—Quiero que el trato le resulte ventajoso. Usted obtuvo el cachorro de lobo gratis. Como compensación, ¿qué le parecen cincuenta dólares?

Christian no parecía impresionado. Jake entornó los ojos.

—De acuerdo, estoy dispuesto a llegar a cien. Podría comprar a cada uno de sus hijos un saco de caramelos para hacérselo más llevadero, regalarles otro cachorro, y quedarse con un fajo de billetes para consolarse. Tiene que reconocerlo, es un precio más que adecuado por un chucho despreciable.

Deke sonrió.

—Triplíquelo, y tendrá un lobo.

Jake se rio.

—Eso es escandaloso. ¿Trescientos dólares?

—Parece justo por un cachorro único que además usted quiere desesperadamente. Jake sacó las manos de los bolsillos.

—No hay un perro en el mundo que valga ese dinero.

—Supongo que encontraría uno igual por menos precio si estuviese dispuesto a ir hasta el Yukón. Pero está bastante lejos.

Jake sacudió la cabeza y echó a andar por el camino surcado. Por nada del mundo pagaría tanto dinero por un perro. Cuando estaba a mitad de camino de la verja del granjero, se detuvo. No echaría de menos los trescientos dólares. ¿Iba a discutir por el dinero tratándose de la felicidad de Índigo? Demonios, le daban igual trescientos que tres. Cualquier precio era ridículo. Desanduvo el camino con dificultad.

—Trato hecho —le dijo a Christian—, le daré trescientos por él. —Jake sacó un fajo de dinero, contó los billetes y se los dio al granjero—. ¿Dónde está?

Christian sonrió, mostrando una hilera de dientes mellados.

—Lo tengo en el establo.

El granjero tomó la delantera, Jake le siguió. El cachorro estaba encerrado en un compartimento. Un poco más lejos, hacia la nave central, había un niño delgado de unos diez años que engrasaba un arnés sobre un fardo de heno.

—He vendido el cachorro —le dijo Christian—. Este hombre me ha hecho una oferta tan buena que no podía rechazarla.

El muchacho se encogió de hombros.

—Ese cachorro es tan agresivo que me da igual. —Miró a Jake—. ¿Trae un saco de yute?

Jake supo entonces que se la habían jugado.

—No, ¿por qué?

—Lo necesitará para llevárselo —contestó el niño.

Christian sonrió e invitó a Jake a abrir la puerta del compartimento.

—Es suyo, le deseamos lo mejor.

Jake miró por encima de la puerta. Pese a la oscuridad, divisó una bola de pelo esponjoso de color plateado y negro en una esquina del compartimento. Jake sonrió de alegría y corrió el pestillo.

—Ah, es un hermoso pequeño, ¿verdad?

—Sí —sonrió Christian—, todo para usted.

Jake empujó la puerta y entró en el compartimento. Estaba a punto de inclinarse para sacarlo, cuando la bola de pelo salió disparada de la esquina, gruñendo y mordisqueando. Antes de que Jake se diera cuenta, unos dientecillos afilados se engancharon a sus vaqueros. Miró hacia abajo, casi sin creerse lo que estaba viendo. De no haber sido por sus botas de cuero, le hubiese dejado la marca de los colmillos.

—Eh, pequeño —le tranquilizó—. No tengas miedo.

El cachorro clavó las patas en el suelo y se inclinó hacia atrás, tensando la tela de los pantalones de Jake. Unos brillantes ojos dorados centellearon en la oscuridad.

—Conocí a tu papá —al tiempo que hablaba, bajaba la mano hacia él lentamente —, soy un amigo.

Cuando los dedos de Jake estaban a una altura asequible, el cachorro soltó los pantalones y se lanzó a por la mano.

—¡Maldita sea!

Jake trató de sacar la mano. El lobezno apretaba las mandíbulas. El dolor se le propagó desde el pulgar hasta la muñeca. Con la mano libre, agarraba las mandíbulas del cachorro, clavadas en sus dedos, y trataba de conseguir que cediesen los diente-cillos afilados. Cuando liberó el pulgar, cogió al lobezno por el collar y se lo puso a la altura de los ojos.

—Pequeño pícaro.

—Eso se queda corto —dijo Christian.

Jake sabía que le habían tomado el pelo, aunque no estuviese dispuesto a admitirlo.

—¿Tiene algún saco de yute de sobra?

Christian volvió a masticar tabaco.

—Por dos centavos, sí.

Jake maldijo y revolvió en el bolsillo del cambio. Christian cogió el dólar y se lo embolsó.

—No tengo cambio.

—Deme el maldito saco —dijo Jake.

Capítulo 17

Una hora después, Jake entró en casa sujetando el saco de yute a un brazo de distancia. Encontró a Índigo tumbada en la cama, con la mirada fija en la pared. Casi no podía esperar a ver la expresión de su cara cuando descubriese lo que le había traído.

—¿Índigo?

Ella se incorporó sobresaltada.

—¿Jake? ¿Qué haces en casa? —Su mirada se volvía hacia el saco que se movía—. ¿Qué es eso?

—Te he traído una sorpresa —contestó—. Échate hacia atrás. En vez de saborear la sorpresa, puede que ella te saboree a ti.

Saltó de la cama y observó perpleja cómo Jake abría el saco. El cachorro salió rodando, se incorporó, y giró para gruñirles. Era como ver una miniatura de *Lobo*. Jake sonrió y se volvió para ver el gesto de Índigo, esperando entusiasmo y deseando también un poco de adoración. Por él, no por el cachorro. En su lugar, ella reaccionó como si le hubiesen dado una bofetada. Después de un momento interminable, las lágrimas inundaron sus ojos, y apartó la cara.

—¡Aléjalo de mí!

Jake la miró.

—¿Qué?

Ella le dio la espalda al cachorro.

—Ya me has oído.

—Índigo. —Jake soltó una risita—. Cariño, no es verdad, ¿el cachorro de *Lobo*? Creí que estarías contenta.

Ella tragó aire.

—¿Cómo has podido? —gritó—. ¿Cómo has podido traerlo? —Se cubrió los ojos con una mano—. ¿Crees que quería tan poco a *Lobo* como para dejar que un cachorro lo sustituya? Nunca, en la vida.

—Cariño, míralo.

—Por favor, no me pidas eso. —Y emitió un sollozo entrecortado—. ¡Llévatelo! Por favor, Jake. Llévatelo...

Recogiendo el saco, Jake agarró al cachorro por el collar. Salió dando zancadas de la habitación, lleno de ira. Se detuvo en la sala y se quedó mirando la bola de pelo mordedora y gruñona que tenía en la mano. ¿Trescientos dólares, y no lo quería? Bueno, pues desde luego él tampoco. No tenía ni idea de qué iba a hacer con ese perrucho inmundo. Tenía la tentación de pisotearlo hasta convertirlo en un charco de grasa y luego retorcer el cuello de Índigo.

Esos ojos dorados le miraban con intenciones feroces. El lobezno se cansó de

revolverse y al final se quedó tranquilo colgando de la mano de Jake. Este suspiró y lo metió en el saco de yute. Quizá lo quisiera Loretta. Aunque Jake lo dudaba. Solo Índigo podría domar a un cachorro así. Nadie más que estuviese en su sano juicio lo intentaría.

Esa idea hizo que Jake recordase su primera noche en Tierra de Lobos y la preocupación de Loretta por que nadie adoptase a un cachorro de lobo. Se volvió hacia la habitación, y sonrió. En un tono de voz deliberadamente alto, dijo:

—Pobre bastardo. He hecho todo lo que he podido. No puedo hacer nada más. — Jake aguzó el oído. No oyó más que silencio. Índigo estaba escuchando, perfecto—. Quizá, si no te parecieses tanto a tu padre, alguien te acogería. Dada la situación, no he hecho más que posponer lo inevitable.

Diciendo esto, Jake salió de la casa. Tuvo que hacer un esfuerzo para mantener una expresión apropiadamente sombría al ver que Índigo le miraba desde detrás de la cortina del dormitorio. Con férrea, aunque fingida, determinación, Jake bajó a la calle en dirección a la casa de los Lobo. Se sorprendió un poco de que Índigo no le hubiese alcanzado cuando llegó al porche. Decidido a llevar su interpretación hasta el final, subió las escaleras dando ruidosos pasos.

A Índigo, las erosionadas tablas del gallinero le parecieron ásperas cuando se apoyó con fuerza en la pared y se asomó a la esquina de la construcción, en el porche trasero de sus padres. ¿Dónde estaba Jake? ¿Había salido por la otra puerta? ¡Dios! Iba a matar al cachorro. No había un instante en que no pensase en *Lobo* y ahora tendría que ver a su hijo cien veces al día. En un arranque de cólera, pateó el suelo.

Entonces oyó el crujido de las bisagras de la puerta proveniente del otro lado del jardín y levantó la cabeza. Vio que Jake salía de casa de sus padres, con un rifle en una mano y un saco de yute en la otra.

Índigo tomó aire para darse fuerzas y empezó a andar desde el gallinero.

—¿Jake?

Él se dio la vuelta al oír su voz y la buscó por el jardín. Al verla, dibujó una lenta sonrisa y relajó la postura, la cadera adelantada, sus largas piernas enfundadas en los vaqueros y ligeramente dobladas. El viento le revolvía el cabello y le daba un aire viril y guapo, para nada el de un asesino de cachorros despiadado.

Índigo intentó no mirar a la arpillera que se movía.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó.

Su mandíbula se puso tensa.

—¿Por qué no vas dentro y te tomas una buena taza de cacao con tu madre? —le sugirió con un tono amable—. Volveré en unos minutos y te acompañaré a casa.

A Índigo se le aceleró el pulso. Le dieron ganas de golpearle el pecho con los puños. ¿Cómo le podía hacer esto a ella?

—No puedo dejar que mates al hijo de *Lobo*, Jake —le informó temblorosa.

Él frunció los labios y exclamó con calma.

—Cariño, a veces la vida es dura. Siento haberte puesto en esta situación. Es culpa de mi idiotez. No pensé en cómo te iba a hacer sentir.

El saco de yute se retorció y balanceaba contra su muslo. La mirada de Índigo se quedó fija en ese movimiento.

—No, no puedo permitir que le dispires. Le daré un hogar.

Frunció el ceño.

—Sé que tienes buena intención, pero no le harías ningún favor. Los cachorros necesitan mucho amor. No estaría bien criarlo en un ambiente en el que siempre se le comparase con su padre, sin esperanzas de ser como él.

—Le querré —insistió con voz aguda.

Jake suspiró, cansado.

—Lo que dijiste en casa, sobre la deslealtad a *Lobo*. Tienes razón. Sería muy frívolo por tu parte quedarte con otro lobo ahora. No lo pensé bien.

—¡Pero no es cualquier lobo! Es el hijo de *Lobo*.

—Cierto. —Miró con preocupación el saco abultado—. Por eso fui a cogerlo. Es la viva imagen de su padre. Bueno, a veces una sustitución puede calmar el dolor de una persona. Pero eso lo pensé antes de ver tu reacción.

Índigo miró primero el saco y después a Jake. Parecía dispuesto a seguir con aquello. No importaba cómo se sintiera ella. La vida del cachorro estaba en peligro.

—Superaré el dolor —gritó—. Por favor, no le dispires, Jake.

Él alzó las cejas.

—Cariño, ¿crees que yo quiero hacerlo? Dime qué otra cosa puedo hacer y lo haré. ¿Se te ocurre alguien que lo pueda querer?

Índigo hizo memoria.

—Chase lo querría, pero está a muchos kilómetros. —Se mordisqueó los labios y levantó las manos—. Y, por supuesto, mi padre, pero no está en condiciones de cuidar a un cachorro. Qui... quizá podría tenerlo yo temporalmente.

Jake sacudió la cabeza.

—Te tomaría afecto, y romperías su corazoncito cuando te deshicieses de él. No, cariño, mi solución es mejor, rápida y limpia. Vete a casa y tómate un chocolate caliente. Vuelvo ahora mismo.

Tras decir esto, Jake se dio la vuelta y echó a andar a grandes zancadas hacia el bosque. Índigo se quedó parada mirándolo, atrapada por un torbellino de emociones. Ni siquiera quería mirar a ese cachorro.

Empezó a correr.

—¡Jake, espera!

Él se dio la vuelta para mirarla. Índigo corrió para alcanzarle. Sin pararse a pensar, cogió el saco. Él se resistió a dárselo.

—Índigo, vete a casa como te he dicho.

Ella arrancó el saco de su puño y lo apretó contra su pecho, sintiendo el forcejeo

de una cálida bola de pelo en el saco.

—¡No me voy a casa! ¡Este es el bebé de *Lobo*, Jake! Nunca me lo perdonaría.

Mirando a su esposa, le sobrevinieron dos pensamientos simultáneos: había conseguido hacer que quisiera el cachorro y, por primera vez desde que se casaron, le estaba desafiando. ¡Dios, qué hermosa estaba cuando ese fiero orgullo comanche le hacía erguir la columna! Se quedó con la barbilla levantada, los ojos azules ardiendo de determinación, y los estrechos hombros erguidos.

Jake pensó que esta era realmente la muchacha con la que había creído que se casaría, y no la apocada dócil y sumisa en que se había convertido tras jurar los votos. En un fogonazo de claridad, la vio sentada a su lado en la cama, destrenzando y trenzando su pelo según sus órdenes. ¿El sueño de todo hombre hecho realidad? Quizá. Pero no el suyo. Él quería a esta Índigo, una muchacha que tenía una parte de ángel y una parte de seductora salvaje, una mezcla curiosa de dulzura y fuego. Lo que había empezado como un intento de hacerle ansiar el cachorro, tomó otro cariz. Jake miró sus vívidos ojos azules y lo lamentó por los dos: por él porque se sentía estafado, por ella porque sus creencias y experiencias con hombres blancos la estaban ciñendo a un molde que acabaría por ahogarla.

De repente, como si hubiese tomado conciencia de su desafío, su expresión se volvió incierta, y sus ojos se oscurecieron por la tristeza. Al verla, Jake aguantó la respiración, temiendo que ahora le devolviese al cachorro. «Vamos, plántame cara por una vez —quería decirle—. No se va a acabar el mundo.» Pero no quería violentar así su educación. Si esperaba que ella encontrase un equilibrio sólido en su matrimonio, no podía cambiarle los cimientos. Tenía que ser ella la que encontrase su lugar, sin traicionar el que creía que era el papel de una buena esposa. Eso solo podía venir con el tiempo.

Jake vio que sus brazos se relajaban en torno al cachorro. Luego inclinó la cabeza. Sabía lo que quería hacer. Antes de que lo hiciera, dijo:

—Si es tan importante para ti, Índigo, llévatelo a casa.

Ella levantó la barbilla despacio. Tenía lágrimas en los ojos. Jake buscó una sombra del fuego que había visto hacía un instante, una huella del orgullo que había ardido con tanta luz. Pero tampoco había rastro de eso. Solo un vacío absoluto, como si hubiese apisonado y escondido sus impulsos rebeldes.

Trató de imaginar cómo sería sentirse esclavizado y forzado a tragarse el orgullo cientos de veces al día. Para ella, eso era lo que significaba el matrimonio. Los deseos de él estaban por delante, siempre, sin importar lo mucho que a ella le afectase eso. Ahora, volvía a asumir el comportamiento dócil que consideraba apropiado.

—Vamos, cógelo —repitió.

Ella abrazó fuerte al cachorro y retrocedió, mirándolo con desconcierto. ¿A qué esperaba? ¿A que él le diese una paliza? Intentó tranquilizarla con una sonrisa. Quizá lo que necesitaba era comprobar por experiencia que no era un monstruo tiránico.

—¿Estás enfadado? —preguntó suavemente.

Lo miró con tanta preocupación que la sonrisa de Jake se ensanchó.

—¿Parezco enfadado?

Eso no parecía tranquilizarla.

—No.

—Entonces, será que no lo estoy. —Balanceó el rifle en su hombro y miró el saco que ella abrazaba de manera tan protectora—. ¿Ya tiene edad para comer carne?

Ella asintió vacilante.

—Entonces deberías ir a echar un vistazo al almacén de ahumados.

Ella volvió a asentir. Después se volvió y huyó como alma que lleva el diablo. Jake la vio marchar. Cuando desapareció de su vista, tomó aire con fuerza y lo expulsó, sintiendo que había entrado en una lucha de titanes y había perdido.

Índigo ya había empezado la cena cuando Jake volvió a casa. Su estómago se cerró cuando oyó la puerta principal. Su presencia le ponía los nervios de punta. Al verle en la entrada, con sus vaqueros azules y su piel bruñida, pensó que el lugar quedaba envuelto en sombras.

Hizo como si no le viese y siguió removiéndolo el guiso. Todo con tal de retrasar el momento de mirarle a los ojos. ¿Estaba enfadado? Esa pregunta la había acosado todo el día, y solo él podía darle una respuesta. «¿Parezco enfadado?» Hacía mucho tiempo que había aprendido que los hombres blancos podían esconder las emociones e intenciones más oscuras tras una encantadora sonrisa.

Sintió al cachorro tirar de su mocasín. Era imposible ignorar sus gruñidos juguetones. Dejó a un lado la cuchara y se obligó a levantar la vista. Los ojos oscuros de Jake centellearon en los suyos, y sus labios firmes dibujaron una sonrisa burlona.

—Parece que un compañero tan enzarzado a los pies molesta más de lo que ayuda —dijo con suavidad.

—Parece que no sabe cuándo es hora de jugar y cuándo no.

Jake se asomó para ver las travesuras del lobezno.

—Todo el tiempo es juego, por lo que parece. Lo has transformado. No me puedo creer que sea la misma criatura que me mordió.

Índigo dio un tirón con el pie, tratando de soltarse. El cachorro se lo tomó como una invitación para zarandear su mocasín.

—Esta mañana tenía miedo. Ahora que hemos tenido tiempo de conocernos, ya no se siente amenazado.

Jake arqueó una ceja, con expresión indulgente.

—Los dos habéis tenido una larga charla, ¿no? —Su mirada buscó la de ella—. Me gustaría que uno de estos días me enseñaras cómo se hace.

Índigo ya había sospechado que conocía su don cuando vio una expresión misteriosa en sus ojos al tratar de penetrarlo, pero deseó estar equivocada. Ahora lo había confirmado. Un escalofrío le recorrió la espalda. ¿Qué le parecería tener una

esposa que se comunicase con los animales? Y si no tenía nada que esconder, ¿por qué no dejaba que le leyera la mente? Ahora sabía que lo hacía deliberadamente. En momentos como este, sus ojos eran cálidos y expresivos. Cuando trataba de ver más profundamente, alzaba los muros.

Él se irguió y entró en la cocina. Echando una mirada al hornillo, dijo:

—¿Huele a café recién hecho?

Arrastrando al cachorro con ella, Índigo caminó hacia la alacena y cogió una taza del armario. Jake se rio al ver que el cachorro no le dejaba un momento de tregua. Se sentó en una silla y estiró las largas piernas, cruzándolas a la altura de los tobillos. Ella sintió su mirada. Sus nervios se alteraron. ¿Tenía un lado oscuro que temía que ella viese? La mano le tembló al coger la cafetera.

—Llevas falda. ¿Qué se celebra?

Índigo se volvió para darle la taza llena. Él se adelantó y metió el dedo por el asa.

—Se ha hecho pis encima de mí.

—¿Qué?

Lo repitió, avergonzada. Jake sonrió y examinó los flecos del dobladillo de su falda rodillera con admiración.

—¿Pantalón de montar y pololos? —Ella asintió, y la sonrisa de él se ensanchó—. Quizá tenerlo en casa no esté tan mal. Creí que la única falda que tenías era la de ante blanco.

Índigo sacudió la cabeza.

—Tengo varias para todos los días. No me las pongo mucho cuando trabajo. —El cachorro tiró más fuerte del mocasín, y ella miró hacia abajo—. Por lo menos antes no. Ahora no me queda otro remedio que llevar faldas hasta que mis pantalones estén limpios y tratados. El proceso lleva bastante tiempo.

—¿Solo tienes un par? —preguntó gentilmente.

—No, dos. Pero dada su tendencia a hacer aguas, guardaré el par extra por si acaso. —Miró hacia arriba—. Dijiste que podría volver al trabajo cuando sintieses que era seguro.

Él asintió.

—Eso dije.

Índigo se relajó ligeramente. Si estaba enfadado, era un maestro del camuflaje y, si tenía un lado oscuro, era un actor consumado. El cachorro miraba una monda de patata que se le había caído. Dejando su mocasín, correteó por el suelo moviendo su poblada cola. Ladrando y gruñendo, atacó la monda, la sacudió y corrió con ella hacia el salón.

—¿Lista para tu paseo? —preguntó Jake.

Ella se inclinó para abrir el horno y mirar las galletas.

—He pensado que lo voy a dejar por hoy. Tengo miedo de que el cachorro huya y no vuelva cuando lo llame. Mañana ya nos conoceremos mejor.

El calor le secaba los ojos. Se echó hacia atrás y apartó la cara. Luego cerró el

horno.

—¿Cómo lo vas a llamar?

Índigo se estiró y cepilló un mechón que se le había escapado.

—Aún no lo he decidido. El nombre es muy importante. Me gustaría que tuviese significado.

Él se tocó la barbilla, pensativo.

—¿Qué te parece *Sonny*? Temporalmente, quiero decir.

—¿*Sonny*? —Índigo arrugó la nariz—. No es solemne.

Jake encogió los hombros.

—Pero tiene significado. Es el hijo de *Lobo*. Además, aún es pequeño. Para cuando crezca, habrás pensado un nombre mejor.

Ella articuló el nombre una vez más y acabó por sonreír.

—Me estoy acostumbrando a él. De acuerdo, será *Sonny*.

Al mirarla, Jake reparó en la parte de pierna entre los mocasines y la falda. Sorprendido, se inclinó hacia delante.

—Cariño, ¿eso son arañazos?

Ella se inclinó también para mirar y se sorprendió al ver varias marcas rojas en las pantorrillas.

—Los lobos tienen pezuñas, y saltan. Cuando son cachorros, pueden ser un poco traicioneros al jugar.

—¡Jesús! —Le cogió la pierna por detrás de la rodilla y la acercó—. Te ha hecho trizas. —Alzó la vista para mirarla—. ¿Y me tienes miedo a mí? Es increíble.

—No te tengo mi...

Antes de que pudiera terminar, Jake se levantó y le tapó la boca con la mano.

—Olvida lo que acabo de decir.

Le habló con suavidad, moviendo los ojos maliciosamente.

—Índigo, no digas nada. Es una orden.

Cuando apartó de nuevo la mano de su boca, ella se mordió el labio, mirándolo perpleja. Él le guiñó el ojo, luego reanudó el examen de sus piernas.

Sus dedos cálidos le provocaban un cosquilleo en la piel desnuda. Trató de apartarse, pero él la agarró rápidamente y le levantó la falda con la otra mano para evaluar los daños. Ningún hombre había visto sus piernas desnudas, aparte de su padre y su hermano, y de eso hacía muchos años. Desde entonces, solo la había visto y tocado su madre. Índigo enrojeció.

Jake no parecía consciente de la libertad que se estaba tomando. Ella sentía las yemas de sus dedos, suaves y ligeras como plumas, recorriendo cada arañazo.

—¿Tu tía Amy tenía algún bálsamo?

—Hay algo en el cajón de arriba del escritorio. —Índigo solo quería escapar de su tacto y volver a bajarse la falda—. Me las lavaré bien y me pondré bálsamo después de cenar.

—Después de cenar, ¡diablos! —La soltó y se puso de pie—. Los arañazos de

animales se infectan fácilmente.

Salió de la cocina y volvió poco después con la lata de medicamentos. La acompañó hasta una silla y después sacó una toalla del cajón, la humedeció con agua de la jarra y se postró ante ella apoyando una rodilla. Cogió su pie derecho, se lo colocó sobre el muslo y le levantó la falda.

A Índigo se le cortó la respiración. No llevaba pololos. Él iba a vérselo todo. Trató de recolocarse la falda. Jake miró hacia arriba, sonriéndola.

—Soy tu marido —le recordó.

Sea como fuese, eso no tranquilizaba a Índigo.

—Lo... lo puedo hacer sola. ¡De verdad!

Él le lanzó una mirada elocuente.

—No me importa.

En esa postura, ella le veía la nuca. Cuando deslizaba la mano por encima de la rodilla, saltaba y cerraba los muslos.

Mirándola con sus ojos castaños le dijo:

—Índigo, ¿te puedes relajar? Lo único que me interesa son los arañazos.

Ella seguía apretando la piernas, e intentaba en vano relajarse. Él la miró con ojos interrogantes.

—¿No confías en mí? —Su voz era profunda y sonora—. Si desease ver lo que intentas ocultar, ¿no crees que ya habría intentado echarle un vistazo?

Tenía sentido. Él le bajó el pie derecho, le levantó el otro, y se afanó en limpiar el resto de los arañazos. Cuando terminó, aplicó el bálsamo.

Después de curar el último arañazo, volvió a tapar la lata, la puso en la mesa y sonrió.

—¿Sigues de una pieza? —le preguntó.

Índigo asintió entrecortadamente, pensando únicamente en volver a tener los pies en el suelo. Sin embargo, él parecía resistirse a soltarle el tobillo. A ella le costaba cruzar la mirada con él.

—Tienes un sonrojo más bello que el de ninguna rosa que haya visto —le dijo con voz ronca.

Ella se quedó mirándolo, con el pulso acelerado, los puños apretados sobre el borde de la silla.

—Tus galletas se van a quemar —dijo temblorosa.

—He aquí una maniobra táctica como ninguna que haya presenciado —contestó con una risita. Bajó su pie al suelo y se levantó.

Sonny volvió a entrar en la cocina, jugando aún con la monda de patata. Jake volvió a su silla y bebió un sorbo lento de café mientras observaba a su esposa. No estaba seguro, pero pensaba que algunas de las sombras de sus ojos se habían disipado.

Índigo se sentó a la mesa para cenar. Al verla comer una abundante porción de guiso, Jake se sintió más animado. Era el primer síntoma de entusiasmo por la

comida que le había visto desde la muerte de *Lobo*. Cada pocos mordiscos, cogía un trozo de venado y se lo daba a *Sonny*. Lo de darle de comer al perro en la mesa no era del gusto de Jake, pero no dijo nada. Diablos, por él podía sentar al cachorro en una silla y ponerle un babero. Lo que la hacía feliz a ella le hacía feliz a él. En eso se resumía todo.

Cogió un trozo de carne del cuenco y se agachó llevándolo en la palma de la mano. Los ojos dorados del cachorro brillaron al ver la carne y, lentamente, se aproximó a cogerla. Jake se limpió la mano con la servilleta y encontró la resplandeciente mirada de *Índigo*.

—Gracias por traérmelo —susurró con voz trémula—. Es el regalo más bonito que he recibido nunca.

Jake enderezó los hombros. Para ser un hombre que había tirado trescientos dólares en un perro que no quería, se sentía absurdamente orgulloso.

Capítulo 18

*E*n los siguientes días, Jake conoció el verdadero significado de la palabra frustración. Deseaba a Índigo más de lo que había deseado antes a ninguna mujer, tanto que apenas podía pensar en nada más. Vivir en la misma casa que ella, dormir en la misma cama y saber que era suya hacía que fuese condenadamente duro mantenerse a raya. Solo la preocupación por sus sentimientos le impedía llevársela a la cama y hacerle el amor.

Desde su conversación junto a la tumba de *Lobo*, Jake sospechaba que Índigo albergaba más de una idea equivocada sobre él. Si le pedía que cumpliera con sus deberes de esposa, temía confirmar sus peores expectativas. Necesitaba tiempo y un delicado cortejo. Estaba decidido a darle las dos cosas.

Una vez tomada la decisión, Jake solo tenía que lograr convencer a su cuerpo. Además de los largos días en la mina y los paseos por la tarde con Índigo, taló y cortó ocho pilas de leña al día. Cuando la cantidad de madera acumulada en el jardín trasero de los Lobo empezó a alcanzar proporciones exageradas, se ocupó de la podredumbre del porche principal, trabajando hasta bien entrada la noche con la luz de la lámpara de gas. Por la noche, cuando se desplomaba en la cama, todo su cuerpo gritaba de cansancio.

Todo, menos una parte...

La sexta noche, Jake diseñó unas muletas para Cazador, luego le ayudó a dar sus primeros pasos titubeantes tras muchas semanas de cama. Loretta preparó una estupenda cena para celebrar el feliz momento. Después, Jake llevó a Índigo a casa y tomó un baño helado en el arroyo, lo que le sirvió para entumecer todo el cuerpo.

Todo, sí, menos una parte...

El séptimo día, Jake decidió que era necesario aplicar nuevas tácticas. Si no atraía a su esposa hasta sus brazos, existía el peligro de que sucediesen tres cosas: trabajaría hasta caer muerto, moriría de neumonía o perdería el control y le haría el amor por la fuerza. Dada su edad, a Jake no le entusiasmaba la idea de irse tan pronto a la tumba y, como amaba a Índigo, la alternativa de forzarla tampoco era muy tentadora. Lo último que quería era perder la confianza que se había ganado, y seguramente lo haría si recurría a la fuerza física.

Sabía que a su joven esposa la ponía tan nerviosa hacer el amor como a un gato de cola larga andar por un cuarto lleno de mecedoras, así que decidió utilizar un método sutil, que requeriría un cierto talento para la interpretación, una mano lenta y ligera, y una paciencia infinita. Tenía mucha fe en que funcionase bien con Índigo; quería excitarla sin que ella se diese cuenta.

La cosa empezó bien. Durante los paseos de la tarde, y las noches que pasaban juntos, aprovechó todas las oportunidades de tocarla que tuvo, dibujando ligeros

círculos en su cuello, acariciando suavemente sus labios con los dedos, tocándole las palmas de las manos y la curva de los brazos. Jake medía su éxito mirándola a los ojos. Cuando se excitaba, se ponían soñolientos, de un gris tormentoso. La tercera noche, se alegró de ver que sus ojos estaban ya más grises que otra cosa.

La cuarta tarde, se frotaba mentalmente las manos anticipando lo que iba a venir. Esa sería la noche. Con ese objetivo en mente, se la llevó de paseo. Había adquirido la costumbre de rodearle los hombros con el brazo. Esta vez, en lugar de posar los dedos sobre su brazo, dejó caer la mano descuidadamente sobre su pecho. Como es normal al caminar, especialmente sobre terreno irregular, los movimientos del cuerpo de ella hacían que el brazo de él se zarandease y, dado que la mano iba colgando muy cerca, los dedos, doblados descuidadamente, le acariciaban el pezón.

Al primer toque accidental, Índigo se sobresaltó y le lanzó una mirada suspicaz, que Jake atajó con un gesto insulso de desinterés. Al final, ella se relajó. Él esperó el momento oportuno, luego volvió a apuntar a su objetivo. No pudo evitar sonreír cuando sintió lo dura y erecta que se había puesto la aureola. En un tercer paso, el pezón presionó la suave piel de su blusa, ansiosamente alzado y reclamando atención... una atención que Jake estaba más que feliz de proporcionar.

Encontró un lugar con hierba a la sombra de un roble. La tierra húmeda era una nimiedad que no le iba a desanimar. Se sentó con la espalda apoyada en el árbol y arrastró a Índigo a su lado. Rodeándola con el brazo, le tocó con los dedos la clavícula, dibujando su forma y hablando sin parar de las travesuras de *Sonny*, distrayéndola con el cachorro para que su tacto pareciese inocente. De vez en cuando, deslizaba los dedos desde la clavícula hasta la parte alta del pecho.

Una mirada hacia abajo reveló a Jake que estaba a punto de alcanzar el éxito. Sus pezones estaban tan erectos como pequeños cadetes en formación. Se volvió hacia ella y se inclinó para besarle la mejilla. Colocando la mano en sus costillas, empezó un sutil ascenso hasta rodear con sus dedos el seno derecho. Ella dio un respingo y se puso rígida cuando él capturó la punta del pezón entre el pulgar y el índice.

—Está bien —la tranquilizó con un murmullo ronco. Después arrastró los labios hacia su boca—. Confía en mí. Relájate.

Naturalmente, Jake imaginaba que ella se limitaría a hacer eso y dejar que continuara. Lo que no esperaba era encontrar tanta pasividad. Él reclamó sus labios con un apasionado beso, introduciendo su lengua entre los dientes separados de ella para saborear la dulce humedad. Ella se quedó tan blanda como la seda mojada. Por un horrible instante, pensó que se había desmayado. Detuvo la mano en el pecho, y la apartó lentamente. En sus ojos había una mirada vacía, distante.

—¿Índigo?

Ella parpadeó y fijó la vista en él, con un aspecto ligeramente irritado.

—¿Sí?

Jake buscó su mirada. Si hubiese visto pánico, hubiese podido manejarlo. No le hubiese sorprendido la rigidez. O incluso una cierta resistencia. Ella era lista y tenía

que saber lo que él se proponía. ¿Pero pasividad? Estaba a años luz de la entrega temblorosa, y dejaba en su boca el sabor asqueroso de la ilusión frustrada.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

Ella le devolvió una sonrisita distraída y volvió a parpadear, exactamente igual que si estuviera adormecida.

—Estoy bien.

Jake no quería que estuviese bien. Quería un ciego abandono. Apartó las manos de ella y se apoyó en el árbol, preguntándose qué le picaba más, si su ego o su ingle dolorida. Sus aproximaciones amorosas habían provocado todo un espectro de reacciones, pero no recordaba haber dormido jamás a una mujer.

—¿Cómo estás tú?

Jake la miró con perplejidad.

—Estoy estupendamente.

Después de pensarlo mucho, Jake acorraló a Loretta la tarde siguiente para preguntarle si le había explicado a su hija «las cosas de la vida». Loretta se puso colorada y salió de la casa, diciendo que tenía que recoger huevos. Jake se sentía mal por ponerla en una situación embarazosa, pero su matrimonio estaba en juego. Necesitaba respuestas.

Con ese objetivo en mente, se dirigió a Cazador, que todavía estaba en la cama. Igual que la otra vez que le había pedido consejo, Cazador atajó las preguntas y le dio respuestas vagas. De su conversación, Jake dedujo que Cazador no tenía ni idea de lo que Loretta le había dicho a Índigo acerca del sexo. Eso eran conversaciones de mujeres y carecían de importancia. En el espacio de unos minutos, el marido podía enseñar mucho más con las acciones que lo que habían explicado las palabras.

Jake abandonó la casa de los Lobo con la impresión certera de que Cazador consideraba que la educación de Índigo era problema de Jake. Para él, empezaba a ser imposible de sobrellevar.

Mientras Jake lidiaba con su confusión, Índigo se ocupaba de la suya. Jake no era para nada lo que ella esperaba. Aunque había visto su arrogancia masculina y sabía que era capaz de gobernarla con mano de hierro, era, la mayor parte de las veces, infinitamente paciente y solícito, completamente opuesto a lo que esperaba de un esposo. Cuando la tocaba, siempre era delicado. Por el amor de Dios, le estaba empezando a gustar. No solo un poco, sino mucho. La hacía reír más que nadie que hubiese conocido. Y la hacía sentir... especial. Incluso cuando dormía, la abrazaba como si estuviese hecha de frágil cristal. A veces, últimamente, ella se había acurrucado en él, sintiéndose más protegida que amenazada en medio del musculoso círculo de sus brazos.

Desde el incidente bajo el roble, había empezado a preguntarse, en momentos de debilidad, cómo sería hacer el amor con Jake. Cuando la tocaba, era como la caricia

de una telaraña, y le hacía sentir... Índigo no sabía cómo llamarlo. Asustada, sí, porque sabía que lo que él pretendía hacer era muy desagradable. Pero también le hacía sentir bien, como manta sobre un panecillo caliente. Su miedo era que, si se dejaba derretir, él le pegaría un gran mordisco.

¿Y si lo hacía? ¿Cómo podía ser que alguien pareciera tan gentil y amable cuando planeaba algo horrible?

Esa pregunta hizo que Índigo se enfrentase a un hecho innegable. En contra de su voluntad, pese a todas sus anteriores experiencias con hombres blancos, empezaba a confiar en él.

Darse cuenta de eso la aterrorizaba.

Una semana después del incidente bajo el roble, llegó la esperada carta de Jeremy. Como no quería exponerse a la curiosidad de Índigo, Jake se llevó la carta a los bosques para leerla antes de ir a casa. Las noticias no eran buenas. Tras profundizar en la investigación de los documentos de Ore-Cal, Jeremy tenía la certeza de que su padre estaba detrás de los accidentes de Tierra de Lobos. Le decía a Jake que planeaba hacer una visita pronto para que ambos pudieran seguir indagando.

Apoyando el hombro en un pino, Jake se quedó un rato largo mirando la carta de su hermano y recordó la lejana tarde en que Jeremy le había revelado sus sospechas. Habían pasado muchas cosas desde entonces. La brisa se había llevado en un susurro los papeles con el membrete de Ore-Cal. Estas últimas tres semanas, el mundo que había dejado en Portland había empezado a parecer un sueño lejano. Ahora todo se precipitaba de nuevo hacia él con tal claridad que casi podía ver a Jeremy enfrente.

Ya no estaba seguro de saber cuál era su sitio. Tenía una esposa aquí. La casa de los López empezaba a parecer un hogar. Tenía callos en las manos. Pero ¿cómo podía darles la espalda a sus empleados, a su familia, y a la prosperidad por la que tanto había trabajado? Le importaba poco su padre, pero quería a Jeremy y a sus hermanas. Esos lazos no podían cortarse fácilmente.

Dobló la carta y la metió en el bolsillo de la camisa. Esa tarde, cuando Índigo no mirase, la tiraría al fuego. No le convenía ver el membrete de Ore-Cal y descubrir la verdad sobre él antes de que hubiera podido explicársela.

Jake suspiró. ¿Explicársela? Dios, le aterrorizaba esa conversación. A Índigo no le iba a entusiasmar saber que se había casado con el hijo del hombre que había estado a punto de matar a su padre. Aunque había tratado de no mentir, había tejido una red de medias verdades. ¿Qué pensaría cuando le hablase de él? ¿Cómo se sentiría al saber que tenía una prometida? Diablos, todavía no había encontrado ni un momento de intimidad para escribir a Emily.

Jake hizo una mueca. ¿Un momento de intimidad? La verdad es que no había encontrado la oportunidad de escribir una carta a espaldas de Índigo. Le hacía sentirse terriblemente culpable. Ella era honesta en extremo, incluso cuando temía

que la golpeasen por eso. ¿Cómo podía hacerle entender sus motivos para vivir una mentira?

Jake ya no estaba seguro ni de entender sus propios motivos. En Portland, aquella lejana tarde, venir de incógnito le había parecido la solución perfecta. Pero eso había sido antes de conocer a los Lobo, gente que decía la verdad como si pronunciase cada palabra bajo juramento. Tenía que enfrentarse a la posibilidad de que sus engaños más inofensivos pudiesen romper el corazón de Índigo y destruir su todavía inestable matrimonio.

Índigo percibió que algo no iba bien en el momento en que Jake entró en la casa. Sus ojos oscuros tenían un aspecto sombrío y atribulado, y sus brillantes rasgos dibujaban arrugas adustas. Ella cruzó el umbral de la cocina.

Lo primero en que pensó fue en la mina.

—¿Ha pasado algo?

Como si escuchase su voz a través de la niebla, inclinó la cabeza y fijó en ella una mirada ausente. Después de un rato, sonrió.

—Nada importante. Acabo de recibir una carta de mi hermano.

Índigo pensó que no parecía muy contento al respecto. Recordó la tarde en el granero, cuando él le había hablado de su familia y de la sensación de ser uno de entre seis panecillos hechos por el mismo molde.

—¿Malas noticias?

Se pasó la mano por la frente.

—No, a no ser que consideres que la compañía son malas noticias. Viene de visita. —Jake levantó las manos—. No sé cuándo. Pronto, ha dicho. —Recorrió la salita con la mirada—. Puede dormir en el sofá. Le quedarán los pies fuera, pero no se va morir.

Índigo trató de ordenar sus pensamientos.

—¿Es tan alto como tú?

—Ahí es donde terminan los parecidos, créeme. Jeremy es más guapo de lo que le conviene. Si empieza a decirte zalamerías, vale más que eches a correr en dirección contraria.

Lo que menos le preocupaba era que el hermano de Jake tratase de conquistarla. Probablemente la miraría y le preguntaría a Jake si había perdido la cabeza.

—¿Sabe que existo?

Jake caminó hacia ella, sacudiendo la cabeza.

—No. No he tenido tiempo de escribirle.

Ella tuvo que forzar las últimas palabras.

—¿Lo desaprobará?

Los ojos oscuros de Jake se fijaron en los suyos, y se le suavizó el gesto en una sonrisa.

—Yo lo apruebo. Eso es lo único que importa, Índigo.

No era eso lo que necesitaba oír. Estaba acostumbrada a tener toda la atención de

Jake, y le preocupaba su mirada distante, preocupada. Volvió a la cocina y bajó el fuego para que la sopa de alubias no se chamuscara durante el paseo. Un pensamiento le rondaba la cabeza sin cesar. Jeremy no sabía aún que su hermano se había casado con una india.

Esa noche, después de lavar la vajilla, Índigo pidió permiso a Jake para ir a visitar a su madre. Él se lo dio sin dudar y se ofreció a acompañarla, puesto que ya era de noche. Como en realidad no deseaba su compañía, le explicó que no tardaría mucho y se marchó antes de que pudiera hacerle preguntas.

Su hermano iba a venir... Índigo se apresuró por la calle principal hacia la casa de sus padres, recordando la advertencia de su madre. «Tus pieles no sirven para las ciudades donde las señoritas van adornadas con velos y volantes.» Índigo se apretó las mejillas entre las manos. ¿Por qué no había escuchado? Si hubiese empezado a echarse agua de limón en la cara ese día, ya le habría clareado algo la piel. Ahora era demasiado tarde.

Los pies de Índigo se detuvieron. Se quedó parada en la oscuridad y miró ciegamente calle abajo. Saber que Jeremy iba a visitarlos la obligaba a enfrentarse a sentimientos que había tratado de ignorar. De alguna manera, Jake había ido atravesando sus barreras. No le quería poner un nombre al dolor que sentía dentro, todavía no. Lo único que sabía es que quería que él se sintiese orgulloso de ella.

¿Qué pasaría si Jeremy se horrorizaba? ¿Qué pasaría si Jake la miraba con los ojos de su hermano? Quizá se arrepentiría de haberse casado con ella... si no lo había hecho ya. No parecía eufórico al decirle que Jeremy venía. ¿Por qué? A no ser que viniese de una familia extraordinaria, su esposa comanche iba a provocar estupor.

Podía perderle... ¡Ay, Dios, podía perderle! Se iría al mundo que había más allá de las montañas y no volvería nunca. Nunca le escucharía pronunciar su nombre cuando cruzara la puerta al volver del trabajo. Nunca escucharía de nuevo su voz profunda susurrándole al oído. Nunca volvería a dormirse por la noche cerca de su corazón.

Índigo sintió que algo dentro de ella se partía en dos. Tragó aire y se abrazó la cintura. Según la ley blanca, si no consumaban el matrimonio el enlace podría ser anulado. ¿Por eso no la había tocado aún? Quizás había estado planeando dejarla.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Si era el caso, debería estar loca de alegría. En principio, no había querido casarse con un hombre blanco. ¿Por qué pensar en su marcha le hacía sentir así? La pregunta no tenía respuesta.

A Jake le pareció sospechoso que Índigo llegase de casa de sus padres con un paquete en las manos. Todavía encontró más sospechoso que se fuese directamente al dormitorio. Él se quedó junto a la mesa de la cocina y terminó de afilar unos

cuchillos, esperando que saliese y le diera una explicación. Como no lo hizo, empezó a preocuparse. Había estado actuando de manera extraña toda la noche.

Se levantó y se desplazó silenciosamente por la casa. Cuando llegó a la puerta del dormitorio, se quedó ahí un instante y se puso a escuchar. Oía movimiento, así que supo que no se había ido a la cama. Un tenue brillo de luz asomaba por debajo de la puerta. Frunció el ceño y giró el pomo.

—Índigo, ¿qué estás...?

Jake olvidó lo que iba a decir. Su mujer estaba de pie junto a la cama y llevaba puesto uno de los vestidos de cuadros azules de su madre. Evidentemente, había estado poniéndose y quitándose ropa, porque el pelo se le había desprendido un poco de las horquillas, y la diadema de trenza le colgaba ladeada, con unos mechones largos y sueltos rodeándole la cara. Los ojos de Jake se deslizaron hacia la punta de sus mocasines, que asomaban por debajo de la falda.

—Jake —dijo débilmente.

—¿Qué haces? —Entró y miró la montaña de vestidos que había encima de la cama—. Son de tu madre, ¿verdad?

Sus mejillas se pusieron de un rojo fuerte.

—Me los ha prestado. Quería ponérmelos mientras me hacía unos nuevos.

Jake no podía creer lo que estaba oyendo.

—No sé por qué, pero tenía la impresión de que no te gustaba la ropa de las mujeres blancas.

Ella apartó la cara.

—He cambiado de opinión. No es que me quede muy bien. Los vestidos de mi madre no me sirven.

Jake veía el problema. Sus amplios pechos presionaban las costuras del corpiño.

—Bueno, no es una catástrofe horrible. Puedes llevar pieles un par de semanas más hasta que hayas cosido algo. —Personalmente, Jake iba a echar de menos sus faldas de flecos—. El azul te favorece.

—Gracias —dijo sin volverse para mirarle—. Ojalá me valiese. Con esto parezco una salchicha.

Reprimiendo una sonrisa, Jake se acercó lentamente a ella. El ajustado corpiño alzaba sus tiernos pechos por encima del escote. En su opinión, el efecto no era exactamente el de una salchicha. No iba a discutir. Aunque era adorable, no la dejaría salir del dormitorio mostrando tanto pecho.

Al detenerse frente a ella, notó el gesto afligido de sus ojos. Se acercó.

—Cariño, ¿qué pasa? El que algunas partes de tu cuerpo no encajen en los vestidos de tu madre no es razón para disgustarse.

—Ay, Jake.

Él se inclinó, tratando de verle la cara. Conociendo a Índigo, estaba seguro de que detrás había mucho más de lo que parecía.

—¿Ay, Jake? Eso no me dice gran cosa.

—No me puedo poner ni uno.

Él estaba completamente de acuerdo. Apenas podía contener las manos.

—Te puedes apañar hasta...

—¡No lo entiendes! No podré hacerme ningún vestido antes de que llegue Jeremy. ¡Ninguno, ni siquiera con la nueva máquina de coser de mi madre!

—¿Por qué ibas a...? —El resto de la pregunta murió en su garganta. Tragó y volvió a intentarlo, pero no estaba en absoluto seguro de querer escuchar la respuesta —. Índigo, ¿por qué quieres hacerte vestidos antes de que llegue Jeremy?

Se le marcaron los tendones del cuello al intentar hablar. Las palabras no le salían. Jake le quitó la mano de la cara. El miedo y el dolor que vio en su gesto le enternecieron. Con un suave gemido, la cogió entre sus brazos.

—Ay, cariño...

En el momento de abrazarla, se le vino a la nariz un olor extraño. Era tan fuerte que olvidó todo lo demás.

—¿Qué es este olor?

Ella olisqueó.

—¿Qué olor?

Él la olió alrededor de la oreja.

—Huele a limón.

—Ah. —Y hundió la cara contra su hombro—. Es agua de limón que mezcló mi madre.

Jake se estremeció. Sabía para qué usaban las mujeres el agua de limón; Mary Beth se untaba en ella todos los veranos para aclararse la piel. Cerró los ojos. Se le vinieron recuerdos de Índigo sentada bajo el laurel. Luego recordó las cosas que le había oído decir a Brandon Marshall. Por primera vez en su vida, Índigo estaba tratando de ocultar su herencia. ¿Y por qué? Porque quería que él se sintiese orgulloso de ella.

Al darse cuenta de esto, Jake estuvo más cerca del llanto que en toda su vida adulta. Una de las cosas que siempre había admirado de Índigo era su fiero orgullo comanche. Durante lo que parecía una eternidad, había deseado ver algún signo de que su afecto era correspondido. Ahora que había uno, se sentía mal. Por su sangre india, ¿no se sentía suficientemente buena para ser su esposa? Era exactamente lo contrario a la verdad. Él era el que no estaba a la altura. Sin hablar, la cogió en sus brazos. Con *Sonny* siguiéndole los pasos, la llevó a la cocina, la descendió hasta hacer pie en el suelo y sacó del cajón un paño limpio. Caminó hacia la encimera, inclinó la jarra de agua para humedecerlo. Ella se echó hacia atrás cuando comenzó a restregarle la cara.

—¿Qué estás... —saltó— haciendo?

—Quitarte ese maldito limón. Mira hacia arriba.

—Pero yo... —Parpadeó y frunció los labios.

Jake le pasó el paño por la mejilla, y luego se inclinó para besarle la punta de la

nariz.

—No vuelvas a hacer algo así nunca más. Me gusta tu piel tal y como es. Sus ojos parecían de un arrugado terciopelo azul.

—¿Te... te gusta?

Jake sonrió.

—Sí. Hay más mujeres de piel lechosa que mosquitos en una caja de fruta. Si quisiera eso, me hubiese casado con una. —Se inclinó hacia ella y le robó un beso.

No parecía convencida. Él le cogió la cara entre las manos y buscó su mirada; le rompía un poco el corazón ver la confusión y el dolor que todavía había en sus ojos.

—Te quiero, Índigo. Tal y como eres. Me encanta tu pelo. Me encanta tu piel. Me encantan tus faldas de piel. Me encantan hasta tus pantalones de ante. Si vuelvo a sentir que hueles a limón, te retorceré el cuello. Y quiero que devuelvas toda esta ropa a tu madre. ¿Está claro?

—Sí, pero Jeremy...

—Al infierno con Jeremy. Estás casada conmigo.

—Pero...

—No hay peros. A Jeremy le encantarás tal y como eres. En cuanto te vea pensará que soy el hombre más afortunado del mundo.

—¿Pero qué pasa si...?

Él la sacudió suavemente.

—No hay «sías». Lo único que importa es lo que yo piense, y yo pienso que eres perfecta.

Jake se dio cuenta de que sus palabras la tranquilizaban poco. Tenía que aceptarlo. De repente, entendió muchas cosas sobre ella que no había comprendido hasta entonces. La cuestión era, ¿se entendía ella a sí misma?

Capítulo 19

A la mañana siguiente, cuando se dirigía a devolver los vestidos a su madre, Índigo se encontró al señor Christian en la calle principal. Con botas y un sombrero nuevo, la saludó cortésmente haciendo una pequeña reverencia y le dijo que acababa de encargar un toro de cría.

—Ah, qué maravilla —contestó Índigo. Sabía que el granjero lo había pasado mal últimamente—. Me alegro por usted.

Miró a *Sonny*, que andaba ocupado oliendo la hierba que asomaba entre los tablones del camino.

—De verdad que me vino bien ese dinero, se lo digo, y siempre les estaré en deuda.

Ligeramente confundida, Índigo observó su cara delgada.

—Sí, bueno —sonrió—. Salude a su esposa de mi parte. Que tenga buenos días.

Cuando Índigo echó a andar, el granjero gritó:

—¿Cómo se lleva con ese bicho intratable?

Durante un horrible momento, Índigo pensó que se refería a Jake, pero cuando se dio la vuelta vio que su mirada se dirigía a *Sonny*.

—Ah, nos llevamos estupendamente.

El señor Christian se agarró la oreja y sacudió la cabeza.

—Es el animal con más mal genio que he visto en mi vida. Espero que su marido no lo quiera traer de vuelta, porque ya me he gastado los trescientos.

Después de decir eso, Deke Christian se alejó. Índigo se quedó mirándolo, segura de que no lo había entendido bien. Unos minutos más tarde, cuando llegó a casa de sus padres, todavía estaba dándole vueltas a la conversación.

—Madre, ¿alguna vez te ha parecido raro el señor Christian?

Loretta dejó el horno y se volvió sujetando una bandeja de galletas con la mano enguantada.

—¿Raro? ¿Raro cómo?

Índigo dejó el fardo de vestidos sobre la mesa.

—Como ido. Acaba de encargar un toro. —Índigo encogió los hombros—. Dijo una cosa rarísima, algo de Jake devolviendo a *Sonny* y queriendo sus trescientos dólares.

Loretta la miró sobresaltada.

—No querrás decir que... ¡ah, madre, no lo hizo!

Loretta colocó la bandeja del horno en la encimera. Con una leve sonrisa, asintió.

—¿Jake compró a *Sonny*? —Índigo miró al cachorro, que estaba frente a la chimenea—. ¿Por trescientos dólares? ¿De dónde sacó tanto dinero?

—No me pareció adecuado preguntarlo. Sabía lo mucho que echabas de menos a

Lobo, y pensó que su cachorrillo podría calmar tu dolor. Supongo que trescientos dólares no le parecieron tanto si te iba a hacer feliz.

Índigo se dejó caer en una silla.

—Entonces... bueno, nunca tuvo la intención de dispararle. Todo fue un paripé para hacer que me lo quedara.

Loretta se rio.

—No estás enfadada con él, ¿verdad?

Por un instante, Índigo sí que se enfadó. Luego miró a *Sonny* y una sonrisa cariñosa curvó sus labios. En realidad, sus días pasaban mucho más rápido en compañía del cachorro y, ahora que había llegado a quererle, de algún modo parecía lo lógico que ella criase al hijo de *Lobo*.

—No, no estoy enfadada —dijo suavemente.

—Me alegro. Jake lo hizo con la mejor intención. —Loretta cogió un plato de la alacena y lo llenó de galletas. Volviendo a la mesa, lo colocó junto a Índigo y luego tomó asiento—. Un hombre tiene que querer mucho a una mujer para gastarse trescientos dólares en un cachorro. Especialmente cuando le muerde nada más verlo.

A Índigo le invadió un sentimiento de afecto.

—Supongo que quizá sí que me quiere —susurró—. Aunque sea un poco.

Loretta se sirvió una galleta. Le dio un ligero mordisco y se puso a observar a su hija.

—Más que un poco, diría yo. —Y la miró, interrogándola—. Índigo, puede que esté pisando territorio prohibido, pero Jake dijo el otro día algo que me hizo pensar que no has estado cumpliendo tus obligaciones de esposa.

Índigo pensó en lo ordenada que había tenido la casa y en las cenas tan buenas que había preparado cada noche.

—Pero yo... —Hizo una pausa pensativa—. Ah, te refieres a esa obligación de esposa.

Loretta se sonrojó.

—¿Así que lo admites?

Índigo se retorció en la silla.

—No me he negado exactamente.

—Ya hace un tiempo que estás casada. Un hombre espera ciertas cosas —afirmó mientras se sacudía una mancha de harina de su mandil—. Sé que te casaste con él contra tu voluntad. No debe de ser fácil. —Y levantó la vista—. Mi miedo es que empeores las cosas. Un hombre rechazado forzará las cosas. Tú no quieres eso.

Índigo no quería.

—Pero, madre...

—Jake es un buen hombre, no creo que tenga ni un ápice de maldad. Pero no hay un solo hombre en el mundo que esté libre de sacar su mal genio. ¿Entiendes?

Índigo entendió perfectamente.

—Sí, madre.

Loretta resolló.

—Sé que te puede sonar cruel. —Sus ojos se ensombrecieron por la emoción—. Pero eres mi niña, y quiero evitarte el dolor. No abuses de la paciencia de tu esposo.

Índigo volvió a casa preocupada y enfadada. Cada vez que miraba a *Sonny*, le asaltaba la culpa. Jake se preocupaba de verdad por ella. Lo había demostrado de mil maneras. ¿Por qué seguía teniendo pánico al lecho conyugal?

Fue al dormitorio y se tumbó. Se imaginó el aroma de él pegado a la almohada y cerró los ojos. Casi podía sentir su brazo en la cintura, su mano abierta sobre el estómago, su calor en la espalda.

Muy pronto, probablemente, se tendría que ir por un tiempo. Pensarlo la hacía sentir huérfana. Visualizaba su rostro moreno con los rizos de ébano cayendo descuidadamente por su frente. Su estómago palpitaba, como sucedía a menudo cuando él la miraba. ¿Qué pasaría si se marchaba a otra ciudad antes de hacerle el amor? Se lo imaginaba sonriendo a una hermosa señorita y haciendo que otra sintiese el palpito en su estómago. ¿Qué pasaba si la señorita se fijaba en él?

Un fuerte nudo de tristeza se instaló en el pecho de Índigo. Él había hecho todo lo que podía para hacerla feliz. A cambio, ¿qué le había dado ella? Nada. Ni siquiera su confianza. Tenía que hacer el amor con él. Se merecía al menos eso. Si no lo hacía, él la dejaría durante un viaje y nunca volvería a Tierra de Lobos. Al pensarlo, tenía ganas de llorar. De alguna manera, él se había convertido en el centro de su mundo. Si no volvía, ella moriría por dentro.

Índigo abrió los ojos y miró al techo. La confusión hacía que sus emociones se confundiesen. No quería amarle. No quería. Le hacía sentir fatal por dentro, y asustada. Se tapó los ojos con el brazo y sollozó. No era justo que él la hiciera sentirse así. No era justo.

En la pausa del mediodía, Jake salió de la mina y se dirigió a casa. Desde la carta de Jeremy, ya no estaba convencido de que Brandon Marshall estuviese detrás de los incidentes de la mina. Si era así, también parecía improbable que el derrumbe fuese dirigido a Índigo. Jake sabía lo mucho que ella echaba de menos trabajar, así que había estado pensando en el asunto. Si los accidentes no iban contra ella, ¿por qué no dejarla volver tomando algunas precauciones de seguridad?

Cuando llegó a casa, se encontró a Índigo dormida en la cama. Él se acercó y le acarició las pestañas con la yema de los dedos. Ella parpadeó y abrió los ojos lentamente. Por un instante, se quedó mirándole como si no le viera.

—¿Jake?

—¿Quién creías que era? —le preguntó con una sonrisa.

Ella se incorporó sobre el codo.

—¿Qué haces en casa?

—Me dijo un pajarito que estabas haciendo el vago.

—Ah. ¿Debería estar haciendo algo?

Jake cruzó los brazos y entornó los ojos.

—Vaya esposa que eres, durmiendo todo el día. Levántate y ponte los pantalones, señora Rand. Tenemos trabajo.

—¿Dónde?

—En la mina.

Ella se sentó.

—¿La mina? Pero tú... ¿Qué hay de...? ¿Lo dices en serio? Dijiste que no era seguro.

—Lo he estado pensando, y no ha pasado nada en mucho tiempo. Me apetece arriesgar un poco. —Levantó una mano—. Con algunas condiciones. Solo trabajarás media jornada.

Ella juntó las manos y se mostró entusiasmada.

—¡Ay, sí! ¡Media jornada sería maravillosa!

—Y trabajarás conmigo. Sin alejarte. Es solo temporal, hasta que tenga la certeza de que es seguro.

—¡Ay, sí! ¡Sí! —asintió con énfasis—. Eso no me importa, de verdad, Jake. Seré como tu sombra.

—Hay más —advirtió—. Nada de levantar pesos y, si te veo con un pico o una pala, te lo enrollaré al cuello.

Su rostro se apagó.

—Pero, entonces, ¿qué puedo hacer?

Jake se inclinó hacia ella.

—¿Estás de acuerdo con las condiciones o no?

Su cara se iluminó.

—Tan solo estar allí ya será maravilloso.

—Entonces vístete.

Ella se levantó de un salto y corrió hacia la cómoda. Tras sacar un par de pantalones, se dio la vuelta y se lanzó sobre él. Jake estiró los brazos para cogerla. Ella le abrazó el cuello.

—Ah, Jake, gracias.

Antes de que pudiera reaccionar, ella se escabulló y empezó a subirse los pantalones por debajo de la falda. Jake no pudo evitar reírse. Nunca en la vida había visto un cambio tan rápido.

—¿Has almorzado? —le preguntó.

—No tengo hambre.

—Tienes que comer. —Ella recogió la falda del suelo y la tiró encima de la cómoda—. Sin rechistar.

Índigo estaba tan emocionada de volver a la mina que no le molestaron las restricciones. Desde que conoció a Jake, supo que no aceptaba que las mujeres trabajasen. El simple hecho de permitirle estar ahí era ya una concesión. No pensaba discutir, y consiguió encontrar muchas cosas que hacer. Varias veces a lo largo de la tarde, él le pidió su opinión antes de tomar una decisión, lo que la hizo sentir parte del proceso.

La tarde pasó y, antes de que Índigo se diese cuenta, los hombres se marcharon a casa. Jake notó su gesto decaído y le dio una palmadita en la barbilla.

—No pongas esa cara. Podrás volver mañana.

Índigo se rodeó la cintura y tomó aire profundamente, llena de gozo.

—Ah, cómo me gusta el olor que hay aquí.

Él apoyó una pala en la entrada del túnel, luego se volvió y le guiñó el ojo despacio.

—A mí también. Me recuerda a ti.

—¿A mí?

—Sí. Hueles a rayos de sol y a aire fresco y a pino... —se rio— y a polvo.

—No huelo a polvo. —Sus miradas se cruzaron y ella empezó a parecer insegura—. ¿O sí?

Él echó la cabeza hacia atrás y se rio. Descendiendo la montaña, le cogió la mano. Mientras caminaban por los bosques, la luz del sol les dio en los ojos durante un instante; luego la sombra cayó sobre ellos. Era una tarde serena y perfecta, acariciada por la promesa de la primavera, pero... Ella se sentía agitada y no sabía por qué.

—¿Cuánto tiempo durará este sol? —le preguntó él.

Frunció el ceño. Sus sentimientos estaban tan revueltos como la masa de las tortitas de su madre.

—No mucho. Cuando marzo viene así, suele irse con un diluvio.

Él le sonrió. De repente el aire parecía demasiado denso para respirar.

—Entonces tenemos que disfrutar de esto mientras podamos —le dijo en voz baja—. ¿Qué te parece si esta noche organizamos un picnic y cenamos en el bosque?

Índigo sonrió con entusiasmo. Amaba el bosque. ¿Por qué la propuesta le hacía sentir atrapada?

Tumbado de lado, Jake apoyaba la cabeza en la palma de la mano y miraba hacia la pradera. El murmullo de las ramas de los árboles le arrullaba. La frescura de la brisa acariciaba su piel. Aunque la cena había sido sencilla, se sentía satisfecho, en parte por lo que le rodeaba, pero sobre todo por la mujer que tenía al lado.

Recorrió las líneas de su perfil. Amaba la suave curva de su frente alta. Cuando le miraba las cejas, quería recorrer sus arcos con el dedo. Su pequeña nariz, tan parecida a la de su padre, le daba un aire majestuoso y salvaje, opuesto a su frágil mandíbula y el suave mohín de sus dulces labios. Le gustaba especialmente la barbilla,

obstinadamente cuadrada, pero adorable en su miniatura.

Una preciosa unión de fuerza y vulnerabilidad. Había algo en su porte, la cabeza levantada, los hombros erguidos, que la dotaba de un espíritu inquebrantable. Incluso cuando le acariciaba la mejilla con los nudillos, el tamaño de su puño abarcaba toda la longitud de su mandíbula.

Ella se volvió y lo descubrió sonriendo.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

Jake la miró, soñoliento.

—Solo estaba pensando.

—¿En qué?

—En ti. —Sus ojos azules eran tan claros como el cristal pintado—. Tienes unos ojos muy bonitos. —Su sonrisa aumentó—. Todo en ti es bonito. Especialmente esa mancha de tu nariz.

Ella se restregó.

—¿Me la he quitado?

—Un poco más a la derecha.

Apoyándose en el codo, se inclinó hacia abajo. Jake le quitó con el pulgar la mancha inexistente.

—Ahí. —Y le rodeó la nuca con la mano—. No te vayas —le murmuró—. Quédate aquí abajo y háblame.

—¿De qué?

Jake sintió un dolor en la garganta. No quería arruinar lo que había sido un día perfecto, pero no podía tratarla siempre con guantes de seda. Tenían algunos problemas serios y, ahora que intuía su origen, había que empezar a tratarlos. Enfrentarse a la verdad sobre uno mismo podía ser doloroso.

—Me podrías enseñar a hablar con los animales. Nunca se sabe si algún día tendré que alimentar a *Mellado*.

Sus ojos se turbaron.

—En realidad no es hablar. Los animales me tienen simpatía, sin más.

—Lo haces con los ojos. Te he visto con *Sonny*.

Claramente incómoda, ella evitó mirarle y jugueteó con un mechón de pelo. Desde que la había encontrado en la habitación la otra noche, probándose frenéticamente ropa de mujer, Jake no se sentía tan desconcertado por sus negativas.

—Índigo, mírame —le susurró.

Unos ojos enormes y suspicaces se volvieron hacia él. Jake le devolvió la mirada, decidido a no resignarse esta vez. ¿Cómo podía esperar honestidad total por parte de ella si él mismo no se arriesgaba? No podía encubrir todo lo bueno de su corazón para disimular un mísero secreto. Había otras cosas dentro de él que ella necesitaba ver: especialmente el amor y la ternura que sentía por ella.

Percibía que su continua resistencia a dejarla ahondar en él la inquietaba. En cierto modo, lo entendía. Ella era transparente. Quizás era parte inherente del don que

le había dado Dios, y no podía dominar lo comunicativos que eran sus ojos. Al mirar, ella exponía todo lo que era, y forzosamente sentía recelo cuando otro no lo hacía. Lo había pensado mucho y decidió que prefería que ella supiese que tenía secretos antes de que pensase que ocultaba algo peor.

—Es un don especial, ser capaz de comunicarse con las criaturas. ¿No te das cuenta? Incluso si nunca aprendo a hacerlo, ¿no querrías al menos compartirlo conmigo?

Su boca se tensó.

—Si estás convencido de que existe esa comunicación, dile a *Sonny* que te enseñe.

Jake se rio.

—Está muy ocupado cazando gusanos. Además, no quiero que me enseñe él. — La arrastró junto a él—. Por favor.

Ella se mordió el labio, como si se sintiese acorralada.

—No es algo que se pueda enseñar, Jake. Sucede sin más.

—Entonces, ¿hablas con los animales? —Él le sostuvo la mirada, deseando que ella tuviese el valor de decir que sí—. Por eso *Mellado* confía en ti, ¿verdad? Y por eso no le tienes miedo. Has visto su corazón, ¿verdad?

Por su gesto, Jake supo que había encontrado las palabras idóneas. Podía negar que hablase con los animales. No era exactamente una mentira, porque no era una comunicación verbal.

—Se hace con sentimientos, ¿no es así? —insistió—. No es algo que oyes, no son mensajes que se puedan expresar con lenguaje... solo compartir una emoción.

Vio cómo apretaba las pequeñas manos.

—¿Por qué te importa? —preguntó ella.

Jake sonrió. ¿No era ese el problema? Ella tenía pánico a que eso importase.

—Ser diferente no es un crimen.

Ella torció la cara y cerró los ojos.

—No puedes ocultar lo que eres —susurró con áspera ternura—. ¿No sabes lo valiosa que eres para mí? Siempre supe que hablabas con las criaturas salvajes.

—No es realmente hablar... —Parecía asustada—. No es así en absoluto.

Él le recorrió las delicadas vértebras del cuello con las yemas de los dedos.

—¿Por qué tienes miedo de decírmelo todo? No soy tan diferente de *Mellado*, ¿verdad? Si puedes confiar en un puma, ¿por qué no puedes confiar en mí?

Ella se soltó.

—Confío en ti.

Con la mano aún en el aire, Jake cerró el puño en medio de la nada y aceptó que había vuelto a fracasar en el intento de llegar a ella. Era irónico que esa muchacha que podía ahondar tan fácilmente en los corazones de otros no pudiese encontrar la verdad en el suyo propio.

Fijó la vista en los árboles lejanos. Con el rabillo del ojo, captó un movimiento,

pero estaba tan preocupado que no le prestó atención. Cuando se acercó, sin embargo, una fugaz imagen en blanco y negro despertó su sexto sentido y sintió un cosquilleo de alarma subiéndole por la columna. Miró a Índigo y luego lo vio: diablos, era una mofeta, y se dirigía hacia ellos como si la hubiesen invitado a cenar.

Jake se puso tenso, luego se obligó a relajarse. Una mofeta. Claro, una mofeta. Estaba sentado con Índigo, la campeona de las criaturas, grandes y pequeñas.

—Cariño, tenemos compañía. Un amigo tuyo, espero.

Ella miró por encima del hombro.

—Ah, es *Apestoso*.

—Qué adecuado. —Jake olisqueó, luego deseó no haberlo hecho—. No me rociará, ¿verdad?

—No, por supues... —Antes de que terminase de contestar, *Sonny* salió de detrás de un arbusto y se lanzó hacia la mofeta, gruñendo y mordiendo al aire.

Con cara de horror, Índigo gritó:

—¡*Sonny*, no!

Jake adivinó inmediatamente la tormenta que se avecinaba. Ya preparado para echarse a correr, se puso en pie, agarró el brazo de Índigo y arrancó con ella. Escuchó aullar a *Sonny*. Al momento, se estaba quedando ciego. Sus ojos parecían arder. Le dolían los pulmones de una manera insoportable. Luego le sobrevino una náusea horrible, desgarradora. Escuchó detrás las arcadas de Índigo.

—¡Mierda!

Jake tropezó con una rama y se cayó de rodillas. Al momento estaba vomitando. Entre esfuerzos, seguía llamando a Índigo, pero ella no contestaba. Cuando su vista volvió a aclararse, vio que estaba tumbada a su lado, con aspecto de encontrarse tan mal como él. *Sonny* rodaba y se restregaba la nariz por el polvo, gimiendo penosamente.

—Nos ha pillado —dijo Índigo débilmente.

Por alguna razón absurda, su constatación de lo obvio le hizo gracia y empezó a reír descontroladamente. Dobló los brazos y rodó sobre su espalda. Poniéndose un brazo sobre los ojos, acertó a decir:

—Creo que tienes razón...

—Lo siento. No debería haberme hecho amiga de una mofeta.

—Mejor amiga que enemiga. —Jake volvió a reírse. Se llevó una mano al estómago—. Ah, Dios, me mareo.

Ella se sentó lentamente.

—Lo mismo le va a pasar al que se atreva a acercarse a nosotros. Esto no se va.

Jake se serenó.

—¿En cuánto tiempo?

—Días, a veces semanas. —Tiró de la parte de atrás de su camisa y tuvo una arcada—. Ah, Jake, lo siento. Creo que mi madre tiene algún remedio hecho con tomates. Quizá funcione.

Él tomó aire.

—Creo que no nos cogió directamente.

Ella sonrió.

—Eso es que te estás acostumbrando. En una hora o así, ni siquiera notarás que apestas —dijo y frunció el labio inferior—. ¿Estás enfadado?

Jake se rio.

—Cariño, si hay alguien en el mundo con quien quiero exiliarme, es contigo. Sin embargo, creo que deberíamos enseñarle a *Sonny* a comportarse con tus amigos.

Ella se incorporó tambaleándose y miró los restos de comida.

—Déjalo. De todas formas, la cesta está destrozada.

Ella asintió.

—Ya lo sé. Estaba buscando al pobre *Apestoso*.

¿Pobre *Apestoso*? Jake volvió a echarse a reír.

Capítulo 20

—¡Caramba! ¡Quedaos ahí! —Loretta empujó la puerta hasta casi cerrarla, luego se asomó a la rendija para ver a Jake e Índigo—. Índigo, de verdad, ¿cuándo vas a aprender?

—*Apestoso* no iba a por nosotros, madre. Fue *Sonny*.

—Ni me lo cuentes, os ha pillado bien. —Loretta sacudió la mano en el aire.

Índigo se tiró de la falda y arrugó la nariz.

—¿Tienes algo que sirva?

Loretta suspiró.

—Tengo algunos tomates guardados. Pero atención, no os llevéis ninguno a la boca. Después lavaos con jabón.

—Pensé que no tenían veneno —dijo Jake.

Loretta le lanzó una mirada desafiante.

—¿Has visto a alguien que se comiera uno y viviera para contarlo?

Jake e Índigo escogieron lugares separados en el arroyo para bañarse. Sin embargo, Jake se dio cuenta inmediatamente de que no podía llegar a los sitios donde había sido rociado. Se puso los pantalones sucios y fue a buscar a Índigo, a la que encontró bañándose en una curva del riachuelo, oculta a la vista por un arbusto y con la camisa todavía puesta. Otro signo más de lo mucho que confiaba en él.

Sonrió y descendió hacia donde ella estaba por la orilla, feliz de satisfacer por una vez sus peores presagios. Al fin y al cabo, había probado el otro camino, demostrándole una vez tras otra que se equivocaba con él.

—Te restriego la espalda si tú restriegas la mía.

Al sonido de su voz, ella dio un respingo y dejó escapar un chillido.

—¡Jake! ¿Qué estás...? —Se hundió en el agua y se quedó mirándolo, más adorable de lo que se podía tolerar, con el pelo suelto colgándole en mechones húmedos por la cara—. No estoy presentable.

Lo había notado, sí. Rascándose la oreja, Jake la miró divertido. *Sonny* correteaba a su lado, parándose cada pocos pasos para sacudirse y secarse restregándose en la hierba. Tenía el pelo húmedo, por lo que Jake supuso que ella ya lo había bañado.

—¿Vamos a dejar que el culpable de todo esto sea el único que salga de aquí oliendo a rosas? Llevas la camisa puesta. Puedo lavarte por debajo. Me dejaré puestos los pantalones.

Hizo que pareciese seguro. El problema es que no tenía aspecto inofensivo ahí de pie con los vaqueros mojados y sin camiseta. Parecía todo menos eso, con su masculinidad de bronce y sus marcados músculos, el cabello de ébano alborotado y

goteando agua. Ella se quedó mirando la corriente de agua sonora. ¿Qué podía pasar en el arroyo?

—De acuerdo —aceptó.

Él se acercó andando por el agua, con el bote de tomates levantado.

—Yo primero. —Le dio el bote y se volvió de espaldas—. Dale bien a la parte de atrás del cuello y los hombros. Creo que ahí es donde me pilló más.

Índigo estaba congelada, así que no perdió el tiempo. Le restregó rápido con el tomate; luego, mientras él se enjuagaba, cogió la barra de jabón de una roca cercana y se enjabonó las manos. Al masajearle, sintió la potencia de sus músculos en los hombros y en la espalda, duros como el acero, aunque también sedosos y cálidos. Recorrió con las yemas de los dedos el fuerte cuello, maravillada de cómo estaba moldeado: donde en ella los huesos sobresalían, en él estaban acolchados. Y al terminar de enjabonarle el pelo, se zambulló para enjuagarse; luego salió a sacudirse. El agua la roció. Él cogió el segundo bote de tomates.

—De acuerdo, ahora tu turno.

Se puso tras ella y buscó a tientas el dobladillo de la camisa. Al rozar con sus manos las nalgas desnudas, ella dio un salto.

—¿Qué haces?

Él se rio.

—No veo debajo del agua. Lo siento.

No parecía sentirlo mucho. Ella aguantó la respiración mientras su mano cálida y áspera le subía por la espalda. No tuvo tiempo de preocuparse, porque enseguida le untó el tomate y empezó a restregar.

—Tengo miedo de estropear tu camisa.

Su voz sonaba extrañamente tensa y un poco ronca. Índigo pensó que probablemente fuera del frío.

—Tengo otras. Lo que me faltan son pantalones.

Creyó detectar una sonrisa en su voz cuando dijo:

—Qué pena.

Tenía un tono bromista, y de desafío tácito.

—Mi madre tiene gasa en el baúl de las telas. Le compraré un poco y me haré unos pololos con su máquina de coser.

—No sé... —Le rodeó la nuca con los dedos cálidos—. Se me ocurren mejores formas de gastar el dinero.

El pulso de Índigo se aceleró. Tratando de intuir su estado de ánimo, se volvió al tiempo que él agarraba sus gruesos mechones con el puño. Su gesto era imposible de interpretar. Cuando terminó de ponerle el remedio por el pelo, le dijo que aguantase la respiración y la zambulló para enjuagarle la cabeza. Luego la llevó a la parte poco profunda.

Índigo tiraba de la parte delantera de la camisa, sin bajar la guardia. La muselina húmeda era casi transparente y se le pegaba a la piel. Hacía ventosa cuando la

apartaba de sus pechos, y se le volvía a adherir cuando la soltaba. Los ojos oscuros de Jake no perdían detalle.

—Cariño, relájate. No estoy mirando.

Índigo acababa de ver cómo la miraba. Lo observó con suspicacia. Había un brillo pícaro en su mirada. Él la agarró de la cintura y la puso de rodillas. Los dedos en su cuero cabelludo eran un placer. La única persona que le había lavado el pelo antes era su madre, y tenía las manos pequeñas. Una mano de Jake podía cubrirle toda la cabeza. El tacto era tan suave como el de su madre, pero más firme, con los dedos moviéndose en círculos que tiraban de los músculos de su cuello. Arrullada por la sensación, dejó que la tensión fluyese de sus hombros y se rindió a su fuerza.

Tras varias refriegas y enjuagues, dio su cabello por limpio. Ella se lo escurrió y se lo pasó por encima del hombro, poniéndose de pie para que pudiera lavarle la espalda.

No estaba preparada para el húmedo calor de sus manos sobre la piel desnuda. Se le cortó la respiración cuando sintió los dedos subiendo suavemente por su costado. ¿La mofeta la había rociado ahí? Supuso que el hedor estaba por todas partes. La mano, resbaladiza y caliente, se deslizó por su cadera hasta llegar al vientre. Notaba el calor en su hombro y su estómago plano le presionaba la espalda. Los dedos le masajearon suavemente el abdomen. Entonces hundió la punta del dedo en su ombligo.

Índigo soltó un grito ahogado y se puso tensa. Él tiró el jabón y deslizó la otra mano alrededor de ella.

—Estate tranquila —le dijo con voz quebrada—. Dijiste que confiabas en mí, ¿te acuerdas? Antes de que llegase *Apestoso* —todavía sonreía al hablar—. Y si confías en mí...

Dejó la frase sin terminar. Incluso si hubiese intentado moverse, no habría podido. Su brazo derecho la apresaba como un torniquete. Sintióse débil, echó la cabeza hacia atrás. Él se sumergió con ella en el agua para aclararle el jabón. El frío la envolvía, pero el calor de él contenía sus embates. Su boca encontró la de ella, con los labios húmedos y frescos, aunque atravesados de fuego. Ella gimió cuando la lengua de Jake tocó la suya. El mundo empezó a girar; el cielo, el agua, los árboles se desdibujaban como en un caleidoscopio de colores. Entonces él deslizó su mano desde el vientre hasta su pecho.

Endurecido por el frío, el pezón reaccionó a la calidez de su mano. Sus dedos parecían de fuego cuando agarraron la punta rígida. Ella se estremeció ante la oleada de sensaciones que la recorrían. En el fondo, sabía que debía intentar zafarse, pero no encontraba la fuerza de voluntad para obligarse a hacerlo. La estaba haciendo sentir tan hermosa, frágil y temblorosa, deliciosamente cálida pese a notar escalofríos.

Él alzó la cabeza, liberando sus labios por un momento. Respirando entrecortadamente, murmuró:

—Dios, eres tan preciosa.

Atrapada por el tumulto de sensaciones que surgían dentro de ella, no le salía la voz. Jake bajó la vista para ver la expresión aturdida de su pequeña cara y sonrió al verla tiritar. Al tener la cabeza inclinada hacia atrás, él podía ver el pulso acelerado en su garganta. No quería destrozar ese momento, pero hacía demasiado frío para hacerle el amor en el arroyo.

A regañadientes, apartó la mano de su pecho y se inclinó para cogerla en brazos. El agua chorreaba de sus cuerpos mientras la transportaba desde el riachuelo hasta la orilla. Reconoció el momento exacto en que la pasión la abandonó. Su cuerpo se puso súbitamente rígido, y le pasó el brazo por el cuello, esforzándose para ver.

Jake avanzó rápido; quería llevarla a la cama lo más rápido posible, antes de que tuviese tiempo para pensar. A pesar de la prisa, ella parecía completamente atenta y alerta cuando atravesó la casa y entró en el dormitorio. No es que le sorprendiese. Era inocente, no estúpida. Cuando la posó de pie en el suelo ante la cama, ella trató de alejarse.

—Ah, no —dijo con voz ronca—. Esta vez no.

Ignorando el miedo en su cara, le agarró la camisa. Ella frustró su intento de desvestirla agarrándose los pechos.

—Índigo... —Tras su reacción en el arroyo, sabía que estaba preparada; simplemente no sabía interpretar las señales de su cuerpo—. Levanta los brazos, cariño.

Ella le miró. Por un momento, pensó que escogería esta ocasión, entre todas las posibles, para desobedecerle. Pero pasado un momento, hizo lo que le pedía. Él tiró de la camisa hacia sus hombros, la dejó ahí envolviéndole los brazos, e inclinó la cabeza hacia los pechos mientras la llevaba a la cama. En el instante en que la boca alcanzó su objetivo, ella dio un respingo y se resistió con los labios, bregando por liberar sus brazos de la muselina húmeda. Él notó el pánico y se apartó.

—Cariño —la tranquilizó—. Estate tranquila. —Le retiró con las manos la muselina mojada—. ¿Ves? Ya está. No hay que ponerse nerviosa.

Sus enormes ojos azules buscaron los suyos a través de la oscuridad de la tarde. Sentía que los senos de ella aumentaban con cada respiración, golpeando su pecho, y el deseo que sintió fue tan intenso que tuvo que apartarlo.

—¿Jake? —gimió. Hizo un esfuerzo para tragar, luego se lamió los labios—. E... estás mojando la cama.

Su intento de distraerle era tan evidente que se hubiera reído si aún tuviese humor para hacerlo.

—La cama me importa un pimiento.

Abrió mucho los ojos.

—¿Qué me vas a hacer?

Índigo lo sabía, claro. El calor ardiente de su mirada no dejaba lugar a dudas. Su mente paralizada alcanzaba a percibir su desnudez y el calor del pecho de él en sus senos. La anchura de sus hombros de bronce ocupaba todo su campo de visión.

—Te voy a hacer el amor —susurró—. No hay nada que temer. Te lo prometo. Y tras decir esto, comenzó.

Empezó con un beso que le cortó la respiración. Un martilleo ahogado le golpeó las sienes, y el pavor se instaló en ella. El latido de su corazón, rápido y duro, vibraba atravesándola. Deslizó una mano por su cadera. Por la rigidez del cuerpo y el rápido sonido de la respiración, sabía que no iba a parar.

Ella apartó su boca de la de él, queriendo al Jake amable y dulce que conocía, no a este hombre hambriento y frenético que la estaba aplastando contra el colchón.

—¿Me... me vas a hacer daño?

—Te avisaré antes de que pase. Confía en mí, cariño.

¿Confiar en él? Índigo se esforzaba por mantener la boca lejos de la suya.

Después de varios intentos infructuosos de besarla, levantó la cabeza.

—Índigo, mírame —murmuró.

Ella se obligó a obedecer.

—Quiero que esto sea bonito para ti.

Índigo no entendía cómo el dolor podía ser bonito.

—¿Alguna vez te he hecho daño deliberadamente?

—No.

—Entonces confía en mí ahora —le pidió con voz grave—. Simplemente tumbate y confía en mí.

¿Tumbarse? Era lo que Franny le había dicho. Que se tumbase boca arriba en un campo de margaritas. «Terminará antes de que te des cuenta.» Índigo cerró los ojos. Margaritas. Un enorme campo de margaritas. Una suave brisa. Cálidos rayos de sol en su cara. Ah, sí, margaritas. Margaritas y pájaros cantando. Margaritas y el murmullo del cercano arroyo. Margaritas y la lengua de Jake tentando su pezón.

Abrió los ojos repentinamente y dio un respingo. Le agarró el pelo con fuerza, y le dio un violento empujón.

—¡No! —gritó—. Por favor, no, Jake. No. No puedo pensar si haces eso.

—No quiero que pienses —le replicó con voz hosca, y de nuevo inclinó la cabeza. Pero antes de alcanzar su destino, ella lo cubrió con una mano y gimió.

—Pero... Jake, es... No puedo. ¿Cómo voy a pensar en margaritas mientras haces cosas así?

Él se apoyó sobre el brazo y la miró a los ojos.

—¿Margaritas?

Demasiado tarde, Índigo se dio cuenta de lo que había dicho. Tragando aire con fuerza, se llevó la mano al otro pecho.

—¿Qué margaritas? —preguntó él.

Por la expresión de su cara, no parecía que le fuese a gustar la respuesta.

—Índigo —insistió—. ¿Qué margaritas?

—Las margaritas de Franny —soltó ella—. No es nada, de verdad. Solo es una forma para soportarlo.

Vio que había sido un error decirlo. Él se apartó y arqueó una de sus negras cejas.

—¿Soportarlo?

Índigo buscó desesperadamente una forma de explicarlo.

—Mientras estás... ya sabes... y así no será tan horrible.

Un brillo de curiosidad se asomó a sus ojos oscuros. La estudió por un momento.

—¿Horrible? Índigo, empieza por el principio. ¿Quién diablos es Franny, y de qué margaritas hablas?

A regañadientes, Índigo le habló de su miedo a hacer el amor, de su consecuente visita a Franny, y del consejo que le había dado. Jake se apartó de encima de ella y se cubrió la frente con el brazo.

—Entonces, aquel día debajo del roble... estabas pensando en margaritas también, ¿verdad?

Índigo apartó la mirada y se puso a tirar nerviosamente de la colcha.

—No, en *Lobo*. Las margaritas de Franny no funcionaban.

—Franny, ¿la rubita? —riéndose por lo bajo, dijo—: ¿Fuiste a...? —gruñó—. ¿Índigo, por el amor de Dios, por qué le pediste consejo a Franny entre toda la gente del mundo?

Ella tiró de la colcha para cubrirse y se alejó un poco de él.

—Ella es experta —aventuró.

—Lo es, supongo. ¿Alguien más te ha dado algún consejo que yo deba conocer?

Índigo estaba segura de que se había enfadado por hablar de algo tan personal con su amiga.

—Nadie más quiere hablar conmigo de eso —admitió—. Madre dice que da igual.

Él bajó el brazo para mirarla.

—¿Alguna vez pensaste en venir a mí?

Ella se sobresaltó.

—¡Cómo te voy a hablar a ti de eso!

—¿Por qué no? Ahora estamos hablando de eso —suspiró—. Cariño, si estás preocupada por algo así, deberás dirigirte a mí. Al menos así sabré qué cosas te preocupan. ¿Cómo puedo tratar una situación si tú me la escondes?

Índigo no quería que nadie la tratase. Especialmente él. Miró el protuberante músculo de su pecho, las ondulantes marcas de su abdomen, la oscura línea de vello que discurría en forma de triángulo hasta la pretina del pantalón. ¿Tratarla?

—Esto... Tú... No es una cosa para hablar. Es... —Deseó con todas sus fuerzas que él dejase de mirarla. Le hacía sentir como un insecto metido en un bote—. No es propio de una señorita.

—No tienes que ser una señorita conmigo —respondió con suavidad—. Soy tu marido, y no deberías sentirte incómoda por contarme nada. ¿Y si te pasa algo malo dentro y tienes que ir al médico? Franny no puede llevarte.

El calor golpeó la cara de Índigo.

—Creo que iría sin más.

—¿Y con qué pagarías la consulta? —Las arrugas de las comisuras de sus labios se hicieron más profundas—. Vas a tener que abrirte a mí. Y creo que este es un buen momento para empezar.

Pensó que sería mejor la semana siguiente, o quizás el mes siguiente.

Él se volvió y se apoyó sobre el costado, posando la cabeza en la palma de la mano. Ella se asustó al ver que agarraba la colcha, y luego se sintió tonta al ver que se limitaba a colocar los bordes alrededor de ella.

—Ojalá me hubieses dicho desde el principio lo asustada que estabas. Has estado preocupándote innecesariamente todo este tiempo. Te hubiese dicho a qué atenerte y te habría tranquilizado.

—No estoy exactamente asustada —dijo con voz trémula—. Sería más correcto decir que no estoy entusiasmada. Es un poco como la tapioca: hay gente a la que le fascina, y otros que tienen ganas de vomitar solo de pensarlo.

Le acarició el mentón con el nudillo; sus ojos se plegaban en los bordes, con aire divertido.

—Ahora te voy a decir a qué atenerte, ¿de acuerdo?

Era lo último que quería.

—Ya lo sé.

Él torció el gesto.

—Ya veo. ¿Y a qué fuente de sabiduría debo agradecerérselo? ¿Franny otra vez?

—No, desde luego que no. —Ella miró hacia un punto justo por encima de su laringe—. Una vez vi cómo lo hacían dos pumas.

—Maravilloso —dijo él en voz baja—. Si lo hacen como los gatos domésticos, es normal que estés temblando. Cariño...

Antes de que pudiera hacer una descripción, ella añadió:

—¡Y a *Inútil!* Lo he visto con las cerdas muchas veces. Y una vez mi tío Antílope puso a su semental con *Molly*. Me mandó a casa, pero escuché lo suficiente como para saber que no le gustaba.

—¿Y qué pasa si te prometo que te gustará?

Ella bajó las pestañas e intentó pensar en una respuesta delicada.

—Pensaría que a lo mejor... —se lamió los labios— no que manipulas la verdad ni eso, pero...

Él se rio.

—Índigo, ¿para qué serviría que te mintiese? En unos minutos, lo descubrirás por ti misma. ¿Y entonces, qué?

—Entonces ya no importaría. Ya habríamos acabado.

—La primera vez —corrigió él—. ¿Y después?

Índigo esperaba de corazón que con una vez bastase.

Él jugueteó con su pelo, tocarla le provocaba escalofríos en el cuello.

—Te prometo que te va a encantar. ¿Eso te tranquiliza algo? —Le pasó el dedo

por los labios suavemente. El cosquilleo hizo que deseara rascarse con los dientes—. La primera vez será un poco incómodo. Hay una barrera frágil dentro de ti —apretó el dedo para tocar la parte húmeda de su labio inferior—, pero se romperá cuando entre en ti. El dolor durará solo unos segundos, luego no sentirás nada más que placer. Habrá un poquito de sangre, de la membrana rota, así que no te asustes cuando la veas.

Al mencionar la sangre, Índigo se incorporó y se quedó sentada, agarrando nerviosamente la colcha.

—No creo... Me muero de ganas de beber agua. ¿Tú no?

—Acabamos de salir de un arroyo completamente lleno de agua —le recordó con voz cálida.

—Aun así, estoy muerta de sed.

Él recorrió con la punta del dedo su brazo desnudo.

—Cuando terminemos, te traeré un cubo entero de agua.

Ella se subió la colcha hasta el hombro para cubrir su brazo. Cuando la tocaba, la piel se le erizaba por todas partes.

—No es necesario. Cogeré algo de beber de camino al baño.

—¿Por qué me temo que después tendrás hambre?

Tenía razón.

—Ya sabes, yo... —Hizo una pausa cuando vio el brillo de sabiduría en sus ojos—. Para ti es fácil —se quejó—, para ti no va a ser horrible.

De alguna manera, él había conseguido meter la mano bajo la colcha. Recorrió con los dedos su pantorrilla, luego dibujó el empeine. A ella le costaba respirar. Clavó los ojos en él, suplicante.

—Tampoco va a ser horrible para ti —susurró—. Te lo prometo.

En voz baja, empezó a describir exactamente lo que iba a hacerle. Índigo no se sorprendió al ver confirmados sus peores miedos.

—¿Estás totalmente empeñado en hacerlo? —preguntó.

Deslizó la mano por la parte de atrás de su rodilla, luego por el muslo. El calor de su tacto le provocaba un pánico profundo. Trató de tragárselo mientras los dedos de él iban subiendo.

—Cariño, déjame empezar, por favor. Si llegamos a un punto que es horrible, me lo dices, ¿de acuerdo?

Acercó la mano peligrosamente al vértice de su muslo. Se le vinieron a la mente oscuros recuerdos, cosas en las que intentaba no pensar nunca: manos que la agarraban, dedos hurgando brutalmente en su cuerpo. Sentía las gotas de sudor en el cuero cabelludo y la frente. El corazón empezó a latirle con fuerza, y sintió que se mareaba.

Sin poder contenerse, gritó:

—Luego será demasiado tarde. —Un sollozo le atravesó el pecho, provocándole un dolor intenso al tomar aire. Solo que no era aire; no podía respirar—. ¡No vas a

parar! Sé lo que vas a hacer.

Su mano se detuvo y se posó cálidamente en su muslo.

—¿Qué haré?

—Seguirás. Incluso si duele. Tú... —Le miró desde arriba—. No te va a importar cómo sea para mí. Y como eres más grande, no podré detenerte.

Una pregunta asaltó su mirada.

—Índigo, piénsalo racionalmente. Piensa en todos los miles, millones de mujeres que hacen el amor. Hasta un ciego vería que tu madre adora a tu padre. ¿Le amaría si le hiciese cosas horribles?

Con voz aguda, gimió.

—Solo nos tuvieron a mí y a Chase. Igual solo lo hicieron dos veces.

—Eso es absurdo —dijo con firmeza.

Ella apartó la mano.

—No puedes compararme con mi madre. Ella no es india, y no está casada con un... —De repente guardó silencio y le miró, las palabras murieron en su garganta. La frase interrumpida quedó suspendida entre ambos, cruda y rotunda.

Jake hizo un gesto de dolor como si lo acabasen de golpear, y sus ojos brillaron. Sacó el brazo de debajo de la colcha y se sentó.

—No está casada con un hombre blanco, ¿es eso lo que querías decir?

El tono duro y amargo de su voz la asustó. Lanzó una mirada desesperada por la habitación, sin saber muy bien por qué había dicho eso. Es como si una oscura fealdad hubiese brotado de algún lugar escondido de su interior. Deseó tragarse sus palabras para no tener que ver la horrible mirada de él.

—No, no quería decir eso.

—¿No? —En su cara aparecieron facciones duras y oscuras que le hacían parecer un desconocido—. Creo que eso es exactamente lo que querías decir. —Soltando un juramento, se pasó la mano por el pelo y dijo—: ¿Sabes qué, Índigo? Estoy hasta las mismísimas narices de que me comparen con Brandon.

—Yo... yo no te comparo.

—Y un cuerno. —Se levantó de la cama y se quedó de pie, y se dio la vuelta para mirarla—. En este matrimonio no hay dos personas, hay tres. ¿Y sabes qué es lo más triste? Que no sé si eres consciente. Tienes tanta basura en la cabeza por culpa de lo que te hizo ese bastardo que no sabes ni por dónde te viene el viento.

Ella se echó hacia atrás, con los ojos abiertos como platos. Jake se dio cuenta de que estaba gritando y tragó aire con fuerza, en un intento por contener la ira irracional que estallaba dentro de él. Las semanas de frustración le estaban pasando factura. Era una reacción desproporcionada. En el fondo, lo sabía. Pero no podía parar.

Caminó por la habitación, tratando de calmarse; luego se volvió y fijó sus ardientes ojos oscuros en ella.

—¿Qué quieres de mí? —le preguntó con suavidad.

La pregunta quedó en el aire, sin respuesta.

—Na... nada —consiguió decir finalmente ella.

Riendo en voz baja, dijo:

—Cariño, no me digas que nada. —Y caminó de nuevo hacia ella—. ¿Qué más quieres que haga para demostrarte quién soy? Dímelo y será tuyo. Lo que sea.

Cuando movió el brazo para indicar que sus opciones eran infinitas, ella se encogió, como queriendo esquivar un golpe. Para Jake, fue el tiro de gracia.

—Maldita sea, Índigo, no te encojas ante mí.

—¡Lo... lo siento!

—¿Lo sientes? ¿Y crees que con eso lo arreglas? ¿Tienes idea de lo que es ver que te estremeces como si fuera a pegarte?

Sintió que la ira volvía a apoderarse de él. Trató de apartarla. No era ni el momento ni el lugar para que las palabras le asaltaran. Pero la razón le abandonó.

Ella abrió la boca para decir algo, luego la cerró repentinamente.

Él se acercó, tan furioso que hubiese querido zarandearla.

—¿Crees que te voy a pegar cuando me enfade? ¿Es eso? ¿Otro recuerdo del bueno de Brandon? —Pegó su cara a la de ella—. Mírame, maldita sea. ¡Mírame fijamente un buen rato! No soy Brandon Marshall.

Índigo le miró a los ojos y vio el dolor. Un dolor que ella había provocado. En lugar de asustarla, su súbito arranque de temperamento era un cambio tan sorprendente con respecto a la paciencia y amabilidad habituales que sintió una oleada de culpa. ¿Había alguna duda de que estaba furioso?

—Ay, Jake, ya... ya sé que no lo eres.

—¿De verdad? —Se rio con fuerza—. Podrías engañarme. Me he desvivido por demostrarte que no tengo nada que ver con él. —Levantó la esquina del colchón y tiró la piedra hacia al suelo—. Dime qué otro hombre duerme sobre rocas, maldita sea, y te comprenderé. ¿Me he quejado alguna vez? Diablos, no. Y eso no es nada más que el principio.

Índigo lanzó una mirada horrorizada a la roca que se tambaleaba en la alfombra.

—¿Qué quieres de mí? —le volvió a preguntar—. Ser bueno contigo no ha funcionado.

Al ver que ella no decía nada, chasqueó los dedos.

—Igual podría casarme contigo y pasar tres semanas sin tocarte —gimió y estiró los brazos como fingiendo derrota—. Pero ya lo he hecho, ¿verdad?

Un silencio eléctrico se instaló entre ambos. Índigo pensó en todas las noches que la había abrazado con tanta ternura, y se le llenaron los ojos de lágrimas. Era cierto, ¿qué quería de él? La respuesta era nada; ya le había dado todo lo que un hombre le podía dar, e incluso más. Cerró los ojos y trató de respirar pese al dolor en el pecho. El olor a vainilla le llenó la nariz.

—Quizá podría detenerme en la tienda todos los días para comprarte bastones de menta. O mejor aún, podría pasar sin cenar y llevarte a pasear todas las noches para que estuvieses en tu bosque. Buena idea. Un poco de hambre después de trabajar

como una mula durante todo el día no me hará daño... no, si te hace feliz. O quizá podría prometerte que nunca te haré abandonar Tierra de Lobos. —Se rio—. Pero eso ya lo he hecho.

Viéndole hablar así, Índigo se sintió tan avergonzada que quería morir.

—Ah, Jake, por favor, ya basta.

—Acabo de empezar —replicó. Empezó a pasearse de nuevo por la habitación. En la oscuridad, vio que estaba temblando. Al llegar al escritorio, se dio la vuelta—. ¿Sabes qué? No te culpo. He cometido un delito imperdonable.

Al dejar ese comentario en el aire, ella no pudo evitar preguntar:

—¿Cu... cuál?

Desde el otro lado de la habitación, sus ojos brillaron.

—Nací blanco —afirmó; levantó las manos y se observó desde abajo—. Culpable del cargo que se me imputa. Soy un malvado bastardo blanco, siempre lo he sido, siempre lo seré. Nunca va a cambiar. Y ya sabes lo que significa. No te atreves a confiar en mí. En el momento que lo hagas, me lanzaré sobre ti. Igual que Brandon.

Índigo trató de hablar, pero no había palabras. Se llevó la mano a los ojos y, al final, consiguió decir:

—Ay, Jake, no es así. ¡No es así para nada!

—Es exactamente así. No tenía nada que hacer desde el principio. No me has dado ni la más mínima oportunidad. —Su voz resonaba—. ¿Sabes cómo me sentí aquel día en la tumba de *Lobo*, cuando creíste que la sorpresa que te tenía preparada era una paliza? ¿Tienes idea de lo que duele saber que me ves capaz de eso? ¿No por nada que haya hecho, sino solo porque soy blanco?

El crudo dolor de su voz se quedó en el aire incluso después de haber dejado de hablar.

—¿Te crees que yo no sangro, Índigo? Bueno, te voy a decir una cosa. A mí me duele tanto como a ti que me juzguen y me condenen por mi piel. Y ya que hablamos del tema de la raza, hay otra pequeña verdad que tienes que asumir. Tú no estás orgullosa de tu sangre india. Una casi señorita, eso es lo que eres, casi blanca, maldita sea, pero no del todo. Una india que nunca estará a la altura.

Las palabras la azotaron como un látigo. Pese a que sacudía la cabeza y lloraba negándolo, reconocía la verdad que había en ellas.

—Detente por un momento a mirar dentro de ti, cariño. Un viaje interior, ¿no es así como lo llamaste? Tú haces los tuyos con los ojos cerrados. Quizá sí que soy el bastardo malvado que crees que soy, pero al menos veo mi parte oscura. Tú has disfrazado la tuya de un orgullo precario, desafiando al mundo, enfrentándote a los hombres, escondiéndote detrás de ropas de india para no caer de nuevo en el error de olvidar lo que eres. Brandon te enseñó que podía pasar eso si te salías de tu territorio.

Índigo se llevó las manos a los oídos. Fuese cierto o no, no quería oírlo, no podía soportarlo.

—¡Basta!

—No, Dios sabe que no voy a parar. Si te tengo que restregar la verdad por la cara para que este matrimonio funcione, lo haré todas las malditas horas del día hasta que abras los ojos y la asumas.

Ella sacudió la cabeza.

—Estás en un verdadero aprieto, ¿eh? No sabes a quién odias más, si a mí o a ti misma.

—No, por favor; no...

Con la voz vibrando de indignación, dijo:

—¿Cómo puedo tener consideración contigo? ¿Contigo? ¿Una india insignificante? Has andado con pies de plomo desde que nos casamos. Para que yo no te pusiera a raya. ¡Corrección! No has andado, te has postrado. Tu madre discute con tu padre. Quizá le obedezca al final, pero no tiene miedo a dar la cara. ¿Pero tú te atreves? Diablos, no; tú estás casada con un hombre blanco.

Índigo agarraba la colcha y la apretaba contra ella, sintiendo que era lo único que la sostenía. Los únicos sonidos que rompían el silencio eran sus sollozos y la respiración desacompañada de Jake. Se estremeció cuando él volvió a hablar.

—¿Dónde está tu cuchillo, Índigo? Desde que te casaste conmigo, has dejado de llevarlo. Tus padres dicen que practicabas con él todos los días.

Ella tragó aire sonoramente.

—Yo... yo no creí que te gustase.

Él se rio.

—Cierto. Ser tan hábil con el cuchillo te hace muy india, ¿verdad? ¿Y hablar con los animales? ¿Qué mujer blanca hace eso? —Se fue hacia la ventana—. Y no podemos olvidar a *Lobo*. La verdad es que le dejas la ventana abierta porque crees que su espíritu está ahí fuera, que siempre estará ahí, y quieres que sepa que no le has cerrado tu corazón. Cuando pregunté, aludiste a eso, pero no pudiste reconocerlo abiertamente, ¿a qué no? Es una creencia india. Eso te hace inferior, ¿verdad?

Sus ojos pedían una respuesta. Al ver que ella no decía nada, continuó:

—Tenías miedo de hablar abiertamente de esas cosas, por temor a que yo despertase y te viese como lo que eres realmente. Una india. Tres cuartos de blanca, pero una india insignificante.

La acusación la desarmó. En su mente, se veía más claramente ahora que nunca.

—¡No soy insignificante! ¿Cómo te atreves a decirme eso?

—No eres completamente blanca. Según tus cálculos, eso te convierte en india y, por consiguiente, en un ser insignificante.

Ella lo miraba, incapaz de aceptar lo que estaba diciendo, aunque sabía que en parte era verdad.

—¡No! ¡Estoy orgullosa de ser comanche!

—Palabras —dijo con desdén—. Suenan muy bien. Y has tratado de vivir a la altura. Te dan seguridad, ¿verdad? Si llevabas esas pieles por bandera y ese sombrero espantoso. ¿Qué hombre blanco iba a mirarte, y mucho menos casarse contigo? Que

Dios te librase de algo así. Brandon y sus amigos te enseñaron cómo te iba a tratar un hombre blanco, ¿verdad?

Ella se pasó la mano por los ojos.

—Entonces llegué yo. —Estaba de pie con los puños apretados, el abultado músculo de sus brazos se dibujaba claramente bajo la piel bronceada—. Y yo te quería, con pieles y todo. Un hombre blanco que no salía corriendo en dirección contraria. Un hombre blanco que le gustaba a tu padre, lo que me hacía peor aún. Yo representaba un problema desde el segundo en que posaste los ojos en mí. No importaba lo bien que te tratase, ya sabías que tenía un lado oscuro. Lo tenía porque era blanco.

Su mirada atravesó la penumbra, oscura como el azabache. Ella gimió y trató de contener el sonido con el puño.

Él sacudió una mano.

—Y eso nos trae hasta aquí, ¿verdad? Una india a punto de ser utilizada por un blanco. No importa quién sea yo. Lo único que ves es lo que soy. —Tomó aire—. Lo siento muchísimo, pero esta es la piel con la que nací.

Caminó despacio hacia ella.

—¿Qué debo hacer ahora, Índigo? ¿Empezamos contigo arrodillada ante mí? Ahí es donde tienen que estar los indios, ¿verdad? No quiero decepcionarte.

Ella clavó sus ojos aterrorizados en él.

—Ah, sí, oí todo lo que te dijo ese día, todas esas palabras perversas. ¡Vamos! —Chasqueó los dedos y señaló al suelo—. Aquí mismo, delante de mí. Vamos a ver cómo gateas. ¿No era eso lo que esperabas? ¿Que yo te viese tal y como eres y te tratase como Brandon?

—Eso no es justo —susurró temblorosa.

—¿Justo? ¿Tú has sido justa conmigo? —preguntó con voz tensa.

Índigo lo veía borroso entre las lágrimas. No había sido justa con él, ni una sola vez, desde el principio.

—¡Ay, Jake, perdóname! Por favor, perdóname. Sé que me he portado mal. Y lo... lo siento.

Sus ojos, oscurecidos por el dolor, buscaron los de ella durante un momento interminable. Luego susurró:

—Si lo sientes, si lo sientes de verdad, ponte de rodillas y dilo. Demuéstrame a mí y a ti misma, aquí y ahora, que no tengo nada que ver con Brandon Marshall.

Índigo cerró los puños.

—No tienes nada que ver con él —sollozó—. Sé que no.

—Demuéstralo. Enfrentate a lo que más te aterroriza y déjalo atrás —le pidió, con voz áspera—. Confía en mí y descubre de una vez por todas para qué creo que es bueno un indio. Te juro por mi vida que no te arrepentirás.

Los recuerdos llenaban la mente de Índigo, desagradables y crudos. Se vio con trece años, de pie en un claro con cinco hombres abalanzándose sobre ella,

empeñados en hacerla arrastrarse ante ellos. «Puta india.» El insulto resonaba en su cabeza. Miró al suelo, hacia el punto que había señalado Jake, y parecía que estaba a cientos de kilómetros de distancia. No tenía nada que ver con Brandon Marshall y sus amigos. Lo sabía. Pero, por Dios, no podía arrodillarse ante él.

Con los hombros agitados por el sollozo, gritó:

—No... no puedo.

—¿Por qué?

—Te... tengo miedo —admitió—. No debería. Sé que no debería. Pero no puedo evitarlo. Tengo miedo.

Jake la miró, lleno de dolor. Luego suspiró.

—Gracias por eso, al menos. Por la verdad. No creí que fuera a escuchar la verdad de tus labios. Las dos palabras más difíciles que existen, ¿verdad?: «Tengo miedo».

Después de decir esto, se volvió hacia la puerta.

Ella imaginó que se marchaba para no volver nunca. Se le formó una bola de dolor en el estómago.

—¿Adónde vas?

Empujó la puerta con tanta fuerza que golpeó la pared. Deteniéndose en el umbral, dijo:

—Me voy de aquí antes de hacer algo de lo que me arrepienta.

Ella tiró nerviosamente de la colcha, tratando de coger todos los pliegues que sobraban.

—Jake, espera. Por favor, espera. Déjame explicártelo.

—¿Explicármelo? Para mí está más claro que el agua. —Se rio con dureza—. ¿Sabes lo que es un corazón roto? Podría haberte tenido así —chasqueó los dedos—, sin más. Si no me hubiesen importado tus sentimientos, lo habría hecho, probablemente un montón de veces al día estas últimas dos semanas. Que no lo haya hecho no significa nada para ti.

Con esa última réplica, se marchó. Salió dando un portazo. Ella bajó la cabeza y empezó a balancearse de un lado a otro, agarrándose la cintura. El dolor que tenía dentro era casi insoportable. Él se marchaba, y ella no lo podía culpar. Probablemente no se detendría. ¿Por qué iba a hacerlo? No le había dado ni una sola razón para querer quedarse.

Las palabras que le había dicho resonaban en su cabeza una y otra vez, y cada vez que las oía tenían más sentido. «Una india insignificante.» Lenta, dolorosamente, comprendió lo que Jake había intentado decirle: esa opinión tan despreciable no era la que él tenía de ella, sino la que ella tenía de sí misma.

Las imágenes de él inundaron su mente. Su vaga sonrisa. La manera en que se enternecían sus ojos al mirarla. Probablemente iba de camino al arroyo para recoger sus botas. Luego vendría a buscar sus cosas. Y después se marcharía, porque no iba a ser capaz de decirle que deseaba desesperadamente que se quedase.

Capítulo 21

Cuando Jake regresó, la casa estaba a oscuras. Tras cerrar la puerta, se quedó parado hasta que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad. La luz de la luna se colaba por la ventana, salpicando los muebles de manchas plateadas. Escuchó el silencio, luego cerró los ojos en un arranque de arrepentimiento. ¿Esperaba realmente que siguiera allí después de todas las cosas terribles que le había dicho?

Tanteando el camino entre las sombras, Jake buscó el sofá y se desplomó en él. Era sorprendente lo que podía aclarar la mente de un hombre el sentarse fuera, en la oscuridad, durante una hora, congelándose de frío. Echó la cabeza hacia atrás y observó la luz de la luna en el techo. Rayos de luna. Una muchacha que caminaba sobre los rayos de luna. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Dios, había sido un bastardo. ¿Qué derecho tenía él a destrozarla de esa forma?

Jake apoyó un codo en el brazo del sofá y se cubrió los ojos con la mano. Tenía la cabeza llena de todas las palabras desagradables que le había dicho. No le había dejado ni una pizca de dignidad, ni una mínima ilusión. Como si fuese la única persona en el mundo que se esconde tras una máscara. Como si él estuviera libre de pecado para tirar la primera piedra.

¿Por qué? ¿Por qué había perdido así los nervios? Había conseguido que pareciese que tres semanas sin sexo eran una eternidad, como si lo hubiese tratado como un felpudo todo el tiempo. Pobre Jake. Era un sinvergüenza. ¿Pensaba que era ella la que estaba ciega? ¿Dónde diablos tenía enterrada la cabeza? En el culo, imaginaba. Si no, ¿cómo podía esperar que una muchacha inexperta y asustada se tumbase de espaldas y se abriese de piernas ante un extraño?

¿Y ahora qué? Suponía que podía ir a donde sus padres y arrastrarla hasta casa. Al fin y al cabo, ya no tenía que preocuparse por las apariencias. Ya no podía caer más bajo. También podía hacer algo decente y dejarla libre. El matrimonio todavía podía anularse. Podía salir de su vida y dejarla con la poca dignidad que él no le había destruido.

«Una india insignificante.» ¿Por qué le había dicho eso? A veces, los sentimientos más profundos de una persona son demasiado dolorosos para sacarlos a la luz del día. Sin embargo, él no se lo había pensado dos veces. Diablos, no. Solo había pensado en el dolor de su ingle. May Belle lo había llamado por su nombre: tenía el cerebro entre las piernas. Creía haberse portado como un príncipe y, como Índigo se lo debía, se había empeñado en recoger el premio.

Algo frío y húmedo tocó el pie de Jake. Se sobresaltó, luego se inclinó y vio a *Sonny* resoplando a su lado. Índigo no se hubiese ido dejando al cachorro. Con miedo de ilusionarse, se incorporó y echó un vistazo por encima del hombro.

La encontró temblando como una niña perdida, de pie entre las sombras de la

entrada, como un espectro, envuelta aún en la colcha, con el pelo leonado inflamado por un rayo de luna.

—Sigues aquí —dijo estúpidamente.

Ella avanzó unos pasos hacia él.

—Es... esperaba para verte a... antes de que te fueras.

El pecho de Jake se encogió. ¿Qué esperaba? ¿Que le invitara a quedarse? Se dio la vuelta y se abrazó las rodillas con los brazos, acariciando la cabeza de *Sonny* con la mano que pendía. Sintió el cosquilleo de las lágrimas en las mejillas. La última vez que había llorado había sido en la tumba de su madre. Tenía sentido; por segunda vez en la vida, perdía a la persona más importante. Pestañeó y deseó que se le ocurriera algo que decir para convencerla de que le diera otra oportunidad. Nada. La única palabra que se le venía a la mente era su nombre.

Índigo. Un mes atrás, la palabra había evocado vagas imágenes de azul. Ahora pensaba en canciones del viento y margaritas, rayos de luna y aullidos de lobo, dulzura y pureza. Le había dicho que se percatara de la parte oscura de sí misma. ¿Cómo se había atrevido?

Con la intención de implorar su perdón, Jake dijo:

—Índigo, yo...

Ella dio un paso al frente.

—¡No, no lo hagas! ¡Por favor, no lo digas!

Retorció las manos en los pliegues de la colcha. Con miedo a caer, rodeó el sofá y se quedó de pie frente a él. Antes de que él pudiese adivinar lo que se disponía a hacer, se arrodilló y dejó caer la colcha por sus finos brazos.

A punto de ahogarse por el sollozo, exclamó:

—Te... te lo pido de rodillas. ¿Me perdonas?

Su pequeño rostro se contrajo, y aguantó la respiración durante un instante, tratando de reprimir las convulsiones.

—No creo que seas como Brandon. Siento haberte hecho pensar eso.

—Cariño, yo no quería. Levántate de ahí. Perdí los nervios y la pagué contigo cuando no tenía que...

Ella sacudió la cabeza con fuerza.

—¡No! —gimió ella—. Lo que has dicho... es verdad. La... la mayor parte es verdad. Me sentía insignificante. —Aguantó la respiración una vez más, mirándole con los ojos ahogados en lágrimas, suplicantes, con un brillo plateado bajo la luz de la luna. Dejó escapar un sollozo, el aire silbó al salir de sus pulmones con una desgarrada urgencia—. Y entonces llegaste tú y empezaste a hacerme sentir algo. —Levantó las manos temblorosas, a modo de llamada muda—. Por... por favor, no te vayas. Si me das otra oportunidad, ca... cambiaré. Ya lo verás, de verdad. No voy a tener miedo nunca más. Y no voy a pensar en margaritas. Ni a mentir. Y cuando piense que me vas a pegar, no me encogeré.

Miles de palabras se agolparon en la garganta de Jake, pero no consiguió hacer

que traspasaran el nudo que le provocaba la vergüenza. Por Dios, ¿qué le había hecho? No se encogería. Por alguna razón, oírle decir eso fue lo que más daño le hizo. Ella había tenido miedo y, en lugar de tranquilizarla, le había gritado.

Como no podía hablar, hizo lo único que supo hacer y descendió del sofá al suelo, donde estaba ella de rodillas. Con las manos temblorosas, la abrazó fuerte y hundió la cara en su pelo sedoso.

Durante varios segundos, trató de decir algo, cualquier cosa. Cuando lo consiguió, lo único que pudo pronunciar fue su nombre y dos palabras: «Te quiero». Buscar palabras era algo típico de él y las que había conseguido desenterrar esta vez no eran particularmente profundas, así que no esperaba que desencadenasen la magia que trajeron consigo.

Índigo le rodeó el cuello con los brazos y, aferrada a él, susurró:

—Ah, Jake... Yo también te quiero.

No había duda de que tenía miedo; lo sentía en la rigidez de su cuerpo y el fuerte latido de su corazón. Sabía que le había costado acercarse a él así, desnuda y de rodillas. Que hubiese tenido el valor de hacerlo la convertía en algo excepcional. También le daba indicios de hasta qué punto le quería. Deseaba encontrar las palabras para decírselo a ella.

La apretó entre sus brazos, disfrutando con el tacto de su piel aterciopelada en sus manos. Dibujó el frágil desnivel de sus costillas y sonrió por la forma en que parecía estremecerse cuando la tocaba. Por muy valiente que fuese, todavía estaba lejos de no tener miedo. ¿Pero es que el amor no consistía en eso, en correr riesgos?

Ella se inclinó hacia atrás. Sus ojos enormes, luminosos, buscaron los de él en la oscuridad.

—¿Me perdonas? Tiraré la piedra.

Jake creyó marearse. Con pena, recordó su comportamiento y deseó poder volver atrás. Qué bendito corazón el de ella, dormiría sobre una cama llena de piedras si eso la hacía feliz.

—¿Y tú, me perdonas a mí? —Al ver su gesto de dolor, se sintió profundamente avergonzado—. No fue la piedra, ni las margaritas, ni que tuvieras miedo. Lo que me irritó es que todavía no estuvieses preparada para hacer el amor. Ni siquiera puedo disfrazarlo de orgullo herido. La única verdad es que te he deseado desde el momento en que te vi y, después de tres semanas controlándome, sabiendo que eras mía... —Hizo una pausa y tragó saliva—. Fue puro egoísmo. Lo siento...

—Ahora estoy lista —proclamó con voz temblorosa. Y asintió con vehemencia—: De verdad, lo estoy.

Jake se rio en voz baja. No desprendía exactamente entusiasmo. Las puntas de sus pezones rozaban su pecho, y sintió una sacudida en la ingle. Con bastante esfuerzo, dijo:

—¿Tienes idea de cuánto te quiero? ¿Y de lo mal que me siento por haberte dicho esas cosas?

Ella tragó aire.

—La mayoría eran verdad. Prácticamente todas. Excepto la parte de que te odiaba. Y de que pensaba que eras como Brandon. Ya... ya hace mucho que sé que no. —Le empezaron a temblar los labios y se le arrugó la barbilla—. Es co... como tener miedo de algo en la oscuridad. Sa... sabes que en realidad no hay nada, pero no puedes dejar de tener miedo. No puedo dejar de pensarlo.

El dolor del pecho de Jake creció.

Ella cogió aire y siguió.

—Cuando mi padre me pidió que me casase contigo, creí que tú... —Cerró los ojos y emitió un leve sonido con la garganta—. No es igual para los hombres. Pero una mujer no tiene control, y que sea o no feliz depende totalmente de su marido. —Se esforzó por tragar—. Algunos maridos ven a sus mujeres como posesiones que solo sirven para cumplir sus deseos, y tener bebés, y cuidar la casa.

Jake sabía que él estaría entre los culpables en ese aspecto.

—Casarse con hombres así es mil veces peor para las indias. Un millón de veces peor, porque es gente que no vale nada y a nadie le importa cómo las traten.

Jake trató de hablar, pero ella le interrumpió:

—¡Es verdad! Lo... lo he visto. Los hombres blancos se casan con indias y las tratan peor que a perros. Tenía miedo. —Su voz se iba apagando—. No te conocía mucho. —Se humedeció el labio superior y resolló—. Tenía miedo de enfadarte, y de que fueras desagradable. Y... —Su mirada rehuía la de él—. Y tenía miedo de que no fueras muy amable cuando... cuando... me hicieras cosas íntimas.

¿Cosas íntimas? Al menos, era un paso con respecto a «cosas horribles». Jake se tumbó y agarró la colcha. Con una esquina, ella se frotaba el labio superior y las húmedas mejillas. Él podía sentir la humedad en el pecho, allá donde las lágrimas de ella se habían ido derramando por sus senos.

—¿La parte de sumisión? Eso no era mentira. Así es entre la gente de mi padre. Una mujer es sumisa en todo. Suena horrible, pero, entre los comanches, no lo es porque un esposo honra a su mujer y la cuida con mucha atención. Solo es horrible cuando se casa con un hombre blanco que la desprecia. —Se restregó los ojos con la palma de la mano—. No podía saber cómo ibas a tratarme.

—Ah, cariño...

La atravesó un escalofrío.

—Una vez fui... fuimos a una feria en Jacksonville, y vino un trampero con su india. A ella se le cayó el plato de comida que le había comprado. Fue un accidente, pero él reaccionó como si lo hubiese hecho adrede. La llamó cosas terribles y le pegó una bofetada por gastarse su dinero. Luego le dijo que debía ponerse a cuatro patas y comerse la comida del suelo. El resto de la gente se rio porque ella lo hizo. Se rieron... —Un mundo de desilusión se reflejó en su cara—. El trampero se jactaba de que ella haría lo que él quisiera. India estúpida, la llamaba.

Se cubrió la cara con las manos.

—Ahora sé que tú no eres así. Pero no podía evitar tener miedo. A veces mi padre es demasiado confiado. Él tiene un gran corazón, así que solo ve el bien en los demás. Tenía miedo de que le hubiese pasado eso contigo. Lo siento.

Él cogió la colcha que la rodeaba y la arrastró hacia sus brazos, temblando tanto como ella. Trataba de imaginar cómo ella veía el mundo, cómo se sentía, sabiendo que había hombres que la maltratarían así si les diese la opción. Recordó su palidez durante la boda, su tembloroso miedo después, y la entendió como nunca. ¿Aun así estaba ahí, desnuda y de rodillas, pidiéndole perdón?

—Índigo, soy yo el que lo siente —le dijo con dulzura pasándole la mano por el pelo—. Lo siento mucho.

Se balanceó con ella. Sostenerla entre sus brazos le hacía bien. Tan increíble y sorprendentemente bien. No quería soltarla nunca. Se secó la mejilla en su pelo. Luego inclinó la cabeza y se acercó hasta la dulce curva de su cuello. Si había algún rastro de mofeta, no pudo olerlo.

—¿Podemos ponernos de acuerdo para perdonarnos mutuamente? —le preguntó con voz ronca—. ¿O tenemos que pelear para decidirlo?

Ella le premió con una risa húmeda, ahogada. Él la levantó con suavidad. Sin saber si temblaba por los nervios o el frío, la envolvió en los pliegues de la colcha. Al mirar esa cara, que él había llegado a amar tanto, Jake pensó en la india que se había arrastrado para comerse la comida del suelo. Quería borrar el miedo a ese suceso de la mente de Índigo para siempre. Pero sabía que con las palabras no iba a bastar.

Recorrió su cuerpo con las manos, entero, de arriba abajo, y susurró:

—Quiero que te quedes donde estás. No te muevas y no hables. ¿De acuerdo?

Aunque parecía intrigada y suspicaz, asintió. Jake le apretó los hombros para tranquilizarla. Lo que estaba a punto de hacer iba totalmente en contra de su naturaleza. Hasta ese momento, de hecho, se hubiese mantenido en sus trece y hubiese resistido hasta el final antes de plantearse si quiera. Después de tomar aire con fuerza, se arrodilló ante ella.

El primer sentimiento que golpeó a Jake fue el de humillación, oleada tras oleada. Luego una terrible vergüenza. Los grandes gestos no eran su estilo; no tenía suficiente elocuencia para culminarlos. Ahora que estaba ahí abajo, no se le ocurría nada que decir. Ni una maldita palabra. Pensaría que estaba loco.

Suponía que estaba... locamente enamorado. Echó la cabeza hacia atrás para mirarla. Su ojos volvieron a llenarse de lágrimas pero, obediente como siempre, no habló. No tenía que hacerlo. Jake vio la expresión incrédula en sus ojos, dictándole todo lo que tenía que saber. No volvió a sentirse idiota. Agachándose completamente, se abrazó a sus finos tobillos y besó el empeine de sus pequeños pies.

—Ah, no... —exclamó—. Jake, no...

La soltó y se incorporó despacio. Con la voz llena de emoción, dijo:

—Para esto es para lo que este hombre blanco cree que vale su india.

Ella se cubrió la cara con las manos y empezó a sollozar, un llanto que le subía

por el pecho, seco y desgarrador. Jake la cogió mientras se dejaba caer en el suelo. La abrazó y la meció en sus brazos, balanceándose y acariciándole el pelo. Su llanto era tan difícil de escuchar que supo que las lágrimas habían tardado seis años en salir, y que ella no podría superar del todo lo de Brandon Marshall hasta que hubiese purgado el dolor.

Entre sollozos, empezó a hablarle de aquel día. Jake casi podía ver el claro del bosque y a los cinco hombres que la habían llevado hasta allí. Índigo, con trece años. Los ojos húmedos de Jake empezaron a arder. Con trece años, todavía era una niña en muchos aspectos, protegida como había estado del mundo que había fuera de Tierra de Lobos. Nunca había conocido a nadie con un corazón tan puro. Qué inocente y confiada debió de ser de adolescente, enamorada por primera vez. Se le rompió el corazón pensando en esa niña y en la mujer a la que ahora estaba abrazando. Su único pecado había sido nacer.

Lo que más afectó a Jake fue el sentimiento de traición. Ella había adorado a Brandon y había confiado en él. Hasta que le tendió esa trampa en el claro, la había tratado como a una princesa y la había llenado de atenciones. ¿No era normal que estuviese aterrorizada al volver a sentir lo mismo por otro hombre blanco? De repente, Jake fue capaz de verse a través de los ojos de ella y de comprender la incertidumbre que la debía asaltar. ¿Era lo que parecía, un hombre amable y gentil al que realmente le importaba ella? ¿O era un monstruo traicionero jugando cruelmente al gato y el ratón?

—Índigo —murmuró—. Quiero que me escuches y además con atención, porque espero que no olvides esto nunca. Eres la persona más hermosa que jamás he conocido. El último lugar en el que tienes que estar es de rodillas: ante mí o ante nadie. Perdí los nervios, y dije cosas que no debía. Pedir que te pusieras de rodillas es imperdonable. Quiero volver a ver el cuchillo en tu cadera mañana. ¿De acuerdo? Y no me importa si das discursos a los animales en el bosque.

Una risa húmeda salió de su garganta.

—Está bien.

—Y otra cosa —le pidió hoscamente—. De aquí en adelante, mi voluntad, mi mandato, mi orden —sonrió y apartó el pelo de sus adorables ojos— es que nunca me obedezcas cuando mis deseos te pongan en una situación humillante. Nunca.

Ella fijó en él unos ojos inquietos.

—Pero... si eres mi esposo. Debo obedecerte, siempre.

Jake le tomó la barbilla.

—No, si para ello tienes que sacrificar tu dignidad. —Le recorrió el rostro con la mirada—. Lo digo en serio. Grabaré esta orden en piedra si es necesario, porque no quiero que lo olvides. Tu orgullo vale más que tu obediencia incondicional. Si alguna vez soy tan estúpido como para pedirte algo que te rebaje, quiero que me lo digas inmediatamente. ¿Está suficientemente claro?

—Sí —murmuró—. Muy claro.

Consciente de que le estaba pidiendo que fuese en contra de aquello en lo que creía y de que probablemente no lo haría cuando llegase el momento, Jake dijo:

—Júralo.

Ella le miró insegura.

—Jake, yo...

—Júralo —insistió con voz cortante—. Así ya queda zanjado para siempre. No quiero que vuelvas a recordar a esa india comiendo del suelo ni que te preocupes de que te pueda pasar lo mismo. —Le volvió a agarrar el mentón y la sacudió suavemente—. Júralo.

—Te... te lo juro —respondió finalmente—. No creo que esté bien, pero lo juro.

—A mí me parece bien y, como yo soy el marido en esta casa, así va a ser.

Jake la alzó de su regazo y se levantó, llevándola consigo. Su mirada se volvió hacia los hombros temblorosos de ella.

—Te vas a morir de frío —le dijo roncamente—. Sin el fuego encendido, esta casa es más fría que una tumba.

Ella se echó hacia atrás y se restregó la cara entre las manos. Él cogió una esquina de la colcha para acariciar de nuevo sus mejillas. Cuando desapareció el último rastro de humedad, se inclinó para besarle los brillantes ojos, ahora cerrados, y la tomó en sus brazos. Cuando llegó a la habitación, la dejó sentada en la cama y fue al escritorio a por su camión de franela.

—No lo voy a necesitar —dijo con voz temblorosa.

Jake se volvió hacia ella y se quedó paralizado. Estaba sentada bajo un rayo de luna. La colcha yacía arrugada alrededor de sus caderas. ¡Estaba tan hermosa con el pelo cayéndole alrededor como plata fundida, las puntas morenas de sus pechos apuntando hacia él a través del pelo! Jake bajó los ojos hasta llegar a su talle esbelto, que desembocaba suavemente en unas caderas bien redondeadas y en unos suaves muslos.

—Índigo... —Apretó la franela entre los dedos—. Cariño, no tenemos que...

—Qui... quiero —insistió con un hilo de voz—. De verdad.

Jake sonrió. Había recibido invitaciones más entusiastas.

—No creo que hoy sea...

—Por favor, no quiero volver a tener miedo.

La franela se deslizó de entre los paralizados dedos de Jake y cayó en el suelo, olvidada. Tampoco era un santo.

—¿Estás segura?

Respondió asintiendo con determinación. Jake dio un paso hacia ella. Diablos, ¿cómo podía resistirse?

En realidad, Índigo no estaba para nada segura. Seguía teniendo tanto miedo como hacía dos horas. Pero amaba a ese hombre y, si tenía que mentir para retenerlo, estaba dispuesta a hacerlo, esta noche y todas las demás.

Mientras se acercaba, el miedo le subió a la garganta, ahogándola. No estaba

segura de lo que él podía hacer. Empezar a besarla inmediatamente, suponía. Y tumbarse con ella en la cama y empezar a tocar sus partes íntimas. En lugar de eso, se agachó frente a ella. Ella deseaba tanto taparse que tuvo que agarrar la colcha entre los puños.

A la luz de la luna, sus ojos oscuros estaban salpicados de destellos plateados. La cubría lentamente con la mirada. Fueron los segundos más humillantes de su vida.

—¿Te das cuenta de lo preciosa que eres? —Le acarició la mejilla, y luego dibujó su nariz y sus labios con la punta del dedo—. A veces, durante la noche, me despierto y me quedo tumbado mirándote mientras duermes. Temo moverme por miedo a que te desvanezcas como un rayo de luna ahogado en la sombra.

Índigo trató de hablar, pero lo único que le salió fue un gemido.

Le recorrió con el dedo la clavícula.

—Cielo, estás temblando.

Ella hizo un esfuerzo por tragar.

Él le pasó el pulgar encallecido por la boca.

—Tienes miedo.

Ella asintió entrecortadamente.

—Un poco.

Jake reprimió una sonrisa. Parecía tan joven ahí sentada, con los ojos como gigantes esferas, asustada y tensa. Cogiéndola por los hombros, la inclinó hacia atrás suavemente y se echó a su lado. Le puso una mano en la cadera y se inclinó para besarle los ojos cerrados.

—Háblame de tus margaritas —susurró mientras le recorría con los labios el lóbulo de la oreja—. ¿Son blancas, rosas, rojas? ¿Dónde están? ¿En la ladera de una colina?

Índigo apretó más los párpados, intentando desesperadamente evocar imágenes para no sentir los dientes que le mordisqueaban el cuello. La respiración, suave como un susurro, inundaba su piel y le provocaba escalofríos.

—Están en un prado.

—Mmmmm. —Siguió mordisqueándole el cuello—. ¿Un prado grande?

—Sí... atravesado por un arroyo. —Sintió que sus dientes le pellizcaban ligeramente donde empezaba la curva del pecho izquierdo, y sus ojos se abrieron de repente. Cuando había descrito las cosas que le haría, no había mencionado morder. No es que doliese. Todavía. Paralizada por el terror, observaba cómo él la mordisqueaba acercándose al pezón—. ¿Jake?

—¿Sí? Margaritas, Índigo. Cierra los ojos y piensa en margaritas. —Con suaves mordisquitos juguetones, le rodeó el pezón—. Blancas con el centro amarillo, ¿te acuerdas?

Lo único que podía ver Índigo era su propia carne traidora endureciéndose y lanzándose hacia la boca de él. A cada vuelta, se acercaba más y más a la morena cima. Entre mordisco y mordisco, empezó a hacerle cosquillas con la punta de la

lengua. El pezón comenzó a hincharse, vibrando con cada latido de su corazón, como si toda la sangre de su cuerpo estuviese batiendo dentro.

Su lengua pasó de la piel a la carne aterciopelada y sensible. La vibración se convirtió en un dolor agudo. Tomó aire entrecortadamente, ahogó un grito cuando él llegó a la hinchada punta. Esperaba dolor, así que se puso tensa; luego gimió cuando un súbito golpe de placer la atravesó de arriba abajo. La envolvía con mordisquitos juguetones, luego la agarraba firmemente con los blancos dientes y la recorría con la lengua. Una, dos veces. Índigo se agitaba en cada movimiento. Era... no exactamente agradable, pero tampoco desagradable. Desconcertante, quizá. «Perturbador» era la palabra. No... Frustrante, así era. Le hacía querer algo. Pero no sabía qué. Como cuando tenía muchas ganas de algo y se comía todo lo que encontraba tratando de satisfacer la necesidad. Solo que peor... mucho, mucho peor.

Con un gemido grave, le hundió los dedos en el espeso cabello arqueándose hacia él. Sentía que sabía lo que le estaba haciendo, y la frustración llegó al punto de querer tirarle del pelo. No le gustaba que le tomasen el pelo, y esta era la peor forma de hacerlo.

—¿Jake?

En respuesta, él cerró los cálidos labios sobre su cuerpo y dio un tirón seco que le hizo contraer los dedos de los pies. Ella sollozó y se agarró a él con todas sus fuerzas. La atravesaron sucesivas olas de sensaciones eléctricas. Sintió un nudo en el vientre y comenzaron los espasmos. Un calor ardiente empezó a brotarle de dentro. Él se cambió al otro pecho y empezó a chuparlo con avidez. Luego volvió a molestarla con los mordisquitos suaves, hasta que ella se retorció de ansias pidiendo más.

Cuando se apartó, se sintió vacía y sola. Él la buscó con la mirada. Luego se inclinó para besarle la frente.

—¿Confías en mí? —le preguntó con un susurro tembloroso.

—Sí... Sí.

Él le tomó la cara entre las manos.

—¿Tienes miedo?

—Sí.

Jake trató de captar el universo de emociones que flotaba en su mirada. Confusión, aprensión, y ansia. También había un mundo de amor brillando ahí dentro. Mucho más de lo que él merecía.

—No hay que tener miedo. Lo que acabo de hacer ¿ha sido agradable?

—Sí, más o menos —admitió—. La primera parte fue... exasperante. Pero la segunda fue agradable. Muy agradable.

—El resto será aún mejor.

—¿Sí?

—Te lo juro.

Ella inclinó la mejilla sobre su mano.

—¿Entonces cuándo viene la parte que duele?

—Te avisaré, como te prometí. —Le recorrió la mandíbula con el pulgar—. Pero no quiero que te preocupes por eso. Pasará muy rápido, apenas te darás cuenta. Dolerá mucho menos que el corte que te hiciste en el brazo.

Le miró con los ojos muy abiertos.

—¿Y luego nunca más volverá a dolerme?

—Nunca más.

La ternura de sus ojos tranquilizó a Índigo más de lo que podrían haberlo hecho las palabras. Su pecho le rozó los senos y sintió un cosquilleo. Quería volver a sentir su boca sobre ella, pero le daba vergüenza pedirlo. Con manos temblorosas, le agarró del pelo y le acercó la cabeza, diciéndole con el cuerpo lo que no podía decir con la palabra. Él la complació con tanto esmero que la cabeza le daba vueltas. Luego abandonó sus pechos y fue en busca de su boca.

Índigo sentía que se derretía en él. Le pasó las manos por los hombros y separó los labios para dejar paso a su lengua. Deslizó la mano por su cadera, masajeándola con los dedos, luego acariciándola suavemente. Después sintió una mano callosa sobre el vientre. Con mucha delicadeza, las puntas de sus dedos resbalaron hacia el broche de pelo rizado donde terminaban los muslos.

—No tengas miedo —le susurró cerca de los labios. Le separó ligeramente las piernas—. Esta es mi chica.

Sus dedos expertos estuvieron jugueteando en ella hasta que la zona de entre los muslos le empezó a doler. Él levantó la cabeza para besarle el cuello y murmuró:

—Dios, eres tan dulce. Solo tocarte, me vuelve loco.

Perdida en un remolino de sensaciones, echó hacia atrás la cabeza para recibir sus sedosos labios. La invadía la necesidad, apretaba los muslos en torno a su mano y alzaba las caderas, sin saber exactamente lo que quería.

Jake sí lo sabía. Ella clavó las uñas en sus hombros y curvó la espalda, su respiración era cada vez más rápida y jadeante. Jake sonrió en medio de la oscuridad, preguntándose de qué color serían ahora sus margaritas. La miró mientras la llevaba al clímax. Una expresión de absoluto desconcierto apareció en sus rasgos, y sus pestañas se levantaron. Al primer espasmo, sus ojos se llenaron de pavor.

—Todo va bien, cariño —la tranquilizó—. Déjate llevar.

Otro espasmo la sacudió. Jake trató de interpretar la confusión que leía en su mirada asustada.

—Cariño, confía en mí.

Después, mientras ella se estremecía, aturdida, Jake se quitó los pantalones y se movió entre sus piernas. Cuando le sujetó las caderas, ella abrió los ojos y le miró con los ojos entrecerrados.

Jake se contuvo, poniendo toda su fuerza de voluntad. La deseaba. Nunca había ansiado tanto a una mujer. Después de poner tanto cuidado en ayudarla a perder el miedo, no quería volver a ponerla a la defensiva. Pero había prometido advertirla. Primero decidió valorar la situación. A lo mejor, pero solo a lo mejor, sucedería un

milagro y él podría penetrarla sin provocarle dolor.

Le desplazó las caderas hacia delante y presionó hacia su interior. Respirando áspera y entrecortadamente, Jake se introdujo un poco más. Lo cierto es que no sabía lo doloroso que iba a ser. Se había propuesto no acostarse con vírgenes, así que no tenía experiencia en este ámbito. Por el gesto de su boca, supo que ya le estaba provocando incomodidad, y ni siquiera había empezado.

—Índigo —susurró con la voz quebrada.

Ella le miró con ojos confiados.

—¿Ahora? —preguntó con un hilo de voz.

Antes de que pudiera ponerse tensa, y provocarle más dolor, Jake murmuró:

—Sí, ahora. —Y empujó las caderas hacia delante. Su cuerpo se puso rígido, y dio un gritito agudo. Jake estalló en un sudor frío. Después de sumergirse en ella, la tomó entre sus brazos y fue despacio. Ella se aferraba a su cuello.

—Duele —exclamó.

Jake apretó los dientes, debatiéndose entre el arrepentimiento por provocarle dolor y la culpa porque, incluso sabiendo que le hacía daño, no quería parar. Estar dentro de ella era más hermoso que nada que hubiese vivido antes. Su cuerpo se ajustaba al suyo con tanta fuerza que no quería ponerle límite.

—Dios, Índigo, lo siento mucho.

Incapaz de detenerse, movió las caderas. Ella emitió un grito ahogado y aguantó la respiración. Como no quería hacerle daño, Jake se obligó a volver a ir despacio. Mientras estaba allí tumbado abrazándola, tratando de tranquilizarla, estalló la presión que había ido creciendo dentro de él, y se agotó como un muchacho excitado con su primera mujer. Cerró los ojos y tembló, dejándose llevar, ya que no había otra maldita cosa que hacer.

Índigo volvió a gemir al sentir su calor fluyendo a través de ella. Con un pequeño suspiro, susurró:

—¡Ay, madre...! —Él sintió que la tensión la abandonaba. Como un tambor novato marchando a su propio ritmo, ignorando completamente que había perdido el paso del resto de la banda, ella seguía ondulando las caderas.

Jake no sabía si reírse o llorar. Su cuerpo parecía un trapo húmedo y exprimido, ¿y ahora respondía? Con los brazos debilitados, se suspendió sobre ella, decidido a conseguirlo aunque muriese en el intento. Y eso es lo que iba a pasar, pensó. Su corazón batía precipitadamente, como un trineo.

Bajo la luz de la luna, vio el rastro de las lágrimas en sus mejillas. Ella le miró. Una sonrisita incrédula y resplandeciente, le tocó los labios. Alzó los brazos con descuido y torpe abandono, un poco descentrados, y sin la fuerza necesaria para arrancarle placer. Aun así, los músculos de su cara se tensaron. Con un gemido de júbilo, se apartó, luego se lanzó contra él de nuevo.

—Ah, Jake —susurró—. Te quiero. Ah, sí...

Los pensamientos de Jake iban más en la línea de «Ay, no...», pero todos los

hombres experimentan al menos un milagro en su vida y, mientras miraba a su inocente mujercita recuperarse de los placeres del amor, Jake vivió el suyo. Sorprendente, increíblemente, sintió otro golpe de fuego en los riñones. Temblando aún por la descarga, sintió que volvía a nacer. Con cuidado, se movió hacia delante para encontrar el torpe núcleo de las caderas esbeltas de Índigo; dejando que ella marcara el ritmo, se llenó de un dolorido placer cuando escuchó el temblor de sus suaves gemidos y sus grititos agudos al sentir las primeras sacudidas del éxtasis.

Un torbellino de pasión lo arrastró con ella hacia su vórtice. Tomó las riendas y estableció un ritmo más potente, uno que sabía que le iba a provocar mucho más placer a ella. Tuvo ganas de sonreír cuando la vio doblar las rodillas y apretar las caderas de él contra sus muslos para absorber mejor el impacto. Era tan infinitamente preciosa, tan cándida. Tenía que hacer que esto fuese especial para ella.

De repente, se arqueó y se puso tensa. El cuerpo de Jake respondió con una ferocidad primaria. Mientras le sobrevinía el segundo clímax en menos de cuatro minutos, tuvo dos pensamientos sorprendentemente racionales. Uno era que debía de estar batiendo una especie de récord mundial, y no es que nadie documentase fenómenos de este tipo. El segundo era un poco más profundo: después de toda una vida de incertezas, ahora sabía con total seguridad que había un lugar que era como el mismísimo cielo. No era California, como había pensado años atrás, y, al contrario de la opinión general, no había que morir para llegar allí. El cielo estaba aquí mismo, en la tierra... en los brazos de Índigo.

Capítulo 22

*E*l amanecer salpicaba el cielo plumizo de briznas de luz, impregnando el dormitorio de un color sonrosado. Con los párpados entrecerrados, Jake vio los destellos rosáceos y se preguntó si habría muerto y llegado, finalmente, al cielo. Sintió los senos desnudos de Índigo contra su pecho y sus finos muslos ensartados en los suyos. Si eso no era el cielo, no sabía qué podía serlo.

Tan suaves como alas de mariposa, sintió los dedos de ella recorriendo las líneas de su rostro, y así descubrió lo que le había despertado. Lo estaban explorando. Resistió la tentación de abrir los ojos. Si ella notaba que estaba despierto, se sentiría cohibida.

Le tocó la nariz, siguiendo tímidamente el puente con la punta del dedo. Luego exploró su boca, su oreja, la textura de su pelo. Cuando se echó hacia atrás y rozó su pecho con las manos, él sintió ganas de sonreír. Obviamente, el pezón masculino le despertaba curiosidad. La dulzura le embargó al verla jugar con él, como él lo había hecho antes con el suyo, tratando de provocar la misma reacción. Cogió la punta y la rodeó con los dedos. Él alzó ligeramente los párpados. Sus ojos enormes se llenaron de un asombro infantil.

Aburrida por la falta de reacción del pezón, estudió el vello de su pecho y le apretó la amplitud turgente de sus músculos. Luego deslizó la punta de los dedos por su abdomen. A Jake se le cortó la respiración cuando siguió la línea de vello de su vientre en dirección a su destino. Frunció ligeramente el ceño delicado cuando tomó en la mano su mustia virilidad. Hizo un amago de pequeño apretón. Frunció más el ceño. Luego le acarició la punta.

Confundiendo las tentadoras caricias de los dedos femeninos con una llamada a filas, el apéndice flácido se puso en rígida alerta. Ella se quedó parada, mirando la longitud enhiesta que de repente estaba sujetando. Sus ojos se abrieron, y apartó la mano como si le quemase. Buscó con la mirada asustada los ojos de él.

El juego había empezado... Jake sonrió.

—¿Tienes ganas de pelea, señora Rand? Si es así, la vas a tener.

Su cara se volvió de color carmesí, y trató de escabullirse. Él la cogió por la cintura.

—¿Adónde vas tan deprisa? Esperaba que ahora fuese mi turno.

Ella enrojeció aún más.

—Estás despierto.

Completamente despierto, pensó Jake, víctima de una inconsciente seducción. Él sacó el otro brazo de debajo de la almohada y la imitó, trazando las líneas de su cara y fingiendo un asombro lleno de curiosidad. Avanzó lentamente hacia su pecho y exploró el pezón.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó con voz ronca—. Interesante, muy interesante. ¿Sirven para algo en especial, o solamente son bonitos?

Los ojos de ella se oscurecieron y turbaron cuando él capturó la pequeña punta dura y la pellizcó suavemente. Jake deslizó la palma de la mano por debajo del pecho y lo levantó. Inclinando la cabeza, lo saboreó con la punta de la lengua.

—Es delicioso. ¿Te importa si le doy unos mordisquitos?

Sus labios se separaron y exhaló un leve suspiro.

Jake se echó hacia atrás y sonrió.

—¿Eres egoísta con ellos?

Una cálida languidez inundó sus ojos, y cerró los párpados. Se inclinó hacia delante para poner los pechos completamente en su mano. Él los recogió con la palma y frotó la aureola con el pulgar.

—¿Y bien? ¿Se te comió la lengua el gato?

—Sí —suspiró ella, respondiendo con retraso.

—¿Sí qué? ¿Eres egoísta con ellos?

—No. Puedes mordisquear todo lo que quieras.

Apretándole la cintura con el brazo, la levantó ligeramente, y la atrajo hacia él. Cuando el pecho estaba ya casi al lado de su boca, la soltó. Mirándola a los ojos, oscurecidos por la pasión, susurró:

—Anoche tuve que ir a buscarlo. ¿Hoy me darás tú el regalo?

Ella le miró los labios. Tragó saliva y se acercó más. Al ver que él no hacía nada, gimió suavemente. Un tímido sonrojo tiñó de nuevo sus mejillas y le pasó el pezón por los labios. Con una ternura inédita, él la acercó a su boca y observó los gestos de su cara.

Era, sin lugar a dudas, el regalo más valioso y dulce que jamás había recibido.

Eran las nueve y media. Jake aún no se había ido a la mina, su mujer seguía durmiendo y estaban sin desayunar. ¿Pero le importaba? Diablos, no. Se sentó en el borde de la cama y se reclinó sobre el brazo.

—Tengo que irme, brujita —susurró—. Te he tenido despierta toda la noche, así que ¿quieres quedarte en casa hoy?

—Mmmm...

—¿Me vas a esperar?

Su boca hinchada por los besos dibujó una somnolienta sonrisa. Sin abrir los ojos, murmuró:

—Tiraré la piedra, te lo prometo.

Jake husmeó en su cuello.

—Por cierto, ¿qué es? ¿Un conjuro comanche o algo así?

Ella se acurrucó aún más bajo la colcha.

—No, un remedio —respondió aturdida— para concebir.

Con los labios a la altura de su oreja, se detuvo en seco.

—¿Concebir?

—Mmm... Un bebé. —Su sonrisa creció—. Así no me molestarías.

Ahora que lo pensaba, Jake recordó haber escuchado una vez que si se ponía una piedra bajo el colchón, del lado del marido, se aceleraba la concepción: la idea era que, cuanto menos durmiese el hombre, más frecuentemente querría hacer el amor con su mujer. No creía que ese fuese el resultado que perseguía Índigo.

—Demonios, no la tires solo. Entiérrala. No estoy en contra de hacer bebés. Podemos empezar a hacerlos esta misma noche si quieres.

—Esta noche —consintió somnolienta.

—Espero que tengamos unos cuantos —dijo con una sonrisa—. Cien intentos por cada uno. Si no me he agotado para entonces, puedes volver a traer la piedra.

—Mmm... de acuerdo, sí.

Jake le dio un beso de despedida, luego se levantó y se quedó mirándola por un instante. Dios, la quería. Se preguntaba si ella podía imaginar cuánto. Acarició a *Sonny* entre las orejas como despedida, luego miró hacia la ventana. La pasada noche, por primera vez desde la muerte de *Lobo*, Índigo se había olvidado de abrirla.

Esa misma mañana, al despertarse, Índigo calentó un barreño de agua para lavarse. Se vistió, recogió su camisa estropeada y los vaqueros de Jake, y luego se dirigió al arroyo a buscar el resto de la ropa fétida. Unos minutos más tarde, había encendido una pequeña hoguera. Mientras tiraba las prendas al fuego, se fue hacia atrás en el tiempo, hasta aquella noche de hacía seis años en que había quemado toda su ropa de blanca y jurado que nunca volvería a reconocer que tenía sangre de esa raza. Los brazos de Jake habían borrado todo el dolor de su corazón. Se volvía a sentir completa y curada.

Se le dibujó una sonrisa en la cara al recordar el momento en que vio a Jake por primera vez. Si alguien le hubiese dicho entonces que en menos de un mes se habría arrodillado ante ella y le habría besado los pies, le hubiese dado la risa. Ahora que había pasado, sin embargo, no se reía. ¿Pensar que Jake, entre todos los hombres que conocía, había hecho eso, y por ella? Se le llenaron los ojos de lágrimas.

Tiró sus pololos al fuego y tomó aire con fuerza. Resultaba raro, al pensarlo. Durante mucho tiempo, se había aferrado desesperadamente al poco orgullo que le había dejado Brandon. Luego Jake, con solo unas palabras, la había desnudado incluso de eso. Ahora se sentía glorificada. Era como si él la hubiese vaciado de oscuridad para llenarla solo de cosas buenas.

El humo se le iba hacia los ojos. Ella los entrecerraba y se abrazaba a sí misma, disfrutando del calor. El laurel, más escaso y difícil de cortar que el pino, era una madera dura que aseguraba un fuego lento, cálido y duradero. Como el amor de Jake, pensó. El suyo no era de los que ardían rápidamente para consumirse luego.

Sentía molestias tras haber hecho el amor, pero al llegar a casa Índigo asumió con gusto las labores domésticas. Aunque quizá solo temporalmente, esa casita era el hogar de Jake, y quería que estuviese más que ordenada. Cuando volviese del trabajo por las noches, con solo verla se daría cuenta de cuánto le amaba y de lo orgullosa que estaba de ser su esposa.

Tras cambiar la ropa de cama, Índigo decidió que ese era el día perfecto para hacer algo de limpieza general, señal del nuevo principio que ella y Jake habían inaugurado esa noche. Sacó fuera todas las alfombras y las sacudió con la escoba. Luego, antes de barrer, decidió limpiar la ceniza del fogón y la chimenea. Primero terminó la cocina, luego se fue a la salita. Arrodillada ante la chimenea, se inclinaba hacia delante para recoger la ceniza y el hollín.

En el fondo de la chimenea, había restos de papel quemado. Índigo lo habría ignorado de no haber visto el membrete parcialmente carbonizado. Una sombra de inquietud le subió por la nuca. ¿Empresa Ore-Cal? Bajó la mirada hacia los trozos de papel que no estaban quemados; estaban escritos en letra clara, masculina.

Querido Jake:

Tengo malas noticias. Estoy asustado. Como me temía, la investigación ha confirmado mis sospechas. Tenemos un grave problema [*Un buen trozo de párrafo estaba chamuscado y resultaba ilegible. Terminaba con:*] para que haga el trabajo sucio. Si podemos, le pondremos las pruebas ante las narices a padre y daremos esto por zanjado, así podrás salir de ahí de una maldita vez y volver a casa. Esto es aburridísimo sin ti, y Emily no me deja en paz ni un momento, preguntándome cuándo vas a volver para fijar la fecha. ¿Te acuerdas de Em, tu prometida? Se está empezando a hacer preguntas, porque no le has escrito. Me he tomado la libertad de contarle lo mismo que a padre, que te has tomado unas vacaciones cortas y bien merecidas. Así es más difícil que lo descubran.

Llegaré lo antes que pueda. Probablemente, lo más seguro es contarle a Lobo una historia lo más cercana posible a la verdad y decirle que tu hermano va de visita. Nunca se nos ha dado bien ceñirnos a la misma [*más zona chamuscada*] nuestras explicaciones siempre acababan siendo demasiado elaboradas. Ah, ¿pero no eran tiempos maravillosos?

Hasta el —

TU HERMA —

Índigo empezó a temblar. Miró la carta y deseó desaparecer. Como eso no funcionó, la releyó rezando para que la segunda vez no pareciese tan incriminatoria. ¿Jake estaba relacionado de alguna manera con Ore-Cal? ¿De qué trabajo sucio hablaba Jeremy? ¿Y quién era Em?

Ay, Dios...

Índigo se tapó la boca con la mano. Mentiras, todo mentiras. Todo lo que le había contado de sí mismo era mentira. Sabía a qué trabajo sucio se refería Jeremy, al sabotaje de la mina. ¡Por supuesto! Todo tenía sentido. Si ponían a su padre en un apuro financiero, él le vendería la mina a Ore-Cal por poco dinero.

Para Índigo, todo encajó como las piezas dispersas de un rompecabezas. La llegada de Jake el mismo día que esperaban al representante de Ore-Cal. La ausencia

de callos en sus manos. Incluso su resistencia a que ella estuviese en la mina cobraba sentido ahora. No quería su presencia allí mientras pudiera evitarlo porque tenía miedo de que entorpeciese sus planes.

Ella no significaba nada para él. Igual que no había sido nada para Brandon. La estaba utilizando. Probablemente ni siquiera se consideraba casado, porque ella era india. Incluso si no era así, no dudaría en divorciarse. Pero era peor lo que le estaba haciendo a su padre. Hundiéndole. Destruyendo todo aquello que había creado en los últimos veinte años.

¿Cómo podía? Ay, Dios. ¿Cómo podía? Fácil, contestó una pequeña voz en su mente: «Tu padre no es nadie, igual que tú».

Con un sollozo lleno de ira, Índigo se levantó de un salto, visualizando a su padre, destrozado e incapaz de mantenerse en pie. Recorrió la habitación con los ojos. Su mirada se congeló en el punto donde Jake se había puesto de rodillas ante ella. Tropezó y se detuvo ante los recuerdos que la invadieron. Estaba confundida. Se acordaba de la suavidad con que le había hecho el amor, de sus roncos susurros. Sintió que las piernas se le doblaban, y se hundió en el sofá mirando la carta. ¿Un mentiroso? ¿Un actor consumado? ¿Cómo podía un hombre tan alto, fuerte y orgulloso como Jake Rand ponerse de rodillas y humillarse ante una mujer si no le importaba realmente?

Al abrir la puerta al final de la tarde, lo último que Jake esperaba era encontrar a Índigo sentada en el sofá, con la cara cubierta de lágrimas y salpicada de hollín.

—¿Dios mío, qué ha pasado? ¿Es tu padre? ¿Tu madre? —Recorrió la habitación con la mirada—. ¿Dónde está *Sonny*?

Índigo le miró.

—Está dormido debajo de la cama.

Jake cerró la puerta y se apoyó en ella. El corazón le empezó a latir con fuerza.

—Cariño, ¿es *Mellado*? ¿Qué te ha hecho llorar?

Ella no contestó, se limitó a seguir mirándolo. Enmarcados en el negro hollín, sus ojos eran de un azul tan brillante que a Jake le parecieron lagunas infinitas, profundas y claras. Los miró y sintió que se ahogaba. Un estridente silencio los rodeó. Luego se apoderó de él una sensación inquietante. Le pareció que ella le veía el alma con claridad.

Entonces se dio cuenta de que debía de estar haciendo eso, precisamente. Se quedó extrañamente callada, y tenía una expresión distante en la cara, como si escuchase algo que él no podía oír. Jake se sintió más vulnerable que nunca, y desnudo. Quería apartar la vista. Por poco lo hizo. Pero sintió que sería un error irreparable.

Después de un largo rato, ella se levantó y le tendió una mano temblorosa. Vio que los finos dedos sostenían un trozo de papel chamuscado. Él volvió la vista

rápidamente hacia la chimenea.

—No ardió todo —se limitó a decir ella.

Jake gruñó.

—Maldita sea.

—Creo que eso no es lo que quiero oír.

Jake levantó las manos, luego las dejó caer.

—No es tan malo como... —Dejó escapar una risa amarga—. De hecho, sí; es tan malo como parece. Por eso no he tenido agallas para contártelo.

—Cuéntamelo ahora —dijo con suavidad.

Jake tragó saliva.

—Supongo que ya se lo has contado a tu padre.

El dolor le asaltó la mirada.

—Por poco lo hago. —Su boca tembló ligeramente—. Si las cosas son como parecen en esta carta, no mereces de mí nada más que un cuchillo en las tripas. Y luego, claro está, debería escupir sobre tu tumba.

Jake cerró los ojos.

—Jesús, Índigo. Después de todo lo que hemos compartido esta noche, no puedes sentir eso.

Sus ojos brillaron.

—¿Compartimos algo especial? ¿O estás utilizando a una india estúpida? ¿Quién es Emily?

—Es, este... —Volvió a levantar las manos—. Era mi prometida.

Índigo le miró directamente a los ojos.

—¿Has roto el compromiso? ¿O piensas volver con ella cuando te hayas divertido conmigo?

Jake soltó una risita amarga.

—No puedes pensar eso. Me he casado contigo, por el amor de Dios. Yo diría que, en la práctica, eso anula mi compromiso con Emily. Es solo que no he tenido tiempo... —Hizo una pausa, ya no era capaz de disfrazar la realidad. Desde que había conocido a Índigo, tenía una nueva visión de la honestidad—. En realidad, he tenido mucho tiempo para escribirle. No encontraba la manera de hacerlo a tus espaldas.

—¿Porque me hubiera enterado? —Bajó la mano y dejó que el papel revolotease hasta el suelo—. ¿Así que estoy casada con un hombre que está prometido con otra mujer? —Su cuerpo se puso rígido—. Cuando pienso en las cosas que te dejé hacerme esta noche, me siento sucia y utilizada. Peor de lo que me hizo sentir Brandon. Al menos a él lo combatí. Él intentó violarme por la fuerza, lo que al menos es honesto. Tú violas con mentiras.

—Índigo, tienes que escucharme.

Irguió los estrechos hombros.

—¿Por qué crees que estoy aquí? Pensé que te lo debía. Aunque parezca que tu «trabajo sucio» por poco mata a mi padre. Aunque parezca que te has burlado de mí

más de lo que Brandon hubiese podido soñar.

La intensidad de sus sentimientos hacía que le temblase la voz.

—Aunque parezca que todo lo que me has hecho creer es mentira, no podría traicionarte antes de oír lo que tuvieras que decirme. —Se rodeó con los brazos la cintura y se quedó mirándole—. Si puedes decir algo que calme el dolor que siento dentro, por favor, hazlo.

Jake se pasó la manga por la boca. Solo quería cruzar la habitación y cogerla en sus brazos. Le daba miedo intentarlo. Parecía que iba a deshacerse si la tocaba. Pero había esperanza. Todavía debía quererlo; si no, no estaría allí.

—Te quiero —dijo con voz quebrada—. Eso no es mentira, y nunca lo ha sido. Y no importa lo malo que parezca, he venido aquí para ayudar a tu padre, no para hacerle daño. —Le temblaba una pierna a causa de los nervios. Jake avanzó hacia el sofá y se sentó. La mirada indignada de ella le estaba asustando terriblemente—. En la carta, Jeremy no estaba hablando de mi trabajo sucio, sino del de nuestro padre.

Con la voz entrecortada y sin estar en absoluto seguro de decir cosas con sentido, Jake se arrancó la historia de las entrañas. Ella se quedó de pie escuchando en un silencio gélido, horrible.

—Nunca te he mentado descaradamente —dijo agitando las manos—. Sé que no he sido honesto. He mentado por omisión. Lo creas o no, en el sitio de donde vengo, eso no se considera mentira. Sé que no tiene ningún maldito sentido para ti, tal y como tú ves las cosas, pero en mi mundo, si las intenciones son buenas, como lo eran las mías, y ocultar algo facilita las cosas, se considera beneficioso.

Ella seguía sin decir nada.

—Índigo, cuando vine aquí, no os había puesto cara a ninguno de vosotros. Nunca quise herir a nadie con el engaño, solo ayudar. —Tragó saliva con dificultad—. Nunca quise enamorarme de ti. Cuando me di cuenta de lo mucho que me importabas, ya había cavado mi propia tumba. Quería decirte la verdad, pero lo pospuse, deseando que Jeremy probase que nuestro padre no estaba detrás de esto. Así, al menos, no habría sido tan horrible contarlo.

Ella seguía sin hablar.

Jake dejó caer la cabeza entre las manos.

—Supongo que esperas que te hable de Emily.

—Qué astuto.

Levantó la vista.

—Nunca la quise realmente. Pasábamos mucho tiempo juntos. Me gustaba su compañía. Ella viene de una buena familia. Yo tenía casi treinta años. Pedirle que se casase conmigo parecía lo más obvio. Me he arrepentido desde entonces; mucho antes de conocerla, empecé a arrepentirme. Le tengo cariño. Nunca le haría daño deliberadamente. Pero con ella no había magia. No como contigo.

—¿Es guapa? —preguntó con una vocecilla apagada.

Jake quería decir que Emily tenía la papada como un sabueso y que babeaba

constantemente.

—Sí, es guapa. —Sabía que esas palabras le harían daño, pero no quería más mentiras—. Es una mujer adorable, y una gran persona. Te gustaría, creo. —Apretó los dientes, luego suspiró—. Pero no la amo. Te amo a ti. Ni siquiera me acuerdo bien de cómo es.

—¿Lleva vuelos y volantes y enaguas de encaje?

Jake sabía que era terreno peligroso. Índigo se sentía inferior a las mujeres así.

—Nunca le vi las enaguas.

Fijó en él los ojos enrojecidos.

—Dices que viene de buena familia. Tú... tú eres rico, ¿verdad? La casa de la que me hablaste ese día en el granero, la que es tan grande que tu familia se puede perder en ella, es una casa muy fina, ¿verdad? ¿Una casa de hombre rico?

Jake pensó en la casa y en sus elegantes habitaciones. Quizá la perdiese por culpa de esto. ¿Y a cambio de qué? ¿De su vida en Portland? Ahora no podía conformarse con aquello. Durante años había pensado que la pobreza era lo que él había vivido de niño. Ahora sabía que los hombres más ricos del mundo podían estar muriéndose de hambre. Aquí en Tierra de Lobos, había encontrado cosas que el dinero no podía comprar: amor, lealtad, sonrisas, honestidad, pureza de corazón. La más valiosa de todas, desde luego, era la muchacha que tenía enfrente. Por el amor de Dios, ¿cómo podría vivir sin ella ahora que había descubierto lo hermosamente dulce que podía ser la vida?

—Sí, es una casa de ricos —admitió con voz entrecortada—. Excepto una habitación: mi despacho. —Buscó su mirada—. Probablemente es la única que te gustaría. Es la única que me gusta a mí. Todo es sencillo y hecho a mano. —Tomó aire—. Soy rico. Puedo comprar prácticamente todo lo que quiera. —Encogiéndose un hombro, dijo—: Una esposa de setecientos dólares, un cachorro de lobo de trescientos. El resto de las cosas que he comprado me traen sin cuidado. Así que me hice un despacho en el que esconderme, y lo llené de fotos y de cosas que el dinero no puede comprar. Montañas y árboles y arroyos claros. Crecí en ese mundo, y lo echaba de menos. Me empecé a dar cuenta el día que merendamos en Geunther Place.

Ella se frotó los brazos como si tuviera frío. Tenía una mirada afligida.

—Deberías haberte casado con una señorita, alguien de quien pudieras estar orgulloso al presentársela a tu familia. Una mujer de buena familia.

Jake suspiró. Pasándose una mano temblorosa por el cabello, dijo:

—En realidad, me preocupa más estar orgulloso cuando conozcas la vida que he llevado hasta ahora. Yo puedo llevarte a todas partes y estar orgulloso de ti, Índigo. Pero no puedo llevar la cabeza muy alta sabiendo lo que ha hecho mi padre. Mancilla todo aquello en lo que he creído siempre. ¿Te preocupa tanto ser buena para mí? Cariño, la verdad es que yo soy el que no está a la altura.

—Yo no me he casado con nadie de tu familia más que contigo —respondió con suavidad—. Los pecados de otros no son tuyos.

Jake sintió los primeros visos de esperanza.

Ella se humedeció los labios.

—Creo que deberías ir a hablar con mi padre. Merece saber todo lo que me acabas de contar.

Jake trató de imaginar la reacción de Cazador.

—Antes de hacerlo, quiero saber qué piensas de mí, Índigo. ¿Qué pasa si me echa?

Con dolorosa tristeza, clavó su mirada en él.

—Rezaré para que no suceda. Pero si pasa —observó el hollín de sus manos, luego las alzó a modo de súplica—, si me amas de verdad y me quieres como soy, entonces...

—Ah, te quiero —la convenció con voz entrecortada—. Te quiero, Índigo.

Tenía lágrimas en los ojos.

—Entonces te diré que has sido un hombre estúpido y empezaremos de nuevo sin mentiras.

Jake no podía creer que la hubiese convencido tan rápido. ¿Él? ¿El hombre al que se le trababa la lengua con palabras de una sílaba? Se levantó lentamente del sofá.

—¿Y si tu padre me dice que abandone su casa y la mina?

A ella le temblaron los labios.

—Creo que verás que mi padre escucha con el corazón y que oye más de lo que dicen las palabras. Mirará dentro de ti, si se lo permites, como yo lo he hecho, y verá la luz de la bondad a través de las mentiras que has contado.

Jake recordó cómo ella le había mirado a los ojos al entrar en la casa, el sentimiento de desnudez.

—¿Qué más has visto dentro de mí, además de cierta bondad?

Su mirada se nubló.

—Creo que lo sabes. Esta vez volviste la vista atrás y te abriste para que yo pudiera ver.

Jake sintió la garganta rígida.

—Entonces debes de haber visto amor. Y miedo, porque tenía un miedo terrible a perderte. —Fue despacio hacia ella—. Y dolor, porque desearía haber sido honesto desde el principio. Nunca más volveré a mentirte. Te lo juro.

Ella asintió de manera casi imperceptible.

—Y escribiré a Emily esta noche. Puedes leer la carta y enviarla tú misma. ¿Me perdonas?

La respuesta fue lanzarse a sus brazos, que la estaban esperando.

Capítulo 23

Índigo estaba en la cocina, tratando de quitarse el hollín de las manos y la cara cuando oyó la puerta principal. Resonó una voz profunda.

—Ya estoy aquí. ¿Dónde está mi bienvenida?

Aunque no esperaba que Jake terminase la charla con su padre y volviese tan rápido, esa voz sonaba como la suya, y el hombre alto y moreno que miraba por la ventana se parecía a él.

—Aquí —respondió ella—. ¡Estoy cubierta de jabón!

Se inclinó sobre el barreño y se restregó la cara.

—Estoy intentando quitarme las manchas de hollín. —Se aclaró; luego buscó la toalla a tientas, porque veía borroso. Se frotó los ojos y los entornó ante la figura difusa, de anchos hombros, que estaba en el umbral de la puerta—. ¿Qué ha dicho?

—El único hombre con el que he hablado ha dicho que Jake Rand vivía aquí —respondió una voz sonora—. ¿He hecho algo imperdonable y me he colado en la casa equivocada?

Índigo pestañeó y trató de fijar la vista. El atractivo rostro moreno que le sonreía no era su marido. Se irguió lentamente y volvió a pestañear. Se parecía mucho a Jake, tanto que podría haber pasado por su gemelo.

—Ah... No, estás en la casa correcta. —Sintió que el calor ascendía por su cuello y deseó que todo el hollín hubiese desaparecido de su cara—. Debes de ser Jeremy.

Él chasqueó los dedos, la señaló, y le guiñó el ojo.

—Estoy en total desventaja y, cuando se trata de una adorable jovencita, no me lo puedo permitir. ¿Quién eres tú?

Ni en sus peores presagios había contado con la posibilidad de que Jake no estuviese para presentarle a Jeremy cuando llegase. No tenía valor para mencionar el matrimonio y enfrentarse sola a la cara de desaprobación de su hermano.

—Soy Índigo.

Sus ojos la recorrieron lentamente y se volvieron cálidos en señal de reconocimiento.

—¿Índigo?... —Inclinó la cabeza, invitándola a terminar de presentarse.

—Lobo es mi nombre de soltera —dijo con voz aguda—. Índigo Lobo.

—Ah, tu padre es el dueño de la mina donde trabaja Jake. —Encogió los anchos hombros y se enderezó. Su camisa de algodón azul parecía recién estrenada, no como la de lana que llevaba Jake, manchada de tierra—. ¿Y qué haces...? —Miró hacia la chimenea desde la entrada—. ¿Las cosas de casa?

Era una verdad suficiente.

—Sí —contestó, aliviada por la explicación de él—. Cosas de casa, sí.

Pestañeó y volvió a mirarla. Señalándole la mejilla, dijo:

—Te has dejado una mancha.

Índigo se restregó.

—Yo, esto, supongo que estás buscando a Jake. —Se dio cuenta de lo estúpido de la situación y se le escapó una risa nerviosa—. Pero, claro, si no estuvieras buscando a Jake no estarías en nuestra casa. —Su corazón dio un vuelco—. Su casa.

Con una ligera sonrisa, la estudió por un instante.

—¿Sabes dónde está?

—Se fue a ver a mi padre. Ya debería estar en casa. Quiero decir, de vuelta; debería estar de vuelta. —Se secó las manos en los pantalones—. ¿Esto, quieres un poco de café? Puedo prepararlo en un momento. Y tengo algo de bizcocho. ¿Quieres chocolate?

—Me encanta el chocolate. —Y arqueó una ceja—. ¿También cocinas aquí?

Índigo se volvió hacia la cocina y se dio cuenta de que tenía que encender el fuego. Miró hacia abajo y vio manchones negros en las mangas de su camisa de trabajo. Jake estaba acostumbrado a verla con pieles manchadas cuando trabajaba en la mina, pero ¿qué pensaría Jeremy? Parecía un cerdo después de rebozarse por la porquería. Era su peor pesadilla. Ya hubiera sido suficientemente duro conocer a los familiares de Jake estando en todo su esplendor.

—Yo... sí, hago las dos cosas, cocinar y limpiar.

Un gruñido de *Sonny* hizo que Jeremy se diese la vuelta. Índigo echó a correr y esquivó su pierna para coger al lobezno por el pescuezo.

—Vaya, esto... Si me disculpas, lo voy a encerrar en el dormitorio. Muerde, me parece.

Jeremy dio un paso atrás. Índigo pasó rápidamente por su lado. Cuando llegó a la habitación, lanzó una mirada nerviosa al espejo de encima del escritorio y sintió vergüenza. Se restregó la mejilla manchada con una mano, mientras con la otra sacaba del cajón una blusa de piel limpia. Se cambió en tiempo récord y se arregló el pelo. No estaba bien, pero sí mejor, pensó.

Cuando regresó a la cocina, Jeremy estaba sentado a la mesa. Reparó en la camisa limpia y su expresión se volvió inquisitiva. Índigo se estremeció. No se había parado a pensar en lo extraño que resultaría que reapareciese con prendas limpias.

Los oscuros ojos de Jeremy se encontraron con los suyos.

—¿Vives aquí con mi hermano, Índigo?

Ella le miró, horrorizada.

—No exactamente, no. Pero algo así. No de esa manera... es decir, no hay nada indecoroso.

—¿Y qué dice tu marido? —La miró detenidamente—. Dijiste que Lobo era tu nombre de soltera, ¿así que supongo que estás casada?

Índigo tragó saliva y deseó fervorosamente que volviese Jake.

—Mi marido, esto, no dice nada. Quiero decir, no le importa. —Se le volvió a escapar una risa nerviosa—. No le supone ningún problema... de verdad.

Jeremy asintió.

—Ya veo —dijo, con un tono que revelaba que no veía nada en absoluto.

Índigo dio un paso hacia atrás.

—Creo que me voy a ir ya. —Rozó con los dedos la puerta principal.

Vio cómo se contraía un músculo de la mandíbula de Jeremy. Índigo había observado el mismo gesto en Jake cuando empezaba a enfadarse.

—Ha sido un placer conocerte —dijo.

—Sí, un placer. Conocerte a ti, quiero decir, no a mí. —Volvió a reírse—. Jake debería de llegar en cualquier momento. Si le esperas aquí, lo encontrarás seguro.

Índigo se volvió y fue directa a la puerta, con el único pensamiento de salir de allí y no volver hasta que Jake estuviese en casa. Cuando iba a tocar el pestillo, la puerta se abrió y entró Jake. Ignorando que tenían compañía, le rodeó la cintura con el brazo y la levantó del suelo para darle vueltas.

—Tu padre es el hombre más comprensivo que he conocido —dijo cálidamente—. Siento como si me hubiera quitado toneladas de peso de los hombros. —Le puso la mano en el trasero y se inclinó para besarla—. Dios, cariño, ¡cuánto bien me haces, maldita sea! Después de todo lo que he pasado, quiero cogerte y no soltarte nunca más.

—Jake, tenemos... ¡no! —Se arqueó hacia atrás, tratando de retener sus manos en sitios decorosos. Al ver que le metía la mano por debajo de la pretina de sus pololos, abrió los ojos, avergonzada—. Jake, por favor, ya vale... ¡para!

—¿Para? Eso tiene efecto rebote —dijo con voz ronca, agachando la cabeza para mordisquearle el cuello—. En dos segundos me estarás pidiendo lo contrario. —Una de las tablas del suelo crujió. Él se detuvo y se puso rígido. Al levantar la vista, exclamó—: ¡Jeremy!

Índigo cerró los ojos con fuerza. Era la única opción que le quedaba, dado que su cuñado estaba a un metro de distancia viendo cómo su marido sacaba lentamente la mano de debajo de sus pantalones.

—El sentimiento es mutuo —dijo Jeremy con frialdad—. Sorpresa, sorpresa.

Jake seguía con el brazo alrededor de la cintura de Índigo.

—¿Has conocido a Índigo?

Jeremy dirigió la vista hacia ella.

—Sí.

—Y te lo ha explicado.

—Creo que comprendo la situación, sí —contestó Jeremy.

Índigo tiró de la pechera de la camisa de Jake y sacudió la cabeza con fuerza.

—No la entiende.

Jake torció el gesto mientras volvía a mirar a su hermano.

—¿Veo un brillo en tus ojos, Jer?

Jeremy apoyó el hombro en el marco de la puerta y lanzó una sonrisa a Índigo.

—Lo discutiremos cuando se vaya la señorita.

—No se va —respondió Jake con una sonrisa traviesa—. Vive aquí. Jeremy, me gustaría que conocieses a...

—No puedo creer lo que ven mis ojos —masculló Jeremy. Disculpándose ante Índigo con la mirada, dijo solícito—: Por favor. ¿Me podrías dejar a solas un momento con mi hermano?

Jake apretó la cintura de Índigo.

—Jeremy, antes de que digas algo de lo que puedas arrepentirte, creo que deberías saber que Índigo es mi esposa.

—Eso no es excusa —saltó Jeremy—. No me puedo creer que tú, entre todo el mundo... ¿después de todas las veces que me lo has recriminado a mí? ¿Y con una muchacha de su edad? ¿Con la hija del hombre al que supuestamente viniste aquí a...? —Se detuvo—. ¿Qué acabas de decir?

—Índigo es mi esposa.

Jeremy se sonrojó. Miró a Índigo, y luego volvió los ojos a Jake.

Jake se rio entre dientes.

—Índigo, este es tu nuevo cuñado, Jeremy. A veces parece que tiene una piedra en las orejas, pero no es mal tipo cuando lo conoces.

Muerta de pavor, Índigo miraba la cara de Jeremy esperando su reacción. Tras la sorpresa inicial, su boca dibujó una sonrisa.

—¿En serio? ¿Tu mujer? ¿Te has casado?

Jake asintió.

—Eso es imperdonable. ¿Cómo has podido casarte sin que estuviéramos ninguno de nosotros? —Jeremy caminó despacio hacia ellos, con la mirada clavada en Índigo. La risa le iluminaba los ojos—. ¿Por qué no me lo dijiste, Índigo? Creí... —Se pasó la mano por el pelo. A Índigo esa costumbre le recordaba a Jake, así que una parte de su nerviosismo desapareció—. Creí que mi hermano; bueno, es obvio lo que creí. Estaba a punto de matarle.

—O morir en el intento —corrigió Jake.

Jeremy lo ignoró, cogió a Índigo por los hombros y la separó del lado de Jake para poder verla bien.

—¿Y bien? —preguntó Jake con orgullo—. ¿Qué te parece?

La mirada de Jake se volvió cálida.

—Mi única pregunta es: ¿dónde la has encontrado? No tiene una hermana, ¿verdad?

Jake se rio.

—Sería demasiada suerte.

Jeremy le guiñó el ojo a Índigo.

—¿Te ha advertido del tipo de familia con la que te estabas casando? —Le lanzó a Jake una mirada elocuente—. ¿Sabe lo sinvergüenzas que somos?

Jake asintió.

—Lo sabe todo, Jeremy.

Jeremy se inclinó y besó la mejilla de Índigo.

—Jake, es adorable. Propio de ti, te encuentras a la muchacha más bonita de Oregón y te casas con ella sin que yo tenga ni la menor oportunidad. —Se irguió y dio un paso atrás—. Bienvenida a nuestra familia. Ahora mismo no es muy digna de respeto. Pero con suerte, Jake y yo lo arreglaremos.

Índigo se dirigió a la cocina.

—Voy a encender fuego, a preparar el café y a empezar con la cena.

Índigo escuchó a Jake hablar bajo con Jeremy. Un momento después, entró en la cocina detrás de ella y la agarró por los hombros.

—Cariño, ¿estás bien?

—Aliviada —susurró—. No sabía qué decir cuando llegó. Sin tu apoyo moral, tenía miedo de decirle que estábamos casados. Y luego...

—No, digo si estás bien aparte de eso. —Sus ojos oscuros buscaron los de ella—. Ahora mismo, cuando caminabas hacia aquí, parecía que estabas un poco entumecida.

Se sonrojó.

—Ah, eso. No es nada.

Se mordió el labio inferior y simuló fruncir el ceño.

—¿Nada? Cariño, ¿estás dolorida? De...

Ella le puso la mano en los labios y lanzó una mirada inquieta hacia el salón.

—No es nada —susurró—. Se irá.

La condujo hasta la mesa.

—Siéntate. Yo me ocuparé del café y la cena. Lo que necesitas es un baño largo y agradable en una bañera caliente.

—Cállate —exclamó.

Él le dio un beso furtivo y se volvió hacia el fogón.

—Entra, Jer. Parece que hoy vamos a cocinar nosotros. Índigo se encuentra un poco indispuesta.

Índigo hizo una mueca de dolor y su sonrojo aumentó. Jake notó cómo el color le subía hasta el nacimiento del pelo y sonrió.

Jeremy entró en la cocina.

—¿No te encuentras bien?

Jake puso leña en la cocina, y encendió el fuego.

—Está un poco dolorida —le explicó, dirigiendo una mirada traviesa hacia su esposa—. Ayer se involucró en una actividad a la que no está acostumbrada y se esforzó más de la cuenta.

Con curiosidad, Jeremy pasó la vista desde la mirada centelleante de Jake hasta la contención escarlata de Índigo. Cogió una silla y sonrió.

—La mejor cura para eso es tener más de lo mismo.

Índigo inclinó la cabeza y se puso a frotar una mancha inexistente del mantel.

—Esa sí que es buena —dijo Jake riéndose. Se volvió hacia la encimera con la

cafetera y sacó el tarro con los granos recién molidos—. Entonces, Jer, ¿ha habido alguna novedad desde tu carta?

Jeremy miró a Índigo.

—¿Puedo hablar abiertamente?

Jake puso la cafetera en la lumbre y soltó un suspiro de alivio.

—Sí, gracias a Dios. Índigo está al corriente de todo.

Jeremy se reclinó en la silla.

—Padre está detrás de esto. Estoy seguro.

Jake le dio la espalda al fogón, y su expresión se volvió repentinamente adusta.

—Sí, parece que estás muy seguro.

Jeremy asintió.

—Desgraciadamente sí. Encontré el registro de tres cheques que hizo padre, todos a nombre de Hank Sample. En todos los casos, el giro se había efectuado una semana antes de que hubiese problemas aquí. Es demasiada coincidencia. Hank contrató a alguien de aquí para hacer el trabajo sucio. Utilizó esos giros para el pago.

Jake apoyó la cadera en la encimera y cruzó los brazos. Su gesto se ensombreció.

—No me lo puedo creer.

—Créetelo —dijo Jeremy con suavidad. Apoyó la bota en la rodilla y estudió el talón durante un rato—. Y eso no es lo peor. —Alzó una mirada solemne hacia Jake—. Hace cinco días se efectuó otro giro.

Jake se sobresaltó.

—¿Crees que deberíamos esperar más problemas?

—Si mis sospechas son fundadas, sí, y creo que lo son. Si las cosas van de acuerdo con el calendario, debemos esperar que pase algo pasado mañana, o quizás al día siguiente.

Índigo levantó la vista para mirar a Jake, estaba alarmada.

—Otro derrumbamiento, ¿crees?

—No hay forma de saberlo. —Jake se rascó la mandíbula—. Deberíamos empezar a vigilar las minas mañana mismo por la noche. —Miró a Jeremy—. Las veces anteriores, los túneles se sabotearon la noche anterior al accidente. Me atrevo a pensar que nuestro hombre va a ser fiel a sus métodos, porque hasta ahora han funcionado bien. ¿No pudiste encontrar información que sugiriese quién podía ser el contacto?

Jeremy sacudió la cabeza.

—Padre es demasiado listo para dejar ese tipo de pruebas escritas. Supongo que todo se ha hecho a través de acuerdos verbales, y el pago en efectivo para que nunca pudiese demostrarse. —Volvió la vista hacia Índigo—. No sabes cuánto siento lo que le pasó a tu padre y todo eso. ¿Qué piensas?

—Pienso que sois muy buenos tratando de detenerlo —dijo con suavidad—. Y me compadezco de vuestro padre. Debe de ser un hombre muy infeliz.

La cafetera empezó a hervir. Jake la apartó a un lado para que no se derramase.

Después, dijo a Jeremy:

—¿Estás dispuesto a hacer guardias nocturnas? Creo que necesitaremos controlar las dos minas, por si acaso. Si pillamos a ese bastardo rondando por allí, tendremos todas las pruebas que necesitamos para hacerle frente a padre.

Jeremy asintió.

—¿Y luego qué, Jake?

Jake se puso tenso. Nunca le había caído particularmente bien su padre, pero los lazos de sangre estaban ahí, y no podía evitar que le importase. Le hacía daño pensar que provocaría la ruina de aquel anciano. Claro que Jake no podía olvidar el daño que había hecho a Cazador Lobo, a su familia y a otros muchos.

Por no hablar de su madre... En cierto modo, igual tenía sentido que sus hijos destruyeran al hombre que tan cruelmente la había destruido a ella. Jake miró a Índigo. Su esposa. Ahora que se había acostado con ella, se sentía mil veces más protector. Nunca, juró, nunca en la vida repetiría los errores de su padre. Nunca nada le parecería tan importante como para poner en peligro el bienestar de Índigo.

Volviendo a la pregunta de Jeremy, Jake respondió:

—No lo sé, Jeremy. No puedo prever algo tan lejano. Consigamos las pruebas, y luego nos preocuparemos por lo que vamos a hacer con ellas. Tiene que recibir un castigo. Más allá de eso, ya lo decidiremos.

Jeremy apretó los labios, y bajó la cabeza.

—Sí, supongo que tienes razón. —Tomó una bocanada reparadora de aire—. Entonces, ¿cuál es el plan, tú vigilas una y yo la otra?

Jake asintió.

Índigo se incorporó.

—Yo quiero ir. Tres pares de ojos ven más que dos.

Jake levantó la vista para mirarla. Sin ningún tipo de zozobra, dijo:

—Desde luego que no.

Índigo se sobresaltó. El tono severo de Jake no admitía réplica, pero esto era demasiado importante como para dejarlo pasar.

—Jake, está en juego la vida de mi padre. Todo lo que nos ha llevado años construir. Si es el peligro lo que te preocupa, por favor, no tienes nada que temer. Yo decido correr el riesgo, es decisión mía.

Su mandíbula se tensó.

—Corrección. Es decisión mía, y ya la he tomado. No vas a ninguna parte.

—Pero...

Él la reprobó con la mirada.

—Corrígeme si me equivoco, pero no creo haber dicho que el asunto estuviese abierto a debate.

—Jake, es una zona muy grande la que hay que vigilar —exclamó—. Tendríamos más opciones de cogerlo si hubiese tres personas apostadas. No estás siendo razonable.

Al mirar los ojos azules de Índigo, Jake vio lo importante que era para ella que le permitiese ir. Dejarla trabajar era una cosa, pero prefería morir antes que ponerla deliberadamente en una situación en que pudiera resultar herida. La maldita mina de su padre no era tan importante. Nada era tan importante.

—Si se da el caso, sabré cuidar de mí misma.

—Ahora tienes un marido que cuida de ti.

—Por favor, Jake, esto es importante para mí. —Y cerró los puños—. Quienquiera que fuese, por poco mata a mi padre. Tengo derecho a mi pequeña parte de venganza.

El gesto de Jake seguía siendo implacable.

—Mi decisión está tomada.

—No es justo.

—No tengo por qué ser justo. Eres mi mujer, y harás lo que yo diga, en esto y en todo lo demás. Se acabó la discusión.

Índigo se sintió como si le dieran una bofetada. Le ardían las mejillas, se sentó un momento y miró al suelo, totalmente consciente de la mirada de Jeremy al otro lado de la mesa. Un silencio tenso inundó la habitación. Recordó lo considerado que había sido Jake con sus sentimientos la pasada noche y no podía evitar pensar que había cambiado radicalmente. Levantó la vista y vio que Jeremy sonreía, como si le pareciese que la discusión entre ella y Jake era extremadamente divertida. Se preguntaba si el cambio de actitud de Jake tenía algo que ver con la llegada de su hermano.

—Algunas cosas nunca cambian —dijo Jeremy entre risas.

Jake se aclaró la garganta.

—Espero que nos disculpes. Como todos los recién casados, a veces nos encontramos con algún bache que hay que allanar.

A Índigo no le hizo mucha gracia que sus sentimientos por algo tan importante se describiesen como baches. Se levantó de la silla y, sin alzar la vista, dijo:

—Creo que me voy a tumbar un rato.

—Ahora cojo un poco de agua y la pongo a calentar —dijo Jake.

Índigo se detuvo en la puerta.

—En realidad, preferiría no tomar un baño esta noche. —Miró en dirección a Jeremy—. Si por la mañana no estoy mejor, lo haré.

Jake sacó el cubo de debajo de la encimera.

—Entonces estarás dolorida todo el día de mañana. Te llamaré cuando haya preparado la bañera. Jeremy se queda en el salón.

Índigo sintió un pinchazo en la nuca. ¿Esperaba que se bañase estando su hermano en casa? Le miró:

—Jake, de verdad...

—Tú déjame a mí —respondió.

Por segunda vez en un par de minutos, había sido autoritario y arrogante. Índigo

adoptó una expresión rebelde y abandonó la habitación.

Capítulo 24

A lo largo de las siguientes noches, Jake dejó a Índigo en casa de sus padres alrededor de la medianoche para que no estuviera sola mientras él y Jeremy vigilaban las minas. Al contrario de lo que había predicho Jeremy, no hubo ningún problema, y no vieron a nadie merodeando por los túneles. Una noche, Jeremy creyó ver una sombra moviéndose junto a la entrada de la número dos, pero, cuando se acercó, no había nadie.

Con la suposición de que los actos vandálicos tendrían lugar probablemente en las horas muertas que seguían a la media noche, los dos hombres decidieron abandonar sus puestos alrededor de las tres de la madrugada y se encaminaron de regreso a Tierra de Lobos. Jake era consciente de que Índigo estaba molesta por quedar excluida de las incursiones nocturnas que llevaban a cabo él y Jeremy. Sabía que hubiese preferido que no la fuera a buscar a casa de sus padres todas las noches de camino a casa. Lo único que le aliviaba era saber que la decisión de mantenerla prudentemente al margen era por su bien. Estaba seguro de que algún día, cuando se le pasase el enfado, se daría cuenta.

Jeremy tardaba una hora y media más en volver de Wahat, la mina número dos. En ese lapso, Jake tenía tiempo de estar en casa de los Lobo y tomarse el tentempié que Loretta le preparaba todas las noches, e incluso disponía de la intimidad necesaria para hacerle el amor a su esposa cuando llegaban a casa. No permitió que la resistencia inicial de Índigo le impidiese hacerlo. Nunca había rechazado un desafío, sobre todo cuando el premio era tan increíblemente dulce.

Índigo... Era como fiebre para la sangre de Jake. Incluso cuando trataba de resistirse, respondía a su tacto con un abandono apasionado que él no esperaba. Jake había intentado un montón de veces persuadirla de que no estuviese enfadada, pero, como siempre, las palabras no le resultaban útiles. En su afán por transmitirle lo que sentía, exageraba las atenciones hacia ella con una pasión y una posesividad que no hubiese tenido de haber contado con cierta elocuencia.

No estaba seguro de cómo se sentía Índigo al hacer el amor con él cuando estaba resentida. Sabía que le hería el orgullo que el roce de su mano le turbase los sentidos, pero se rendía tan dulcemente a él que no podía resistirlo. Al menos, cuando estaba en sus brazos no había ira entre ambos. Como los explosivos que ella manejaba con tanta pericia, cuando él encendía la mecha, Índigo prendía igual que un paquete de dinamita.

Una noche, durante los preliminares, él miró sus ojos cargados de pasión y no pudo evitar pincharla.

—Para no querer saber nada de esto, le has cogido el gusto.

Jadeante y temblando, ella hizo el esfuerzo de ponerse de puntillas para besarle.

—Me pasó lo mismo con los espárragos.

Jake se rio y le cogió el trasero con las manos, levantándola hacia él para que su boca alcanzase la suya.

—¿Espárragos?

—Sí. —Y le mordisqueó los labios con impaciencia—. Al verlos, creí que los iba a odiar. —Le pasó la mano por el pelo y le inclinó la cabeza para instalarse en sus labios—. Al final mi madre me obligó a comer unos pocos y, durante semanas, no pude parar.

El último pensamiento de Jake antes de ceder y besarla fue que esperaba que su deseo por él no desapareciese en unas cuantas semanas. Él necesitaría toda una vida para satisfacer el suyo.

Como ya era costumbre, después de hacer el amor Índigo descansaba sobre el círculo que formaba el fuerte brazo de Jake. Desde su discusión, había descubierto con estupor que no podía resistirse a su tacto, ni siquiera estando enfadada con él. Un roce estratégico de su mano podía hacerla temblar como una cuerda punteada.

Lo más humillante era que él sabía el poder que tenía sobre ella. A veces, en la agonía de la pasión, la cabeza de Índigo se despejaba y, al levantar la vista para mirarle a los ojos, veía un brillo de posesión y satisfacción que era más elocuente que las palabras: «Eres mía, completa e irrevocablemente mía. Trata de resistirte si quieres. Cuando te toco, eres incapaz de atenerte a tu enfado».

Sabía que era verdad. Le asustaba darse cuenta. Jake tendía a ser demasiado protector. Si ella cedía fácilmente en este tipo de cosas, quizás acabaría siendo igual de tiránico en otras. Era crucial que reforzase su posición ahora y le hiciese saber que no podía ser feliz solo con mimos. Si se derretía en sus brazos cada vez que la tocaba, no iba a tomarse en serio sus sentimientos.

Pero se derretía, sí.

En parte, era irónico. Toda su vida había temido que la poseyese un hombre blanco. Ahora pertenecía, en cuerpo y alma, a Jake Rand. La poseía, no por la fuerza, sino con frágiles hebras de amor y ardientes hilos de pasión que la envolvían y la arrastraban hacia una hoguera de deseo.

La séptima noche, Índigo notó que había pasado algo malo cuando Jake llegó a casa de sus padres para recogerla. Normalmente, empezaba a despertar sus sentidos un segundo después de salir del porche de sus padres, acariciándole levemente la mejilla, el cuello, el hombro, el brazo... Cuando llegaban a casa, ella siempre sentía un cosquilleo de impaciencia por sus besos. Pero esta noche, tenía un aire preocupado.

—¿Jake? ¿Ha pasado algo?

Pareció sorprenderse por su pregunta.

—¿Pasado algo? No.

—Pareces distante.

Él rio y le pasó un brazo por encima.

—Lo siento. Estaba pensando. —Le acarició la oreja—. Cuando logre ordenar mis ideas, te prometo que me concentraré en ti.

Las mejillas de Índigo ardieron.

—No estaba demandando atención.

—Qué desilusión. Eres una pequeña veleta. Primero te cansas de los espárragos y luego de mí. —Inclinó la cabeza para darle un beso—. Mmm, no es este el sabor de la indiferencia.

Índigo le miró.

—¿Y en qué pensabas? ¿En algo de las minas? —Se inclinó hacia delante para mirarlo—. Hasta ahí me puedes hacer partícipe.

Él suspiró.

—No trato de excluirte, cariño. Es solo que no sé de qué va todo esto —dijo sacudiendo la cabeza—. Siete noches, y no hemos visto nada. Estoy empezando a pensar que mi padre se ha dado cuenta de que andamos detrás de él y le ha dicho a Hank Sample que retire a sus hombres.

Índigo se mordió el labio.

—Si es así, probablemente nunca sabremos quién provocó los derrumbamientos. Tu padre se irá a otra mina, y el contacto de aquí que por poco mata a mi padre nunca recibirá su castigo.

—Exacto —susurró Jake—. Esperaba que hiciesen alguna maniobra. Pero no parece que tengan intención.

Al salir de la calle principal, la hizo girar entre sus brazos y le metió la mano por debajo de la falda. El golpe de aire fresco en contraste con su mano cálida hizo que Índigo se sobresaltase. Trató de resistirse y se odió a sí misma al notar que se le aceleraba el pulso.

—Tengo que hacerme más pololos —dijo jadeante.

—No tengo ni un centavo para pololos.

Introdujo los dedos por entre sus muslos. Índigo dejó caer la cabeza hacia atrás.

—Eres rico. Puedes comprar lo que quieras.

Con voz entrecortada, dijo:

—Lo que quiero sentir es tu pequeño trasero desnudo.

—¡Nos van a ver!

—Estamos en mitad de la noche. —Le apretó la cintura con el brazo—. Eres tan dulce, tan increíblemente dulce.

Índigo gimió en voz baja y arqueó la espalda sobre sus brazos para ver el cielo. Tres ramas. Una luna atravesada de nubes. La débil luz de las estrellas. Y un brazo levantado, sujetando un garrote. Consiguió fijar la vista justo cuando formaba un arco en el aire y la cabeza de Jake se doblaba. Un terrible golpe se hundió en la carne y el hueso. El cuerpo de Jake se dobló.

Antes de darse cuenta, Índigo dio con la espalda contra el suelo. Jake cayó sobre ella como un peso muerto de dos toneladas. Ella parpadeó y trató de llevar oxígeno a

sus pulmones. Escuchó gruñir a *Sonny*. Luego aulló y se quedó en silencio.

Aturdida, le costó volver a la realidad. Jake estaba inconsciente. Las sombras de dos hombres les rodeaban. Sentía la mano inerte de su marido posada sobre su pierna. Inerte... le brotó un grito, pero no tenía suficiente aire para darle ímpetu, y lo único que consiguió fue un gemido. Jake, ay, Dios, Jake...

Uno de los hombres se arrodilló junto a su cabeza.

—Un sonido más, Índigo, y le rajo el cuello a este bastardo.

Rajar... cuello... bastardo. Las perturbadoras palabras giraban en su cabeza, sin sentido alguno. Esa voz, conocía esa voz. Pestañeó y trató de ver en medio de la nebulosa. Brandon, ¡ay, Dios, era Brandon! El movimiento que sentía al otro lado atrajo su vista borrosa. Tragó aire con un gemido, repentinamente aterrorizada. Rodeó con los brazos los hombros inánimes de Jake.

—¿Qué... qué le has hecho? ¿Qué has hecho?

Brandon se acercó más. Ahora podía verlo. La luz de la luna brillaba sobre su pelo rubio y centelleaba en sus ojos azules.

—Hasta ahora, lo único que he hecho es provocarle un serio dolor de cabeza. Sin embargo, si haces un movimiento en falso, es hombre muerto. ¿Lo has entendido? Es conmovedor, tú con los brazos en torno a él y demás. Pero olvida eso y dame tu cuchillo. Bien despacio, Índigo.

Apartó la mano de Jake y palpó a ciegas su cadera. Al rodear con los dedos la empuñadura del cuchillo, valoró sus posibilidades y se dio cuenta de que no tenía ninguna. Brandon sostenía una navaja contra el cuello de Jake. Sacó el arma de la funda y la dejó caer en el polvo. Con una sonrisa, Brandon la apartó de un golpe.

—Ahora te tengo como quería. Indefensa. —Miró hacia arriba—. Amordázala, Denny.

¿Denny? Una sombra se inclinó sobre ella. Unas manos crueles la forzaron a separar las mandíbulas. Le metieron un trapo entre los dientes. Denver Tompkins... Denny. Cerró los ojos mientras le ataba una banda de tela en torno a la boca.

—Mi primo Denver —dijo Brandon riendo—. Nunca conectasteis, ¿verdad, zorrita estúpida? Era mi fuente infiltrada hasta que tu marido se deshizo de él.

Poniéndose de pie, Brandon hizo un gesto a Denver.

—Sácala de debajo del gilipollas ese, y así podremos atarla. Y vigilarla. Es rápida.

Las manos despiadadas engancharon a Índigo por las axilas y la arrastraron de debajo de Jake. En lugar de pensar en el dolor, se concentraba en la cálida e inerte mano de Jake, que le recorría el muslo y se deslizaba hasta caer en el polvo. Le oyó gemir.

La pusieron de pie, se tambaleó vertiginosamente y lanzó una mirada desesperada hacia los oscuros edificios de la calle. Aunque hubiese podido gritar, nadie la habría oído. Nadie vendría. Lanzó una mirada mareada a *Sonny* y rezó para que se despertase y empezara a ladrar. No le veía ninguna herida grave. Denver le ató los

brazos a la espalda. La cuerda se clavaba en sus muñecas.

—Ya está, totalmente amordazada, Bran, y atada.

—Buen trabajo. Ahora larguémonos de aquí.

Cada hombre la agarraba de un brazo, e Índigo era medio guiada, medio arrastrada entre los dos hacia el oscuro bosque de detrás de los edificios. Escuchó el suave discurrir de Shallows Creek. Dieron un giro brusco. Unos minutos más tarde, los dos rubios la llevaron a través del jardín trasero de la casa de sus padres. Índigo deseó gritar. Su padre estaba tumbado detrás de aquella ventana. Aun con muletas, Índigo sabía que vendría a ayudarla si pudiese despertarlo.

El breve destello de esperanza murió cuando Brandon y Denver la arrastraron hacia la montaña. Los ojos de Índigo sobresalían de la mordaza. Una parte de la tela le subía hasta la nariz, y tragar aire le suponía un esfuerzo. La mina. Iban de camino a la número uno.

Cuando el camino se volvió empinado, Índigo perdió toda esperanza de que alguien la ayudase. Había varios senderos desde el pueblo. Nadie pasaría por ese en mitad de la noche. La ruta de Jeremy hasta casa pasaba a medio kilómetro hacia el este de la montaña. Ay, Dios... Si Jake recuperaba la conciencia, no tendría ni idea de dónde estaba.

Evidentemente, sus captores compartían el sentimiento de que no había posibilidad de interferencia, así que aminoraron el paso y le soltaron los brazos. El alivio de Índigo por no ir sujeta duró poco tiempo. Brandon retrocedió unos pasos y le plantó la punta de la bota en el trasero. El empujón la hizo tambalearse. Con los brazos atados detrás, Índigo no podía detener el golpe. Se desplomó de rodillas, cayó de bruces, y se deslizó unos cuantos centímetros por la pendiente. La mordaza le salvó la cara.

Fingiéndolo empatía, Brandon la agarró del hombro y la puso boca arriba.

—Lo siento. Pensé que ahora te arrastrarías mejor. —Le apretó la barbilla con crueldad—. Pero supongo que aún no te ha enseñado nadie. Está bien. Yo te daré clases.

La enderezó y la puso de pie. Índigo se retorció para quedarse sentada, luego se esforzó por permanecer de pie. Él se acercó.

—Pareces muy sorprendida. ¿No recuerdas que prometí que te enseñaría a gatear, Índigo, tal y como deben hacer los indios? Seguro que sí. —Su boca llena de cicatrices dibujó una sonrisa horrible—. Es hora de pagar, cielo. —Se echó el pelo hacia atrás para enseñar la oreja cortada—. Nunca debiste enfrentarte a mí, ¿sabes? Hubiese sido mucho más fácil que te abrieses de piernas. Ahora tengo que enseñarte cómo se arrastran los indios.

Denver se rio.

—Díselo. Dile lo que le vamos a hacer.

El miedo se apoderó de Índigo: estremecedor y crudo. Se le doblaban las piernas, y temió caer. Lo habían planeado. Y fuese lo que fuese lo que le tenían preparado, iba

a ser diabólico.

Brandon la miró con lascivia.

—Es sencillo, en serio. Esta noche, o te arrastras y me pides que te lo haga, o te enterraremos viva. Tú eliges, cariño.

—Y a mí también —añadió Denver—. A mí también me toca, después de lo que me hizo Rand.

Pese a estar aturdida por el miedo, Índigo lo comprendió y volvió los ojos desconcertados hacia él. La mirada de Denver ardía de ira.

—¿No te lo contó? —Se reía con violencia—. Ese bastardo me pegó una paliza y luego me despidió.

Ella se quedó mirándolo. ¿Jake había despedido a Denver? Se acordó de aquel mediodía que había estado en la mina y cayó en la cuenta de que no había visto al rubio por allí. Era una afortunada pérdida, así que no lo pensó en el momento. ¿Por qué Jake no le había dicho nada?

Denver se acercó.

—¿Sabes por qué? Por pasarme de la raya contigo. ¿Te lo puedes creer? ¿Pasarme de la raya con una india guarra? Se puso como si hubiese insultado a la reina de Inglaterra o algo así.

Brandon cogió a Índigo por los brazos y la puso a caminar.

—Tu reinado fue breve. Ahora toca la vuelta a la realidad —soltó entre risas—. Dios, no me puedo creer que por fin haya llegado este momento. He esperado seis años para esto, seis años. —La sacudió ligeramente—. No creas que el gilipollas de tu marido vendrá a rescatarte. El hecho de que te tengamos demuestra que somos más listos que él.

Denver lo interrumpió con una risa.

—¡Lo hemos estado observando en las guardias casi una semana!

—Lo que no sabía es que yo te quería a ti, no la maldita mina. Cuando vimos que no te iba a dejar ir por allí, tomamos el toro por los cuernos y te asaltamos de camino a casa. Ese estúpido bastardo cayó como una mosca.

Índigo resollaba en busca de aire a través de la mordaza, moviendo las piernas para mantenerse en pie. Su mente solo podía pensar en una cosa. La mina. Ay, Dios, la iban a llevar a la mina. Enterrada viva. Sabía lo que pretendían hacer. Dios, lo sabía.

Brandon alzó la vista y sonrió.

—Ya sabes de qué va esto, ¿no? Yo diría que eres casi blanca. Tienes más cerebro que la mayoría de los de tu raza. Así que ¿qué piensas, amor? ¿Te vas a desnudar ya para rogarnos a mí y a Denny que te dejemos darnos placer? ¿O prefieres morir poco a poco a decenas de metros dentro de la mina?

Revolviéndose, Índigo trató de soltar el brazo.

Él soltó una risotada.

—No creas que no voy a hacerlo, Índigo. Te la debo desde hace seis años —dijo y

se señaló la cara—. Me destrozaste la cara, zorrita. ¿De verdad te creías que iba a desaparecer de tu vida y no hacértelo pagar nunca? —Se acercó más—. Al principio, pensaba matarte sin más. La primera vez, casi mato a tu padre en tu lugar. Eso acabó bien. Casi era igual de satisfactorio verte lamentarte por lo que le había pasado.

De repente, Índigo empezó a marearse. Parpadeó y se tambaleó para recuperar el equilibrio.

—Y luego el lobo. Dios, eso fue gracioso. Quería darte a ti y, en su lugar, le di al viejo *Lobo*, pobre. Me quedé sentado en la ladera de la colina y por poco me muero de risa.

Índigo tropezó con una piedra. Brandon evitó que cayera.

—Cuando falló el derrumbamiento, decidí que era necesario un objetivo más específico. Denny y yo pensamos en un montón de planes distintos, pero lo único que tenía en la cabeza era lo divertido que sería ver cómo te retorcías. Retorcerte o morir. Si te arrastras con estilo ante nosotros y nos tientes lo suficiente con tus encantos, te dejaremos vivir. ¿De acuerdo?

Índigo lo entendía, perfectamente.

Le dio otro empujón, esta vez no tan fuerte como para derribarla.

—Su tumba espera, señora.

Mientras recorrían el resto del camino hasta la mina, Brandon le pintó una imagen clara del que sería su destino si decidía no gatear para ellos. Esta vez había elegido cuidadosamente las vigas que dañaría. Cuando se derrumbase la galería, una pequeña sección permanecería intacta al fondo. Ahí es donde ella exhalaría su último aliento, a decenas de metros bajo tierra, en medio de la oscuridad total, helada hasta los huesos, mientras el oxígeno huía lentamente. Una amplia tumba, meticulosamente escogida para que muriese despacio y en medio del terror.

Índigo casi deseó que los dos hombres la violasen y acabaran con aquello. Pero sabía que la satisfacción sexual no era exactamente lo que quería Brandon. En su mente perversa, ella era un trozo de basura que se podía utilizar, y ella no solo se había atrevido a rechazarlo, sino a dejarlo marcado de por vida tratando de defender su virtud. Desde su punto de vista, una mujer como ella solo tenía una utilidad, y ser casta no era una de ellas. Para sentirse vengado, tenía que degradarla. A cambio de su vida, esperaba verla arrastrarse y rogarle que la deshonorara. Pensaba que ese sería su único recurso.

Lo que Brandon no entendía es que sin su honor ella sería realmente la criatura insignificante por la que él la tomaba.

Cuando llegaron a la mina, los dos hombres encendieron unos faroles y la llevaron hacia el lado más profundo de la mina. Un frío mortal penetró en los huesos de Índigo. Torcieron hacia la derecha, hacia una de las galerías reconstruidas. Le pareció que caminaban eternamente. Cuando ya casi habían llegado al final de la galería, Brandon pasó por debajo de un grupo de vigas y se detuvo, sujetando el farol en lo alto para que Índigo viese dónde se encontraban. Se veían marcas de hacha

recientes en la madera oscurecida.

—Apuntaladas —dijo suavemente—. Este es un punto débil que sellaron con vigas cuando volvieron a excavar esta sección. —Mientras hablaba, un trozo de tierra se desprendió del techo. Él sonrió—. Apuesto a que tu esposo sudó sangre ayudando a ponerlas aquí arriba, sin saber que estaba construyendo la trampilla para la tumba de su esposa.

Señaló dos cuerdas atadas en torno a un par de vigas.

—Estando las vigas tan debilitadas, ¿qué crees que pasará si Denny y yo desenrollamos el resto de la cuerda y les damos una buena sacudida cuando salgamos de aquí? —Balanceó el farol, que siseó—. En un instante, todo se vendrá abajo. El derrumbe probablemente no tendrá más que unos cuantos centímetros de ancho, pero servirá para nuestro objetivo —explicó sonriendo lentamente—. Porque ¿sabes qué, dulzura? En el derrumbe, tú vas a estar del lado de la tumba, en una pequeña sala subterránea, sin respiraderos. Durarás unas cuantas horas, como máximo. Unas cuantas horas que parecerán una eternidad.

Mientras decía esto, le dio un empujón. Con las piernas heladas, Índigo avanzó hacia la oscuridad. Su tumba. El miedo se apoderó de ella.

Cuando llegaron al fondo de la galería, Brandon dejó a un lado el farol y le desabrochó la mordaza. Retrocediendo un paso, la recorrió con una mirada brillante.

—A ver qué bien sabes rogar, india.

Denny plantó su farol en el polvo y se acercó sigilosamente a ella.

—Vamos a quitarle esa camisa para ver sus peritas, Bran.

—No —gruñó Brandon. Tenía la cara contraída. Luego esbozó una sonrisa tensa—. Me tiene que rogar que la mire. —Y se acercó a ella—. Cuéntame lo dulces que son, Índigo. Y cómo arden por mis besos. Pídeme que te levante la camisa, ¿me oyes? Pídeme que las coja. Dilo con mucha dulzura. O morirás.

Índigo movió la boca y le escupió en la cara. Durante varios segundos, Brandon se limitó a mirarla. Sus ojos atónitos le dijeron a Índigo algo que no había sido capaz de ver hacía años. Brandon no tenía ni una noción de lo que era la dignidad porque carecía por completo de ella. Había estado arrastrándose toda la vida sin saberlo.

—Vete al infierno, Brandon —susurró—. No puedo evitar que me violes, pero nunca le pediré a una escoria como tú que me toque. Aunque sea lo último que haga.

Empezó a temblar de ira.

—¿Vas a aguantar eso? —gritó Denver—. Pártele la cara.

Por un instante, Índigo pensó que Brandon haría eso exactamente, pero, en el último momento, pareció recuperar la compostura.

—No, si empiezo a pegar a esta pequeña zorra, no podré parar, y quiero que muera con la cabeza despejada. —Respirando fuerte, se dio la vuelta y levantó un dedo hacia ella—. Tú lo has elegido, india inmunda. Acuérdate. Ahora no te haría mía ni aunque me lo rogases.

Denver se rio.

—Vamos, Bran. Tenemos mucho tiempo. Estoy muy excitado.

Brandon lo miró con desprecio.

—Vete a buscar a una puta. No me vas a estropear esto solo para desfogarte. He esperado demasiados años. Este era el plan desde el principio: tenía que rogar o morir. Lo sabías cuando te comprometiste a ayudarme.

Denver levantó las manos.

—Bueno, ¿quién se iba a imaginar que elegiría morir? Vamos, Bran. Nunca está tan bien cuando tienes que pagar...

—¡He dicho que no!

Índigo observó cómo Brandon recogía el farol. Denver lo siguió a regañadientes. Brandon se sacó otro trozo de cuerda del abrigo.

—Sujétame la cuerda, Denny.

Índigo permaneció inmóvil mientras Brandon le ataba los tobillos. Cuando se levantó, le sonrió con frialdad.

—Solo para que no puedas ponerte a salvo. ¿Quién sabe? A lo mejor ruedas hasta las vigas y consigues que te entierren. Así acabaría más rápido.

Se dio la vuelta despacio.

—Adiós, Índigo. Saluda al diablo de mi parte.

Tras decir esto, los dos hombres se alejaron. Índigo esperó hasta que sus faroles se convirtieron en diminutos puntos de luz en medio de la negrura, y entonces se echó a un lado, tal y como le había sugerido Brandon, y rodó. La tierra y las piedras la magullaron. Ignoró el dolor. Las vigas. Tenía que traspasarlas. Tenía que hacerlo.

El mareo se apoderó de ella. Se impulsó con los pies y rodó hacia un muro de piedra. La negrura era ahora absoluta. ¿Estaba al menos rodando en la dirección correcta? Había perdido el sentido del espacio.

—¡Adiós, puta zorra!

Las palabras de Brandon resonaron en torno a ella. A-diós-diós-diós. Los sonidos se extinguieron con un zorra-zorra-zorra. Luego un estruendo interrumpió el grito. La tierra se sacudió debajo de ella y vibró. Llovía tierra. Después, el silencio, un silencio horrible, negro, interminable. Índigo estaba allí tumbada, helada e incrédula. No podía ser. Era demasiado horrible para ser cierto.

Estaba enterrada viva.

Capítulo 25

La noche se cernía sobre Jake. Gruñó y trató de incorporarse, llamado por una voz distante, la de Jeremy. Trató de localizar la dirección desde la que venía y moverse hacia allí. La luz de la luna se le clavaba en los ojos. Sentía una explosión de dolor en la parte trasera de la cabeza.

—Jake, por el amor de Dios, ¿qué ha pasado? ¿Dónde está Índigo?

—Índigo. —El pánico en la voz de su hermano le devolvió a la realidad con un sobresalto—. Dios mío, ¿qué es lo que me ha golpeado?

Con el brazo medio paralizado, tomó impulso para sentarse y parpadeó para aclarar la vista. Hacia el este vio ribetes en el cielo negro surcado de franjas rosáceas tras las sombrías cumbres de las montañas. ¿Amanecer? Sacudió la cabeza. ¿Cuánto tiempo había estado...?

Miró a su alrededor y vio el cuchillo de Índigo tirado en el suelo. El miedo le recorrió la columna.

—¿Índigo? ¿No está aquí? —Miró a Jeremy con ojos llorosos—. ¿Qué demonios ha pasado? Estábamos... —Se detuvo, tratando de hacer memoria. Lo único que recordaba con claridad era la dulce cara de Índigo inclinada hacia atrás, con los labios separados por un jadeante placer. Luego, una repentina negrura. Jake se puso en pie—. Dios mío, ¿dónde está?

Jake se tambaleó hacia los lados antes de recuperar el equilibrio. Tenía ganas de vomitar. Apuntaló los brazos en las rodillas y respiró con fuerza varias veces. Entretanto, Jeremy observaba la tierra.

—Dos hombres a pie —dijo con tono grave. Se enderezó y miró hacia Shallows Creek—. Se llevaron a Índigo.

Jake entornó los ojos sobreponiéndose al dolor y miró hacia la negrura del bosque. Su corazón empezó a latir con fuerza. ¿Cuánto tiempo llevaba aquí? ¿Dos horas, quizá tres? Había recogido a Índigo sobre las tres y veinte. Tenían que ser casi las seis.

Jeremy se volvió hacia él.

—Tenemos que esperar a que se haga de día. No podemos ver a un palmo de distancia en medio de esta oscuridad.

Jake volvió a tambalearse.

—Podemos intentar seguirles la pista a caballo con faroles. —Miró un trozo de madera que había cerca y se llevó la mano hacia la débil punzada que sentía en la parte de atrás del cráneo—. Hijo de perra. La he mantenido lejos de allí, tratando de protegerla, y aun así le ha pasado algo.

—No podemos seguirle la pista a nadie con estos faroles, Jake —respondió Jeremy—. Será de día en menos de una hora. Vamos a esperar a ver qué diablos

hacemos.

Jake se encaminó hacia el establo.

—Tú haz lo que quieras. Es mi mujer la que está por ahí en alguna parte.

Una vez en el establo, Jeremy aceptó la situación y ayudó a Jake a ensillar los caballos. Jake acababa de sacar a *Buck* cuando escuchó un sonido que le produjo escalofríos. Se quedó paralizado y ladeó la cabeza, escuchando la llamada desolada de un lobo elevándose misteriosamente en un triste crescendo que venía de la oscuridad. No podía creer lo que estaba oyendo. *Lobo*. No había oído jamás aullar a un lobo, pero el sonido era inconfundible. No era un coyote. Había oído esos aullidos muchas veces por Tierra de Lobos, y había una clara diferencia en los alaridos.

—¿Crees que será *Sonny*?

Jake se sacudió la mente con ímpetu. Miró alrededor buscando al cachorro, hasta ahora no lo había echado en falta. Evidentemente, había seguido a *Índigo*.

—*Sonny* es demasiado joven para aullar así —dijo con voz quebrada.

Jake se volvió para mirar hacia la oscuridad, tratando de ubicar la llamada. Había olvidado el dolor de su cabeza. El aullido se repitió, largo y desolador. Le sobrevino otro escalofrío. Era el aullido mortal de *Lobo*... exactamente así. El grito estaba grabado en su memoria, una melodía sobrenatural que no olvidaría jamás. Cuando el grito se extinguió, susurró:

—Jeremy, ese es *Lobo*.

—Creí que a *Lobo* le habían disparado.

Jake miró la silueta negra de la montaña e hizo un esfuerzo por hablar.

—Le dispararon. Está... muerto.

Jeremy se apoyó en su caballo y observó a la oscuridad.

—Ese golpe te ha afectado bien.

El aullido volvió a elevarse. Jake le hizo señas a Jeremy para que se callase. Después empezó a andar hacia él.

—Está en la mina —dijo tembloroso—. Ese es *Lobo*, Jeremy. Reconocería su llamada en cualquier parte.

—¿Has perdido la cabeza? —Jeremy rio en voz baja—. ¿En qué diablos estás pensando, Jake? ¿Y adónde crees que vas?

Jake rodeó a *Buck*, se colocó a su izquierda y saltó a la silla.

—Voy a la mina. ¿Tú qué crees? Ese es *Lobo*, te lo aseguro.

Jeremy se levantó para subir a su caballo. Lo condujo hasta ponerse a la altura de Jake.

—Estás loco. ¿Podrías pararte a escuchar algo razonable?

Jake siguió avanzando.

—Tu mujer está ahí en los bosques, en algún sitio —gritó Jeremy—. ¿Y qué haces tú? En lugar de seguirle la pista, ¿te vas detrás de unos aullidos de lobo? Maldita sea, Jake. No estás pensando con claridad. Debe de ser el golpe en la cabeza. ¡Escúchame, maldita sea!

Jake estaba escuchando otro aullido. No podía explicárselo a Jeremy. No podía ordenar sus sentimientos y darles sentido ni siquiera para sí mismo. Lo único que sabía es que era irracional, algo que surgía de su interior, y que le decía que el aullido era de *Lobo*. Lo creía con tanta fuerza que se atrevía a poner en juego la vida de Índigo.

El aire helado y húmedo iba disminuyendo. Los ojos de Índigo ardían de tanto mirar la oscuridad. Estremeciéndose, tomó un poco de aire, y terminó la última frase de su canto fúnebre:

—*Nei, Indigo, habbe we-ich-ket*. Yo, Índigo, busco la muerte.

Silencio. Solo oía el ruido de su respiración. Pronto no tendría aire suficiente para entonar las canciones de su padre ni pronunciar los rezos de su madre, y se moriría ahogada en el horrible silencio. Trató de combatir el pánico.

—¡Jaaake! —gritó, horrorizada—. ¡Jake!

Su nombre resonó en torno a ella, luego se extinguió. Sabía que removería cielo y tierra para salvarla. Confianza. Confianza absoluta. Había tardado mucho en llegar.

Jake... Las lágrimas rodaron por sus mejillas, y sollozó. Enfrentada a la muerte y cegada por la oscuridad, finalmente podía ver con claridad. Las diferencias entre sus dos mundos no eran tan enormes. Ahora, todas las cosas que había temido eran como una promesa del cielo. Irse con Jake a un mundo más allá de las montañas. Ah, sí... Si tuviese esa oportunidad. Con él a su lado, ¿qué podía temer?

Lo vio arrodillado ante ella, su pelo negro-azulado bajo la luz de la luna, inclinado para besarla. Esta última semana, había estado molesta todo el tiempo porque le había prohibido acercarse a las minas. Había temido su arrogante negativa como un prelude de lo que iba a venir después, tal vez la prohibición de hacer otras cosas igualmente importantes. Había temido que le hiciese la vida miserable. Le habían ofendido sus caricias, por cómo le hacían desearle. ¿Y por qué? Porque evidenciaba el control que ejercía sobre ella. Incluso sintiendo su amor, había tenido miedo a convertirse en la propiedad de un hombre blanco.

La propiedad de Jake. Aquí en la oscuridad, Índigo podía dejar salir ese miedo y examinarlo. ¿La posesión de Jake, su esclava, su india? Ah, sí... Sería eso para siempre, si tuviese la oportunidad.

¿Estaba vivo al menos? Rezó porque lo estuviese, y luego rogó a Dios que encontrase una manera de salvarla a ella también. Solo pedía una oportunidad más para arreglar las cosas entre ellos. Aunque Jake la recluyese en el hogar para criar a sus hijos. ¿Sería ese un destino tan horrible? Era bueno, amable y atento en todos los sentidos. Incluso si la sacaba de Tierra de Lobos y la llevaba a un mundo hostil, al menos estaría con él. De todas formas, él era lo único que necesitaba en el mundo...

Era ya pleno día cuando Jake detuvo a *Buck* junto a la entrada de la mina. Bajó despacio de la silla y miró las colinas circundantes buscando un espectro negro y plateado. *Lobo*. Su garganta se tensó mientras avanzaba hacia el enorme agujero negro del túnel. Jeremy llegó hasta arriba y saltó del caballo.

—Bueno, ya estamos aquí, y aquí no hay ningún maldito lobo —dijo—. ¿Podemos volver a bajar y seguir las huellas?

—Cállate, Jeremy. Vuelve tú si quieres, pero, si te quedas conmigo, cierra la maldita boca.

Jake se agachó para coger el farol. Lo encendió rápidamente y lo levantó, caminando hacia la inquietante entrada negra. Estaba aterrorizado. En parte esperaba encontrar a *Índigo* muerta en el suelo. En lugar de eso, vio unos ojos brillantes y dorados. Su pulso se aceleró. Luego resonó un aullido agudo.

—*Sonny* —dijo con una risa temblorosa—. Hola, amigo.

Claramente asustado, Jeremy rio también, con un sonido agudo y agitado.

—Bueno, esto explica el aullido de lobo. Dentro del túnel, el eco hacía que sonase más fuerte de lo normal.

A Jake ya no le importaba quién había aullado.

—Jeremy, si *Sonny* está aquí, seguro que *Índigo* también.

Sin esperar la respuesta de su hermano, Jake levantó el farol y se precipitó hacia el interior de la mina. El frío era mortal.

Vagar... vagar en la oscuridad. *Índigo* trataba de combatir ese sentimiento, pero era tan cómodo sucumbir a él, sentirse fuera del cuerpo helado. Las palabras se mezclaban en su cabeza. Los rezos de su madre, los cantos de su padre. Una pesada modorra se había apoderado de ella. Sus pulmones doloridos tomaban aire superficialmente, con ritmo rápido y frenético.

—Padre nuestro... bendito sea el fruto de tu vientre... Me arrepiento de todo corazón...

Los rezos calmaban sus labios; era su único alivio, su única arma para combatir el pánico. *Índigo* Rand. Rand, Rand, Rand. Cerró los ojos. Los tenía llenos de lágrimas. Tenía tanto miedo. No quería morir sola, como una brizna insignificante en medio de la oscuridad absoluta. Una brizna que se iba haciendo cada vez más pequeña. Una pequeña brizna que giraba. Visualizó la cara de Jake. En su mente dispersa, parecía tan real, tan cercana. Lo imaginó cerrando los brazos en torno a ella, fuertes y cálidos...

Y entonces, vio a *Lobo*. Su boca húmeda le tocaba la mejilla. Ay, sí, *Lobo*, su buen amigo. Emitió un aullido bajo y afligido que se elevó en torno a ella para precipitarse en forma de eco. No estaba sola, después de todo.

—*Lobo* —susurró.

Él gimió y le lamió la cara de nuevo. Luego se tumbó a su lado. Tan real, era todo tan real. Índigo quería liberar sus brazos para poder abrazar su ancho cuello peludo, como lo había hecho en vida. En lugar de eso, se conformó con apretar la mejilla contra su pelaje. Suficiente para sentir algo de calor. Las lágrimas cayeron por su collar.

Lobo...

—Ah, Dios mío, no... —Jake se quedó paralizado mirando hacia la parte derrumbada de la galería, con el corazón helado. De entre los escombros, asomaban dos cuerdas. Lo miró y supo lo que había pasado. Posó el farol, sin poder contener el pánico—. Dios, Jeremy, está ahí dentro.

Jeremy se puso detrás de él.

—Eso no lo sabes, Jake. Por favor, mantén la calma.

Justo después de que Jeremy hablase, *Sonny* adelantó a Jake y empezó a arañar desesperadamente el muro de tierra. Jake maldijo y empezó a tirar piedras.

—¡Brandon Marshall! ¡Hijo de puta! Era él desde el principio. Tenía que haberla vigilado a cada segundo. ¡Ese bastardo la ha enterrado aquí!

Jeremy agarró el brazo de Jake.

—Necesitamos palas, Jake; por el amor de Dios, contrólate. No puedes sacarla de ahí con las manos.

Jake se soltó y se puso a hacer exactamente eso. Cavaba en la tierra como un salvaje, maldiciendo, rezando, sollozando.

—Quizás esté...

Jake se dio la vuelta.

—¡Ve a buscar una maldita pala!

Jeremy dio un paso atrás, asustado por la mirada demente que vio en los ojos de su hermano.

Cuatro horas más tarde, Jake cavó la última barrera de tierra con las manos sangrientas. La brecha que habían abierto él y Jeremy era estrecha, y un movimiento brusco podía provocar el derrumbe. Jake se arrodilló y miró hacia el foso de negrura que había ante él, más aterrorizado de lo que había estado nunca en su vida.

—¿Índigo?

Solo le respondió el silencio. Le lanzó a Jeremy una mirada torturada.

—Voy a entrar.

Jeremy le agarró el brazo.

Ambos sabían que Jake podía quedar fácilmente enterrado si la tierra se movía. Jeremy nunca podría sacarlo a tiempo. Sus miradas se encontraron. Por una vez, no

eran necesarias las palabras. Algunas emociones no podían expresarse, e incluso Jeremy se había quedado mudo.

Jake se volvió hacia la brecha y empezó a atravesarla cuidadosamente. En este momento tenía tanto miedo que ya no sentía. La muerte no suponía una amenaza. Vivir sin Índigo era lo que le aterrorizaba.

Un horrible sofoco golpeó la cara de Jake cuando llegó al otro lado de la improvisada entrada. Cayó en una negrura sin fondo. Sus pulmones luchaban por encontrar algo de oxígeno. Entonces supo... lo supo, pero no pudo desechar un último atisbo de esperanza.

Tanteando en medio de la oscuridad, consiguió encontrarla. Tan pequeña y fría. Aire, tenía que sacarla al aire. Se arrastró con ella hacia la brecha de luz tenue. Cuando la alcanzó, llamó a Jeremy.

—La tengo, Jer. La tengo. Te la voy a pasar. Cógela por los hombros y tira de ella hacia fuera.

Delicadamente, ah, muy delicadamente, la empujó hacia la luz. Jeremy se agachó para cogerla por los hombros. Desde ese momento, Jake solo podía mirar y rezar para que Jeremy la sacase antes de que la tierra se derrumbase. A la luz. Seguro que Dios se lo concedería. Si no por Jake, por Índigo, una muchacha hecha de rayos de luna y cantos de viento. No pertenecía a la oscuridad.

Cuando Jeremy consiguió sacarla, Jake estuvo a punto de llorar de alivio. A salvo, estaba a salvo. Esforzándose por llenar los pulmones del aire que se colaba por la abertura, Jake resistió el mareo que le causaba la falta de oxígeno. Luego empezó a cruzar él, primero una mano y después otra, un pie detrás de otro. Hacia la luz, y hacia Índigo. Cuando acabó de reptar, se alejó de allí sorteando la lluvia de tierra que se derrumbaba. Un instante después, el túnel que él y Jeremy habían cavado en la tierra se cerraba a sus espaldas. Fue un milagro que los dos consiguieran salir a tiempo. Un milagro. Dios le había concedido otro milagro.

Jake temblaba de arriba abajo, poseído de una trémula felicidad. Se volvió y vio a Jeremy de pie, entre él y la acurrucada forma de su esposa. Por la postura que tenía Jeremy, con las piernas completamente separadas, Jake lo supo. Pero su mente no podía aceptarlo.

—Jake. —La voz de Jeremy tembló, y sus ojos le miraron con una expresión fatal—. Ay, Dios; Jake, lo siento.

Jake sintió un escalofrío. Se quedó parado un momento, mirando el rostro afligido de su hermano. Luego desplazó la vista hacia el cuerpo inerte que había detrás.

—No... —pronunció con rechazo—. No...

Con las manos magulladas, temblorosas, le tocó la mejilla, luego el cuello, recorriendo la carne fría, sin vida, en busca de pulso.

—Jake, no respira —susurró Jeremy—. Sé que lo ves.

No respira. Tumbándola sobre sus muslos, Jake le cogió la cara entre las manos ensangrentadas y le rozó los labios con los suyos. La haría respirar, maldita sea.

Tragó aire y lo expulsó con dificultad desde sus pulmones hasta la boca de ella. Rebotó en el fondo de la garganta. Le inclinó la cabeza hacia atrás y le separó los dientes.

—Respira, Índigo. ¿Me oyes? ¡Respira, maldita sea!

Volvió a bombear aliento en su cuerpo. Una vez. Y otra.

—Jake, por el amor de Dios. —Jeremy se alejó ahogando un grito—. Contento, por favor.

Jake se levantó a por aire y le lanzó a su hermano una mirada salvaje.

—¡Reza, maldita sea! ¡No te quedes ahí sin hacer nada! ¡Reza! —Volviéndose hacia Índigo, le apretó desesperadamente la cara entre las manos—. Respira, Índigo. ¿Me oyes? ¡Respira, maldita sea! Has hecho todas las otras cosas que te he pedido. Te pido que respires. ¿Me oyes? Soy tu esposo, y te digo que respires.

Al ver que no respondía, se echó a llorar.

—Te quiero. No puedes morirte. ¡No te doy permiso para morir, maldita sea!

Varios minutos después, Jake seguía insuflándole aliento. Sabía que no era suficiente. En el fondo, sabía que no era suficiente. Quería darle su corazón latiente. Quería derramar el pulso de su sangre en ella. Quería darle su calor. Hubiese muerto en su lugar sin pensárselo dos veces, le hubiese entregado su vida. Pero las cosas no eran así. Y darle aliento no bastaba.

En medio de la oscuridad, había un pequeño túnel de luz. Alguien le hablaba desde allí. La voz era sonora, cálida y hermosa, aunque extrañamente triste. Las palabras fluían hacia ella, a veces eran poco más que susurros, otras veces eran profundas y sonoras, repitiéndose en ecos.

«Te quiero», decía la voz. Las palabras la envolvían, cálidas y dulces. «Creo que nunca te he dicho cuánto.» Sentía unas manos cálidas sobre ella. Unos brazos poderosos la abrazaban con fuerza. Un sollozo entrecortado la sacudió. Era arrastrada hacia la luz. Le hablaba de la luna llena y de *Lobo*, de margaritas amarillas y blancas, de cantos en el viento, de criaturas salvajes que comían de sus manos. Sonaba de maravilla, como el cielo. «Sé que ahí es donde estás. Lejos, en alguna parte, flotando sobre rayos de luna.»

Índigo frunció el ceño y trató de abrir los párpados. No estaba en un campo de margaritas. Sintió frío, un frío terrible. Jake... Trataba de llegar a él. Estaba llorando. No con lágrimas silenciosas, sino con enormes y desgarrados sollozos que le sacudían todo el cuerpo. Tenía que tranquilizarlo. Pero no lo encontraba. Estaba cerca, muy cerca, en algún sitio en medio de la oscuridad. Se dirigió hacia la luz. Sí, ahí es donde estaba, más allá de su alcance, en el túnel de luz.

De repente, le oyó gritar.

—Está viva. Jeremy, maldita sea, ¡entra! Está viva.

La voz saltaba alrededor de ella. Se acercó a la luz. Deslumbrantemente cegadora.

Tembló y trató de mover la cabeza para que no le hiriese los ojos.

—Índigo... ¿cariño? Índigo...

El mundo empezó a girar. Unos brazos la levantaron. Alguien la transportaba. Índigo trató desesperadamente de ir en dirección a la luz, pero, en lugar de eso, volvía a girar de nuevo hacia la oscuridad.

Al abrir los ojos, lo primero que Índigo vio fue el demacrado rostro de Jake. Parpadeó y fijó la vista, perpleja porque se encontraba a salvo en casa, en la cama, con la luz de la luna entrando por la ventana. Jake estaba sentado en una silla de la cocina cerca de la cama, con los codos apoyados en el colchón, con una de sus manos entre las suyas.

—Bienvenida —dijo con voz grave. Después de besarle cada yema de los dedos, sonrió—. Qué vaga eres, durmiendo todo el día y la mitad de la noche.

Índigo tocó su mejilla poblada.

—He tenido sueños extrañísimos —susurró con la voz quebrada—. Terribles. ¿He estado enferma?

Tomó aire entrecortadamente.

—Casi te pierdo.

Ella le pasó la punta del dedo por debajo del ojo.

—Soñé que estabas llorando —susurró y esbozó una sonrisa temblorosa—. Es todo un lío. Brandon Marshall y Denver... —Cerró los ojos—. Y *Lobo* vino a mí. Creí que me estaba muriendo, y él venía a entonar mi canto fúnebre. Parecía tan real...

Lentamente, para que ella pudiese absorberlo, Jake le contó lo que había pasado:

—Brandon y Denver están en la cárcel de Jacksonville. Marshal Hilton y el *sheriff* de Jacksonville los detuvieron esta tarde. Brandon ha confesado todo. Dice que conoció a Hank Sample en la taberna de Jacksonville hace unos meses. Sample necesitaba que le hiciesen un trabajo de tipo confidencial, y Brandon estaba interesado. Cuando descubrió que el objetivo era la mina de tu padre, vio la forma de vengarse de ti y recibir un buen dinero al mismo tiempo.

—De tu padre —dijo con tristeza—. ¿Qué le va a pasar ahora, Jake? ¿A tu padre, digo?

Él inclinó la cabeza para besarle las manos de nuevo.

—Índigo, hoy he ido al infierno y he vuelto, por culpa de mi padre y del horrible daño que ha hecho Brandon Marshall. No respirabas cuando te saqué de ahí. Creímos que estabas muerta. —Los ojos se le llenaron de lágrimas mientras la miraba, y se encogió de hombros—. Supongo que parece una locura, pero creo que igual lo estabas y que...

Su voz se quebró, y miró por la ventana un momento antes de seguir. Al final sacudió la cabeza.

—Todo eso ya no importa. Lo que cuenta es que salí de la mina contigo viva en los brazos, y no hay espacio dentro de mí para mi padre. No hay amor, no hay odio, solo un sentimiento de vacío. Jeremy y yo hemos acordado que la ley decidirá su destino.

Su mirada le reveló a Índigo que lo decía de verdad. Nunca lo había visto tan exhausto. Aunque también parecía encontrarse extrañamente en paz. Triste, pero en paz.

—Siempre será tu padre —dijo con suavidad.

Torció el gesto.

—El hombre que me engendró, pero nunca un padre. He ahí la diferencia. Mi único consuelo es que no creo que desease hacerle daño a nadie. Su error fue dejarse guiar por la codicia y contratar a un loco como Marshall para que hiciese el trabajo en su lugar. —Clavó en ella una mirada decidida—. Pero son errores suyos, no míos. Yo ya no voy a pagar más por lo que haga él. —Le apretó la mano con más fuerza—. Hoy por poco pago el precio definitivo. Creo que a partir de ahora tendrá que expiar sus propios pecados.

—No estoy muerta, Jake. Estoy aquí, hablando contigo.

Asintió, claramente incapaz de hablar. A la luz de la luna, vio las lágrimas que discurrían por sus mejillas. Pasado un momento, tragó saliva y dijo:

—Tenemos una segunda oportunidad, tú y yo. Voy a aprovecharla al máximo y a vivir cada segundo como si fuese el último.

Ella le secó las lágrimas de las mejillas, y le pasó la mano por detrás de la cabeza.

—Entonces no llores. Quiero que tu último segundo sea feliz.

Exhalando un fuerte sollozo, se metió con ella en la cama y la arrastró hacia sus brazos.

Índigo lo abrazaba con fuerza, asustada porque nunca lo había visto así. Todo su cuerpo temblaba. La abrazaba tan fuerte que parecía que le daba miedo soltarla.

Después de varios minutos, él tragó aire entrecortadamente, se relajó y se secó las mejillas en su pelo.

—No me abandones nunca. Prométemelo.

Ella cerró los ojos y sonrió, recordando todas las revelaciones que la habían asaltado en la mina.

—Te lo prometo, Jake. A donde tú vayas, iré yo. Incluso si es a Portland. Si estoy contigo, no me da miedo la idea.

—Al infierno con Portland —respondió con voz ronca—. Quizá tenga que ir un par de semanas para entrenar a Jeremy, pero después Tierra de Lobos es mi casa, y aquí es donde me voy a quedar.

—Cuando vayas, iré contigo.

—Ya lo sé —dijo con una sonrisa en la voz.

—No pareces sorprendido.

—No lo estoy —le dio un beso en la sien—. Tú y yo nacimos para estar juntos.

Da igual los problemas que nos encontremos, conseguiremos solucionarlos.

—¿Qué pasa con Ore-Cal?

Él rio en voz baja.

—Creo que es hora de que Jeremy tome las riendas. ¿Por qué no? Yo he llevado la carga durante años. Es su turno. Puede manejarlo. Me he ganado el derecho a ser la persona que quiero ser y a vivir mi propia vida. Me propongo hacer eso en Tierra de Lobos, con mi pequeña experta en dinamita y nuestros doce niños.

Índigo se revolvió, consciente del mensaje oculto en esas palabras.

—¿Yo? ¿La señora de Jake Rand, poniendo dinamita? Veremos cómo te desenvuelves cuando haya que poner un explosivo.

Le recorrió la espalda con la mano, con un amor que no había sentido nunca antes.

—He aprendido una lección importante en las últimas veinticuatro horas. No puedo protegerte de todo. Estaba contigo anoche cuando Brandon llegó, ¿te acuerdas?

—Bueno, te golpeó por detrás. No puedes culparte por eso.

Él suspiró.

—No. Y tampoco puedo pasarme la vida culpándome por todas las cosas malas que pasan, simplemente porque no puedo prevenirlas. —Con voz vacilante, le habló de la muerte de su madre—. Estar a punto de perderte me ha hecho pensar que lo que importa es la calidad de vida, no el tiempo que vivas.

Tomó aire profundamente y exhaló un suspiro.

—La verdadera tragedia de la vida de mi madre fue lo triste que resultó durante el poco tiempo que estuvo en la tierra. Puedo protegerte hasta la vejez y hacer que tu vida sea una amargura, o puedo darte libertad y que disfrutes de cada minuto. —Se quedó en silencio un momento—. Estaba equivocado, Índigo, en muchas cosas. Mary Beth, por ejemplo. Solo espero que no sea demasiado tarde para cambiar.

—¿Vas a dejar que estudie derecho?

—Se acabó lo de tener entre algodones a las mujeres que quiero. —Tomó aire con fuerza y emitió un suspiro—. Mírate a ti, por ejemplo. Quiero saber que te he hecho feliz. Al final, cuando tenemos que decir el último adiós, esos son los únicos recuerdos que nos reconfortan.

Parecía que lo hubiese aprendido por propia experiencia. Índigo apretó la mejilla contra su pecho y escuchó el latido robusto y regular de su corazón.

—Lo dices de verdad, ¿no? ¿Vas a dejar que ponga la dinamita y desplace la carga?

La abrazó con fuerza.

—Cariño, siempre seré sobreprotector. Es parte de mi naturaleza, igual que la necesidad de ser libre es la tuya. No me acabo de ver tan tranquilo, permaneciendo al margen mientras haces un trabajo agotador. Tendremos que llegar a compromisos con los que podamos vivir los dos. Pero la dinamita es diferente. A no ser que explote accidentalmente, no te hará daño manipularla.

El corazón de Índigo se inundó de felicidad.

—Tendré cuidado, de verdad.

Él se rio.

—Más te vale. Ya me he hecho a la idea de que voy a estar a tu lado cuando manejes ese maldito material. Si sales volando al quinto infierno, iré contigo.

Excepto por el azote del viento entre los tejados, a su alrededor se había instalado un sosegado silencio. Llena de felicidad, Índigo se sumergió en una duermevela. Se despertó cuando Jake se apartó suavemente de ella y salió de la cama.

Sin saber que estaba despierta, Jake se acercó a la ventana. No sabía por qué, pero el sonido de las ráfagas de viento le arrastraba. Se pegó al cristal y miró a la luna y a las sombras que se movían en la noche. Después de un tiempo, aquellas sombras empezaron a tomar forma. Sabía que era su imaginación, pero, en la distancia, creyó oír en el viento el aullido desolado de un lobo.

Con una sonrisa absorta, levantó el pestillo y abrió la ventana de par en par. Desde su boda con Índigo, se había acostumbrado a dormir al aire fresco. Además, ¿qué tenía de malo dejar la ventana abierta?

Por si acaso...

Con lágrimas en los ojos, Índigo observó a Jake de pie ante la ventana, mirando la noche. Sabía lo que estaba pasando por su mente. Giró la cabeza sobre la almohada y escuchó el canto del viento, llena de gozo porque Jake finalmente había ido un paso más allá de lo explicable para compartir con ella la belleza de lo inexplicable.

Después se volvió hacia ella, con unos ojos que brillaban como la plata a la luz de la luna. Sus ojos se encontraron y todo lo que había dentro de ella confluyó en él. Jake sonrió lentamente y se acercó. Sabía que oía el mensaje, aunque no lo hubiese pronunciado, igual que ella oía el que él le enviaba.

Si el espíritu de *Lobo* permanecía o no en aquel lugar ya no era importante. Estaba en sus corazones, y con saber eso bastaba. Lo que contaba realmente es que Jake empezaba a compartir la magia que a ella tanto le había costado mostrarle. La parte india que la hacía diferente en medio de un mundo hostil. Levantó los brazos pidiéndole en silencio que la abrazara, más feliz de lo que nunca había soñado.

Cuando Jake se apartó de la ventana, su cuerpo se recortó a la luz de la luna y su sombra alcanzó la cama. Por un momento, vio a Índigo fundirse en la oscuridad. Él dio un paso más, y ella volvió a reaparecer.

Índigo... una enigmática muchacha hecha de rayos de luna que oía el canto del viento, una muchacha que no era del todo parte de este mundo, pero sí absolutamente necesaria para que el suyo estuviese completo. Se metió con ella en la cama y la rodeó con sus brazos, disfrutando del momento, agradeciendo a todos los dioses aquella segunda oportunidad. Sabía que era absurdo, demencial, totalmente irracional, pero, aunque viviese hasta los mil años, no dejaría de creer que había sido arrancada de las garras de la muerte y traída de vuelta a él por un leal lobo plateado y negro cuyos aullidos se mecerían siempre en el viento de la noche, como parte

esencial de las montañas y la luna.

Índigo... Ella era, sin lugar a dudas, el más precioso de los regalos.